

Neal Stephenson

Greg Bear Mark Teppo Cooper Moo
E.D. deBirmingham Erik Bear Joseph Brassey

Mongoliad



Lectulandia

Europa en 1241 se encuentra al borde del desastre. Las hordas mongolas han surgido de lo más profundo de las estepas de Asia central y amenazan con aplastar todos los reinos e imperios que encuentran a su paso. Los reinos cristianos han ido de derrota en derrota y parece que el fin del mundo se aproxima con cada avance de los mongoles, pero un pequeño grupo de guerreros y místicos, pertenecientes a una orden militar están convencidos de que es posible detener a los invasores, aunque quizás el arma que deban utilizar no es el filo de la espada sino el poder del conocimiento.

Lectulandia

Neal Stephenson, Greg Bear, Mark Teppo, Cooper Moo, E.D.
deBirmingham, Erik Bear y Joseph Brassey

Mongoliad

Libro primero

ePub r1.0
eKionh 18.06.13

Título original: *The Mongoliad. Book One*
Foreworld LLC, 2012
Traducción: Domingo Almendros Abollo
Retoque de portada: eKionh

Editor digital: eKionh
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A MICHAEL «TINKER» PEARCE,
ANGUS TRIM Y GUY WINDSOR

Pusieron espadas en nuestras manos
y nos enseñaron a usarlas.





BROTOS NUEVOS ENTRE VIEJAS PIEDRAS

Cnán se detuvo antes de entrar en el claro que rodeaba el monasterio de piedra y se puso en cuclillas. Para ella era fácil moverse en silencio por los densos bosques del norte, y se había acercado a las aisladas ruinas sin hacer más ruido que la brisa entre las ramas o los insectos que reptaban bajo las hojas del año anterior.

A través de los jirones de niebla de la mañana, podía distinguir las ruinas del monasterio en el extremo norte. Los restos de los muros sin tejado de los edificios auxiliares se extendían hacia el sur desde las ruinas principales formando un arco interrumpido. En el lugar donde probablemente tuvieron su huerto los monjes habían crecido abedules y algunos robles jóvenes. El resto del claro estaba cubierto de hierba y zarzas y cruzado por senderos recién abiertos. Al otro lado de la tapia de piedra del cementerio invadido por la vegetación habían edificado cuatro cobertizos.

Había dado con un campamento, de eso no cabía duda. Pero ¿de quién era?

Desde muy lejos le llegó el repiqueteo de un pájaro carpintero recolectando su desayuno, interrumpido por un choque de aceros más sonoro y más cercano: el ruido nada natural que había llamado su atención. Desde tan cerca podía oír a unos hombres hablar (muchos hombres), pero aún no había podido ver a los nuevos huéspedes del monasterio.

Dos días antes, una banda de mongoles huesos negros la había perseguido como si fuera un venado hasta el límite del espeso bosque, donde se detuvieron sin alcanzarla y se dedicaron a asaetear los árboles mientras la insultaban en alguna lengua túrquica de dudosa procedencia. Los guerreros criados en las estepas odiaban las fatigas que les imponían las arboledas, donde no podían galopar con libertad ni maniobrar velozmente con sus fuertes ponis. Los bosques cerrados seguían siendo seguros, aunque fuera imposible cruzarlos con rapidez.

Acababa de pasar el solsticio: habían transcurrido tres meses desde que el disoluto kan conocido como Onghwe derrotara a los ejércitos de la cristiandad en Legnica, a pocos kilómetros de allí, y poco más de un mes desde que el kan lanzara su desafío.

Cnán se movió hacia la izquierda para ocultarse rápidamente tras el tronco de un venerable roble. Acarició su corteza como pidiendo orientación al árbol y luego se pasó los dedos por los ojos en una antigua oración de las unificadoras. La niebla ya empezaba a disiparse; podía esperar. En aquellas tierras, un adepto bien instruido

sabía ser paciente.

Le llegaron retazos de una conversación, una disputa que no parecía haber comenzado esa mañana ni tampoco que fuera a concluir pronto. Cnán reconoció la cadencia del latín, una lengua que hacía tiempo que no oía y que no había hablado desde su niñez.

«... Deja descansar la vista; sabes dónde está la espada; deja de mirarla...».

«... ¡No cierres los ojos! También podrías tirar la espada; ¿eres un estúpido borrego?».

«... Si miras su espada, será demasiado tarde. No puedes verle los ojos; entonces, ¿por qué estás...?».

A menos de un tiro de piedra, un hombre joven, de no más de veinte años y con unos cabellos tan rubios que eran casi blancos, se enfrentaba a un hombre mayor, un corpulento pelirrojo lleno de cicatrices de los combates. Ambos llevaban grandes espadas de guerra y hacían sus ejercicios repetitivos ante la mirada de un hombre que vestía como un monje.

Probablemente aquellos hombres eran caballeros de la Hermandad del Escudo, a quienes tenía orden de encontrar. Si hacían honor a su reputación, habrían respondido en cuestión de días a la insólita invitación del kan. La Hermandad del Escudo estaba diseminada, pero su rama más próxima se encontraba en Petraathén, un antiguo fuerte roquero en las montañas al sur de Cracovia, a solo unos pocos días de allí. Su instinto (al revés que a los mongoles) les dictaba acampar en los bosques, y sus exploradores habían descubierto aquel viejo monasterio abandonado desde hacía mucho tiempo. A ella le parecía un templo pagano, le recordaba al *mithraeum* subterráneo, el templo donde tiempo atrás su gente celebraba sus esotéricos ritos. Las ruinas, fuera cual fuera su utilidad original, habían sido convertidas en una improvisada casa capitular, un santuario donde aquellos caballeros podían esperar y practicar mientras reconocían el territorio que rodeaba el sangriento campo de batalla de Legnica, y la enorme y apestosa ciudad de tiendas de campaña que Onghwe había ordenado levantar allí.

Desde detrás del cementerio llegó un jinete que montaba un macho negro ruano. Cnán se encogió al ver en sus manos un arco de estilo mongol, rayado y articulado como la pata de un insecto. Pero aquel hombre no era mongol: su cabello era castaño, largo y voluminoso, y bajo su nariz afilada colgaba un poblado bigote. Hizo girar a su montura y galopó a lo largo del arco de edificios; luego volvió a girar y cabalgó adelante y atrás por la hierba. Sus movimientos aparentemente sin propósito cobraron sentido para Cnán cuando comprendió que estaba practicando con el arco. Cuando su vista captaba algo que podría servir de blanco, lanzaba una flecha, unas veces según pasaba por delante al galope y otras desde más distancia, o detenía en seco su caballo para después lanzar la flecha.

Ella solo conocía a aquellos caballeros por su reputación, pero el jinete le pareció alguien que había sufrido durante el poder de los mongoles, había aprendido de ellos y había adoptado y adaptado sus armas.

En un punto más lejano del claro, visible a través de los jirones de la niebla que se iba disipando y más allá de los desmoronados muros de un refectorio, un joven golpeaba un poste de madera con una espada y repetía el ataque una y otra vez. Cerca de él, otros dos practicaban el combate con dos bastones de madera tallados mientras un tercero se movía a su alrededor y los esquivaba cuando era necesario. A la izquierda de Cnán, sentados bajo la fresca sombra de un roble joven a una mesa construida con tablas medio podridas, había dos hombres que compartían el descanso bebiendo en copas de latón abolladas. Ambos lucían cabello oscuro y corto. Uno tenía barba oscura y ojos negros en consonancia con su ascendencia siria («alguna clase de sarraceno», pensó ella), apreciable incluso en el corte de su vestimenta.

El otro, con la cara más redondeada y más alegre, tenía los ojos claros y brillantes y no dejaba de mover nerviosamente los dedos mientras susurraba frases breves, como si estuviera exponiendo planes que sabía que no contarían con la aprobación del hombre de los ojos negros.

Hasta ese momento había podido ver a nueve de ellos. Un buen grupo, pero la mayoría eran jóvenes y no de la clase de hombres que es corriente encontrar formando pandilla. Eso era bueno y esperable o desde luego muy malo (porque en la Tierra de las Calaveras, esa región devastada por el paso de las hordas mongolas, la desesperación y las malas intenciones a menudo unían a vagabundos muy dispares).

En cualquier caso, parecía que aquellos eran los hombres que tenía orden de encontrar.

La Ordo Militum Vindicis Intactae aseguraba ahora ser cristiana, así que era natural que esos hombres se escondiesen cerca de un monasterio. Pero de todos modos, corrían historias acerca de los caballeros de Petraathén, según las cuales habían practicado en otros tiempos el culto a la muerte, con extrañas ideas sobre los beneficios que recibirían en la otra vida los caballeros que muriesen matando. Aquellos hermanos también podrían consolarse al compartir el lugar con los heroicos y bienaventurados guerreros muertos. Desde donde estaba agachada pudo contar siete grandes cruces de granito pertenecientes a cruzados en el abandonado cementerio del monasterio, probablemente erigidas allí hacía un siglo y medio.

Cnán se hurgó entre los dientes con una ramita y se puso de rodillas manteniendo en silencio la respiración y el corazón, confiando en su sigilo, satisfecha con observar sin ser vista. O eso se decía a sí misma cuando oyó un breve ruido vibrante tras su cabeza. Una sacudida, un silbido y algo la levantó y lanzó su cabeza contra un árbol; el golpe hizo resonar su cráneo como una campana.

Palpó a su alrededor con desesperación y tocó un asta larga y lisa. Una flecha con

punta ancha había atravesado la capucha de su capa y la había dejado clavada en el tronco de un viejo abedul. Se esforzó por liberarse; dos años huyendo de los mongoles le habían enseñado que pronto llegaría otra flecha mejor dirigida y era muy conveniente desprenderse de la capa y escapar de allí.

Pero oyó una voz (como la de su madre, solo que más lejana y triste) que parecía sonar junto a su oído: «La primera flecha, perfectamente colocada en el momento perfecto». Cnán lo entendió de inmediato. Bajó la mano. El arquero había conseguido exactamente lo que quería. Probablemente había dejado el campamento antes incluso de que ella llegara para rodearlo, vigilar y observar.

De nada serviría correr. No se estaba enfrentando a mongoles o a sus chacales ni a bandidos mal entrenados, sino a hombres nacidos y criados en los bosques. Cualquier movimiento en falso provocaría la aparición entre las ramas verdes de otra flecha que seccionaría su columna vertebral.

Cnán se quedó en silencio. Sus ojos se movieron nerviosamente en respuesta a nuevos ruidos, débiles y muy cercanos. Al menos dos hombres la habían seguido por el bosque: el arquero, a quien aún no había visto y que estaba a su derecha, y el rastreador, que ahora se aproximaba por detrás. Era casi seguro que ambos venían del campamento y estaban apostados en el bosque como centinelas.

El cazador que estaba detrás de ella comenzó a moverse con libertad haciendo bastante ruido, pero aún no podía verle la cara ni él la de ella por la capucha clavada en el árbol y la espesa mata de cabello negro lleno de barro seco que caía desde el centro de su cabeza. La rodeó con cautela y, cuando por fin quedó a la vista, dedicaron un instante a tomarse las medidas mutuamente.

Cnán había visto algunos hombres de aspecto salvaje durante su largo viaje por tierras de los rutenos, pero ese tipo (enteramente vestido con cosas que había matado y con una barba enredada y espesa como la piel de un oso) parecía medio animal. Nada de lo que llevaba era tejido: las artes de las mujeres no iban con él. Sus ojos verdes con las comisuras arrugadas por el sol le daban un aire de diversión juvenil.

No fue necesario suponer qué había visto en ella, porque él mismo lo dijo. Su lengua no le era familiar, pero algunas de sus palabras sí tenían raíces conocidas. Reconoció «mujer», «mongol» y «espía» (esta, muy parecida a su propio nombre real en tocario). Podría haber construido una respuesta negativa con palabras que él pudiera reconocer vagamente, pero había lenguajes más eficaces que no requerían palabras. Cnán se desembarazó de la capa, se puso en pie y soltó un bufido de burla fulminándolo con la mirada.

Fue mejor que darle una bofetada. El cazador reculó medio paso y luego se recuperó mientras fingía que se tambaleaba. Ahora sus ojos verdes estaban riendo de verdad. Miró hacia su derecha y atrajo a un tercero a su conversación sin palabras: el arquero, que apartó de su camino una rama con una punta del arco, se aproximó.

Era el hombre más alto que Cnán había visto en años, quizás en toda su vida. Sabía que los hombres de la cristiandad eran más altos que los de las estepas, pero probablemente este era un gigante (incluso entre los de su misma clase). Tenía el cabello y la barba de un color rubio rojizo. No era guapo, pero en su rostro había una fuerza que imponía respeto. La observó durante unos instantes y se volvió hacia el cazador, que aún reía entre dientes. Ambos tuvieron un titubeante y relajado intercambio de frases en las que volvieron a aparecer varias veces las palabras «mongol» y «espía». A Cnán le sonaban igual las lenguas de los dos, pero seguramente eran diferentes, porque estaba claro que no se comunicaban muy bien.

Tras algunos malentendidos, el arquero comenzó a hablar en latín, pero el cazador se limitó a sacudir la cabeza levantando las manos. Estaba claro que había llegado el momento de tomar las riendas.

—Soy Vaetha —mintió en latín. Las palabras de la segunda lengua de su madre fluyeron con sorprendente facilidad—. Vengo de tierras lejanas hacia el este y traigo noticias para la cristiandad. Las daré al maestro de vuestra orden. Por favor, llevadme ante él.

El cazador volvió a sacudir la cabeza y, con una gran sonrisa, se volvió y caminó con calma hacia los edificios.

—No te muevas —dijo el arquero. Desenfundó su cuchillo, se acercó y la rodeó con precaución con los ojos entornados y chispeantes. Rasgó la tela de la capucha para liberar la flecha, que al parecer era más importante, y se dedicó a cortar la corteza que rodeaba la punta y a extraerla del árbol con la delicadeza de un cirujano—. Soy Rædwulf —dijo mientras arrojaba la capa a los pies de Cnán—. ¿Qué clase de persona eres? ¿Y por qué hablas latín?

—Es una unificadora —dijo entre los árboles una nueva voz, cavernosa y profunda.

Cnán se volvió y descubrió que el anciano se había acercado a ellos sigilosamente. Llevaba vestiduras de monje cristiano. Su rostro era duro y estaba surcado por profundas arrugas; tenía por lo menos sesenta años, pero en su caso la edad no había venido acompañada por la debilidad. Mientras la examinaba con gesto severo, mantuvo una mano sobre el pecho sin dejar de tamborilear con los dedos sobre su esternón. Bajo su hábito, raído por los viajes, un suave tintineo reveló la presencia de una cota de malla.

Toda aquella actividad llamó la atención de los demás ocupantes del claro, incluso de los más jóvenes, que estaban atareados golpeándose con palos. Detuvieron el combate simulado, se saludaron con un apretón de manos y se dirigieron con parsimonia hacia el lugar donde estaba Cnán.

El jinete pasó junto a ellos a medio galope, frenó su caballo en el límite del bosque y se acercó despacio hasta colocarse detrás del anciano. Miró a Cnán desde la

altura de su caballo y arrugó el bigote en un gesto de asco, como si ella fuera una garrapata repleta de sangre que acabara de arrancarse de un muslo.

—¡Mongola! —gritó.

Sin volverse, el anciano le respondió:

—No, Istvan; tiene sus pómulos, es verdad, pero fíjate bien en sus ojos.

—Entonces pertenece a una banda o es una ladrona de cadáveres. En cualquier caso, hay que matarla.

Istvan escupió en el suelo junto a los pies de Cnán, volvió su caballo con destreza y se alejó a medio galope. El anciano se acercó a ella y se inclinó para recoger su desgarrada capa. Sin miedo, amablemente, pero sin asomo de humildad, se la dio.

—Soy Feronantus —se presentó—. De la Skjaldbræður. —No utilizó su nuevo nombre cristiano, sino otro más antiguo, en la lengua de los hombres del norte: la Hermandad del Escudo.

—Yo soy Vaetha —dijo ella—. Como ya has advertido, soy una mensajera.

—Una que ve —tradujo Feronantus—. Del tocario. Un juego de palabras con «espía». Por supuesto, mientes acerca de tu nombre; es lo que esperamos. Pero Vaetha servirá hasta que confíes en mí lo suficiente para decirme quién eres de verdad.

Ella intentó infructuosamente derrotar al anciano en un duelo de miradas.

—Ven —dijo Feronantus.

Le dio la espalda y se alejó. Ella lo siguió hasta las edificaciones. El gigantesco arquero Rædwulf fue tras ellos sin soltar su precioso arco y sin dejar de alisar las plumas de las flechas como si se tratara de seres vivos necesitados del tranquilizador contacto con su amo.

El joven rubio la miró maravillado cuando pasó frente a él, y luego se volvió hacia los otros, que se rieron de su asombro.

El guerrero vestido con pieles se inclinó hacia delante y alargó la mano medio cerrada como una garra hacia la entrepierna del rubio.

—Esa podría haberte cortado las pelotas —dijo—. ¡No se habría perdido gran cosa!

—¿La has visto? —preguntó el joven de repente, y se pegó a la espalda de Feronantus con los andares de un niño pequeño—. Me llamo Haakon —dijo a Cnán—. ¿Puedes repetir tu nombre otra vez? —Estaba claro que era la primera vez que veía a una mujer de piel oscura.

—No te molestes —dijo Feronantus—. Se habrá marchado antes de que consigas sacarle algo cierto. Y recuerda tus votos.

El estúpido asombro del muchacho disgustó a Cnán. El tal Feronantus debía de ser de la vieja escuela, pero los otros (el tipo con aspecto de sarraceno, los hombres agarrados a sus vasos de cerveza, los ruidosos jóvenes que luchaban con bastones, el

rubio de mirada fiera que estaba junto a ella) le parecían mucho más desaliñados de lo que le habían hecho esperar las historias de espadas y hazañas que le contaba su madre. Sin duda, no corrían buenos tiempos para los monjes guerreros de Petraathen.

Quizá sus noticias cambiarían todo eso.

Antes de llegar al monasterio derruido que utilizaban como casa capitular, el cazador vestido con pieles llamó la atención de Feronantus. Sin razón aparente se agachó, luego se tiró al suelo con un movimiento bastante cómico y, con los ojos cerrados, apretó una oreja contra una sólida lápida cubierta de musgo.

En realidad no fue su oreja, sino el hueso del cráneo situado inmediatamente detrás. Estaba escuchando algo.

—¿Qué pasa, Finn? —preguntó Feronantus, o algo parecido en la tosca lengua que hablaba el cazador.

Finn levantó cuatro dedos. Luego bajó la mano hasta el suelo y la movió imitando el galope de un caballo.

—Muchos ponis de las estepas... —Finn abrió los ojos y sacudió la cabeza. Mantuvo las manos unidas y luego las separó—. Uno muy grande —fue su estimación.

—Un caballo de batalla —dijo Feronantus.

Parecía que todos los hombres que había en el recinto, salvo Feronantus y Finn, hubieran desaparecido. Cnán miró a su alrededor y pudo ver dónde estaban todos: en el suelo. Los chicos que habían estado blandiendo espadas de madera un momento antes estaban armados ahora con espadas largas de acero. Istvan y Rædwulf habían sacado los arcos y ya tenían flechas preparadas, y también Finn en cuanto acabó de levantarse.

Hasta que Cnán fue capaz de oír algo pasó un rato desconcertantemente largo, pero por fin el sonido de pesados cascos y el tintineo del acero atravesaron la espesa masa verde que rodeaba el claro, y por el camino del bosque aparecieron dos jinetes cabalgando codo con codo y cada uno con un caballo de reemplazo a su zaga.

«Ahí está —pensó Cnán—, un caballero digno de los cuentos de mi madre». Era alto, con el cabello castaño y largo peinado hacia atrás desde la amplia frente, ojos de color avellana y el rostro perfectamente rasurado de un ángel. Iba cubierto con una cota de malla corta, algo a lo que ella estaba acostumbrada, pero encima llevaba, protegiendo la espalda y el pecho, una loriga de placas de acero pulido. Colgado a la espalda llevaba un escudo con la forma, pensó ella con tristeza, de las lágrimas que debían de haber llovido desde los rostros de todas las elegantes mujeres de su castillo el día en que él se alejó galopando para combatir a los mongoles. De su cadera pendía una espada forjada para ser blandida con una sola mano, pero recta, de dos filos y más larga y estrecha que la mayoría de tales armas.

El otro hombre era más pequeño, musculoso y con la cabeza más cuadrada que

redonda. En un primer momento ella supuso que era un escudero, pero cuando la pareja entró en el recinto vio que tenía al menos la edad del caballero. Sus ropas, aunque mostraban los efectos de los viajes, eran más acordes con la vida en la corte que en aquel campamento en el bosque. De su cintura colgaba algo parecido a un hacha y todo él iba engalanado con puñales. A la espalda llevaba una ballesta armada y cargada. En su actitud y en su manera de relacionarse con el hermoso caballero no había reverencia, sino igualdad y camaradería, combinadas con un gesto burlón que reflejaba su conciencia de que la gente prefería a su guapo amigo.

El caballero solo tenía ojos para Feronantus y parecía que un cortés saludo estaba a punto de aparecer entre sus labios, pero el cortesano sobrecargado de puñales se adelantó y fue el primero en hablar. Hizo un ceremonioso ademán con el brazo y anunció para todo el recinto con voz pomposa:

—¡La cristiandad está a salvo! El hermano Percival lo ha asumido como su misión.

Todos rieron, en parte por la broma y en parte, pensó Cnán, por el alivio de saber que aquellos hombres estaban de su parte.

El caballero Percival se aproximó a Feronantus y desmontó con estudiada elegancia. Finn había acertado con su caballo. Era una bestia hermosa y poco común, con una mancha blanca en la frente, crin gris y sedosa, pecho amplio y más grande que el macho de Istvan, fácilmente el doble que un poni mongol.

Cnán había oído a sus hermanas historias acerca de un choque entre algunos hermanos de los Caballeros Teutónicos y una partida de mongoles que se habían equivocado de camino y se habían perdido en territorio enemigo. Atrapados entre un río y los bosques e incapaces de maniobrar a su manera, los mongoles se habían agrupado y los caballos de batalla de los teutones habían derribado a sus pequeñas monturas como si fueran bolos. Viendo aquel enorme caballo de batalla era fácil creerlo. Un caballo digno de aquel hombre.

Percival hizo una pronunciada reverencia ante Feronantus. A Cnán no le hizo gracia darse cuenta de cuánto le gustaba mirar el rostro del caballero; hizo cuanto pudo por que no se le notara.

—Hermano Percival, hermano Roger... bienvenidos —dijo Feronantus—. Es una gran alegría veros. Doy gracias a Dios porque habéis llegado sin problemas.

El compañero de Percival, Roger, estaba un paso por detrás de él.

—A decir verdad, es sorprendente qué poca ayuda nos ha prestado Dios —comenzó.

Percival lo miró con enojo. Estando codo con codo, la diferencia de estatura entre ambos no era tan grande como Cnán había creído; Percival parecía más grande por su montura.

—Escucharemos vuestras historias durante la cena —dijo Feronantus alzando una

mano para evitar que los dos recién llegados siguiesen hablando.

—Y escucharemos historias y más historias... ¡y las volveremos a escuchar! — bromeó el hombre corpulento que había estado entrenando a Haakon.

Percival se volvió para ver de quién procedía la pulla y un gesto de regocijo se extendió sin disimulo por su rostro.

—¡Taran! Tenía la esperanza de que estuvieras aquí.

—Oí decir que podrías venir —dijo Taran—. Y sabía que necesitarías a alguien que te pusiera en forma antes de que empiecen los combates.

—A Taran ya lo conoces —dijo Feronantus—, y este tipo misterioso y estupendo es Raphael, nuestro médico. Tendremos mucho que hablar de bienvenidas y otras historias, pero, Roger y Percival, me habéis interrumpido cuando me dirigía a una reunión que me han asegurado que es demasiado importante para retrasarla.

Las miradas se dirigieron a Cnán y luego otra vez a Feronantus.

—Esta es nuestra veloz guía y mensajera —dijo Feronantus—. Su nombre no es importante, de momento.

Taran murmuró algo sobre unificadoras y entonces la confusión desapareció de sus rostros, reemplazada por un cauteloso interés.

—¿Que de dónde vengo? De lugares cuyos nombres nunca habéis oído, así que no valdría de gran cosa que los recitara —dijo Cnán en respuesta a la primera pregunta de Feronantus.

Todos los reunidos a la mesa lo estaban pasando bien, aunque había un poco de tensión. Ella estaba nerviosa porque temía que el llamado Raphael, el de la barba recortada y el aspecto de sirio, descubriera sus verdaderas intenciones. Supuso que era un cruzado nacido y criado en una de las pocas ciudades fortaleza que habían sobrevivido, defendidas por los ejércitos de Occidente en aquel infierno de mala muerte al que ellos habían dado el nombre de Tierra Santa. Pero un hombre así debía de conocer las tierras interiores de Asia mejor que, por ejemplo, Taran, que era irlandés y probablemente consideraría Dublín como una parte del exótico Oriente.

O quizá estaba siendo poco amable. El hambre y el hecho de ser perseguida como un animal habían contribuido a agriar su carácter. Atacó un trozo de pan mientras los tres caballeros mayores reían entre dientes.

—Pero en fechas más recientes —continuó, hablando y masticando a la vez—, en los últimos días, he viajado desde Czeszow, al este de aquí. —Tragó—. En el bosque. —Y prosiguió—: Un lugar adonde los mongoles prefieren no ir. Allí hay un hombre, un ruteno de origen noble de la ciudad de Volodymyr-Volynskyi (que vosotros probablemente conocéis como Lodomeria). Dice que te conoce.

El semblante de Feronantus se volvió serio y compungido.

—Illarion —dijo.

—¿Un miembro de tu orden?

—No —respondió Feronantus—. Pero podría haberlo sido de no ser por... una disputa religiosa.

—¿No es de la clase adecuada de cristiano? —preguntó Cnán sin dejar de masticar.

—Sí. Continúa, por favor. ¿Dices que Illarion está vivo?

—Pareces sorprendido —observó Cnán—. Y eso me dice que has debido de escuchar algún relato de lo que sucedió en Lodomeria.

El silencio de Feronantus equivalía a un asentimiento. Pero Taran solo parecía irritado.

—No he escuchado ningún relato —dijo el irlandés.

—En pocas palabras, es lo mismo que les pasó a todas las demás ciudades que quedaban en el camino de los mongoles. Tal vez peor de lo habitual.

—¿Cómo escapó Illarion? No es de los que huyen.

—Sí, conoces bien su carácter —dijo Cnán—. Se plantó y peleó. Fue capturado con muchos otros nobles de la ciudad y también con los curas, comerciantes y demás. A los mongoles no les gusta derramar la sangre de los prisioneros. Eso está bien en el campo de batalla, por necesidad, pero ellos prefieren dar muerte a sus cautivos sin verter sangre. Si se trata de uno o de unos pocos, los entregan a un luchador para que les parta el cuello, pero eso es muy lento si se trata de grandes cantidades. En ese caso atan a los cautivos y los obligan a tenderse en campo abierto, como formando una alfombra humana. Mientras los pobres gimen y suplican, los mongoles colocan tablones sobre ellos y hacen una tarima irregular. Luego montan en sus ponis y suben a ese suelo (aunque a los animales eso no les gusta nada), y cabalgan de aquí para allá... una y otra vez... hasta que cesan los gemidos y las súplicas. Los mongoles ríen a carcajadas, parlotean sin parar y brindan con su apestosa leche. Los críos miran y bailan como diablillos en el infierno. Es una fiesta estupenda —dijo ella con desprecio, y sus ojos recorrieron el círculo de miradas asombradas. Dejó el pan en la mesa—. Para cuando se acaba la fiesta, la mayor parte de los prisioneros han sido aplastados hasta la muerte. Los que sobreviven están demasiado deshechos para moverse. La mayoría muertos, la mayoría deshechos —añadió mientras volvía a coger el pan. Su estómago se encogió y ella sacudió la cabeza—. Ya basta.

—¿Fue eso lo que le pasó a Illarion?

—Sí. Y a su mujer y a su hija. A la mañana siguiente, mientras Onghwe Kan y sus hombres dormían la mona, llegaron unos cuantos huesos negros...

—¿Huesos negros? —preguntó Feronantus.

—Mongoles de casta inferior. Tártaros, turcos, algunos rutenos. Vinieron para levantar las planchas y recoger orejas.

—¿Orejas? —preguntó Taran con un sobresalto.

—Así es como cuentan los enemigos muertos —explicó Raphael.

—¡La mayoría de nosotros tenemos dos orejas! —protestó Taran.

—Siempre es la oreja derecha —dijo Raphael amablemente.

—Cuando le cortaron la oreja derecha a Illarion, se despertó —dijo Cnán—. Se alzó como un demonio de entre la porquería, arrebató el cuchillo al que andaba cortando orejas, le dio la vuelta y lo destripó. Algunos otros huesos negros corrieron hacia él agitando sus piernas arqueadas. Illarion cogió un tablón y lo usó como garrote. Les machacó la cabeza uno tras otro; los mató a todos. —Eso alegró un poco a Cnán, que dio otro bocado—. Reunió todos los caballos y huyó. ¿Tenéis cerveza?

Los caballeros se miraron y sonrieron como si compartieran un secreto. Raphael le sirvió un vaso del líquido amargo y espumoso que habían estado bebiendo. Sabía a cerveza, pero era tan fuerte como el aguamiel y se le subió a la cabeza.

—Si Illarion aún está vivo, no puedo olvidar esta historia sin más —dijo Feronantus después de dar al asunto tantas vueltas como le pareció oportuno—. Pero sospecho que hay en ella tanta verdad como invención.

—Usar un tablón como garrote —dijo Taran tirándose de la barba y haciendo una mueca—. Es difícil sujetarlo bien.

—Illarion siempre fue bueno con el garrote —le recordó Feronantus.

—Dudo que el cortaorejas lo despertase —dijo Raphael—. Seguramente estaba a la espera, haciéndose el muerto.

—Desde luego, es indudable que le falta una oreja —advirtió Cnán—. La oreja derecha.

—No tenemos por qué resolver tales cuestiones ahora —dijo Feronantus cuando Taran parecía a punto de añadir una nueva objeción—. Dices que está vivo y cerca de aquí.

—Aquí al lado, por decirlo de alguna manera —dijo Cnán—. A dos días a caballo en circunstancias normales.

—Quiero a Illarion —admitió Feronantus con franqueza— y haría por él casi cualquier cosa, pero solo somos unos cuantos y estamos aquí con otra finalidad.

—Aseguró que dirías eso —dijo Cnán— y que deberíais ir a por él de cualquier manera. Según él, eso es algo que entenderéis cuando llegue aquí.

Feronantus parecía un poco molesto. Dirigió a Cnán una mirada penetrante.

—¿Nos guiarías hasta él?

—Por supuesto, si dejáis que me acabe este pan. Y dadme más cerveza.

—Por favor, come cuanto quieras. Raphael, ¿irás a ocuparte de la herida de Illarion?

—Por supuesto.

—Llévate a Finn y, por si hay problemas, a Haakon.

—Podríamos necesitar a Haakon aquí —advirtió Taran.

Cnán se preguntó para qué necesitarían al muchacho. Su aspecto era el de un

torpe inútil. Casi le daba pena.

—Raphael lo traerá sano y salvo —respondió Feronantus, dirigiendo la mirada al sirio.



EL KAN DE KANES

Ogodei, kan de kanes, tercer hijo de Gengis el gran conquistador, estaba sentado en su trono. Su poderoso cuerpo estaba envuelto en magníficas vestiduras que mostraban nubes y dragones hechos de delicados bordados de hilo de oro puro sobre un tejido azul celeste. De fondo tenía las paredes del gran palacio de Karakórum, profusamente decoradas con pinturas. La cantarina música de las cítaras inundaba la habitación y muchachas ágiles bailaban alrededor del alto trono; al hacerlo, sus mangas de seda describían espirales rojas en el aire. La atención de Ogodei estaba dividida entre escuchar las peticiones del burócrata postrado frente a él y jugar con su copa vacía. Hizo girar con destreza la copa en su ancha mano derecha mientras seguía con las yemas de los dedos la primorosa decoración de la plata. La copa estaba vacía y no quería que siguiera así.

—Oh, *kagan*, señor del mundo —dijo el viceadministrador provincial de Shanxi con su gran frente firmemente apoyada en el suelo—. Me presento hoy ante vos para pedir humildemente que los impuestos sobre el trigo del condado de Xieliang sean reducidos de una de cada doce fanegas a una de cada quince...

Las borlas de perlas que coronaban su gorro se balanceaban mientras hablaba, y su contemplación producía un efecto hipnótico en Ogodei. Se había entregado al abrazo del vino y no era difícil atrapar su mente.

«Débil —pensó con la mirada clavada en el viceadministrador, coronado con borlas—. Toda una vida encorvado sobre libros y documentos. Cualquier sencillo campesino escogido entre sus súbditos podría dominarlo y estrangularlo, pero es él quien los domina absolutamente. —Observó a aquel hombre con su ridículo gorro y sus manos blandas y gordas—. Con un solo golpe —reconoció— podría partir en dos su cabeza con un golpe y así no me molestaría más. —Ogodei suspiró y dirigió su mirada a otro sitio. Con una mano se acariciaba distraídamente el bigote mientras con la otra seguía los surcos y relieves de la copa—. Pero otro ocuparía su puesto, y tras ese, otro más; sería como dar manotazos a un enjambre de moscas».

El viceadministrador provincial de Shanxi torció el cuello para mirar al *kagan*, esperando la respuesta a una pregunta que Ogodei solo había oído a medias. Palideció al ver la curva que formaban los labios de Ogodei y comenzó a tartamudear mientras sus borlas subían y bajaban. Ogodei lo acalló con un gruñido y un gesto de la mano.

—Que así sea —dijo.

Las borlas repiquetearon sobre el suelo cuando el viceadministrador se postró para mostrar su gratitud. Alabando la espléndida sabiduría del *kagan*, se arrastró hacia atrás hasta que pudo salir a toda prisa del salón del trono sin faltar al respeto.

El viceadministrador se escabulló pasando entre dos hombres que entraban al salón. Uno era Yelu Chucai, el consejero de Ogodei; el otro era un guerrero joven que llevaba una armadura de cuero cubierta de polvo. Chucai cruzó la estancia a grandes zancadas, como una aparición que flotase envuelta en seda negra. Su barba, tan oscura como su ropa, le llegaba por la cintura, una medida nada despreciable para tratarse de un personaje de más de dos metros. El joven guerrero parecía pequeño al lado de Chucai; su coronilla quedaba a la altura del hombro del otro. Los ojos del guerrero se abrieron desmesuradamente y su suave rostro de muchacho no podía disimular el asombro que le producía la cantidad de tesoros amontonados en el salón del trono. Chucai se arrodilló frente al *kagan* y el joven se apresuró a imitarlo con cierto retraso.

—*Kagan* —dijo Chucai—. Este es un enviado de Chagatai Kan.

Ogodei observó al joven que estaba arrodillado al lado de Chucai. «¿Por qué me envía un emisario mi hermano?». Intentó recordar el último informe de los *noyon*, sus generales en el campo de batalla. Batu, el desmedido hijo de Zuchi, seguía en el oeste expandiendo los límites del imperio con ayuda de Subotai, el brillante estratega de Gengis. Kadan y Onghwe también estaban con la gran horda; conquistar tierras para su padre era un digno remedio para el aburrimiento que los había estado consumiendo en Karakórum. Las posesiones de Chagatai (concedidas por Gengis) se extendían desde las montañas Altái hasta el río Amu Daria. Mientras Batu (y por extensión el resto de los hijos de Zuchi) siguiera dedicado a conquistar tierras en el oeste, no habría conflicto entre las dos ramas de la familia. «¿Qué más podía querer Chagatai?».

La fastidiosa pregunta dio paso a una idea con ayuda del vino: la posibilidad de hacer marchar al guerrero, de despedirlo sin darle la posibilidad de ser escuchado.

—¿Por qué te ha enviado mi hermano? —dijo Ogodei con un suspiro descartando la vana idea.

—Yo... —tartamudeó el emisario—. Chagatai Kan me ha enviado para... —Levantó la vista hacia Ogodei, y el *kagan* vio en la cara del joven confusión y algo más—. He sido enviado para garantizar vuestra seguridad.

—¿Seguridad? —repitió Ogodei. Por su cabeza pasaron algunos pensamientos fragmentarios, una maraña de hilos que volvían sobre sí mismos. ¿Quién? Levantó la cabeza y miró toda la sala. Los candiles iluminaban cada palmo de pared; no había sombras, no había lugares donde pudiera ocultarse un asesino. Había un puñado de hombres en cada puerta del palacio, y centenares más, miles, que morirían por él con solo decirlo. ¿Qué más seguridad podría ese solo hombre aportar a su vida?—. ¿Un

asesino? —dijo en tono despreciativo con las palabras emborronadas por el vino.

—No, gran *kagan* —dijo el emisario con rapidez intentando reconducir la conversación—. ¿Quién sería tan insensato como para intentar asesinaros? Chagatai Kan me envía para... —El emisario dirigió una mirada a Chucai y, al no ver intención de ayudarlo en los ojos entornados del consejero, se lanzó—. Vuestro hermano está preocupado por vos, por cuánto bebéis. Me ha enviado para..., para cuidaros... y..., y para asegurarme de que no bebéis más de una copa al día.

Ogodei observó al emisario durante un rato muy largo, tan largo que incluso Chucai empezó a moverse con inquietud. El joven parecía descolocado (un guerrero que estaba más cómodo en las estepas que en las salas de Karakórum, un hombre que no apreciaba tener un techo sobre su cabeza), pero algo había en su porte, en cómo sus ojos recorrían la sala.

Desde el fondo del vientre de Ogodei comenzó a ascender un sonido, un rumor sordo, una risa que agitó sus hombros e hizo temblar sus ropas.

—¿La bebida? ¿A mi hermano le preocupa cuánto bebo? —Se pasó la mano por el bigote y, al reparar en su copa sobre el brazo del trono, la lanzó al joven mensajero. El guerrero tuvo la presencia de ánimo de no encogerse cuando la copa rebotó en su armadura de cuero provocando una nubecilla de polvo con el golpe—. Mi hermano me adora como una yegua recién parida a su potrillo. —Se levantó y miró desde arriba a los dos hombres, y el último vestigio de risa se convirtió en un eco que retumbó en su voz—. Yo soy Ogodei, *kagan* del Imperio mongol. Yo hago lo que me da la gana. La atención de mi hermano debería dirigirse a los reinos que podría conquistar en mi nombre, como hace su sobrino Batu. Como hacen mis hijos. Lo demás no es cosa suya.

El vino estaba haciendo temblar sus piernas y Ogodei se apoyó en el brazo del trono para mantener el equilibrio. En la cara del emisario apareció una expresión tensa cuando miró al *kagan*.

—Se hará como vos digáis, *kagan*.

Hizo una leve reverencia, se volvió y salió del salón del trono dando la espalda a Ogodei. Este se derrumbó en el trono y un rubor caliente comenzó a subir por su cuello. «¿Cómo se atreve a marcharse de esa manera?». Se aferró a los brazos del trono y se puso derecho para gritar a sus guardias.

Chucai no se había movido y la tormentosa expresión de su rostro fue suficiente para acallar el grito que afluía a la garganta de Ogodei. El vino también luchaba contra él, confundía su vista y hacía que le pareciera ver siniestras sombras dando vueltas detrás de su consejero. Sombras que podrían contener...

—Hablaré con él —dijo Chucai.

Antes de que Ogodei pudiera discutirlo, Chucai hizo una rutinaria reverencia, fue tras el emisario y dejó al *kagan* pensativo en su trono.

Ogodei se tumbó sobre las sábanas de seda y aspiró hasta el fondo de sus pulmones el aromático aire de sus estancias privadas. Jazmín y magnolia con un toque de cedro. No era igual que el leve aroma de las estepas abiertas, pero de todos modos se lo recordaba. En aquella habitación, lejos de las reverencias y las riñas de los aduladores y de las vigilantes miradas de sus guardias, podía olvidar los asuntos del imperio durante un rato. La cabeza le palpitaba un poco, sentía una presión en la coronilla (un persistente recordatorio del vino). Faltaban unas cuantas horas para la comida con el gobernador Mahmud Yalavach y esperaba que para entonces hubiese desaparecido el dolor de cabeza.

A su alrededor se movía la cama con la ligera presencia de sus esposas, que lo desnudaron y le quitaron los zapatos forrados de piel. Unas manos recorrieron su musculoso pecho y él las cogió sin abrir los ojos. Oyó un breve grito ahogado y supo a quién había atrapado. Yaquin, la más alta. La había escogido por sus ojos, con el color verde más vivo que jamás había visto.

Una de sus esposas acercó la boca a su oído y él sintió su aliento.

—Muy tenso —susurró ella.

Él aflojó la presión sobre las temblorosas manos y buscó a tientas a la mujer que estaba a su lado. Tocó su cabeza, sus gruesas trenzas y las finas cintas con que las había entretejido.

—Toreguene —susurró Ogodei girándose hacia su esposa.

Ella chasqueó la lengua y el sonido reverberó en su oído. Él se apartó instintivamente y las manos de ella se deslizaron bajo su cuerpo para empujarlo más. Se puso boca abajo, aún intentando alcanzarla y sujetarla. Ella esquivó sus torpes tanteos y le dio unos golpecitos en el hombro desnudo.

—Quédate tumbado y quieto —lo reprendió—. Vamos a ver si podemos hacer desaparecer esos nudos de tu espalda.

Ogodei gruñó, se calmó y dejó caer las manos sobre la cama.

—Si yo pudiera hacer lo que quisiera —dijo—, pasaría así toda la noche: en la cama, rodeado por mis preciosas esposas. Haríamos el amor y después comeríamos buñuelos; a continuación nos daríamos un baño frío y cabalgaríamos a medianoche, por ahí fuera, hasta el final de las estepas.

—Como si alguna vez hubieras podido mantenerme el paso —rió Toreguene.

Ogodei abrió los ojos e intentó mirar por encima de su hombro.

—¿Haciendo el amor o cabalgando?

—Las dos cosas.

Ogodei sonrió.

—¿Te importaría dejar en paz mi orgullo, mujer?

Toreguene soltó un bufido.

—Lo recuperarías con una mañana en la corte, con todos esos funcionarios arrastrándose por el suelo, llamándote Sublime Gran Señor del Mundo y suplicándote que les hagas caso.

—Nuestro trabajo es recordarte otras cosas más importantes —dijo Yaquin uniéndose a Toreguene. Apretó fuerte con el codo tras el hombro de Ogodei y él dejó escapar un gruñido de placer—. Tenso como la cuerda de un arco. ¿Qué te preocupa?

«El polvo sobre sus hombros», pensó Ogodei. El joven emisario de su hermano Chagatai. El guerrero había cabalgado durante incontables días a través de la estepa hasta llegar a Karakórum. Había dormido al raso, sin otra cosa sobre su cabeza que el inconmensurable cuenco de los cielos; había un caballo debajo de él y el viento lo había acariciado. Su única realidad había sido la hierba que tenía debajo y todo cuanto veía era el horizonte que se extendía ante él.

—¿Sabéis cuánto tiempo hace que no subo a un caballo? —dijo él—. ¿Cuánto hace que no monto a mis anchas por las praderas? —Ninguna de las mujeres respondió.

«Ni lo harán —pensó con tristeza—. Lo saben tan bien como yo».

—Algunas noches sueño con escapar de esta cueva —confesó—. Estoy sentado en esa sala, observando una interminable fila de burócratas y funcionarios. Fluyen como un río en primavera, y cada vez que parpadeo hay más. Son como una riada que me arrastrará. Y en ese sueño, escapo. Salto desde un balcón y hay un recio poni esperándome. Nadie puede pararme. Cruzo las puertas a caballo y sigo cabalgando para siempre, hasta que muero sobre la silla. Pero el poni no se detiene. Sigue moviéndose y mi cuerpo se va pudriendo. Mis huesos están esparcidos por todo el imperio y el poni sigue sin detenerse hasta que llega al lugar donde el cielo se curva hacia abajo y toca el suelo. Todo lo que queda de mí son mis manos, mis dedos enredados en su crin.

Toreguene fue descendiendo por la espalda y Ogodei notó cómo se soltaban sus músculos. Estaba tenso, pero no era esa tensión que medio recordaba, esa tensión que se producía en la zona lumbar por pasar demasiadas horas sobre la silla de montar.

—Esta noche —dijo en un suspiro—. Tengo que asistir a una cena y comer con palillos de oro comidas extranjeras demasiado especiadas. Debo fingir que me interesa hablar con diplomáticos atiborrados de comida. A eso he quedado reducido. Soy un hombre que se sienta en bancos y sillas, que come y conversa. Eso es todo lo que hago.

—Alguien tiene que ser *kagan* —dijo Toreguene—. Tú has gobernado el imperio incluso mejor que tu padre.

Ogodei frunció el ceño.

—El imperio se gobierna solo. Únicamente hace falta alguien ante quien arrastrarse. —Dejó pasar un momento y añadió—: Y nadie es comparable con mi

padre.

Notó que Yaquin pasaba a su otro lado y su codo bajaba hasta la zona más blanda situada bajo el hombro.

—Antes de que fueras *kagan* todo esto no era más que una pradera desierta —le recordó ella—. Gracias a ti ahora hay un palacio aquí. El más esplendoroso palacio que el mundo haya conocido.

—Sería mejor que hubiera seguido siendo una pradera. Lo que es un palacio para los chinos es una prisión para los mongoles. —Flexionó los hombros, echó a sus esposas de la cama y se sentó. Sus manos eran hábiles, pero sus palabras no lo ayudaban a relajarse. Miró a Yaquin y luego a Toreguene para asegurarse de que le prestaban atención—. ¿No sería todo más fácil si subiéramos a los caballos y huyéramos juntos? Podríamos dejar todo esto a algún otro e irnos a vivir en una yurta cerca de un río, como antes. Podríamos volver a vivir de la tierra. Comer lo que yo cazara.

Sus esposas no dijeron una palabra, pero se acurrucaron a su lado y comenzaron a acariciarle el pelo. Él las cogió por los hombros y sintió la calidez de su piel.

—Creo que cuando yo muera el imperio morirá conmigo —dijo él en un susurro—. No tengo herederos que lo merezcan. Kadan está demasiado enamorado de las religiones extranjeras. Kashi está más interesado en perseguir mujeres bonitas que en luchar. Onghwe... —Sacudió la cabeza—. Onghwe es el peor de todos.

—¿Y qué pasa con Guyuk? —preguntó Toreguene—. Será un digno *kagan*.

—Guyuk se enfurece con demasiada facilidad. Recuerda lo que sucedió en Rus.

—Batu es un tonto arrogante —dijo Toreguene—. Guyuk era...

—No se ganan las guerras a base de crueldad con tus propios hombres —la interrumpió Ogodei—. Guyuk es demasiado temperamental. No entiende cómo hay que gobernar. Y sus primos... serían como lobos en medio del crudo invierno: verían a Guyuk como el miembro más débil de la manada.

—¡No se atreverían! —Un destello pasó por los ojos de Toreguene.

—Claro que sí —dijo Ogodei en un suspiro—. Y quizá... —Sus hombros se hundieron y sus manos se apoyaron con más fuerza en los hombros de sus esposas.

—¿Qué pasa? —preguntó Yaquin—. No será ese sueño de la estepa que te atormenta, ¿no?

Ogodei lo negó.

—Hoy ha venido un enviado de Chagatai con un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Ha enviado a un chaval para que vigile cuánto bebo.

Las mujeres quedaron en silencio durante un momento, y cuando una de ellas habló lo hizo casi demasiado bajo para que se la pudiera oír.

—Un hombre así podría aportar algún beneficio —dijo Yaquin.

Ogodei se volvió rápidamente hacia ella y sus miradas se encontraron durante un instante. Ella bajó la cabeza, pero el daño ya estaba hecho. Ogodei había visto el duro destello en su mirada.

—Soy el *kagan* —rugió. El dolor latió en su cabeza volviendo como un furioso martilleo—. Haré lo que quiera. Cuando quiera. Como quiera. Nadie, ni mi hermano ni tú ni desde luego cualquier polvoriento arquero montado comedor de *boodog* va a decirme lo que puedo o no puedo hacer.

Toreguene se apoyó en él sujetándole el brazo con su peso.

«¿Lo había levantado para pegar a Yaquin?», pensó. No recordaba haberlo intentado. En su cabeza no había más que el insistente recordatorio del tiempo que había pasado desde la última vez que bebió, y esa sensación solo corroboraba la posición de Yaquin. Se apartó de Toreguene y despidió a Yaquin con un gesto.

—No puedes esperar que un hombre no beba de vez en cuando. Mi padre bebía; su padre bebía; beber es la única libertad que aún conservo.

Toreguene le puso las manos sobre los hombros. Sus trenzas le acariciaron la espalda cuando apoyó su cabeza en la de él.

—Tu hermano no tiene intención de insultarte, Ogodei. Solo se preocupa por ti.

—¿De verdad? —Ogodei se quedó mirando fijamente la temblorosa luz del candil que colgaba de la pared—. Si de verdad se preocupa por mí, ¿por qué no viene aquí en persona?

Ogodei no podía ver el cielo a causa del polvo que flotaba en el aire. Hombres y caballos (e incluso el viento) habían removido el seco terreno de los arenales de Jalajalyid. El ejército *keraita* no tenía fin; cada claro que se abría en las nubes de polvo daba entrada a más jinetes que caían sobre el acosado ejército de Gengis Kan.

Con la boca llena del sabor de la sangre y el polvo, Ogodei azotó a su caballo con las riendas y se lanzó con él a través de la arena. A su alrededor podía oír en todas las direcciones la cacofonía de la batalla: hombres que gritaban, choques de aceros, agudos relinchos de caballos que morían... No podía saber si las fuerzas de su padre estaban venciendo o perdían. El mundo de Ogodei se reducía a una nube roja poblada por espectros.

Clavó los talones en los ijares de su caballo intentando mantenerlo bajo control, pero el caballo había sentido su miedo y se negaba a hacerle caso. El animal reaccionaba a los golpes de espada que sonaban a su alrededor y no paraba de dar respingos en todas las direcciones.

Había conocido diecisiete inviernos, pero no creía que fuera a pasar otro más.

El polvo se arremolinó frente a él apartándose en oleadas de la carga de un jinete. Algo no estaba claro en su cabeza y, cuando salió de la nube, Ogodei pudo ver mejor por un momento el casco del guerrero que se le aproximaba y se dio cuenta de que no

pertenecía al ejército de Gengis. El keraita, con la larga pluma de su casco rota y doblada, inclinó la lanza hacia abajo apuntando al flanco de su caballo.

Ogodei notó la sacudida del golpe en las piernas; su caballo se encabritó y se tambaleó hacia la derecha. Las riendas escaparon de las manos de Ogodei, que mientras caía al suelo vio un fragmento de cielo entre el polvo. Un cielo azul.

La caída lo dejó sin resuello y con pitidos en los oídos. Intentó escupir el polvo de su garganta, pero solo salieron arcadas secas. Había perdido la espada e intentó recordar cuándo la había soltado: ¿cuando lo había tirado su caballo o en el momento de caer al suelo? El polvo la había engullido.

El suelo tembló. Un caballo. En sus oídos retumbaban todavía los ecos de su caída y todo sonaba como amortiguado, pero podía sentir cómo se aproximaba el caballo y rodó hacia un lado al llegar el keraita, que pasó de largo. La punta de su espada alcanzó el borde del casco de Ogodei, que oyó el choque con uno de sus remaches. La cabeza se le fue hacia atrás y el casco, que salió volando, fue devorado con avidez por el polvo.

El keraita detuvo su caballo, dio la vuelta y, mientras trotaba hacia Ogodei, se deslizó suavemente hasta el suelo y cargó con la espada levantada.

Ogodei se levantó del suelo mientras se esforzaba por sacar la daga. Entre ellos soplaban fuertes rachas de viento y el golpe del keraita llegó lentamente, como si todas las partículas suspendidas en el aire ofrecieran resistencia a la espada.

Ogodei se agachó al llegar la hoja y lanzó su golpe contra el vientre del keraita. Su daga chocó con el peto del guerrero, rebotó y resbaló hacia abajo hasta encontrar carne. Ogodei tiró de ella siguiendo el borde del peto y la sangre salpicó sus manos. El keraita lanzó un aullido y Ogodei lo derribó de un empujón. Aún sostenía la espada. El kan se la arrancó de la mano con una patada y luego descargó un pisotón sobre su cara. El keraita seguía gritando y Ogodei continuó dándole patadas hasta que sus botas quedaron cubiertas de barro rojo.

Su caballo estaba vivo todavía. Yacía de costado, lanzando coces y sacudiéndose con la lanza del keraita aún clavada. Ogodei tosió y escupió arena. Le temblaban las piernas cuando se agachó para coger la espada del keraita. Era más pesada que la suya, con los gavilanes más gruesos y anchos que los que le eran habituales. «Servirá». Sostenía la empuñadura con fuerza mientras se tambaleaba hacia su moribundo caballo.

Había sido un buen caballo, de patas firmes y siempre atento a su guía. Había llevado a su tío durante varios meses antes de que Zuchi se lo diera. Había sangre alrededor de los ollares del caballo y sus ojos estaban muy abiertos y enloquecidos. Cuando se acercó Ogodei, hizo un increíble esfuerzo por levantarse, pero su mano derecha no podía sostenerlo.

—Corre —dijo Ogodei con un gruñido—. Corre al azul eterno.

Su golpe fue torpe, pero la hoja estaba suficientemente afilada. Las patas del animal cocearon un par de veces cuando murió, y Ogodei se frotó la cara con la palma de la mano intentando defender sus ojos de los picotazos de la arena y la sal.

Una flecha cayó al lado del caballo muerto y Ogodei la miró como atontado. Era una flecha corta mongola, pero emplumada de una manera que no le era familiar. Una flecha keraita. Aún estaba en el campo de batalla. No podía quedarse allí; tenía que conseguir salir de la nube de arena. No sabía si avanzar o retroceder; ni siquiera sabía hacia dónde debía hacerlo. Quizá nunca volvería a ver el cielo. Se estaba quedando enterrado. Se envolvió la cabeza con el pañuelo para librarse del polvo, aún con el sabor de la arena en la lengua.

Algo tropezó con él, y entonces cayó hacia atrás sobre el cuerpo de su poni. Miró frenético a su alrededor intentando distinguir una sombra o una silueta entre el polvo. «¿Quién está ahí?». Por su derecha pasaron caballos a la carga; sus cascos golpeaban la arena levantando arremolinadas nubes de polvo. Alzó una mano para protegerse la cara y sintió una punzada de dolor en el cuello y el hombro. Al bajar la vista vio la ensangrentada punta de una flecha que asomaba bajo su barbilla.

El pañuelo estaba enredado en la flecha y no llegaba a tocarla por detrás de su hombro. Rozó el asta con los dedos y el dolor corrió por su cuello. Cayó de rodillas con un grito. Había sangre bajo su peto. El pañuelo se estaba volviendo rojo y la sangre que no llegaba a empapar le bajaba por el pecho. También tenía rojas las manos y se dio cuenta de que estaba arrodillado en el barro formado por la sangre de su caballo. De repente sintió frío y se estremeció. El cadáver del keraita, aunque le faltaba una gran parte de la cara, parecía reírse de él. Ogodei intentó mantenerse firme apoyado en su caballo.

«Qué cálido», pensó, y las lágrimas volvieron a sus ojos. Esta vez no intentó ocultarlas y las dejó correr.

—Lo siento —susurró, aunque nadie podía oírlo allí.

El keraita seguía riendo. Ogodei podía oír su voz (un murmullo rugiente dentro de su cabeza, como una riada de primavera que llena el cauce seco). Ahora todos los espíritus se reían de él.

Manchas negras empezaron a entorpecer su visión. Hundió los dedos en las cortas crines del caballo e intentó recordar cómo era cabalgar.

«Cuánta sangre...», pensó mientras se desplomaba.

Tenía problemas para respirar. Su boca estaba llena de barro pegajoso y había cerdas que le hacían cosquillas en la nariz. «Siéntate». Su cuerpo parecía muy lejano. Ogodei intentó mover los brazos y no sintió nada.

«Enseguida volveré a intentarlo —pensó—. Quizá cuando amanezca». Hasta entonces se quedaría tumbado y quieto escuchando el débil latir de su corazón.

Un ruido apagado interrumpió su ensoñación y se dio cuenta de que procedía de su garganta. Ya había salido el sol y sus rayos parecían estar perforando un agujero en su cuello. El dolor lo atravesaba hasta la garganta, y su quejido escapaba por el desgarrado orificio.

Sobre él solo estaba el cielo azul. Nada de polvo, ninguna nube, solamente la ilimitada extensión de los cielos iluminados por el sol. Pero por cómo le dolía el cuello, podría haber pensado que estaba en el otro mundo.

«No debería dolerme —pensó—, ya no».

Pero así era, y el dolor se adentraba cada vez más profundamente en su vientre. Siguió intentando escupir, pero no salió nada de su boca. Todo parecía emerger de su cuello en forma de coágulos de color carmesí.

Una sombra pasó entre él y el cielo: una nube cubierta de polvo. Su superficie iba cambiando a medida que él conseguía enfocar: ojos enrojecidos, un bigote salpicado de barro y sangre, labios secos y cuarteados. Los labios se movían muy por encima de él, pero solo podía oír el ruido de su propio grito escapando poco a poco por el agujero del cuello. La cara descendió y el olor de sudor y aceite del pelo del hombre llenó la nariz de Ogodei. Bajo el hedor de la batalla reconoció el olor de aquel hombre. Cuando la cara volvió a ascender y escupió un negro coágulo de sangre, un nombre vino a la cabeza de Ogodei.

Boroghul. Uno de los huérfanos adoptados por su abuela. El alto con un rostro como de piedra roja. Un familiar, aunque no de la familia. No de sangre, y aun así (Ogodei vio a Boroghul escupir otro coágulo de su sangre), un hermano de sangre.

El cielo se fue oscureciendo y Ogodei encontró fuerzas para mover las manos. Agarró la tela y el cuero de la armadura de Boroghul y lo retuvo. Las estrellas salieron, pequeños ojos que le hacían guiños como animales escondidos entre las altas hierbas de la estepa, y más tarde volvió a oír el viento. «Quédate conmigo, Ogodei», decía. O tal vez fuera Boroghul quien susurraba junto a su oreja.

Daba igual. Lo habían encontrado.



EL FANTASMA DE LA RUS

Para ella era bueno no tener tiempo para acomodarse en la casa capitular; de otro modo el regreso al imperio del gran kan se le habría hecho insoportable.

Ahora iba a caballo porque era imposible desplazarse sigilosamente con un grupo tan grande. Finn, cuando decía alguna palabra, utilizaba una lengua gutural que ella casi no entendía, y su latín era muy rudimentario. De todos modos, parecía conocer el terreno mejor que ella, o quizá fuese que percibía las cosas con mayor agudeza. Así que ella y Finn iban delante como guías e indicaban a Haakon y Raphael cuándo era seguro avanzar; de esa manera mantuvieron buena marcha hasta el crepúsculo y durante la mitad del día siguiente. Después, el bosque se hizo tan cerrado que los caballos eran más un problema que otra cosa. Los dejaron a cargo de un leñador local a quien encontraron siguiendo el sonido de su hacha.

El leñador aseguró que nada sabía de los mongoles y que le importaban aún menos. Raphael dijo que sería cuestión de suerte que los caballos estuviesen todavía allí a su vuelta, pero eso era mejor que soltarlos sin más. Esa noche acamparon en un barranco y se arriesgaron a encender fuego, pues el humo y la luz desaparecerían en la omnipresente niebla.

Antes del mediodía siguiente llegaron a la vista de la ciudad de Czeszow y a Cnán le sirvió como punto de referencia para encontrar la choza donde Illarion había sobrevivido durante las últimas dos semanas. Raphael y Haakon los alcanzaron y Finn afirmó con una sonrisa y un gesto que la habilidad de Cnán como rastreadora era impresionante.

La choza se encontraba en el límite de una finca arrasada. Las casas y cabañas habían sido incendiadas, habían degollado y descuartizado el ganado allá donde estuviera, y también habían quemado los campos. Había montones de huesos y cadáveres en descomposición. Ninguno de ellos conservaba las dos orejas.

—Nobleza local —opinó Finn tapándose la nariz—. Muertos no resultan tan nobles.

Estaba claro que Haakon nunca había visto una devastación semejante. Su nuez se movía arriba y abajo y su cara tomó un enfermizo color verdoso. Sus ojos iban de un lado a otro como si buscase un lugar donde vomitar. Cnán se admiró de que los otros lo aguantaran sin quejas; era un hombre con muy poca experiencia de la vida.

—Acostumbraos a ello. Así hacen las cosas los mongoles —les dijo.

—Y los hombres en general —dijo Raphael—. En Jerusalén...

—Estos son peores —dijo Cnán.

Una ligera brisa que llegó de pronto desde el este arrastraba un hedor especialmente penetrante, tan fuerte que incluso Raphael tuvo arcadas y levantó su pañuelo. Ofreció perfume para sus pañuelos a los demás, pero Cnán, que no lo llevaba, observó que ninguno lo quería (ni siquiera Haakon, cuyo trapo de limpiarse la nariz era un monumento a la mugre).

—¿La ciudad? —dijo Finn en voz baja mirando hacia el oeste, como si eso pudiera ayudar.

Cnán asintió.

Entraron en la choza por la puerta medio arrancada. En la penumbra, un hombre tosió y la hoja de un cuchillo lanzó un destello apagado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz grave y áspera.

—Amigos, traídos hasta aquí por tu mensajera —dijo Finn.

—La otra chica —dijo el hombre con voz ronca. Su piel estaba brillante y resbaladiza por el sudor. Intentó levantarse, pero el esfuerzo fue en vano y le fallaron las piernas. Raphael fue junto a él... con cuidado. Tenía fiebre y podría lanzar golpes contra sus visiones.

—Es un alivio que estés entre los vivos —dijo Raphael—. Feronantus te felicita y te envía un saludo.

—Feronantus —dijo el hombre con otro atroz golpe de tos—. Maestro y monstruo, dónde estaba entonces; la ataron de manos y pies, lloró y murió... a un palmo de mi cara. A esta distancia, no más lejos. —Hizo girar la mano, oscura por la sangre seca. Raphael la cogió y le hizo bajarla. Luego sujetó la mandíbula de Illarion con suavidad y le hizo volver la cabeza.

—Déjame ver esa oreja —susurró.

—Ya no está —dijo Illarion con lengua de trapo. Se estremecía de dolor con cada movimiento de su mandíbula, pero las palabras parecían abrirse camino solas—. Estoy seguro de que ese bastardo se la llevó. Vamos todos al infierno, la encontramos, la remojuamos en vino y volvemos a coserla en su sitio. Illarion, el de la oreja púrpura. Le cambiaré a ese lacayo mongol mi oreja por sus tripas. Aún tengo sus manchas en mis calzas.

Raphael sacó un unguento y algunos medicamentos de su bolsa. Levantó la mirada cuando una sombra oscureció toda la habitación.

Una muchacha rubia y delgada con un vestido raído atado con una faja estaba de pie en el umbral. No se encogió ni gritó al ver a los corpulentos hombres. De su faja colgaba una bolsa de tela llena de hojas. De una comisura de su boca goteaba un jugo verde. Había estado masticando hojas hasta que llegó a la puerta (sin duda para hacer una cataplasma).

—Una muchacha valiente —comentó Raphael levantándose de donde estaba arrodillado—. ¿De dónde eres y quién te protege?

La chica permaneció en silencio con la mirada distante. Hizo un esfuerzo por enfocar a Illarion y sonrió. Fue una simple sonrisa, ninguna otra emoción apareció en su rostro.

Cnán estaba a punto de explicar la situación (que la chica había sido encargada de recoger hierbas y atender a Illarion por un pago en comida y jade) cuando otro, un chico mayor, de la edad de Haakon pero tan oscuro como ella, apareció en la puerta y apartó con suavidad a la muchacha. Entró en la choza con la daga en la mano, vio a Cnán y vaciló. Ella aprovechó para tomar la delantera.

—No queremos haceros daño —dijo en tocario.

El chico meditó sus palabras y luego señaló a los demás con un gesto de la barbilla.

—¿Se lo van a llevar ellos? —preguntó.

Ella asintió.

—Bien. Está loco y hace ruido por la noche. Aún hay saqueadores y profanadores de cadáveres por ahí fuera. Acabarán encontrándolo. Nos encontrarán a todos si nos quedamos.

—En ese caso, no deberías quedarte —dijo Cnán.

El chico se encogió de hombros.

—Dios protege —dijo—. Hasta ahora hemos sobrevivido.

La muchacha muda volvió a sonreír. A Cnán le dio un vuelco el corazón. Había visto demasiadas veces esa sonrisa en los campamentos de los mongoles, instalada en las caras de los dementes y los ya destrozados, aquellos a los que mantenían vivos únicamente para utilizarlos por lujuria. Hombres, mujeres y niños... Una sonrisa peor que cualquier mirada lasciva de un loco.

Si Cnán se hubiera sentido libre para expresar su opinión, lo habría hecho a gritos, para protestar por un plan que movía cielo y tierra para llevar a Illarion a un lugar seguro, pero dejaba a aquella chica en un lugar donde los mongoles podían volver a capturarla. Pero así eran las cosas, y se guardó su opinión.

Raphael cogió un paño limpio de su equipaje y vendó con él la cabeza de Illarion.

—La carne está gangrenándose —dijo—, pero los gusanos te la han limpiado. Y la chica ha masticado para ti una buena cataplasma de corteza de sauce. Eres un hombre con suerte.

—No —dijo Illarion. Cerró los ojos y cruzó los labios formando un aspa con los dedos—. Llevadme. Vacíadme. Quiero morir.

El chico tocó a la chica en un hombro, ambos dieron media vuelta y se marcharon. Cnán fue hasta la puerta para mirarlos. El chico corría alejándose de las tierras devastadas sin volver la vista, pero la chica se frenó, se inclinó hincando una

rodilla en tierra como si saludase a un señor y dirigió una última mirada a la choza. Luego salió corriendo. Mirándolos desde la puerta, Cnán intentó no pensar en adonde iban a ir.

«Dios protege», pensó.

Era difícil trasladar a Illarion por terreno accidentado. Necesitarían casi tres días para el viaje de vuelta, según la estimación de Cnán, compartida por Raphael. Pero cuando recuperaron sus caballos (porque el leñador resultó ser un tipo honrado), mejoraron su ritmo. Illarion parecía estar mejor. Ahora hablaba poco, pero cuando lo hacía era más coherente.

Era un hombre alto, no especialmente corpulento, pero sí lo bastante fuerte, le pareció a Cnán, para blandir un tablón con la ayuda de un poco de entusiasmo. Su cabello rubio contrastaba con el bigote y la barba, más oscuros. Sus problemas actuales parecían tener su origen en la pérdida de la oreja, cuyo muñón había comenzado a supurar, y la inflamación de todo ese lado de su cabeza le dificultaba comer y hablar. Viendo que el dolor no era menor problema que la fiebre, Raphael le administró una dosis de una goma resinosa amarga y más infusiones de corteza de sauce. Eso alivió un poco al hombre y le permitió mantenerse sobre un caballo durante unas cuantas horas seguidas.

Esperaban avanzar deprisa hacia el oeste para volver a la casa capitular en el bosque cerrado, pero Cnán divisó columnas de refugiados que ahora viajaban por ese camino hostigados por guerreros mongoles e insistió en que se desviarán varias millas hacia el sur y luego volvieran a dirigirse hacia el oeste.

Eso los acercó demasiado al campamento de los mongoles. Raphael contó a Cnán y a Illarion que, Feronantus, Finn y él habían salido del bosque días antes para reconocer el territorio y habían visto desde el oeste aquellas mismas murallas de adobe, casi romanas por su estilo, que formaban un gran cuadrado.

—Ordu la levantó aquí durante el asedio —explicó Raphael—. Cuando apareció Onghwe, Ordu debió de negarle la autorización para acuartelar a sus hombres y por ello aquel plantó un campamento provisional en medio del campo de batalla; un lugar terrible. No podían verse. Cuando Ordu se marchó, Onghwe volvió para organizar a los recolectores y los recaudadores de impuestos, una tarea muy poco adecuada para un guerrero mongol.

Las murallas estaban vigiladas por soldados con cascos puntiagudos, y las posiciones avanzadas, por tropas a caballo. No podían ver las tiendas de los soldados por encima de las murallas, pero en el centro asomaba la enorme joroba de una tienda de fieltro naranja, verde y marrón.

Finn les hizo reparar en un campo que quedaba más allá de las murallas. Era una zona que habían despejado y en ella estaban construyendo lo que él pensaba que podría ser un castillo (truncos grises pelados formando un círculo, con pasarelas y

gradas de tablonés visibles a través del incompleto lado oeste).

—Eso no estaba aquí hace unos días —observó Raphael frunciendo el ceño.

—Los mongoles no edifican castillos —comentó Cnán.

Raphael asintió.

—Esto me recuerda uno de los grandes circos que construían los romanos para los gladiadores —dijo—. Ahí podría ser donde van a celebrar las competiciones.

En el extremo sur, una torre rectangular alta sostenía una amplia plataforma de observación que dominaba la arena. Bajo la plataforma, la torre era lisa hasta el suelo, cubierto de paja, y estaba desnuda salvo por una gran cortina de color púrpura rojizo que colgaba sobre su tercio inferior.

—Feronantus nos leyó la invitación —explicó Haakon—. Hablaba de un velo rojo a través del cual se invita a pasar a los vencedores.

Cnán volvió el cuello hacia atrás para mirar al joven. Su semblante se había iluminado con solo pensar en un combate limpio entre guerreros honorables. A pesar de todo lo que había visto en el viaje, seguía aferrado a la idea de la batalla como una cumbre que hay que escalar, con la gloria o una muerte rápida esperando en la cima. Sin duda estaban preparando a aquel joven para la muerte.

De todos modos, a ella no le daba pena. Él no era más que un instrumento, y los instrumentos tenían sus funciones. Cuando desaparecen, se buscan otros. Preocuparse por uno de ellos lleva a crear un vínculo, y no era así como se comportaban las unificadoras. Las emociones consumen la energía.

Illarion levantó la cabeza.

—¿Competiciones? —preguntó en voz baja y profunda. Ya no le sangraba la oreja, pero la mandíbula se había hinchado hasta adquirir proporciones grotescas, y la fiebre le había subido considerablemente—. ¿Te refieres a una competición de valor entre paladines para salvar los territorios del oeste?

—¡Sí! —dijo Haakon.

—Es de eso de lo que tengo que hablar con Feronantus —dijo Illarion.

Pero no pudieron sacarle más, ni siquiera el curioso Raphael, que extrajo más pasta de corteza y la introdujo en el carrillo inflamado del hombre para calmar el dolor.

Pasado el campamento, y en contra del buen criterio de Raphael y Cnán, se dirigieron hacia el noroeste. Ambos sabían que eso los llevaría más allá de las ruinas de Legnica, pero se estaba acabando el día y tenían que llegar al bosque antes del anochecer.

Al principio, sin visibilidad por la omnipresente neblina y la lluvia, la partida de rescate solo encontró más granjas quemadas y pilas de huesos descarnados por perros, cuervos y buitres (o quizá por campesinos hambrientos). Raphael comenzó a hablar de los hábitos de las poblaciones asediadas, pero el médico calló tras una

mirada de Illarion.

Los restos del pueblo rodeaban una colina baja sobre la que habían erigido una rudimentaria fortificación de troncos con una parte de los muros de piedra y torres de madera cuadradas coronadas por amplios tejados. Los edificios interiores tenían muros de piedra con paredes altas de zarzo y barro. Los recintos de troncos habían sido derribados e incendiados, y los de piedra, demolidos; los edificios interiores aún estaban en ascuas, incluso bajo la llovizna. El pueblo que rodeaba el «castillo» también había estado protegido en algún momento por varias empalizadas, que habían sido rotas en muchos puntos; ahora sus restos se alzaban sobre la llanura como dentaduras melladas. Pocas estructuras más habían sobrevivido.

El bosque cerrado y el santuario estaban a pocas millas de las ruinas, pero había bandas de mongoles de Onghwe y de recolectores que recorrían las granjas y caseríos diseminados por los alrededores después de haber saqueado repetidamente el pueblo.

Las nubes fueron abriéndose, la lluvia amainó y finalmente cesó. Esta vez la partida de rescate se vio obligada a mezclarse en los caminos con otra gran corriente de personas abatidas e indigentes, que avanzaban dando tumbos con la mirada perdida en el infinito o clavada en el suelo, gimiendo o en silencio, como desechos humanos abandonados. Haakon permaneció cerca de Finn, dirigiéndole miradas sombrías; no tenía ninguna experiencia que lo hubiese preparado para semejante lugar. Por todas partes había esqueletos y cuerpos descompuestos de hombres, mujeres, niños, caballos. Ganado. El hedor era casi insoportable. En ese momento, los cuervos y buitres no eran muchos; los habían cazado, los habían derribado a palos y se los habían comido. Las ratas abundaban más y algunas eran desafiantes, gordas y tersas, y les brillaban los ojos cuando levantaban la cabeza y bajaban los hombros para husmear el paso de los jinetes.

Los saqueadores perseguían por diversión a los supervivientes desarmados, pero evitaban a los que ofrecían resistencia, porque los saqueadores eran los peores cobardes, valientes solo cuando se encontraban rodeados de muertos y moribundos. Al ver a un saqueador despojar de sus ropas a una mujer medio muerta, Finn fue hasta él cabalgando por el barro y la paja quemada y dio muerte al canalla con un solo tajo de su espada. Luego volvió su caballo y, con un grito y otro tajo, acabó con la mujer. Volvió al grupo lanzando maldiciones; las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Raphael estuvo a punto de amonestarlo por su insensatez, pero no lo hizo; se cogió la mandíbula, miró al infinito y le advirtió:

—Lo peor está por venir.

Cnán conocía a aquellos saqueadores y a los de su clase suficientemente bien para reconocerlos incluso en una ciudad grande y activa. No siempre eran criminales furtivos o borrachos enloquecidos. Desde luego, en su corta vida Cnán había visto a

borrachos levantarse para tomar parte en gloriosas batallas y a patriarcas de la ciudad convertirse en ladrones de cadáveres. La guerra no solo igualaba: también labraba el campo levantando el estiércol y enterrando los rastros.

La corriente de desgracia avanzaba penosamente hacia el oeste, abandonando tierras que no volverían a ser productivas durante generaciones, evitando los caminos y carreteras vigilados por los soldados mongoles.

Montados y armados, los miembros de la partida de rescate eran como reyes y príncipes comparados con aquella multitud, por lo que no sentían la necesidad de moverse a escondidas. Alguien podría estar suficientemente hambriento y desesperado para atacarlos, pero a Raphael le parecía mejor continuar la marcha con decisión cabalgando por el camino recto y luego, una vez llegados al bosque, ir directamente a la casa capitular.

La clase de movimiento preferido por Cnán era el que Raphael llamaba «furtivo», y la manera en que estaban viajando la ponía nerviosa. Sorprendentemente, Finn tampoco estaba contento; más bien estaba muy alterado por aquellos monstruosos estragos y por el interminable espectáculo de crueldad.

Cerca de los límites occidentales de la ciudad, aún se mantenía en pie un tramo de muralla perimetral de piedra, construida para resistir las invasiones que vinieran de poniente. Se colocaron al abrigo de la muralla y frenaron sus caballos, que rodearon nerviosamente un montón de huesos y cráneos en descomposición unidos por tendones y adornados con jirones de trapo. Ni siquiera en medio de esa carnicería era posible concebir que hubiese despojos tan patéticos. Eran demasiado pequeños... Cráneos aplastados de un solo golpe..., ataviados no con las vestimentas de los guerreros o los campesinos, sino con prendas ligeras como camisones.

Haakon tiró de las riendas de su caballo con la mirada trastornada y finalmente clavó sus ojos en Finn, luego en Raphael y luego en Cnán, que hizo una mueca.

—Si no puedes soportarlo, no mires —dijo ella.

Haakon, cuya nuez subía y bajaba sin cesar, miró hacia el velo de nubes grises. Lo mismo hizo Illarion tocando su hinchada mandíbula y la herida de su oreja, como para escuchar una música lejana.

Eran huesos de niños, desde bebés hasta adolescentes, y se extendían a lo largo de toda la muralla amontonados contra su base. Decenas de niños. Todo el futuro de una ciudad aplastado, roto, pudriéndose en el barro.

Cnán sabía lo que había ocurrido allí. Había oído relatos procedentes del Lejano Oriente, en los límites de sus territorios. Con el fuerte de la colina destruido y con brechas en las demás murallas, los ciudadanos habían llevado a los niños y adolescentes de Legnica hasta su última muralla, la más fuerte, durante los últimos días. Poco antes del final, cuando los mongoles llegaron desde atrás y los rodearon para torturar y matar a todos los que encontraban a su paso, los soldados y los últimos

padres habían sacrificado a los más jóvenes para que no tuviesen que sufrir un final peor. Les habían machacado el cráneo con mazas o con los pomos de las espadas y luego los habían degollado limpiamente como a cochinitos, diez o veinte cada vez, y sus cuerpos habían sido lanzados desde la muralla.

Posiblemente la gente del pueblo había albergado la vana esperanza de despertar la piedad de los mongoles o de sus lacayos, pero eso era imposible, y Cnán lo sabía. El tigre sentiría piedad por la gacela y el lobo lloraría sobre su cordero antes de que un mongol se horrorizara al ver el cadáver de un niño.

De las profundidades de la garganta de Haakon emergían débiles ruidos. Seguramente el propio infierno no quedaría muy lejos bajo aquel pestilente osario, burbujeando hacia la incomprensible perversidad del mundo. Nadie en la partida de rescate quería entretenerse entre aquellos muertos. La venganza de sus jóvenes e informes fantasmas podría ser peor que la de cualquier mongol.

Se alejaron de la muralla y de los huesos tan rápido como pudieron (con el fango putrefacto salpicando sus caras y corazas desde los cascos de los caballos) para llegar al amparo del denso bosque antes del anochecer. Cnán se limpió de la mejilla un pegote de fango. Estaba teñido de rojo por la sangre.

La oscuridad acompañada por más niebla los fue envolviendo a medida que cruzaban la despejada pendiente. Los refugiados se habían encaminado hacia el sur, y el viejo campo de batalla parecía desierto, salvo por los huesos diseminados de los defensores de Legnica. Tenían el camino libre.

Cnán estaba a punto de soltar el aire de su pecho tenso cuando, justo frente a ella, la mano de Finn voló como un halcón preparado para descender sobre su presa. Había aprendido a respetar ese gesto; quería decir que sus oídos habían captado un indicio de algo tan débil que se arriesgaba a perderlo si susurraba. El grupo se detuvo para permitirle escuchar.

La mano de Finn descendió e hizo el gesto de saltar, que quería decir «caballos». Después juntó rápidamente la yema del pulgar con las de dos dedos: «pequeños». Oía ponis, muchos ponis.

Cnán desmontó. Su experiencia le dictaba no intentar huir de lo que se aproximaba. Haakon desenvainó su gran espada.

Las manos de Haakon les decían ahora con movimientos rápidos y círculos que los ponis no estaban concentrados, sino por todas partes. Cnán pudo por fin oír sus cascos, y después las voces apagadas de los hombres que habían estado cabalgando en silencio para rodear su grupo. Se puso en cuclillas, luego a gatas y tiró de su capa oscura para cubrirse por entero. Habían llamado la atención de una partida de exploradores. Quizá un centinela los había visto o algún saqueador los había delatado con la esperanza de robar algo de valor cuando los mongoles hubiesen terminado. Tal vez alguien había informado del ataque de Finn al saqueador.

Daba lo mismo. Para Cnán estaba claro: sus compañeros acabarían como erizos, llenos de flechas, pero ella se escondería entre sus cadáveres y luego se escabulliría hasta el bosque antes de que los centinelas pudieran atraparla.

Raphael hizo avanzar un poco a su montura y puso la mano en el antebrazo de Haakon. La espada desenvainada del muchacho, brillando como un témpano en la penumbra, lo convertiría en el primer blanco de los arqueros. Haakon bajó el arma con un gesto de asentimiento.

Una pequeña escuadra de mongoles tomó posiciones entre la partida de rescate y los árboles. Cnán estimaba que aún podía ser capaz de colarse sin que la viesan durante la confusión del combate, pero alguna parte inquieta de su alma le decía que permaneciera junto a sus camaradas.

—El segundo, con la coraza que parece de escamas de pescado —dijo en voz baja—. Es rico. Es el jefe.

—Entonces carguemos contra él —propuso Haakon.

—Y moriremos bajo una nube de flechas antes de recorrer la mitad del camino —replicó Raphael.

—Seguidme —ordenó de repente Illarion para sorpresa de todos, y espoleó a su caballo. Intranquilo por los cadáveres y por la tensión que transmitían las voces, el animal se asustó, pero después, tranquilizado por las palabras de su demacrado jinete, comenzó a moverse con paso lento—. Seguidme. En fila. Despacio como en un entierro. Vaetha, mueve tu caballo. Poneos todos las capuchas.

Siguieron las instrucciones de Illarion. El ruteno cabalgaba muy derecho, con paso lento, pesado y regular, con sus grandes ojos hundidos clavados en el infinito frente a él.

Solo un mongol con coraza cabalgó delante del grupo con una gran sonrisa, con su arco a rayas en una mano como una señal de paz o amistad. Sin duda era un jefe. Cnán contó sus adversarios. Quince arqueros montados.

Ahora los grupos estaban separados por menos de cien pasos.

El jefe mongol movió su poni y lo hizo colocarse atravesado en el camino del ruteno.

Illarion mantuvo su trayectoria; su caballo resoplaba y cabeceaba.

Cnán creyó entender la estrategia de Illarion: moviéndose de esa manera transmitía una impresión de determinación con la esperanza de retrasar un movimiento de pinza de los mongoles, lo que provocaría la dispersión de su pequeño grupo. Si el ruteno se volvía o avanzaba demasiado deprisa, los mongoles cargarían instintivamente y les darían caza como perros a una gacela.

El jefe hizo una seña moviendo su arco hacia la izquierda, luego hacia la derecha y finalmente hacia arriba. Retrocedió. La escuadra de mongoles por fin se dividió en dos y fueron aproximándose lentamente a sus flancos y retaguardia como un lazo o

como el cordón que cierra una bolsa. Cincuenta pasos, treinta pasos... Lo suficientemente cerca para que sus primeras flechas no pudieran fallar, pero no tanto para que quedasen al alcance de la refulgente espada de Haakon.

El jefe hizo girar a su poni con destreza, como desafiándolos a perseguirlo y atraparlo, dándoles la espalda y sin dejar de sonreír. Cnán no entendía qué pensaba hacer Illarion cuando llegase al jefe. ¿Quizá lanzarse sobre él y morir para dar a los demás una oportunidad de escapar hasta el bosque?

Ahora Illarion y el jefe estaban a menos de cinco pasos. Con un amplio movimiento del brazo, Illarion se deshizo de la capa en que había ido envuelto durante los últimos dos días y la arrojó con fuerza a un lado. La capa voló varios pasos dando vueltas como un murciélago y cayó con precisión sobre el esqueleto descarnado y el casco cónico de un caballero polaco, un caballero que casi había conseguido llegar al bosque cuando tres flechas alcanzaron su espalda.

Todas las cabezas se volvieron; todos quedaron como fascinados por aquello. Los huesos lanzaron una serie de crujidos y la calavera se movió bajo el peso del manto como si cobrara vida de nuevo.

Illarion dirigió su caballo hacia la izquierda del jefe y giró la cabeza bruscamente, pero sin cambiar su expresión, para mostrar su lado derecho, hinchado y sin oreja. Su mirada no se encontró ni una vez con la del otro hombre.

Cnán, que ahora entendía la reacción del mongol, siguió observándolo; primero vio curiosidad; luego, un gesto crispado en su boca y su ceño, que revelaba alarma y confusión. Los rasgos del jefe perdieron su color y su boca se abrió como para gritar. Frenético, clavó los talones en los flancos de su poni, lo hizo girar y dirigió a sus camaradas un gañido propio de un perro. El poni piafó y se encabritó, pero no sabía hacia dónde ir.

Illarion siguió avanzando sin alterar su marcha. De la herida donde había estado su oreja goteaba sangre negra. Sus ojos hundidos conocían la muerte como si se tratase de una vieja camarada; no había ser viviente que pudiera detenerlo... o que deseara hacerlo.

Echado sobre el cuello de su poni, frenándolo con las riendas, el jefe le volvió la cabeza hacia la izquierda y le clavó los talones con más fuerza para dejar un hueco por el cual pasó Illarion sin detenerse y sin dar el menor indicio de haber advertido la presencia de los mongoles. El ruteno no necesitaba fingir para aparentar que venía de más allá de la humanidad, de más allá de la vida.

El jefe estaba boquiabierto y aterrorizado. Su poni se tambaleó y perdió pie en el fango. A la izquierda, a la derecha y detrás, los mongoles se volvieron y se retiraron entre quejidos y gritos.

Detrás de Illarion, Raphael se inclinó hacia un lado y se puso la mano sobre la oreja imitando al demacrado ruteno, pero con una amplia sonrisa malévola. Se volvió

sobre la silla para dirigir una mirada perversa a los mongoles. Toda la escuadra, en desbandada, se perdió en la niebla.

La partida de rescate siguió su marcha manteniendo el paso. A una señal de Finn, Cnán volvió a montar. Pudo ver que los hombros de Haakon estaban encogidos e inclinados hacia delante, igual que los suyos.

Por fin llegaron a los árboles y los caballos se separaron para poder avanzar. El aire frío y limpio de la noche se arremolinaba y les traía más niebla y lluvia desde el oeste, y el agua goteaba de hojas y ramas con rítmico tamborileo como si quisiera limpiarlos de todo lo que habían visto.

—Tú hablas mongol, ¿verdad? —preguntó Haakon a Cnán cuando se hubieron adentrado cien pasos en el bosque.

—Tártaro, turco y algo de tungús —contestó ella.

—¿Qué dijo el jefe?

—Deberías saberlo —dijo Cnán—, aunque no hayas entendido ni una palabra. Haakon frunció el ceño.

—Crees que soy un zoquete.

Cnán hizo una mueca y bajó la mirada.

Haakon se echó hacia atrás el pelo mojado.

—Dímelo —insistió—. De todos modos quiero oírlo.

Cnán se tocó la oreja derecha.

—«Somos espíritus impuros de los caídos —dijo— de regreso a los bosques occidentales de donde vinimos».

—Espectros —dijo Finn.

—Espectros —confirmó ella.

Una vez en el bosque, tras dos horas de seguir caminos cubiertos de hojas bajo la intermitente luz de la luna, llegaron al claro y al viejo monasterio. Para entonces ya se habían sacudido el desagradable y pegajoso miedo que los había inundado durante el viaje y habían comenzado a conversar sobre otras cosas que no fueran la muerte y cómo evitarla. Recibieron un cálido recibimiento de la Skjaldbræður, que durante su ausencia había aumentado y ahora contaba con cerca de veinte personas. Illarion, por supuesto, fue abrazado e incluso le dedicaron algunas lágrimas. Cnán ya lo esperaba, pero le sorprendió la hospitalidad que ahora le dedicaban a ella algunos de los caballeros, y además, con un estilo cortesano que le pareció ridículo. Feronantus le preguntó si podría considerar la posibilidad de honrar su campamento con su presencia durante algún tiempo y reclamó su atención hacia una tienda que habían plantado, un poco alejada de las demás, y preparada para ella. Al principio le pareció chocante y divertido, ya que no faltaban precisamente edificios en el complejo, aunque la mayoría no tenía tejado.

Pero, cuando levantó la cortina de la tienda y encontró un interior limpio y ordenado, con un suelo de hierba verde y un catre sobre el que había paja nueva, entendió mejor el gesto. Los edificios del viejo monasterio estaban decrepitos y ruinosos, invadidos por la carcoma y hediondos.

Se asomó por la cortina buscando instintivamente una vía de escape y vio la luz de la luna reflejada en el agua a un tiro de piedra; supo que no estaba lejos del viejo estanque con peces de los monjes; el único lugar por allí en el que podría conseguir algo parecido a un baño.

Aceptó la invitación de Feronantus. Los caballeros se retiraron a su casa capitular, desde donde oía llegar el sonido que hacían al destapar barriles y servir cerveza. Se desnudó y fue derecha hacia el estanque. Al acercarse se movió más deprisa porque una cantidad impresionante de bichos parecían estar posándose sobre su piel expuesta. Cuando llegó al borde estaba en el centro de una sonora nube de mosquitos y tábanos y tuvo que sumergirse en el agua, aunque solo fuera por salvar su vida. Pero mereció la pena sentir cómo la suciedad del camino desaparecía poco a poco, arrastrada por el agua, de su piel y su cabello. Nadó un poco, sacando la cabeza del agua lo justo para respirar aire y mosquitos y volviéndola a sumergir antes de que los bichos pudieran causar daños más serios.

El regreso a la tienda fue una frenética carrera a través de una masa casi tangible de excitados insectos. También participaron los murciélagos, que la hicieron gemir cuando chillaban demasiado cerca de ella. Incapaz en realidad de ver hacia dónde corría, se lanzó contra un grupo de caballeros que iban a la casa capitular. Para ella carecía de importancia que la vieran desnuda, pero algunos de los caballeros dieron un respingo y miraron en otra dirección, imaginando que ella debería de estar avergonzada. El más alto del grupo (Cnán lo reconoció de inmediato, era Percival) evaluó la situación, fue rápidamente a la entrada de su tienda, abrió la cortina y allí se quedó como si estuviera tallado en mármol, con la mirada discretamente desviada. Ella se lanzó por el hueco y Percival dejó caer la cortina.

Los caballeros, que ahora se sentían libres para expresarse, manifestaron algunas tibias quejas acerca de su falta de amabilidad al haber atraído a tantos insectos a su campamento.

—¡Por lo menos estoy limpia! —gritó ella desde el interior de su fortaleza—. Y eso es más de lo que se puede decir de vosotros.

Eso los dejó callados. No porque sus palabras hubieran dado en el clavo, supuso ella, sino porque no tenían la menor idea de a qué se refería.

Pasó un rato revolcándose por la hierba para eliminar de su piel el agua y los bichos. En realidad, no era el peor baño que se había dado. Luego se vistió con una túnica de lino y unos pantalones de ante por la rodilla que sacó de su bolsa (ropas que había estado reservando por la remota posibilidad de tener que vestirse de manera que

pareciese otra cosa que una granuja escurridiza).

Alguna parte de ella se preguntaba qué impresión habría producido a los ojos de Percival. En general, no le había prestado atención alguna. Pero en su acto de abrirle la tienda había algo más que consideración. Había... ¿nobleza?, ¿fraternidad? Ese pensamiento la lanzó a una frenética maniobra de secado restregando su cabello corto y mojado.

Quería que Percival la viese con un aspecto un poco mejor que desnuda, mojada y cubierta de bichos. Pero otra parte de ella (que, curiosamente, hablaba con la voz de su madre) le recordaba lo peligroso que era sentir un deseo semejante. Las emociones conducen al cariño; el cariño conduce a...

Mientras se estaba vistiendo, el alegre parloteo de la sala capitular se apagó. Alguien protestó porque aún no estaba preparado (una voz demasiado ebria y amortiguada para reconocerla). Momentos más tarde oyó el aullido de un hombre y luego un grito largo y sonoro. Tardó en volver a escuchar el ruido de las conversaciones, pero el aroma de la carne cocinándose la atrajo igualmente hacia la sala. Cuando se acercaba a la puerta salió Raphael, sacando pecho y flexionando los dedos. Esos dedos tenían las yemas teñidas de verde. Había estado estrujando más hierbas.

Su postura denotaba satisfacción, trabajo bien hecho.

—¿Era Illarion quien gritaba? —preguntó ella.

—Sí. Lo que queda de su oreja está bien.

—¿Bien? Un lado de su cara es el doble de grande que el otro.

—En realidad, eso tenía muy poco que ver con la oreja —insistió él—. Gracias a las larvas y a esa pobre chica y su cataplasma. Por fin me he tomado la molestia de mirar el interior de su boca. Tenía un absceso en un molar.

Las palabras no le eran familiares.

—Un dolor de muelas —dijo Raphael. Levantó la vaina de una daga y sacó de un bolsillo un instrumento de metal con puntas largas, todavía manchadas de sangre—. La he extraído. Ese hombre tiene la mandíbula de un asno. Ya se siente mejor.

Ella lo miró con incredulidad. Él intentó, sin conseguirlo, evitar que su cara se abriera en una sonrisa.

—No he dicho que esté a gusto —puntualizó levantando las manos como en un gesto de rendición. Luego las utilizó para animarla a entrar—. Pasa, hay comida caliente, y mucha.

A Cnán le gustaba la compañía del sirio, pero en ese momento estaba contenta de que se marchase. Las tenazas le provocaron una sensación de inquietud muy diferente de lo que sentía ante espadas y dagas.

Entró en la sala capitular y tuvo una sensación tan poco familiar que tardó unos segundos en reconocerla: se sentía segura.

Ya sabía lo que era pertenecer a algo, a salvo del daño y rodeada por el valor de los afortunados, diestros y valientes caballeros de la Ordo Militum Vindicis Intactae.



EL JOVEN PONI

—**E**sto es un trabajo para tontos. —Gansuj recorría una y otra vez el largo pasillo que daba paso a la sala del trono. La luz del sol entraba por las ventanas cubiertas con intrincadas celosías y el polvo bailaba en la estela de sus pasos—. Combatí en el asedio de Kozelsk. Fui escogido por el propio general Subotai para preparar la infiltración en la ciudad. Esta... Esta misión no es...

—¿No es importante proteger al *kagan*? —lo interrumpió secamente Chucai.

Gansuj se detuvo y miró al alto ministro entre los rayos de sol.

—Por supuesto que lo es —dijo—. Mi arco y mi espada están a sus órdenes. Daría mi vida...

—Es fácil morir por tu *kagan* —dijo Chucai. Bajó la mirada y se encogió de hombros ligeramente. Fue un gesto minúsculo, pero acalló el arranque de Gansuj con tanta eficacia como si hubiera dado un puñetazo en el pecho del joven—. Quizá por eso Chagatai Kan te escogió para esta misión. Cuando el gran general Subotai quiso que fueras tú quien saltara la muralla de Kozelsk, ¿fue porque necesitaba un loco enardecido dispuesto a morir por él?

Gansuj lo negó con la cabeza.

—Y entonces, ¿tienes menos estima por Chagatai? ¿Su visión no es tan clara y penetrante como la del gran general?

—Yo... no sé —dijo Gansuj.

—Estos kanes son hombres orgullosos —dijo Chucai—, y también tozudos. Tardé años en convencer a Gengis de que cambiase las matanzas por impuestos. Esto es una negociación, no una batalla. —Una breve sonrisa pasó por el rostro de Chucai—. Los guerreros luchan, Gansuj; ese es el propósito de su vida. Pero en algún momento no queda con quien pelear, y entonces deben aprender a pensar.

—Tus palabras están llenas de sabiduría, maestro Chucai —dijo Gansuj con una inclinación de cabeza—. Meditaré acerca de ellas.

—Hazlo —dijo Chucai empezando a caminar por el pasillo—. Quédate y descansa algunos días mientras reflexionas, y participa en los placeres de Karakórum.

—Tengo mi yurta...

Gansuj miró las vigas mientras seguía a Chucai por los pasillos. Rodeado de piedra y madera, se sentía como en el interior de una tumba. En cualquier momento los altos techos podían hundirse y enterrarlos y nunca volvería a ver el cielo.

—Te quedarás en el palacio —dijo Chucai. Miró al joven emisario y las comisuras de sus ojos se plegaron, como si reprimiese la risa—. No puedes esperar entender al *kagan* si no te mantienes cerca de él. —Se detuvo junto a una puerta con la mano apoyada en el bastidor de madera—. Cuando cazas un ciervo, ¿no te trasladas al mundo del animal? ¿No sigues sus huellas, ves lo que él ve y hueles lo que él huele? —Cuando Gansuj asintió, Chucai abrió la puerta corredera.

La habitación era pequeña, no mucho mayor que la gran tarima cubierta de pieles que servía de cama. Del techo colgaban tenues visillos de seda amarilla que la rodeaban, como rayos de sol congelados a su alrededor. Detrás de la cama había biombos con flores rojas pintadas. En el de la izquierda, una garza levantaba el vuelo con su largo cuello extendido.

—¿Es de tu agrado? —preguntó Chucai.

Gansuj se esforzó por dar con las palabras apropiadas y lo único que se le ocurrió le pareció completamente inadecuado.

—Es un dormitorio magnífico, maestro Chucai.

Chucai asintió.

—Es tuyo. —Alzó una mano para acallar la objeción de Gansuj—. Esta noche habrá una cena en honor del gobernador Mahmud Yalavach. Tal vez allí podrías observar al *kagan* cuando está de buen humor. ¿Alguna vez has asistido a una cena formal en la corte?

—Cada noche nos reunimos alrededor del fuego para hacer *boodog* o *jorjog* —respondió Gansuj.

—Creo que vas a descubrir que la etiqueta en la mesa es un poco diferente cuando no estás comiendo con las manos un asado grasiento de cabrito. Te haré llegar algunos rollos en los que podrás aprender cómo comportarte en una sociedad civilizada.

—Maestro Chucai...

Gansuj puso su mano izquierda sobre su puño derecho. El conjunto formaba una doble prisión, una alrededor de la otra. El cielo y los muros del palacio le impedían ver el cielo y el horizonte. Aquella misión (incluso desde el nuevo punto de vista sugerido por el consejero de Ogodei) era otra prisión. Estaba atrapado. Pero, mirando sus manos e imaginando cómo sería estar atrapado en su interior (una moscarda o una polilla), se dio cuenta de que por muy fuerte que apretase nunca podría cerrar lo suficiente la estrecha abertura que quedaba donde su dedo índice se hundía en la palma, aunque moviera el pulgar.

—Maestro Chucai —dijo—. En las estepas no hay muchas oportunidades para leer, y yo...

Chucai le dirigió una mirada de aliento paternal.

—Podría enviar a alguien para que te lo leyese, si quieres. ¿Quizá cuando te estés

bañando?

Gansuj abrió las manos y se miró las palmas. ¿Quedaría la polilla aplastada por la presión antes de poder escapar?

—Te lo agradezco infinitamente, maestro Chucai.

Gansuj se movía en una nube. Las paredes de la habitación estaban oscurecidas por el vapor de la bañera y él flotaba en agua caliente. La bañera era más grande que el interior de la yurta de un jefe, y al principio se había negado a ensuciar tanta agua.

Sus ropas, acartonadas por el sudor seco y el polvo, habían sido retiradas por sirvientes vestidos de color claro. Se había sentado desnudo en el borde de la bañera durante algunos minutos mientras el vapor del agua le abría los poros. Por fin había sumergido los pies y la temperatura del agua le había producido hormigueo en la piel; entonces se concedió el lujo de sumergirse por completo, y la sensación fue agradable.

No estaba solo. Gansuj salió de su ensoñación y salpicó todo a su alrededor mientras conseguía mantenerse de pie en el fondo. Ella estaba arrodillada en el borde de la bañera, y la seda azul claro de su vestido se iba oscureciendo a la altura de sus rodillas por el agua. Su largo cabello estaba suelto, sin el peinado enroscado que llevaban la mayoría de las mujeres chinas, y caía cubriendo la mitad de su rostro como una lámina de agua negra. Solo podía ver uno de sus ojos y media boca, pero eso era suficiente para advertir que se estaba divirtiendo.

—¿Quién eres? —preguntó él más rotundamente de lo que pretendía.

Se sentía desprotegido en el agua, y no solo por estar desnudo. Los sirvientes se habían llevado todo, y ni siquiera se le había ocurrido conservar el pequeño cuchillo que solía llevar. Palmeó el agua como si el ruido pudiera espantar a la mujer, pero ella ni siquiera se encogió. «Insensato», pensó. Todo lo que había hecho falta para que bajara sus defensas fue ofrecerle un baño caliente.

—Me llamo Lian —contestó la mujer. A juzgar por la suave palidez de su piel y la forma de su cara, su vida antes de llegar a Karakórum había sido la de una rica indolente.

—¿Te envía el maestro Chucai para que atiendas a mis necesidades? —preguntó Gansuj. Hizo ondear el agua con las manos—. Si es así, deberías estar en la bañera.

No era que deseara la compañía de una mujer; era más bien que no le gustaba que estuviera sentada allí, en el borde. Había algo en el suelo a su lado y Gansuj se puso de puntillas para tratar de ver qué era.

—No —respondió ella, ya sin el gesto de diversión—. Como les digo a todos los mongoles, soy maestra, no prostituta. —Levantó el bulto que había a su lado y Gansuj se dio cuenta de que era un rollo grueso. La mujer lo desenrolló y comenzó a leer.

Cuando salió de su confusión, Gansuj escuchó durante varios minutos mientras Lian le leía las normas del comportamiento civilizado. Su pronunciación y su dicción eran impecables, y su voz resultaba agradable a los oídos de Gansuj. Pero el texto que estaba leyendo era la letanía más aburrida que había soportado en toda su vida, incluso peor que la inacabable enumeración de antepasados que se recitaba en la celebración de una victoria militar.

—Un niño no debe ocupar el rincón suroeste de la casa, ni sentarse en el centro de la alfombra, ni caminar por el centro del camino, ni estar parado en el umbral de una puerta. Debe actuar como si estuviera oyendo a sus padres cuando no le llegan sus voces y como si los estuviera viendo cuando en realidad no están allí.

Gansuj no pudo contener su lengua por más tiempo. La interrumpió con un golpe en el agua.

—¿Tengo que actuar como si me acosaran los fantasmas de mis antepasados?

Lian suspiró. Se echó el pelo hacia atrás y se quedó mirándolo.

—Tienes muy poca imaginación, ¿verdad? —le preguntó—. Supongo que no hay de qué extrañarse. A fin de cuentas no eres más que un jinete en tránsito.

Gansuj gruñó y golpeó el agua con el canto de la mano lanzando una gran salpicadura hacia ella. Lian fue muy rápida en proteger el rollo del agua, pero el resto de su cuerpo no tuvo tanta suerte. Gansuj admiró la figura que revelaba la tela mojada y olvidó por un momento el motivo de su enfado.

—Es una metáfora —dijo Lian. Se estiró desde su posición arrodillada y hundió un pie en el agua—. ¿No tenéis metáforas en las estepas? —preguntó mientras le lanzaba agua con el pie.

Gansuj se agachó por instinto, aunque el agua no fuera más que una lluvia inofensiva sobre su piel ya mojada.

—¿Para qué necesita una metáfora un guerrero? —refunfuñó—. ¿Puede mantenerme vivo una metáfora? ¿Puede masacrar a mis enemigos?

Lian se alejó del borde para evitar la siguiente salpicadura.

—Piensa en las golondrinas —dijo—. Se lanzan en picado contra sus presas, luego dan la vuelta, se retiran y vuelven a atacar. Ahora piensa en un grupo de jinetes que se acercan a sus enemigos. ¿No aparecen como una única masa, cabalgando y lanzando sus flechas, y luego se alejan velozmente? ¿No es ese el estilo de los mongoles? Si tú fueras un general y dijeras a tus hombres que cabalgasen en formación de aves en picado, ¿no entenderían a qué te refieres? ¿Cómo es eso de no usar una metáfora para masacrar a tus enemigos?

Gansuj dejó su lengua tranquila dentro de su boca y reconoció la observación de Lian con una leve inclinación de cabeza.

Ella no pareció advertirlo o quizá fingió que no lo había visto. Su atención volvió al rollo y lo desenrolló otra vez mientras buscaba el punto en que se había detenido.

—Sigamos, pues —dijo—. Un hombre no debe subir a lugares altos ni asomarse al borde de un precipicio; no debe permitirse...

Gansuj desapareció bajo la superficie del agua aflojando las piernas hasta que estuvo sentado en el fondo. La imagen de Lian ondulaba al atravesar el vapor y el agua, y su piel pálida parecía refulgir como si fuera un fantasma. Cerró y abrió los ojos varias veces, pero ella no desapareció. Por fin, cuando le dolían ya los pulmones, se levantó y emergió del agua.

Lian se quedó quieta como una estatua, con una ceja levantada y un dedo sobre el rollo, esperando a que recuperase el resuello. Cuando acabó de quitarse el agua de los ojos, ella continuó.

—No debe entregarse al insulto desconsiderado o la risa burlona.

Gansuj dejó ir una de esas risas y dio una palmada en el agua.

—¡Eso no es más que un libro de reglas que me dicen cómo vivir mi vida! —protestó—. ¡Ya sé vivir! ¿Son tan estúpidos los chinos que necesitan instrucciones para saber cómo hacerlo todo?

—¿Son los mongoles tan estúpidos que no reconocen el valor de la rectitud moral?

Gansuj alzó la mirada hacia el techo.

—Deja ese rollo —dijo—. Esto es cansado e inútil. En lugar de eso, ven al agua conmigo.

—El maestro Chucai me ordenó enseñarte a comportarte en una sociedad educada. —Bajó el rollo y dirigió a Gansuj una mirada despectiva, como la que podría haber dedicado una dama aristócrata a un sirviente ignorante—. Ese comportamiento incluye el respeto por las mujeres.

—Respeto a los guerreros. Respeto a quienes, sean hombres o mujeres, demuestran su valía a su clan. Vosotras, las mujeres chinas, os pasáis todo el día sentadas en jardines leyendo libros y comiendo... No sé qué es lo que coméis. Flores, supongo. Las mujeres mongolas cabalgan, cazan y luchan hasta que su piel está áspera y oscura. ¿Qué bien hace la cultura si te vuelve débil?

—Si yo hubiese sido una mujer menos culta, no habría salido tan bien parada cuando me capturaron —observó Lian—. Al menos el maestro Chucai fue capaz de reconocer mi valor, aunque los mongoles nunca lleguen a apreciar las cosas que puedo enseñar.

—Y si fueras una mujer más fuerte quizá nunca te habrían capturado.

Ella apartó la mirada y Gansuj sintió un extraño hormigueo en el estómago. No era la misma sensación que tenía en el campo de batalla cuando mataba a un hombre, pero era parecida; lo suficiente para que sintiera a la vez euforia y confusión. «Pero no estamos luchando». Miró hacia abajo y vio que su cuerpo también reaccionaba a la mezcla de emociones; golpeó el agua para romper la tersura de la superficie.

Ella aún tenía la ropa mojada pegada al cuerpo. Era una distracción.

—¿Cuánto tiempo llevas en Karakórum? —preguntó ella.

—Ni un día —admitió él, contento de hablar de cualquier otra cosa.

—Tienes mucho que aprender —dijo ella, y su tono no tenía la frialdad que él esperaría en semejante afirmación—. En la vida hay más cosas que el combate. —Tragó saliva y fue a abrazar el rollo contra su cuerpo, pero se detuvo en el último segundo para evitar ponerlo en contacto con la tela mojada—. Sí, debo admitir que es valioso conocer el arte del combate, pero no todos los combates se desarrollan con lanzas y flechas. La corte puede ser tan peligrosa como el campo de batalla si no sabes cómo debes comportarte. —Dio un pequeño tirón del vestido para separarlo de su piel.

Gansuj pensó en ello, ignorando una punzada de desencanto por la colocación del vestido. El maestro Chucai dijo que tuvo que enseñar a comportarse a Ogodei y a su padre. ¿Los respetaba menos porque sabían comportarse en la corte? ¿No los seguiría a la batalla sin reservas?

—Sí —dijo con una leve inclinación de cabeza. Caminó hacia atrás hasta apoyar la espalda en el borde de la bañera—. Así que estoy desnudo en la corte. —Levantó los brazos y los apoyó en el borde—. No tengo coraza. No tengo armas. Estoy como estuviste tú hace tiempo. Enséñame a sobrevivir. Enséñame lo que necesito saber para ser fuerte.

Lian lo observó con la cabeza inclinada hacia un lado. Se mordió el labio inferior, bajó el rollo y lo dejó caer al suelo. Avanzó y, para sorpresa de Gansuj, no se detuvo al llegar al borde de la bañera. Desapareció bajo el agua salpicando un poco y vio su delgada figura deslizándose bajo el agua hacia él. Salió a la superficie no muy lejos y Gansuj se mantuvo inmóvil mientras ella se acercaba flotando. Paró cuando estuvo lo suficientemente cerca para levantar una mano y apoyarla en su antebrazo. Él sintió las piernas de Lian, atrapadas por la tela mojada de su vestido, acariciando las suyas. Su aliento llegaba a la cara de Gansuj, que se descubrió mirándole fijamente la boca.

—Tú prefieres a tus mujeres fuertes, ¿verdad? —dijo ella en un susurro.

—Sí —respondió él con un hilo de voz; la palabra se le había quedado atascada en la garganta.

—Pero yo no te parezco fuerte.

No era una pregunta, pero Gansuj sintió que de todos modos debía contestar. Sacudió la cabeza dudando de su capacidad de articular palabras en ese momento.

—Enséñame —dijo Lian—. Enséñame a ser como tus mujeres mongolas. A cambio, puedo enseñarte a sobrevivir aquí, en la corte. —Se acercó más a él—. Un guerrero no aprende con lecturas; un guerrero aprende con la acción, utilizando sus manos y su corazón. ¿Puedes enseñarme eso?

Gansuj miró su esbelto cuello. Bajo su pálida piel era visible el pulso. Era frágil,

y se preguntó si Lian habría tenido algún pensamiento violento en toda su vida. Era poco probable que aquella delicada flor china pudiera ponerse a la altura de una mujer mongola, aunque sin duda sería divertido ver cómo lo intentaba. Pero ella y el maestro Chucai tenían razón: él no entendía las costumbres de la corte, y si tuviera alguna esperanza de tener éxito en su misión, necesitaría la ayuda de Lian. Era preferible ceder a la propuesta de aquella extraña y cautivadora china que volver corriendo ante Chagatai como un perro apaleado.

Gansuj asintió:

—Te enseñaré a pelear.

Ella hizo una rápida inclinación de cabeza y se apartó de él. Gansuj intentó cogerla pero sus manos solo encontraron el agua. Lian nadó hasta el borde y, con un movimiento suave y fluido que hacía pensar si no sería más pez que mujer, se aupó sobre sus brazos y salió del agua. Gansuj vio por un instante sus pechos, que se transparentaban con bastante claridad a través de su ropa mojada, y luego ella se volvió cruzando las piernas como una flor que se cierra al llegar la noche. Dándole la espalda, recogió de la tarima el pesado vestido, se lo puso sobre la ropa interior mojada y tomó el rollo que había abandonado.

—Comenzaremos las clases mañana —dijo echando una última mirada inquisitiva por encima del hombro.

Hasta después de su marcha Gansuj no advirtió que se había llevado la ropa que los criados habían preparado para él.



EL KINYEN

A pesar de los cuidados de Raphael, aún pasaron dos días antes de que la fiebre de Illarion bajase y el ruteno se recuperase lo suficiente para sentarse y hablar con coherencia.

Cnán no se lo reprochó, ya que ella también los pasó casi enteros comiendo y durmiendo. Por las tardes se sentaba en el centro del claro, bastante alejada del muro del cementerio, y se dedicaba a arreglar sus ropas de viaje y a mirar la instrucción de la Hermandad del Escudo. Cada día llegaban más de toda la cristiandad. Cuando su cuerpo recuperó las fuerzas, también mejoró su humor y empezó a ver con más optimismo sus progresos en la lucha.

Combatían por parejas una y otra vez, haciendo pausas momentáneas en el combate para diseccionar cada movimiento en elementos más pequeños que repetían con insistencia. Cnán no pudo integrar sus intermitentes ejercicios en ningún procedimiento sistemático. ¿Cómo iban a poder reunir todos aquellos fragmentos de acción que aprendían para enfrentarse al caos de una batalla real, donde nadie hace una pausa y nadie tiene una segunda oportunidad? Todo aquello parecía un juego estúpido.

Pero cuando pelearon de verdad, fintando y desplazándose durante minutos sin interrupciones, de poder a poder, fueron capaces de hacer cosas que asombraron a Cnán. Y estudiando su determinación y su habilidad vio con más claridad lo deficiente que era su propio entrenamiento. Le habían enseñado a viajar siempre escondida tras algún manto o capa que la ocultase, a no revelar nunca su verdadera identidad, a llevar mensajes oculta a la vista de todos, amigos o enemigos. Y a no parar de ir de un lado para otro de aquella extensa e inacabable tierra arrasada sin permanecer mucho tiempo en el mismo lugar; como un ave condenada a no anidar, a no comprender nunca la sabiduría que encierra el sentarse tranquilamente.

Al comienzo de la tarde del segundo día, Feronantus hizo público que al día siguiente los hermanos novicios montarían guardia alrededor del campamento mientras se celebraba en la gran mesa de la casa capitular el Kinyen, la comida comunitaria de la orden. Cnán sabía que el Kinyen era una tradición antiquísima, algo que se tomaban muy en serio. El campamento hervía con los preparativos: espetaron una hembra de jabalí y la colocaron abierta y extendida sobre un gran lecho de carbón para asarla a fuego lento. Sacaron las vigas del monasterio, las trabajaron con hachas

y, ensamblándolas con clavijas, improvisaron bancos para que todos los monjes guerreros (que ya eran dos docenas sin contar los cerca de diez novicios que se quedarían fuera haciendo guardia) pudieran sentarse junto a los muros de la sala.

Esa noche los miembros de la Hermandad del Escudo estuvieron levantados hasta tarde bebiendo, cantando y narrando largas historias sobre sus hazañas y aventuras en diversos lugares de Occidente. Cnán pasó la mayor parte del tiempo fuera, en su tienda, con la esperanza de que todos la ignoraran, aunque sospechaba que nadie deseaba su presencia.

Durante una historia especialmente larga contada por Raphael acerca de suturas realizadas por él tanto a cruzados como a musulmanes, oyó que un hombre solo salía de la casa capitular. Por una cierta irregularidad en su paso, Cnán supo que se tambaleaba un poco. El viento venía de su dirección y pudo notar varios cuernos de aguamiel en su agitado aliento; y también en sus eructos.

—¿Por qué estás sola? —chilló. Era Haakon.

—¿Por qué gritas? —contestó ella con el volumen de voz más bajo que consideró audible.

Los caballeros, por muy diestros que pudieran ser en los combates cuerpo a cuerpo, no sentían la menor preocupación por no delatar su presencia a los recolectores. Quizá se sentían protegidos por la magia del dios de los cristianos o de sus dioses guerreros (cualesquiera que rigieran la fe de Feronantus). O tal vez simplemente pensaban que ya eran bastantes para acabar con cualquiera que no fuera un ejército mongol.

Oyó cómo caminaba dando traspiés sobre las hojas caídas y el polvo del campo de instrucción. Su sombra se proyectaba con la luz de la luna sobre la lona de la tienda, inclinándose alternativamente a uno y otro lado.

—No es natural —dijo él—. Una mujer..., un hombre... a punto de morir. Tú crees que voy a morir, ¿verdad?

Desde luego, Haakon parecía el único que tenía grandes problemas para repetir los precisos movimientos de Taran. Titubeaba, como si lo pensara todo dos veces, y después hacía una finta o un bloqueo y el resultado era que recibía golpes dolorosos. Taran no podía apiadarse de él ni darle tiempo para recuperarse.

—Tienes el mejor instructor que he conocido —dijo Cnán para su propia sorpresa—. Vivirás si le prestas atención y aprendes.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no luchas. —Haakon se sentó con las piernas cruzadas al lado de su tienda. Parecía tener suficiente con hablar a través de la lona, como un cristiano que se confiesa a través de una celosía—. Soy valiente. Soy bueno en la batalla. Firme. La espada es mi arma. La conozco como a un amigo. Pero haga lo que haga... Haga lo que haga... —Paró; aplastó algunos bichos—. Cuéntame algo de ti.

—Preferiría dormir —dijo ella con bastante sinceridad.

—Puedo hacerte compañía. Darte calor.

—Las noches son bastante templadas —dijo Cnán.

Ella se tomó como una especie de victoria no haber llegado a reírse. No es que no le pareciese bien acostarse con un hombre de vez en cuando, cuando le apetecía, pero no había ido hasta allí para buscar un pretendiente, y, desde luego, no uno que supuestamente debía ser un monje célibe.

De repente sintió una punzada de simpatía y suspicacia a partes iguales. Tal vez el joven no fuera tan estúpido como ella creía. Haakon debía de haberla pillado, debía de haber visto en su cara algo que había estado intentando ocultar a los demás y a sí misma.

—Vete —dijo.

Si fuera a romper el celibato de algún hombre sería el de Percival, pero Percival no la veía de esa manera.

Haakon se levantó y luego se inclinó para sacudir algunas hojas y ramas de la tienda como si quisiera mostrar un poco de torpe deferencia hacia su caparazón, hacia su escondite.

—De acuerdo —dijo él—. No pasa nada. Una noche maravillosa. Me siento listo... para... Para cualquier cosa. Solo pensaba...

Dejó las palabras flotando y deshizo su camino hasta la casa capitular, dejando a Cnán más triste y sola que nunca.

¿Qué se suponía que debían hacer un hombre y una mujer cuando no estaban en perpetua huida, corriendo con el voraz ejército mongol pisándoles los talones? Las torpes palabras de Haakon eran lo más parecido a alguna clase de cortejo que ella había conocido y lo había despachado desconsideradamente; sin agradecimiento, sin simpatía.

Haakon fue el primero esa noche, pero no el último, en acercarse a su refugio e intentar trabar conversación. Todos célibes, todos patosos, todos borrachos (y ninguno era Percival). Ni Raphael, por supuesto, que parecía hecho a otras técnicas más urbanas; el sirio tampoco la molestó.

Esa noche se mantuvo alejada del abrazo de cualquiera de los monjes borrachos y a la mañana siguiente se despertó tarde, se vistió con la túnica y el pantalón y, cuando la llamaron, caminó hasta la casa capitular para asistir al Kinyen.

Los caballeros, tras haber dormido una o dos horas, se habían recuperado lo suficiente de sus bravuconerías y sus hazañas alcohólicas para abrir otro barril y reanudar la ceremonia.

En la penumbra del refectorio del viejo monasterio, a la luz de un polvoriento rayo de sol que se colaba por el tejado roto y de cabos de vela repartidos por todas partes, vio a Feronantus sentado a la cabecera de una gran mesa, con Illarion a su

derecha. El rayo de luz caía entre los dos e iluminaba sus hombros, manos y copas rebosantes. Los demás caballeros estaban sentados bajo diversas intensidades de luz y sombra, hablando en voz baja y pasándose pan y jarras de cerveza. Bebían como esponjas. Pensándolo bien, Cnán se dio cuenta de que todos los caballeros bebían mucho. Probablemente el celibato tuviera algo que ver con eso.

La mesa había sido rectangular, pero la habían ampliado colocando encima tablas toscamente serradas hasta que quedó casi redonda. La forma la sorprendió y se preguntó por su significado.

Illarion estaba casi irreconocible tras la desaparición de la espectacular inflamación de su cara. Se había afeitado la oscura barba. La comida y la cerveza habían dado color a su rostro, y cuando hablaba, sus ideas eran claras, y su voz, firme. Si no fuera por la falta de una oreja y por su semblante siempre sombrío, nadie podría imaginar nunca por lo que había pasado en los últimos meses.

Cnán recorrió con la mirada la sala ocupada por la Ordo Militum Vindicis Intactae y volvió a sentir la inquietantemente extraña sensación de seguridad. Apartó la idea de su cabeza y se calificó a sí misma de estúpida; sin duda aquellos caballeros no podrían resistir el ataque de un grupo de mongoles durante más de algunos minutos. Salvo que los acompañara la suerte en forma de espectro, por supuesto.

Feronantus presentó al fantasma ruteno con una sola oreja al Kinyen y con un gesto lo animó a hablar.

—Lo que voy a decir ya se lo dije a Feronantus al llegar —comenzó Illarion—, pero ya que me lo pide os lo diré ahora directamente: todos vosotros habéis llegado a este lugar por una causa perdida.

Feronantus, un poco desconcertado, apoyó afectuosamente la mano sobre el hombro de Illarion y dijo:

—Esperaba que pudieras ofrecer una explicación más completa.

—La palestra que están construyendo los mongoles cerca de Legnica, pegada a su laberinto de tiendas, no es más que el proyecto de algo que yo ya he visto junto a las puertas de Lodomeria, mi ciudad —dijo Illarion—. Una ciudad que ya no existe. Solo yo sobreviví. Pensad en eso mientras os preparáis para la competición a la que Onghwe Kan os ha invitado; a vosotros y al resto de los grandes guerreros de la cristiandad.

Una vez captada su atención, Illarion se remojó la garganta con un largo trago de cerveza espumosa antes de continuar en un tono menos ominoso. Durante un instante pareció temer que no se tuviera en cuenta su consejo, pero algo en el rostro de Feronantus y en la actitud atenta de los monjes allí reunidos lo animó.

—Los ejércitos de Onghwe Kan nos sitiaron con cañones y torres, derribaron nuestra muralla este y después tornaron el barrio oriental y lo arrasaron; la historia no es diferente de millares de otras desde nuestra misma puerta hasta el océano oriental.

El resto de la ciudad esperaba la muerte y estábamos preparados para ella. Pero entonces, al final del séptimo mes, cuando nuestros siervos estaban muriendo de hambre, la enfermedad corría por nuestras calles y las carretillas iban de puerta en puerta, sucedió algo inesperado: un gesto de magnanimidad del propio Onghwe. Me llamó a la muralla sur, la más fuerte. Sabía mi nombre y los de mis generales. Tenía espías entre nosotros; sospecho que eran comerciantes de pieles. ¿Hace falta que diga cuál fue su oferta? Nos recordó que la ciudad estaba a su merced y que con un gesto de su mano podría destruirnos como a los demás. Afirmó que, contrariamente a los terroríficos rumores que lo precedían, él no era un monstruo, sino un guerrero orgulloso de una estirpe antigua y honorable.

»Como tal, nos ofrecía una nueva opción. Por supuesto, siempre cabe escoger entre rendirse o luchar; pero él había podido ver con sus propios ojos que nosotros habíamos elegido la segunda, por lo cual nos respetaba. Y en lugar de derrotarnos y pasarnos a cuchillo a todos, nos pidió que enviáramos a nuestros mejores guerreros a enfrentarse con sus campeones en una palestra que construiría frente a las puertas de nuestra ciudad. Si vencían los nuestros, sus ejércitos se retirarían y nos dejarían en paz, con una condición que ahora explicaré. Si eran nuestros campeones los derrotados, rendiríamos la ciudad y la saquearían, pero se dejaría vivir a la gente.

»A1 no ver otra alternativa, aceptamos su oferta. Hice que despejaran un terreno de entrenamiento en la plaza que había frente a la catedral. Los demás caballeros principales de la ciudad y yo pasamos el resto de los días entrenándonos allí, transmitiendo nuestras habilidades lo mejor que podíamos a los guerreros más jóvenes que se habían ofrecido voluntariamente a luchar en la palestra de Onghwe Kan.

»Por las tardes íbamos a la torre de vigilancia de la puerta principal de la ciudad y observábamos la construcción de la palestra, tan cerca que podíamos lanzar piedras a su interior. Cavaron un túnel que conducía desde nuestra puerta hasta la entrada oeste de la palestra. En el otro lado preparaban una entrada semejante, desde el campamento de la hueste que nos asediaba hasta la palestra, y no hacía falta ser muy astuto para ver que los campeones de Onghwe entrarían por ese lado. Pero la palestra tenía una tercera entrada; o más bien salida. Estaba en el lado sur, bajo una alta plataforma preparada para que tomase asiento el kan. Como ahora sabemos, esas competiciones son para él una especie de entretenimiento, como la caza de osos o la cetrería, y su único propósito era proporcionarle placer. El túnel que salía bajo la plataforma del kan estaba oculto por un velo escarlata.

»Vinieron emisarios a la ciudad para informarnos de las reglas y costumbres del torneo. Nos explicaron que, de vez en cuando, tras el final de un combate, el kan podía hacer una seña al vencedor, en cuyo caso debía abandonar la palestra no por el túnel por donde había entrado, sino cruzando el velo rojo sin saber qué lo esperaba

allí.

»Así que la cosa fue tomando forma y nuestros campeones se entrenaron como nadie, conscientes de que el destino de todos los habitantes de la ciudad dependía de su habilidad en el combate. Al final elegimos a tres y los enviamos por el túnel para luchar frente a una audiencia de rugientes mongoles y de la menos honorable escoria que los seguía.

»Nuestro primer campeón, a quien yo tenía por el mejor de todos, fue derribado y decapitado en un instante por un demonio con una espada curva. Nunca supe de dónde venía aquel demonio. Nunca antes había visto gentes así ni había oído hablar de ellas.

»El segundo era un luchador, creo que mongol, que para mi sorpresa fue derrotado por nuestro campeón. Creo que el mongol confiaba demasiado en su habilidad y mi hombre lo cogió por sorpresa y lo derribó y aturdió antes de que tuviera tiempo de empezar a pelear en serio. Al parecer, era uno de los favoritos y la victoria de nuestro campeón no fue del gusto de la multitud.

»Entonces llegó mi turno. Porque yo era el tercer campeón. Luché con lanza contra un *kitai*. No intentaré crear intriga, ya que veis que estoy aquí. Aquel hombre era bueno con la punta y su arma era flexible y rápida porque tenía el asta de alguna clase de caña hueca, pero su insistencia en utilizar la punta afilada me hizo pensar que no debía de ser tan diestro con el otro extremo. Fui acercándome y pude desviar su acero, girar mi arma con habilidad y alcanzar con el extremo romo un lado de su cabeza.

Los caballeros asintieron y se oyeron murmullos de aprobación. Cnán puso cara de desesperación.

—Cayó y no se levantó. Me volví para mirar a Onghwe. Esa fue la vez que estuvimos más cerca. Podría haberle lanzado mi arma y no me habría costado mucho alcanzar su pecho. Y, aunque hubiera sido satisfactorio, habría condenado a mi ciudad a la destrucción, así que no lo hice. Nunca había visto un rostro tan malvado. Me observó durante un instante y luego hizo una señal con la cabeza hacia el túnel por donde yo había llegado unos minutos antes.

»Volví a mi ciudad. Los mongoles desmontaron la palestra, que había sido ideada con gran habilidad para poder plantarla y levantarla en muy poco tiempo, como una tienda. Levantaron todo el campamento y se marcharon. Tres días después volvieron y nos destruyeron.

Illarion bebió otro largo trago de cerveza y dio tiempo para que lo que había dicho quedara en la memoria de todos.

—Podría hacer un emocionante relato de nuestra defensa y nuestra derrota —continuó Illarion—, y otros todavía más emocionantes de lo que sucedió después. — Se llevó la mano al pecho y cerró la mano sobre un relicario que llevaba; Cnán sabía

que contenía un pequeño retrato de su esposa y de su hijo, que habían sido aplastados hasta la muerte a su lado, bajo las tablas—. Pero no es mi deseo distraeros de lo importante de esta historia.

—Que es... —preguntó Feronantus, aunque por su expresión era evidente que ya lo sabía.

—Que hice lo que todos vosotros os estáis preparando para hacer en este momento... y, de todos modos, el lugar que yo defendía fue arrasado y la gente fue masacrada —respondió Illarion—. La invitación a la que habéis respondido es una farsa. La única diferencia es lo que hay en juego. Porque, si no me han informado mal, estáis aquí como campeones, y no solo de una ciudad en medio de Rutenia, sino de toda la cristiandad.

—La oferta que anunció Onghwe Kan, no solo a nosotros sino a todos los reyes, obispos y popes de todas las tierras aún no dominadas por la Horda, era exactamente como la has descrito. En lugar de ofrecer la salvación a una ciudad, la ofrece a toda la cristiandad si envía a sus campeones a la palestra que visteis que está construyendo junto a Legnica. Por las grandes distancias que deben recorrer los mensajes ha concedido a esos reyes y obispos varios meses para responder —dijo Feronantus.

—¿Hace falta que os diga —preguntó Illarion— que no hace eso por equidad o misericordia? Lo hace porque este entretenimiento, como el circo de espadas, no es más que una táctica de diversión que utilizan él y sus hermanos kanes para desviar la atención de su objetivo, mientras los ejércitos mongoles maniobran y establecen líneas de suministro para la próxima carnicería.

—¿De verdad lo creísteis? —preguntó una voz.

Cnán y varios más volvieron la cabeza para identificar su origen. Era Roger, el normando que había llegado desde Sicilia con Percival.

—Cuando os estabais entrenando en la plaza de la catedral, ¿creíais que Onghwe cumpliría su palabra? —Su tono era de escepticismo. Estaba molesto por cómo había hablado Illarion.

De entrada, Illarion se indignó, pero luego apartó la mirada y le dio la razón.

—Por supuesto que me hice esa pregunta cada día —dijo—, pero ¿qué alternativa teníamos?

—Exacto —dijo Roger—. ¿Y tenéis en cuenta que durante esos meses de demora no solo los mongoles maniobran ejércitos y preparan líneas de suministro?

—¡Qué más quisiéramos que fuera así! —gritó Taran—. Pero no encontraréis en la cristiandad la unidad de objetivos de los mongoles. Federico y el Papa están en guerra por la península itálica. No les importa en absoluto lo que suceda más al norte.

—De todos modos, es mejor que nos ataquen más tarde que ahora —comentó Roger.

—No si el resultado ya está escrito —dijo Raphael—. Parece que nada detendrá a

esos kanes salvo las olas del océano occidental lamiendo los cascos de sus ponis.

Y aquí la conversación se fragmentó en al menos media docena de grupos de tres o cuatro hombres dedicados a discutir un detalle u otro. Pero, hasta donde Cnán pudo entender, todo lo que hicieron fue encontrar nuevas formas de expresar su acuerdo sobre el carácter desesperado de la situación.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Feronantus haciendo callar a toda la mesa. Su mirada vagó a su alrededor hasta que se encontró con la de Cnán—. Sabemos muy poco de ellos. Solo tú, Vaetha, te has adentrado en los territorios orientales de donde vinieron los mongoles. Al principio solo había uno: Gengis, el grande. Ahora hay varios: su hijo Ogodei en el centro; Onghwe, hijo de Ogodei; su sobrino Batu, y otros, supongo, cuyos nombres ignoro. ¿Cómo coordinan sus movimientos? ¿Cómo puede Ogodei controlar a subordinados que están a miles de leguas de distancia?

Cnán estaba impresionada por lo mucho que había llegado a saber Feronantus. Otras unificadoras podían haberle traído mensajes antes que ella, pero lo más probable era que él hubiese recabado información de los comerciantes o cautivos enviados al emperador romano Federico; tal vez los enviados de esos pobres bastardos que eran los ismailíes. Estos, restos ruinosos de los *hassasins* que habían sido la pesadilla de Saladino, de los califas y de los seleúcidas por igual, también habían contratado los servicios de las unificadoras para que los guiaran hacia el oeste.

—Podría tardar días en dar respuesta a todas vuestras preguntas —observó Cnán. A fin de cuentas quizá tuviera información que ellos necesitaban, información que podría servir a los propósitos de las unificadoras y también de la Skjaldbraedur.

—¿No hay otra cosa en la cabeza de esos kanes —preguntó Feronantus— que seguir conquistando tierras hasta que, como dijo Raphael, el océano lama los cascos de sus ponis?

—Disponen de gran libertad de acción, como debe de ser evidente para ti —respondió Cnán—, pero obedecen órdenes del poder central y compiten entre ellos.

—¿Qué clase de competición merecedora de tal nombre puede darse entre un kan y otro que está al otro lado del mundo? Sus dominios parecen claramente delimitados; nunca se ha visto a dos kanes intentando conquistar el mismo lugar.

—No lo has entendido —dijo Cnán—. Cuando hablo de competición no quiero decir que compitan por el mismo botín. Para un hombre tan rico y poderoso solo hay un premio que siga mereciendo la pena: convertirse en el próximo *kagan*, el kan de kanes.

Se hizo el silencio en toda la mesa mientras pensaban en ello.

—Los conocimientos de esta mensajera no nos aportan nada importante —protestó alguien—. ¿De qué nos sirve saber que hay varios kanes soñando con suceder a Ogodei a su muerte?

—Me gustaría oír más cosas —replicó Feronantus—. ¿Cómo se elige al *kagan*?

¿Elige él a su sucesor o está determinado por alguna ley sucesoria? Y, si hay algún procedimiento de ese tipo, ¿lo respetan o ignoran su dictado y luchan entre ellos?

—El *kagan* hace público el nombre de su sucesor y, a su muerte, el *kuriltai* lo ratifica.

—¿Y qué es eso? ¿Alguna clase de sumo sacerdote?

—No tienen sacerdotes como los que conocéis —negó Cnán—, y mucho menos una clase superior de ellos. El *kuriltai* es un alto consejo de kanes. Se reúne en un lugar para decidir sobre algún asunto importante, en este caso la identidad del próximo *kagan*.

—¿Y se reúne el *kuriltai* regularmente en fechas determinadas?

—No. Se reúne por voluntad del *kagan*.

Feronantus parecía frustrado.

—Entonces, ¿no podemos predecir cuándo será la próxima reunión?

—No.

—Perdón, pero tengo una pregunta —dijo una voz nueva. Era Yasper, el holandés que Cnán había visto bebiendo con Raphael el día de su llegada. No era miembro de la Hermandad del Escudo, pero era respetado porque era una especie de alquimista.

Feronantus asintió y Yasper continuó.

—Dices que el *kuriltai* ratifica el sucesor de ese *kagan*, el kan de kanes.

—Sí.

—Pero también has dicho que él es el único que puede convocar el *kuriltai*.

—Sí.

—¿Ves la contradicción?

A Cnán se le escapó una sonrisa.

—Hay otra regla que olvidé mencionar —admitió—. A la muerte del *kagan* se convoca de inmediato un *kuriltai*.

Yasper asintió, satisfecho con la respuesta, y con eso el asunto parecía liquidado para todos, menos para Feronantus. Tras pensarlo un poco más, levantó una mano para acallar a la persona que intentaba hablar a continuación.

—¿Y la convocatoria de un *kuriltai* implica que todos los kanes deben ir sin demora al mismo lugar?

—Eso es un *kuriltai*.

—¿Y se puede convocar en cualquier lugar o...?

—Impensable —dijo Cnán—. Sienten una reverencia supersticiosa por algunos lugares mágicos de su tierra. Solo en esos lugares se puede convocar un *kuriltai*.

—Entonces estás diciéndome —dijo Feronantus, que ahora la miraba fijamente de una manera que le producía cierta incomodidad— que si Ogodei, el kan de kanes, muriera, todos los demás kanes (Onghwe, aquí en Legnica, y Batu en Hungría, y todos los demás, dondequiera que estén) ¿tendrían que dejar todo lo que estuvieran

haciendo de inmediato para viajar de vuelta a Mongolia?

—Es correcto —respondió Cnán sin saber bien por qué Feronantus parecía tan fascinado por aquella hipotética observancia de las leyes tribales mongolas—. Si quisieran convertirse en *kagan*. Y todos quieren.

De repente, Feronantus parecía enormemente aliviado. Sus ojos se iluminaron y se cogió las manos por delante de las rodillas. Recorrió la habitación con la mirada buscando a sus mejores tácticos: Raphael, Finn, Rædwulf y Taran.

—Si es así, ¡nuestro camino es completamente obvio! —proclamó—. Ya no seremos uno sino dos. Dividiremos nuestro grupo y nuestros esfuerzos, y enseñaremos a esos jinetes del diablo a respetar el pomo tanto como la hoja.

El silencio que se hizo en la sala y las expresiones de todos, que se habían quedado con la mirada clavada en él, dejaron claro que Cnán no era la única que no conseguía captar su plan. Feronantus levantó las manos, exasperado por la incapacidad de todos de ver lo que para él era evidente.

—Algunos lucharán en el circo. Eso nos dará cobertura y diversión.

Cnán se quedó boquiabierta, pero inmediatamente volvió la vista hacia Haakon, que parecía ajeno a todo. Volvió a sentirse enferma, como si mirara las tenazas ensangrentadas de Raphael o estuviera oliendo la podredumbre que rodeaba Legnica.

Supo que Feronantus acababa de sellar el destino del joven vikingo: Haakon moriría el primero, junto con sus hermanos más jóvenes e inexpertos. La orden estaba a punto de arrojar a sus niños desde las murallas.

El Kinyen seguía en silencio esperando a que Feronantus explicase la otra mitad de su plan.

—Y los demás —dijo Feronantus— cabalgarán hacia el este, más allá de la tierra de las calaveras, hasta la tierra sagrada de los mongoles, y encontrarán al *kagan*. Y lo matarán.



EN EL JARDÍN

—**E**n el campo de batalla, ¿quién tiene el poder?

El tono de Lian indicaba que ella sabía la respuesta a esa pregunta. Gansuj encontraba irritante esa costumbre, pero sabía que, si no contestaba, ella se limitaría a repetir la pregunta. La construiría de otra manera o parecería ignorar su falta de respuesta durante un momento y luego volvería súbitamente a la pregunta. Era como un tábano: siempre fuera de su alcance, zumbando y picando sin cesar, sin posarse dos veces en la misma zona de su carne.

—El general —respondió él mientras la espantaba con un manotazo dentro de su mente—. Él hace los planes para la batalla y da la orden de ejecutarlos.

Lian asintió. El sol de media mañana la enmarcaba y daba a su cabello un tinte rojizo. Era la tercera vez que se encontraban en los jardines del este. A Gansuj le gustaba mucho más estar allí, en el exterior, que en la tumba que era su habitación. Podía ver el cielo.

Solo cuando no podía ver la inacabable extensión de cielo azul se daba cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. El cielo no era lo mismo que una espada o un caballo, ni siquiera igual que los demás hombres de la tribu que habían conseguido sobrevivir al asedio en Kozelsk. Todo aquello eran elementos que cambiaban en la vida de un mongol: las espadas se romperían o se perderían, los caballos caerían en una batalla o se harían demasiado viejos para cargar con un guerrero, los amigos y camaradas también morirían. Todo ello formaba parte del ciclo de la vida bajo el inacabable cielo azul y, a lo largo de ese ciclo, el cielo nunca cambiaba. Siempre estaba ahí.

«Hasta que dejaba de estar».

Odiaba dormir en una cama. Siempre estaba dolorido por las mañanas. Los músculos de la zona lumbar y de los hombros estaban contraídos de una manera que le resultaba incomprensible. Una vez había pasado una semana sobre la silla (cabalgando, durmiendo, peleando, orinando, comiendo) y al final de la semana no se había sentido tan rígido como después de una sola noche en esa cama.

—Y aquí, en Karakórum... —Lian hizo una pausa hasta que estuvo segura de haber captado su atención—. ¿Quién tiene el poder?

—El *kagan*, por supuesto —dijo Gansuj con un murmullo.

El jardín del este se había convertido en el refugio de Gansuj, y al ver cómo las

primeras lecciones lo habían dejado aún más confuso y frustrado, insistió en continuar en el exterior. Los jardines no eran como la estepa abierta, pero había un poco de espacio para pasear, suficiente para no sentirse casi como si estuviera en una jaula.

El jardín era enorme; se extendía desde la muralla norte y los espacios privados del *kagan*, siguiendo la muralla este, hasta la puerta. Había varios senderos, caminos de piedras de río que seguían recorridos tortuosos a través de una serie sin fin de huertos y glorietas arboladas. Una tarde en que Gansuj intentó contar los diferentes tipos de árboles, abandonó la tarea después de varias docenas. Si llevaron árboles desde distintos lugares del imperio del *kagan*, entonces debía de ser mucho más grande de lo que Gansuj podía llegar a imaginar. Y las flores: trazos de color en arriates elevados, flores diminutas alineadas como perlas en enredaderas que se abrazaban a los troncos desnudos de los árboles, esbeltos tallos que sostenían flores semejantes a pájaros de color encendido, y largas cañas que se alzaban por encima de su cabeza y lo miraban desde arriba con sus caras moteadas.

En el centro del jardín había un largo estanque. Peces de colores tan vivos como los de las flores nadaban con parsimonia en el agua cristalina. Gordos e indolentes, no temían a los depredadores. No en el jardín del *kagan*. Alrededor del estanque había varios bancos de piedra tallada con formas de animales y flores. Era raro que Gansuj se sentara.

—Sí, por supuesto, el *kagan* tiene poder. —Lian chasqueó los dedos. La respuesta de Gansuj era una obviedad sin interés alguno para su lección—. ¿Quién más?

Gansuj se sonrojó. Podía mantener su posición sin perder la concentración frente a la carga de un enemigo, pero aquella pequeña mujer, con su lengua y sus ademanes despectivos (y tratándolo como si fuera un niño confundido) le alteraba los nervios con mucha facilidad. Mantuvo la boca cerrada. A veces era mejor callar que llenar un vacío sin acierto. Hasta eso había aprendido, a su pesar.

Lian volvió a su primera pregunta, pero con un cambio.

—¿Quién, además del general, tiene poder en el campo de batalla?

Gansuj resopló. Lian lo miró fijamente y él sintió que sus mejillas volvían a sonrojarse. Le había dado una respuesta adecuada, pero había algo que se le pasaba por alto, alguna sutileza de aquel juego que él no alcanzaba a captar. «¿Qué conexión había entre el campo de batalla y el equilibrio de poder en la corte?».

Ella se había aplicado color en los pómulos y un poco alrededor de los ojos, un azul turquesa que hacía juego con las cenefas de flores que adornaban los bordes de su chaqueta: el cuello, los puños y los delanteros.

—¿Ejecutan ciegamente los capitanes las órdenes del general? —preguntó Lian—. ¿O tal vez ofrecen algún consejo a su jefe?

La atención de Gansuj volvió a la cara de Lian.

—Durante la batalla —dijo— cumplimos sus órdenes sin cuestionarlas.

—Sí, territorio familiar.

Cuando ella asintió, Gansuj continuó su respuesta.

—Pero antes de la batalla, el general suele consultar a sus capitanes.

Lian sonrió, y él, animado por esa señal de aliento, se lanzó.

—Por ejemplo, antes del sitio de Kozelsk, el general Batu me preguntó...

—Por favor. —La sonrisa de Lian se esfumó—. No más historias de guerras. — Cruzó los brazos y sus manos desaparecieron dentro de las amplias mangas de su chaqueta. El gesto la transformó en una señora severa, una institutriz disgustada por la falta de atención de su pupilo—. El maestro Chucai no me ha pedido que sea una cándida acompañante que escuche con arrobo tus historias de guerrero fanfarrón.

Con un gruñido profundo en la garganta, Gansuj se deshizo de la tensión causada por la interrupción. Obligó a sus pulmones a trabajar más despacio. No estaba en el campo de batalla, sino en la corte, y si se hubiera criado allí aquella educación le resultaría más fácil, pero no era así. Había nacido en un pequeño campamento (unas docenas de familias que pasaban el invierno en la ladera occidental de una montaña) y su única educación había consistido en el uso de sus manos y de su mente para sobrevivir. Sabía cazar, pelear y matar. Quería demostrárselo a Lian. Quería que ella viera que él no era un niño indefenso; imponía respeto a los otros hombres, que seguían sus órdenes sin preguntar.

«¿Por qué me escogió Chagatai?».

Lian no cejaba en su empeño.

—¿Quién más tiene poder en la corte? —preguntó para recordarle el tema de aquella... torturadora conversación.

Gansuj desvió la mirada y dejó que vagara por el jardín. No había escapatoria. Tenía que aprender aquellas lecciones; tenía que entender cómo se sobrevive en una corte. Si no...

Una ligera brisa rozó los árboles que flanqueaban el sendero al este del estanque. Estaban bien cuidados (Gansuj había contado más de diez jardineros que mantenían los jardines cuidados de manera impecable) y se movían al unísono cuando la brisa pasaba a través de sus ramas. Casi como soldados que se desplazaran en formación.

Gansuj vio la respuesta en una súbita inspiración.

—Aquellos que están cerca del *kagan* —dijo. Pero era algo más que proximidad física. En una batalla, un guerrero no tiene que preocuparse de lo que suceda a su izquierda o a su derecha, porque sabe que es parte de una formación. Sabe que está protegido por los que lo rodean—. Es una cuestión de confianza —añadió mirando a Lian.

—Sí, muy bien. ¿Y quién está cerca del *kagan*?

—Sus generales.

—¿Y...?

—Sus consejeros militares.

—Además de su Estado Mayor, Gansuj, ¿quién puede influir en el *kagan*?

La satisfacción de Lian por la respuesta de Gansuj se desvanecía.

Él se concentró en la pregunta. «¿Quién más está?». Volvió a mirar los árboles. Una hilera ininterrumpida. Ramas entrelazadas. Tan fuerte como lo sea cada uno de los árboles. Así era como triunfaba un ejército, como sobrevivía en el campo de batalla. Cada hombre sabía cuál era su posición y la mantenía.

—¿Por qué no me dices sin más cuál es la respuesta que buscas? —estalló él—. Prometo que la recordaré.

Ella guardó silencio durante un minuto y Gansuj la miró furtivamente; la expresión de su rostro lo desconcertó. No estaba enfadada.

—Porque —dijo en un tono menos duro— si llegas a la respuesta por ti mismo es más probable que la recuerdes solo. Si observo cómo lanzas flechas, ¿me convertiré en mejor arquera?

Gansuj sonrió.

—Bien dicho —respondió riendo. Aunque volvió a la carga cuando advirtió instintivamente un punto débil en la coraza de su maestra—. Pero dame alguna pista.

Lian sacó las manos de las mangas y jugueteó con el cuello de su chaqueta.

—¿Tiene el general a su esposa a su lado en el campo de batalla? —preguntó.

Gansuj resopló.

—Por supuesto que no.

Lian se mantuvo callada, y Gansuj cayó en la cuenta.

—Pero el *kagan* tiene a todas sus esposas aquí... ¡Y pasan más tiempo con él que cualquier general o consejero!

Lian levantó la mano hacia el templo y su cuerpo se agitó como si fuera a derrumbarse.

—¡Por los espíritus ancestrales, creí que íbamos a pasar toda la mañana aquí!

Gansuj rió con más ganas esta vez.

—No me importaría —dijo, sin ser del todo cierto.

Pero la broma de Lian simulando un desmayo había hecho desaparecer su semblante glacial y, ante la mirada directa de Gansuj, se sonrojó. El color en sus mejillas la hacía más hermosa.

—Gansuj —dijo, volviéndose y caminando con lentitud hacia uno de los bancos de piedra—, debes aprender quién tiene influencia sobre el *kagan* y algo igual de importante: qué hacen para conseguir esa influencia.

—¿Qué quieres decir? —La siguió, consciente de que era eso lo que se suponía que debía hacer.

—¿Cómo se ganan los capitanes el respeto de su general en el campo de batalla?

—Cumplimos sus órdenes con éxito. Ganamos batallas y volvemos con las cabezas de nuestros enemigos. —Gansuj clavó con energía una estaca imaginaria en el suelo entre ambos.

Lian se estremeció.

—Encantador —dijo. El rubor se había ido de su rostro—. En la corte no necesitas traer... trofeos... para conseguir ganarte el favor de alguien. Hay maneras más sutiles.

Gansuj reflexionó sobre cómo se había vuelto a perder durante algunos segundos y luego asintió.

—Sí, ya lo veo. Sexo, comida, bebida, diversión. —Empezó a contar con los dedos—. Información, consejo: cómo tratar con los chinos, cómo responder a las cuestiones de la corte...

Se quedó mirando sus dedos extendidos, y cuando Lian le pidió que continuase ni siquiera advirtió el entusiasmo en su voz. Ya había llegado a siete, más que los dedos que tenía en una mano. Sacudió la cabeza.

—Demasiadas cosas —dijo—. Es demasiado complicado, hay demasiadas personas influyentes. —Cerró la mano y asintió con aire sombrío mientras lo miraba. «Eso sí lo entiendo».

La mujer le tocó el puño y él dio un ligero respingo. Tenía la impresión de que ella estaba más lejos y su súbita proximidad lo sobresaltó. Lian tomó su mano entre las suyas y, apretándolos con suavidad, consiguió que sus dedos se relajaran.

—Hay varias clases de campos de batalla —dijo en voz baja. Un largo mechón de su cabello caía sobre su cara y Gansuj deseó apartarlo, pero su mano no quería moverse—. En algunos no puedes ver al enemigo tan bien como él te ve a ti. —Ella levantó un poco la cabeza y lo miró a través del mechón de pelo descarriado—. ¿No es cierto?

Gansuj asintió. Ella seguía sujetando su mano, aguantando su peso con sus dedos.

—¿Y no te sirves de tácticas diferentes para esas batallas diferentes? —Lian se encogió de hombros y aflojó varios dedos—. ¿En alguna de ellas es la fuerza bruta la mejor manera de vencer? —Aflojó todos los dedos y la mano de Gansuj cayó, súbitamente pesada.

Ella sonrió y él se puso tenso y se cogió la muñeca derecha con la mano izquierda.

—Todo el mundo puede ver venir un puño, Gansuj —murmuró ella mientras se apartaba unos pasos y se sentaba en el banco—. Debes aprender a ocultar mejor tus intenciones. Utiliza lo que te rodea en tu provecho. ¿Qué clase de guerrero es uno que cabalga al descubierto blandiendo la espada?

—Uno muerto —dijo Gansuj. Dejó caer la mano a un costado. Sus músculos de la zona lumbar, los que estaban más rígidos después de una noche en la cama,

empezaban a contraerse. Se dejó caer en el banco al lado de Lian—. Sí —asintió—, es una buena manera de pensar en ello, Lian. —Sus hombros cayeron.

—La última lección de esta mañana —dijo Lian, y Gansuj dejó escapar inconscientemente un hondo suspiro—. ¿Tiene el general capitanes favoritos?

—¿Favoritos? —repitió Gansuj. Era una palabra extraña para utilizarla en relación con el mando en un campo de batalla, e intentó entender por qué la había usado—. Hay capitanes en los que confía más que en otros...

—Y esos capitanes, ¿intentan dejar a los otros capitanes en mal lugar ante los ojos del general?

Gansuj la miró. El banco no era muy ancho y podía oler su perfume, un aroma aún más fragante que el de las flores que los rodeaban. Estaba incómodamente cerca.

—Nos ganamos el respeto de nuestros generales venciendo en las batallas —dijo él después de respirar hondo—. No nos dedicamos a intentar hacer quedar mal a otros capitanes. No tenemos tiempo para esa clase de juegos y si nos dedicáramos a ellos no nos concentraríamos en mantener vivos a nuestros hombres. Si otros capitanes fracasan en la batalla lo hacen por sí mismos. Eso ya es quedar suficientemente mal.

Lian dio una palmadita.

—Eso es. ¿Ves ahora la diferencia? —Cuando Gansuj negó con la cabeza ella continuó, olvidando por un momento su renuencia a darle las respuestas—. Tu general te da órdenes y te trata con respeto porque sabe que eres un hombre capaz, que ejecutarás sus órdenes bien y, al hacerlo, conseguirás que pueda ganar la batalla. Si no fuera así no te daría esas órdenes.

Lian dejó que su mano descansara sobre el antebrazo de Gansuj.

—Pero aquí, en la corte, no hay órdenes que acatar, no hay batalla que ganar por el honor del *kagan*. Así que ¿cómo sabe él que eres un comandante meritorio?

Gansuj estaba muy quieto, como si la mano de Lian fuera un pájaro al que no quería espantar. Asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Tendría que decírselo yo —contestó.

—En algunos aspectos, el campo de batalla es más civilizado que la corte —dijo Lian con cierta melancolía—. Un hombre vale tanto como la gloria que sus actos consiguen para su general. —Su tono se endureció—. Aquí, el valor de un hombre se calcula a partir de lo que dice y de lo que los demás dicen de él.

Lian retiró la mano y la colocó en su regazo. Dirigió su atención a la inmóvil superficie del estante.

—Es posible que ya te hayas ganado enemistades, Gansuj —dijo en voz baja con una nota de advertencia.

Gansuj reconoció con un gruñido la certeza de su afirmación.

Algo pasó rápidamente por el semblante de Lian, una tensión en la boca y los ojos. Lo disimuló bien, y si él hubiera estado mirándola, no lo habría advertido.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella—. ¿Quién?

«Ella ya lo sabe» —pensó Gansuj.

—Munojoi —respondió, y supo que tenía razón, porque ella no mostró reacción alguna ante el nombre.

Esperó a que volviera la cabeza; quería ver qué le decían sus ojos. «Como en la caza de un ciervo —pensó—, la paciencia tiene su recompensa». Recordó cómo lo había mirado ella por encima del hombro aquella noche en el baño. Sabía que la estaba mirando y cruzó su mirada con la de él una última vez mientras se marchaba. «Mirará. Puedo esperar».

Lo hizo, antes de lo que él esperaba, y le guiñó un ojo cuando ella vio la sonrisa en su cara. Lian apartó la mirada rápidamente, pero no antes de que él captara un descuidado destello de emoción en sus ojos.

—¿Representas una amenaza para él? —preguntó Lian con la vista fija en el estanque, como si intentara ver bajo su plácida superficie.

Gansuj no encontró un motivo para responder a la pregunta, no cuando ella ya conocía la respuesta. «Esta vez no».

Lian cuadró los hombros y se recompuso.

—¿Cómo te vas a arreglar con él? —preguntó, de nuevo con el tono desafiante, presionándolo.

—Lo he estado evitando —respondió Gansuj—. No tengo motivos para provocar a ese hombre.

—No. —Lian se puso de pie y lo miró con desaprobación—. Eso es lo peor que puedes hacer.

Gansuj reaccionó como si le hubiera dado una bofetada.

—Basta —rugió—. No me hables de esa manera.

Era el turno de Lian, y se sentó rápidamente rozando con su hombro el brazo de Gansuj. Volvió a cruzar los brazos con las manos escondidas en las mangas, pero esta vez el gesto fue sumiso en lugar de dominante.

—Lo... Lo siento. He... No quería faltarte al respeto.

—¿Por qué lo has hecho? —La pregunta salió de él con más dureza de la pretendida.

—Gansuj, Munojoi tiene mucha influencia sobre el *kagan* y no es solo porque esté al mando de un *iaghun* de la *torquud*. Se ha convertido en un camarada respetado. Si evitas al *kagan* cuando Munojoi está con él, estarás dándole muchas oportunidades de criticarte cuando tú no puedes defenderte.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Gansuj, y sonrió al verla confusa—. Yo creía que solo podría recordar las lecciones si era capaz de llegar a las respuestas por mí mismo. ¿Estás preocupada por mí?

Lian resopló y negó con la cabeza. Cogió su mechón de pelo revoltoso y lo

devolvió a su lugar.

—Lo digo en serio —dijo—. No deberías tomarte a Munojoi a la ligera.

—No he dicho que sea así.

—Has dicho que lo has estado evitando.

—Lo he hecho, pero eso no es lo mismo que no considerarlo un enemigo.

—Ay, eres... —Lian se levantó como para marcharse y restregó su hombro contra Gansuj al ponerse de pie—. Pronto te encontrarás fuera de las puertas, jinete, ya que eso parece ser lo que prefieres.

—Espera. —Gansuj se levantó y la sujetó con suavidad por un codo antes de que ella pudiese marcharse airadamente—. Espera, yo... Lo siento. Entiendo lo que estás intentando decirme, de verdad, y aprecio tu preocupación.

Lian titubeó, aunque la posición inclinada de su cuerpo decía que todavía se estaba marchando.

—Y tus consejos. —Soltó su brazo y volvió a sentarse.

Ella cedió, pero no volvió a unirse a él en el banco; su atención estaba en algo tras su hombro.

—Tu primera estrategia podría funcionar fuera de las puertas de la ciudad —dijo—, pero ahora necesitas organizar una estrategia mejor. Una que te mantenga cerca de tus enemigos. —Sus ojos lo miraron brevemente—. ¿Sí?

Él asintió y se volvió para mirar a su espalda.

Había alboroto cerca del límite sur del jardín. Parejas de hombres colocaban vallas que cortaban los senderos. Tras ellos, otros se estaban reuniendo (miembros de la corte, a juzgar por la variedad de vestimentas de colores).

—Tienes que estar al tanto de todas las ocasiones en que Ogodei Kan y Munojoi estén juntos y asegurarte de que tú también estés.

Gansuj se puso de pie de un salto.

—Muy bien. Entonces hemos terminado la lección.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué? —Lian lo miró confundida sin entender su repentina reacción.

—El maestro Chucai me ha invitado a una cacería de ciervos con el *kagan* y Munojoi esta tarde. Le he dicho que no podría ir porque tenía que dar clase contigo, pero...

Lian volvió a mirar hacia la multitud que se estaba reuniendo y lo cogió por el brazo.

—Una cacería —dijo—. Sí, esa sería una ocasión excelente para impresionar al *kagan*.

—Tendré que prepararme. Necesitaré mi arco —dijo Gansuj.

Ella empezó a caminar hacia el edificio principal, donde estaba su pequeña habitación.

—Bien —dijo mirando por encima del hombro—. Después me tocará a mí.

—¿Te tocará? ¿Hacer qué? —preguntó Gansuj mientras se apresuraba a alcanzarla.

—Podemos volver a encontrarnos aquí antes del anochecer. Podrás contarme cómo ha ido la cacería. —Dejó que una sonrisa aflorara a sus labios—. Si tus esfuerzos dan fruto, entonces...

Gansuj no se lanzó al vacío que dejaron sus palabras. La dejó ir delante mirándola caminar; se hacía una idea bastante clara de lo que estaba sugiriendo.



COMIENZA EL VIAJE

«Y los demás cabalgarán hacia el este, más allá de la tierra de las calaveras, hasta la tierra sagrada de los mongoles, y encontrarán al *kagan*. Y lo matarán».

Las palabras de Feronantus habían sido suficientemente claras, en latín bien construido y sin ambigüedades, pero en el largo silencio que llenó la sala después de que Feronantus hablara, Cnán llegó a dudar de haberlas oído bien. Esas palabras describían una evidente imposibilidad. Era una afirmación que solo podía haber escapado de los labios de un hombre trastornado. Y a pesar de ello, cuando observó los rostros de los miembros de la *Skjaldbraëður* reunidos para el *Kinyen*, no apreció ninguna de las reacciones que le habrían parecido apropiadas. Sí un cierto asombro, desde luego. Pero nadie miraba a Feronantus como si estuviera enajenado.

«De verdad están pensando en ello». Estaba en una sala llena de dementes.

Cnán no estaba acostumbrada a quedarse callada. Como Feronantus y los demás habían ido advirtiendo desde su llegada a la casa capitular, decía las cosas como las pensaba. Pero, esa vez, algo en la enormidad de aquella locura la había dejado sin habla durante un rato.

—Muy bien —dijo el llamado Taran (el gran guerrero irlandés) como si Feronantus hubiera propuesto que bajasen a la taberna por una pinta de cerveza—. Pero ¿supones que deberíamos esperar varios días hasta que pueda llegar alguno del resto de nuestros hermanos? El hermano Andreas, por ejemplo. Su lanza sería una buena compañía en una salida a cazar kanes. Además, sabe cocinar y no ronca como el hermano Eleazar.

Eleazar era un español que acababa de llegar el día anterior. Tras esperar a que se apagaran las risas, dijo con gran dignidad:

—Lo cual no te reportará una mejora, porque estaré contigo igualmente y roncaré tanto como me plazca.

—Seré yo quien decida quién debe o no debe unirse a la partida de caza —dijo Feronantus con amabilidad, y Eleazar respondió de inmediato con una reverencia con la que se sometía a su autoridad.

Cnán había recuperado por fin el habla.

—¿Lo llamáis partida de caza? ¿Como si fuerais a salir en busca de un conejo para el estofado de la noche?

Todas las cabezas se volvieron hacia ella. Muchos parecían sorprendidos de que

hubiera encontrado algo irregular en la conversación.

—Estáis hablando del hombre más poderoso de la historia del mundo —dijo—. Comparado con él, Julio César fue un gobernador local con algunos logros de poca envergadura.

—Pero si colocamos dos pulgadas de acero en su interior, morirá —señaló Roger, rápido y mordaz. Estaba inspeccionando minuciosamente, aunque con aire distraído, una de sus dagas.

—Pero tu acero está aquí —dijo ella dando una palmada en la mesa—, y para colocarlo allí tendrás que hacer un viaje de dos mil leguas y matar a diez mil guardias escogidos.

—Los guardias escogidos siempre decepcionan —manifestó Raphael.

—Diez mil de ellos —dijo Roger—, significa diez mil ocasiones para la confusión.

—¡No lo entendéis! —insistió ella—. ¡No tenéis la menor idea de lo que estáis diciendo!

—No vinimos hasta aquí con esperanzas de sobrevivir —dijo Percival. No habló con presunción ni con desprecio, sino como alguien que explica un malentendido sin importancia a un anciano de la familia—. Morir en alguna empresa justa es preferible a morir para divertir a un kan disoluto.

—No se trata solo de un suicidio —aseguró Cnán—, sino de un suicidio inmediato e inútil. No llegaréis ni a diez millas. —De inmediato se dio cuenta del fallo de su afirmación.

Y también Illarion.

—Habéis hecho un viaje mucho más largo que eso para recogerme —le recordó—, y otro tanto para regresar. Puedo guiaros hasta el interior de la Rus.

—De lo que solía ser la Rus —gruñó Cnán—. Ahora pertenece a los dominios del gran kan. Cuatro quintas partes de los cuales quedan más allá del horizonte. ¿Cómo vais a encontrar el camino a través de esa extensión?

—Ese —dijo Feronantus con suavidad— es tu trabajo, Vaetha. O como te llames.

Eso la mantuvo en silencio el tiempo suficiente para que ellos continuasen planeando su expedición. Se mencionaron los nombres de varios caballeros que, como Andreas, aún no habían llegado, pero cuya presencia se agradecería.

Feronantus acabó con esa discusión con un gesto de la mano.

—No —dijo—, partiremos esta noche. Escogeremos a los que formarán el grupo entre los que estamos alrededor de esta mesa.

Se alzaron manos para plantear algunas amables objeciones, pero Feronantus se mantuvo firme.

—Si esperamos tres días a que llegue Andreas, él no estará aquí antes de cinco, y entonces mencionará a alguien que va a llegar cuatro días después y que será mejor

aún. Perderemos el *Vor*.

Cnán no tenía ni idea de qué era el *Vor*, pero al parecer era un argumento de peso para todos. Alguna clase de término incomprensible de su *oplomach*, que era como llamaban a sus técnicas de combate.

En los pocos días que había pasado como invitada de la Ordo Militum Vindicis Intactae había aprendido todo lo que había podido sobre aquel tal Feronantus (menos, al parecer, lo más importante de todo: que no tenía la cabeza en su sitio).

Se había enterado de que había alcanzado un grado muy alto en la orden, lo cual quería decir que si se mantenía vivo y no cometía errores probablemente acabaría presidiendo el mismísimo Petraathen algún día. Como preparación para tal honor lo habían enviado a dirigir Týrshammar, el templo, fortaleza y monasterio que habían mantenido en el mar del Norte durante los últimos novecientos años, más o menos (una rama del más antiguo lugar de Petraathen y, por tradición, un lugar donde se preparaba a los futuros dirigentes de la orden).

Fuera por accidente o ex profeso, los mongoles habían flanqueado Petraathen por el norte y el sur. El grupo del sur, a cargo de Batu Kan, había invadido Hungría y había derrotado a la mayoría de los ejércitos de la cristiandad en un lugar llamado Mohi. El grupo del norte, a cargo de Onghwe, había llegado hasta ahí y había derrotado al resto. Entre los estudiosos de los kanes se creía que Batu era el más importante y que el brazo sur del avance era, por lo tanto, el real, y que los esfuerzos de Onghwe eran más una diversión que otra cosa. En consecuencia, la mayoría de los miembros de la Ordo Militum Vindicis Intactae que estaban en Petraathen habían ido hacia el sur, a Hungría, y los que habían sobrevivido a la batalla del río Sajó aún estaban allí. Cuando Onghwe envió su desafío a participar en el circo de espadas, la responsabilidad recayó por lo tanto sobre Feronantus, que salió de Týrshammar con Taran y Rædwulf y algunos más que estaban en la isla en ese momento.

—Iré hacia el este y no espero volver —dijo Feronantus—. El camino será largo. Tendremos que viajar ligeros de equipaje. Eso quiere decir que tendremos que alimentarnos cazando por el camino. Espero que Finn venga para compensar nuestras deficiencias como rastreadores.

Se lo tradujeron a Finn, que asintió con una gran sonrisa y dijo algo que fue traducido al latín como:

—Sí, siempre que compenséis las mías como guerrero.

—Rædwulf complementa a Finn en la caza, y necesitaremos la potencia de su arco para atravesar las corazas de los mongoles desde lejos —siguió Feronantus.

Cnán se sonrojó a su pesar al recordar cómo los dos habían seguido su rastro por el bosque. Sí, entre Finn y Rædwulf no habría ciervo desde allí hasta Mongolia que pudiera estar tranquilo.

—Illarion Illarionovich ya nos ha hecho el honor de ofrecerse como voluntario —

dijo Feronantus intercambiando una inclinación de cabeza con el ruteno—. Aunque tenemos poca esperanza de superar como jinetes a las hordas mongolas, necesitaremos al mejor jinete a nuestra disposición: Eleazar, *el Matamoros*.

El español parecía complacido. Istvan, el jinete húngaro, no tanto.

—Aunque mucho me gustaría creer que podremos completar el viaje sin enfermedades ni heridas, serán necesarios los servicios de un médico, y por ello reclamo la presencia de Raphael, que también podrá ayudarnos con la lengua de los sarracenos.

»Percival ya ha hablado de una manera que me indica hacia dónde lo guía su corazón, y por lo tanto lo convoco para esta misión. No me atrevería a separarlo de Roger, y por lo tanto Roger entrará en la lista, si es capaz de soportar nuestra compañía.

—Y si vosotros podéis soportar la mía —dijo Roger.

—Aunque, igual que Finn, no es miembro de nuestra orden, sino solo un respetado visitante de nuestro campamento, Yasper, con su conocimiento de los asuntos alquímicos, también puede sernos útil, y por ello lo invito a unirse a nosotros.

—¡Creí que nunca ibais a llegar a esto! —dijo Yasper. Aunque la verdad era que a Cnán le parecía más nervioso que cualquiera de los demás, lo cual solo la ponía de su parte, pues eso indicaba que era el menos loco de todos ellos.

—La verdad es que Taran debería quedarse aquí para ser el *oplo* de los jóvenes que tendrán que luchar en lugar de los que partan hacia el este. Pero de nada servirá con el corazón roto, y como dejarlo aquí le rompería el corazón, lo convoco para la misión. El hermano Rutger está más que preparado para ocupar su puesto aquí.

La variedad e intensidad de las emociones que habían pasado por el rostro de Taran durante el breve parlamento casi habían asustado a Cnán, pero él acabó sonrojado y a punto de llorar, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—Sí —murmuró—, Rutger hará un trabajo sobresaliente.

—Tenemos diez —dijo Feronantus—. Espero y ruego por que una que se hace llamar Vaetha sea la número doce. Lo cual implica que nos falta el undécimo. Cualquiera hombre entre los presentes sería adecuado. Pero no soy ajeno a la mirada de decepción, o quizá sería mejor decir de indignación, de Istvan, que yo creo que se considera tan buen jinete como Eleazar. Tal vez lo sea. Pero de lo que no hay duda es de que conoce las costumbres de los mongoles mejor que cualquier hombre del extremo oeste, y por lo tanto le ofrezco unirse a nuestra misión y compartir nuestro destino.

—Aceptado —exclamó Istvan incluso antes de que terminase la frase. Había estado balanceándose atrás y adelante sobre su silla como si fuera un caballo y en ese momento cabalgase sobre él hacia la batalla.

Todas las cabezas se volvieron otra vez hacia Cnán.

No había manera de encontrarle el sentido a todo aquello. Cabalgarían sin descanso y vivirían como animales salvajes durante nada menos que medio año para acabar muriendo cubiertos de flechas en una desierta estepa mongola. Pero ella reconocía al destino cuando lo veía, o más bien cuando él cerraba su mano alrededor de su garganta.

—Mi nombre es Cnán —dijo—, y como esa parece ser mi condena, en cuanto acabéis con todas vuestras palabras grandilocuentes y vuestros gestos pomposos, yo me levantaré de esta silla, daré la espalda al sol poniente, cuya calidez y belleza han sido mi único consuelo durante muchos meses de esfuerzo, y saldré volando hacia el sagrado umbral de la tienda del gran kan mientras quede algo de aliento en mis pulmones. Si vosotros once elegís seguirme, encontraréis que vuestro camino es más corto y más seguro, y yo incluso puedo llegar a alegrarme de vuestra compañía de vez en cuando. —No pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia los de Percival al pronunciar la última frase. Él, por fin, le prestaba atención.

Una hora más tarde estaban en el camino.

Feronantus volvió la vista hacia el claro con una expresión que Cnán no fue capaz de interpretar. Ella se mantuvo cerca del jefe de aquel grupo de dementes, con la esperanza de desentrañar sus motivos antes de que los condujese a todos a la muerte.

El claro, el viejo monasterio convertido en casa capitular (las tablas de madera medio podrida colocadas para formar mesas y bancos, la enseña de la orden que ahora ondeaba en un mástil fijado al borde accesible del tejado hundido), el cementerio con sus silenciosos muertos. Ahí se había convertido ella en miembro del grupo; ahí la habían admitido como a una igual (en su mayor parte). Había guiado a varios de ellos por las tierras muertas para encontrar a Illarion, incluido el sabio Raphael, con su semblante semita, y el joven Haakon, con su difícil búsqueda de cualquier manifestación de hombría que pudiera aportar; los había visto encajar el horror de Legnica y poner en fuga a los mongoles con un ingenioso truco que, de haber sido planeado, sin duda habría fracasado estrepitosamente.

Ahí observó al hermoso Percival, y deseó algo más, alguna otra cosa; intentando, como el patoso Haakon, encontrar la manera de llegar a un inalcanzable abrazo. Una compañía que nunca podría tener.

Había escuchado la historia de Illarion. Había asistido al entrenamiento de los caballeros y luego había visto a Feronantus trazar un plan condenado al fracaso. Un plan seguro para llevar a todos a la muerte. Y aun así, añoraría ese lugar. ¿Y Feronantus?

—¿Lamentas marcharte? —le preguntó.

Él lo negó con la cabeza y sonrió.

—Te gustaría conocer mis pensamientos.

—Envías a los jóvenes a la muerte —dijo Cnán—. Una maniobra de diversión para un viaje insensato. Me gustaría estar segura de que no estás loco.

—Ese bosque es un lugar salvaje que se siente más feliz sin nosotros. La casa capitular quedará en silencio. Los muertos dormirán mejor, sus huesos no volverán a temblar por la presencia de guerreros. Volverán los ciervos y no los cazarán gente como nosotros. El aire no resonará con el acero ni devolverá un eco con las voces agudas de los cachorros ni con las roncas de los viejos cazadores, todos ellos ávidos de sobras y de caza. Soplará el viento, los árboles susurrarán y ahora nosotros partimos para aliviar la carga de otros. Pero nosotros somos tu carga, Cnán.

Ella no consiguió entender todo lo que decía, pero igualmente la impresionó.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Eres una unificadora. Tú conectas a los que buscan, ¿verdad?

Ella hizo una mueca.

—Tus discursos pueden contagiar a los otros, pero no es tan fácil influirme.

—Locura, desesperación, visiones —dijo Feronantus—. Definen nuestras vidas y nuestros tiempos. ¿No dirías que eso es cierto, joven hoja?

—¿Qué quieres decir con «hoja»?

—La tuya no ha sido una vida fácil —respondió Feronantus—. Tú viajas como una hoja. Una hoja que creció sin un árbol.

El claro estaba ahora a sus espaldas, oculto por los árboles, y los caballos se tomaban con paciencia los largos y tortuosos senderos. Ella palmeó el cuello de su montura, agradecida por una vez de ir a caballo, porque eso la situaba casi cara a cara con Feronantus. Lo miró fijamente intentando entender qué quería decir.

—Nunca conociste a tu padre —continuó el caballero con la mirada enfocada más allá de Cnán, como dando a entender que ya sabía que eso era así.

—Tampoco lo conoció mi madre —puntualizó ella abruptamente.

—Eso es una sorpresa —dijo él después de un momento. El caballo de Cnán relinchó a algo que había en el camino. Ella le palmeó el cuello otra vez. Su pelaje estaba limpio, recién cepillado. El caballo estaba razonablemente alegre después de días de pastar; tenía la panza llena, así que estaba contento y limpio y no se preocupaba por ella, su carga.

—Ahora van a nacer muchos que no conocerán a sus padres —dijo ella en tono bajo—. La chica de las afueras de Legnica... la que atendía a Illarion y le llevaba pasta de sauce.

—Haakon dijo que querías que nos la lleváramos o quedarte para defenderla. Estaba impresionado por tu compasión.

—¿Se sorprenden los caballeros ante el deseo de salvar a doncellas?

Feronantus frunció el ceño.

—Si los deseos fueran ejércitos... —murmuró—. Somos pocos. La lanza que

vuela no puede socorrer a los polluelos que caen.

Cnán aún no se había enfriado. La cuestión estaba abierta. No iba a dejar escapar a ese hombre sin más cuando era él quien lo había sacado a colación.

—Si sobrevive a todos los hombres que se aprovechen de ella, dará a luz niños que no conocerán a sus padres. Vivirán en aldeas destrozadas donde esos bastardos de la guerra son evitados y golpeados e incluso acuchillados por bandas de jóvenes matones (esos que claman por la pureza de sangre), porque los ojos de los bastardos serán rasgados, su nariz estará aplastada sobre su cara y su piel será más oscura. Si a ella le queda la suficiente cordura para querer a un niño, no será capaz de protegerlo, porque el niño le recordará en todo a su enemigo, aunque sea su madre.

—Mmm... —Estaba claro que el viejo caballero encontraba molesta esa conversación—. Te gustó la casa capitular —dijo Feronantus después de un rato.

El caballo de Cnán volvió a relinchar, aunque el camino estaba despejado, y ella le palmeó otra vez el cuello con un poco más de fuerza, lo que al parecer le gustó.

—Disfruté de tener un respiro —dijo ella—. Mi madre me quería. Ella también era una hoja. Cuando podíamos encontrar un lugar a resguardo del viento, ella hacía un hogar para mí (en viejas casas y pueblos, en lugares de fantasmas e historias de muerte). Barría de los suelos los huesos, remendaba viejas paredes y arreglaba viejos muebles. Nunca me trasladó la culpa de mi padre; al contrario, me decía que las tierras salvajes y la guerra nos hacían más fuertes, que la mezcla de su sangre con la semilla de mi padre viviría en mí durante toda mi vida, el mal enfrentándose a su amor y... la tradición de las unificadoras. La tradición, decía, me protegerá contra cualquier fantasma que me siga en mis viajes. Porque los pecados de todos los padres, las muertes y las monstruosidades, crean fantasmas que persiguen a los niños. —Escupió—. No hay justicia. Tu dios cristiano mira a todos desde arriba y ve hasta el último gorrión, pero le dan igual los niños. Es un dios de los pájaros.

Feronantus soltó una risita ante la blasfemia.

—Los pájaros son más agradables.

—Solo si no los conoces —dijo Cnán—. Todos se enfrentan entre ellos y pelean por el grano y los bichos. Todos los pájaros son unos malnacidos. Pero son más bonitos. —Miró hacia arriba a través de los árboles, donde, curiosamente, no había pájaros ni se los oía—. Y alzan el vuelo muy deprisa. Todos desearemos haber nacido pájaros antes de que este viaje llegue a su fin.

—Entonces, ¿ahora te entiendo y me entiendes?

Ella sonrió con suficiencia.

—No había pronunciado tantas palabras en años. Tú aún no has dicho algo que merezca la pena.

—Esa chica no es como tu madre. Ni como tú.

—Ella nació cómoda y protegida. Quizá era la hija de un noble, venida al mundo

entre sedas, pieles y palabras amables, y con un fuego siempre encendido para alejar el frío, y gachas y tubérculos y pan y caza para mantener alejada el hambre. Su padre podría haberla querido. Su padre está muerto. Su madre está muerta. Pero no hay espectros que la persigan.

Feronantus parecía desconcertado.

—¿Por qué?

Cnán sacudió la cabeza. Sin querer, lo había arrastrado a la tierra del chismorreo. No tenía intención de revelar más historias secretas de sus hermanas de sangre.

—Bueno, comenzamos con belleza y verdor y hemos acabado en el páramo helado —dijo Feronantus—. Me has dicho tu nombre. Es para mí un honor saberlo, como también lo es conocerte. Espero que hablemos más de esto.

—Yo soy una hoja —dijo ella—. Tú eres una espada.

—Cierto —confirmó Feronantus—. Pero no somos tan diferentes a pesar de todo. A ella le salieron las palabras sin pensarlas y lo lamentó de inmediato.

—Vaya, ¿también tú eres un bastardo de la guerra?

El semblante de Feronantus se ensombreció, pero solo por un instante, y cuando miró a Cnán, por su mirada pasó un destello de recelo; luego volvió a sonreír. Era esa irritante sonrisa paternalista que tanto la fascinaba, aunque le hacía apretar los puños.

Entonces él miró a un lado, frenó su caballo y dejaron de cabalgar codo con codo.

Cnán siempre acababa produciendo ese efecto en quienes no eran sus hermanas de sangre, y también lo había hecho su madre, la hiriente lengua de la verdad. El valor de las unificadoras radicaba en los servicios y la información que ofrecían. Si no fuera por eso, nadie las soportaría.

—Tu caballo relincha porque le gusta tu estilo —dijo Feronantus—. Está empezando a fiarse de ti. Los caballos son así de cándidos. De todo el salvajismo de la guerra, lo que más lamento es la frustración y la agonía de los caballos.

—¿Más que las de los hombres? —preguntó Cnán por encima del hombro.

—Los hombres, al menos los caballeros y los demás que montan a caballo, tienen alguna esperanza de sacar provecho de la guerra. Los caballos llevan cargas y, si tienen suerte, les dan de comer, pero por lo general padecen y mueren.

—Los llevaremos más al norte, lejos de las rutas principales de los mongoles —dijo Cnán con un estremecimiento—. ¿Rezarás por el grupo que enviaste al circo?

—Lo haré.

—¿A un dios cristiano?

—Sí. A él.

—¿Y también a otros?

Feronantus frenó un poco más y animó a Cnán a encabezar la marcha. Luego dio media vuelta para conversar con Istvan, y ella ya no pudo oírlos. Cnán se adelantó al galope durante un rato; se dijo a sí misma que era para estar segura de que aquel

camino era el mismo por el que había ido días atrás, pero también era para estar sola. Y pensar.

Su estado de ánimo meditabundo no cambió mientras transcurría la puesta de sol como un incendio. El cielo se llenó de las pobladas colas de llameantes animales. Poco a poco los fuegos se fueron extinguiendo, se extendió la penumbra y se hizo de noche. Las estrellas seguían ahí, firmes y distantes contra fantasmales retazos de nubes.

Todo en esa tierra se estaba convirtiendo en mantillo. La consecuencia de la devastación era la aparición de un nuevo jardín. Pronto se desvanecería el rancio hedor de Legnica. Soplarían los vientos, caerían gruesos mantos de nieve, la tierra sería acallada con suavidad... y luego vendría la primavera, los muertos se desintegrarían y serían polvo, brotarían las flores. Los recaudadores de impuestos designados por los mongoles, probablemente supervivientes de antiguas familias nobles (las ovejas negras que nunca caían bien en los buenos tiempos), contratarían matones como acompañantes y plantarían sus mesas cuando los campesinos recogieran la nueva cosecha, los leñadores bajarían leña de los bosques para la reconstrucción y los hornos de alfarero serían reconstruidos con los viejos ladrillos derribados.

Ella pertenecía a una clase de hojas que volaban a través del territorio hasta que también ellas encontraban el anonimato del mantillo, pero siempre en tierras agrestes, nunca en jardines o campos de cultivo... Nunca como ayuda para el crecimiento de macizos de flores.

Se mantuvieron apartados de los caminos conocidos, y después de varios días se internaron en un denso bosque de grandes robles, robles suficientemente viejos para hacer renacer un profundo sentimiento de reverencia en Cnán y para mantener a los caballeros más callados de lo acostumbrado. Cnán recordó que aquellos árboles habían sido consagrados al dios eslavo de la guerra, Perún, ahora ahuyentado (o apaciguado) por el griego, Cristo. Los altos arcos de ramas verdes reducían la poca luz solar que conseguía atravesar las espesas nubes en movimiento hacia el este a unos pocos rayos plateados, y, cuando comenzaron las lluvias del verano, el continuo gotear desde las hojas dejó el suelo empantanado, y a los caballos, tristes.

Cnán observaba a los viajeros, cuando cabalgaban y cuando plantaban sus austeros campamentos en el bosque o en un campo. Estudió las relaciones entre los caballeros y su jefe, Feronantus, y observó de cerca a cada miembro del grupo, como le había enseñado su madre.

—Estudiamos a todos los hombres como lo haríamos con las bestias. Así los conocemos mejor y ellos no llegan a saber nada de nosotras —le dijo su madre—. Ninguno ha conocido a nuestra gente ni la conocerá jamás.

Los once viajeros le prestaban poca atención. Ahora parecían verla como a una molesta hermana pequeña o quizá como a un perro, si es que llegaban a pensar en ella. A ella le gustaba que la ignorasen, incluso Percival, que en cualquier caso nunca se había mostrado muy interesado.

Mientras cabalgaban entre los grandes robles, a una voz de Feronantus el grupo se desplegó treinta o cuarenta pasos y adoptó la forma aproximada de una W, de manera que cualquier enemigo con que se tropezaran pudiera ser rodeado simplemente con un movimiento de una de las alas.

A menudo, Cnán se separaba del grupo para reconocer, en busca de partidas de guerreros o de alguno de los restos perdidos, enloquecidos y violentos de los ejércitos desbandados, lo que pudiera haber desperdigado por aquella extensa y plana parcela del imperio del gran kan. También buscaba señales y marcas en clave dejadas por otros viajeros, especialmente por unificadoras. La primera vez, la habían guiado desde el este cuerdas anudadas y un conjunto de marcas. Cuando no lo hacían con nudos en cuerdas, las unificadoras dejaban mensajes enroscando ramas de arbolillos alrededor de otras más gruesas, haciendo marcas en la base de árboles grandes o atándoles tiras de tela hábilmente rasgadas y teñidas de marrón en lodazales. A veces, cuando se encontraba el esqueleto de un animal (o humano), era posible dejar mensajes en el aparente desorden de las costillas roídas. Marcas más grandes hechas en la tierra o con piedras solo podían ser distinguidas desde las copas de los árboles; y había otras que solo eran visibles en invierno.

Los viajeros de otras sociedades dejaban sus propias marcas en la vasta tierra. A lo largo de sus recorridos hacia el este y el oeste, viajando de niña con su madre y con otras unificadoras o sola, había advertido la presencia de largas hileras de círculos muy próximos marcados limpiando el suelo de hojas y hierba con un bastón. Las unificadoras no las entendían, y las líneas no podían durar más que unas pocas estaciones, pero siempre estaban ahí, como si se renovaran por arte de magia.

Entre todos, los viajeros de las diversas sociedades iban dejando sus itinerarios y sus mapas, donde aún nadie había abierto carreteras. Algunas de esas marcas habían sido mantenidas durante miles de años, no solo por gremios y sociedades de viajeros, sino también por recolectores y cazadores, en cierto modo aliados, pero que raramente se encontraban en persona.

El caballero que mejor entendía los lenguajes secretos de las piedras y los círculos era Istvan, el del semblante arisco y el enorme bigote. Cnán se encargó varias veces de observarlo cuando él también se alejaba del grupo en incursiones privadas, a pesar de la preocupación de Feronantus. Se mantenía a buena distancia y con cuidado de no ser visto, pero una vez encontró la manera de esconderse junto a un camino que suponía que iba a tomar el otro.

Istvan estaba sombrío; su expresión habitual era una mueca de concentración, o

una muñeca, sin más. Como muchos que habían sobrevivido al avance de la horda mongola, había visto demasiadas cosas que no podía borrar de su memoria.

En el décimo día de viaje, Istvan le preocupó aún más por dos motivos. Estaba claro que el caballero de Mohi acogido estaba menos interesado en viajar hacia el este con rapidez que en los antiguos campamentos, las viejas cabañas, las granjas abandonadas y las pocas aldeas que aún era posible encontrar escondidas en lo más profundo de los bosques. Varias veces se detuvo en aquellas rústicas y pobres comunidades y, sin temor a mostrar su verdadera identidad y su carácter, se había dedicado a hacer preguntas sobre los mongoles. Parecía entender muchos de los dialectos de la zona, ocasionalmente teutón y con más frecuencia variantes del ruteno, y a veces, en el interior de los bosques y en las montañas, una lengua muy semejante a su magiar nativo.

Istvan también parecía tener algo más que un conocimiento casual de los caminos que seguían los bienes, los esclavos y el dinero en los territorios conquistados; y sabía de los mongoles y sus aliados orientales mucho más que lo que había dejado ver en el campamento, donde solía mantenerse en silencio.

Cnán empezaba a darse cuenta de que el interés que Istvan mostraba por las viejas granjas no era solo una cuestión de táctica militar. Con frecuencia se detenía y desmontaba en pastizales abandonados ahogados por la hiedra y las enredaderas para apartar la vegetación y hundir los dedos en la tierra que había debajo.

Otra búsqueda de Istvan (y esta fascinaba a Cnán) era la de setas. A veces recogía las setas pequeñas que crecían en esos terrenos y las dejaba caer una a una, como si fueran monedas de oro, en una bolsa de tejido de lino muy suelto. Cnán llegó al convencimiento de que Istvan, en contraste con Raphael, que buscaba y conservaba muchas plantas medicinales, estaba siguiendo los casi invisibles petroglifos y grupos de árboles de los antiguos: adoradores de la diosa, órficos, profetas de la Tierra y del cielo (signos de los que Cnán, a decir verdad, sabía muy poco). No había visto actividad alguna de esa clase en toda su vida.

Pero las unificadoras sí sabían algo de las setas utilizadas por aquellos buscadores del éxtasis. En ocasiones, guías expertos las recogían en sus viajes y las entregaban a los templos y sacerdotes de toda la gran Asia, pero ella no estaba familiarizada con su uso en aquellos territorios y se preguntaba cómo y por qué Istvan había adquirido ese conocimiento.

Él evitaba las amanitas rojas y blancas, y no era para menos. Su uso a menudo acababa con la muerte. Los pequeños psilocibos y los botoncillos y algunas otras setas eran mucho más interesantes y complejos, o eso había oído Cnán.

Al decimoquinto día lo vio salir de un claro húmedo y cubierto de hierba. Se detuvo, abrió su bolsa e introdujo en su boca un botoncillo recién recogido con un gesto de poco agrado. Volvió a montar en su paciente caballo y se quedó sentado

durante un rato, sin moverse, pero mirando a izquierda y derecha, arriba y abajo, y luego tomó las riendas y clavó los talones en los ijares del animal. En su camino de regreso al grupo principal no hubo vacilaciones, pero se mantuvo inusualmente callado esa noche en el campamento y estuvo despierto y mirando las hojas mojadas mientras los demás dormían.

El rictus de su rostro desapareció, su bigote descendió hasta casi tocarle el pecho y parecía haber alcanzado un estado de notable paz interior.

Los botoncillos y los psilocibos llevaban consigo viejos demonios poco fiables. No eran aptos para los no iniciados y en ningún caso para quienes sufrían tanto como Istvan. A veces los demonios de las setas se hacían amigos de los demonios interiores de la gente y los apaciguaban, pero Cnán sospechaba que no era ese su motivo principal para recolectarlos.

En el Extremo Oriente, a veces los guerreros mascaban botoncillos para entrar en combate en un estado de furia asesina impasible y obstinada. Algunos lo llamaban «ponerse la piel del oso». Feronantus los habría llamado *berserkers*.

El decimotercer día, en una noche de luna llena y cielo estrellado, Cnán tropezó con una muestra del trabajo de Istvan. Se había alejado nueve verstas hacia el norte con la intención de volver al grupo esa noche. El bosque y el sotobosque eran suficientemente densos para obligarla a utilizar los caminos marcados. En uno de ellos, ya en pleno bosque, su avance se vio interrumpido por la presencia de una banda de tártaros que escoltaban a un hombre vestido con una chaqueta de la que colgaban bamboleándose muchas pieles de marta. Llevaba un casco negro brillante sin visera y sus rasgos eran más oscuros, casi de un negro azulado. Tenía la nariz larga y la barbilla fina, era guapo a su manera, y Cnán pensó que podría proceder del sureste, las tierras que quedaban detrás de las montañas más allá de Turfán, lugares templados y húmedos que Alejandro ya invadió muchísimos años antes y que seguían siendo atacados por los mongoles.

La presencia de aquel comerciante con las pieles colgadas la alarmó. Cnán se había esforzado en guiar a los caballeros por caminos apartados de las rutas principales para evitar enfrentamientos, para ir más rápido y para que pudieran reservar su fuerza para el objetivo principal, por insensato que fuera. Pero ahora eso quizá sería imposible.

Siguió a la silenciosa y ordenada banda y no tardó en entender a qué se dedicaba: a reunir pieles de los tramperos itinerantes. Las pieles eran la moneda común en aquellos lugares, y los mongoles habían comerciado con ellas durante muchos siglos. Las gentes de las rutas de las pieles a menudo utilizaban recortes de marta y visón como fianza de las reservas adicionales, como pagarés, pero más representativos y tangibles. Las pieles enteras sin curtir se ataban con cuerdas como pescados para secar y se colgaban de los lomos de los caballos de carga, se apilaban sobre ellos o,

como era el caso de ese comerciante, el propietario las llevaba cosidas a su chaqueta.

A la orilla de un pequeño lago, donde los viejos robledales habían dejado paso a los prados y a los jóvenes abedules, el comerciante y sus guardias se acercaron a una fina columna de humo, y allí, junto a una pequeña fogata, negociaron con el mayor de un pequeño grupo de tramperos (un hombre de piel oscura y arrugado que hablaba georgiano y eslavo, pero no mongol). No se separaban de él tres muchachos fuertes y muy morenos, que posiblemente serían sus hijos.

Después de escoger las mejores piezas, el sureño cubierto de pieles ordenó que algunos de sus bienes fueran retirados de los animales de carga y repartidos entre los tramperos (cecina de venado y algunas jarras de cerámica).

Luego hubo una ronda de brindis y el comerciante y su escolta se marcharon. Los tramperos no tardaron en estar felizmente borrachos y, con el crepúsculo, se acurrucaron junto a la orilla del lago y dejaron que el fuego se extinguiera.

Cnán esperaba poder seguir al comerciante hasta la puesta de sol, momento en que montaría un cobijo y dormiría hasta el amanecer. Pero antes de que llegara ese momento oyó desde su refugio en la hierba un único y terrible chillido. Luego, voces que se convertían en gritos y se apagaban una tras otra.

El comerciante de pieles y sus acompañantes también oyeron el alboroto. Mientras ella observaba desde su escondrijo, todos se apiñaron en el borde de un claro cubierto de hierba y hablaron en voz baja entre ellos. No tardaron en decidir que lo mejor sería marcharse; sin duda, seguros de que los bandidos andaban cerca.

Pero Cnán sospechaba que aquello no era cosa de bandidos. Volvió a ir al campamento de los tramperos y encontró a todo el grupo esparcido por la orilla del lago. Dos de los jóvenes estaban tirados en el suelo a cien pasos o más de las cenizas del fuego, cada uno de ellos al final de un largo rastro de sangre. A ambos los habían matado con flechas que después habían sido recuperadas, era de suponer que por el asesino que las había disparado. Más cerca del campamento, el tercer joven tenía una flecha clavada en el cráneo atravesándole el cuello, y estaba tan firmemente clavada que el propietario la había partido en dos en su furioso esfuerzo por liberarla. Su ensangrentada emplumadura estaba tirada en el suelo a un lado, y Cnán reconoció las plumas de oca gris que a Istvan le gustaba usar.

La muerte del mayor había sido rápida, un solo corte en la garganta que casi le había desprendido la cabeza, pero después le habían dado tajos y patadas y había miembros y pedazos de carne mezclados con los apestosos trozos de las jarras. Todo el campamento olía a la sangre del viejo y al dulce y espeso vino de Georgia.

«Abominable», pensó Cnán.

Reconoció las marcas de cascos del caballo que se había aproximado a la orilla del lago para beber mientras su amo acababa su sucio trabajo. Era el macho negro ruano de Istvan. Ese caballo y su jinete ahora iban hacia el noroeste, a la caza de los

comerciantes de pieles.



ASÍ CAZABA MI PADRE

El ciervo estaba enloquecido por el miedo y sus pezuñas levantaban terrones y bloques de hierba mientras intentaba escapar. Los caminos principales habían sido cerrados con vallas improvisadas, y la mayoría de los pasos estrechos entre los grupos de árboles y arbustos estaban protegidos por un soldado con lanza. Su piel de color marrón arena estaba moteada de rojo; varias veces había intentado escapar atravesando los arbustos y otras tantas lo habían hecho retroceder las puntas de metal de las lanzas. Ninguno de sus cortes era mortal; el privilegio de darle muerte estaba reservado para otros.

Se detuvo muy agitado en el centro del camino, con las pezuñas resbalando sobre las piedras. Movía sin parar las orejas ante el inusual ruido de la partida de caza. No eran precisamente silenciosos.

Una lluvia de saetas de ballesta cortó el aire alrededor del animal y una se hundió profundamente en su pata delantera derecha. Con un berrido de dolor, intentó saltar para alejarse, pero su pata derecha no respondió y se tambaleó. Se espantó por las risas y gritos que llegaron inmediatamente después de la lluvia de saetas.

Gansuj seguía al grupo de cazadores con el arco a un lado. Llevaba una flecha preparada, pero no tenía prisa por dispararla. Habían convertido el jardín en una arena y los nobles estaban cazando animales cautivos que soltaban en ese espacio cerrado. Cuando había visto a los hombres que colocaban las barreras, ya se había dado cuenta de en qué iba a consistir la caza, y a la vez su única preocupación era asegurarse de participar en ella. Ahora que ya estaba se daba cuenta de que no tenía estómago para aguantarlo. Eso no era una cacería, era una matanza.

Era desagradablemente consciente de que su actitud era la misma que había mantenido en la corte durante las últimas semanas: estaba en el límite del círculo interior de Ogodei y a la vez con un pie fuera. La advertencia de Lian no paraba de resonar en su cabeza: no serían solo sus actos lo que se juzgaría, también lo que los demás dijeran de él. Tenía que disimular bien su desaprobación antes de que alguien la advirtiera y fuera con ello al *kagan*.

—¡Fallaste! —gritó Ogodei a su compañero mientras corrían sin prisa hacia su presa.

Detrás de la pareja se esforzaba por mantener el paso un séquito de cortesanos rubicundos y jadeantes que corrían levantando los bajos de sus ropas. El *kagan*

sonreía encantado, ajeno a las salpicaduras de hierba y barro en su vestido de color azafrán dorado. Era evidente que disfrutaba con la cacería.

—Con el próximo disparo lo tengo —dijo Munojoi mientras aflojaba el paso para acabar de cargar su arma. Era una ballesta múltiple (un complicado ingenio con resortes y palancas) que a Gansuj le parecía más un engorro que otra cosa, pero era indiscutible que, una vez cargada, era un instrumento mortífero. Munojoi gruñó cuando acabó de montar la corredera y la levantó para disparar.

Munojoi llevaba el pelo cortado casi al rape, y eso, combinado con su rostro chupado, le daba una apariencia esquelética a pesar de la longitud juvenil de su barba. Era enjuto y musculoso, y sus brazos parecían cualquier cosa menos los de un cadáver. Una cicatriz pálida comenzaba detrás de su oreja izquierda y desaparecía bajo su ropa. No faltaban rumores acerca de cómo se la había hecho, pero a Gansuj no le importaba lo suficiente para molestarse en intentar adivinar cuál sería cierto. Todos los guerreros tenían historias para sus cicatrices, y la mayoría de ellas no eran más que cuentos.

Desde atrás, Gansuj observó cómo Munojoi se concentraba en el blanco. Ogodei aún jadeaba, pero el guardia de día estaba quieto como una roca y su pecho apenas se movía. Los músculos del cuello de Munojoi se tensaron cuando apretó el ancho disparador de la ballesta, y se inclinó para aguantar el retroceso cuando disparó las tres saetas.

El ciervo estaba volviéndose cuando lo alcanzaron las flechas y dos de ellas fueron a parar a su cuello y hombro. La tercera le acertó en un ojo y se incrustó en el cráneo del animal salpicando sangre y humores. Se le doblaron las patas delanteras y cayó sobre un macizo de peonías.

—Solo una de la docena de maravillosas máquinas de matar que han inventado los chinos. —Munojoi ofreció la ballesta a Ogodei con una gran sonrisa—. Listos, esos pequeños cabrones —dijo riendo mientras iba rápidamente hacia el ciervo caído.

La partida de caza se agrupó alrededor de Ogodei manifestando sonoramente su placer y su apoyo al ver el arma en sus manos. Gansuj ni siquiera se molestó en acercarse. Desde donde estaba podía ver bien todo.

Más allá del grupo de aduladores cortesanos y nobles, Munojoi estaba plantado sobre la cabeza del animal muerto y alzaba su espada. El sol se reflejó en la hoja y la convirtió en un destello plateado durante su descenso; la cabeza del ciervo quedó separada del cuerpo con un chasquido blando. Munojoi se arrodilló y levantó la cabeza por los cuernos, con la sangre resbalando por sus manos.

—Para el señor de todo cuanto hay bajo el cielo azul —dijo volviéndose hacia Ogodei—. Yo os ofrezco humildemente este trofeo.

—Quédatelo —dijo Ogodei—. Tengo trofeos mucho más impresionantes en mi colección. —Rió, hizo una seña a un criado para que le trajera otro odre de vino, que

cambió por la enorme ballesta, y dio un gran trago para acabar con su sed.

Ya estaban conduciendo otro ciervo hasta el jardín, que salió disparado en cuanto su encargado le retiró la cuerda del cuello. Se encaminó hacia el muro este hasta que se encontró con que en esa dirección no había escapatoria. Fue hacia la derecha, desapareció durante un instante tras un grupo de árboles y luego volvió a aparecer en la cima de un pequeño montículo próximo al límite sur del jardín. Aún estaba asustado, pero suficientemente lejos para que el atractivo de la hierba recortada que había bajo sus patas superara el miedo. Miró a su alrededor durante un momento y luego bajó la cabeza con cautela hacia la hierba.

Ogodei eructó y pareció advertir por primera vez la presencia de Gansuj.

—¿Qué te parece el nuevo juguete de mi guardia? —preguntó con un volumen lo bastante alto para que la atención de toda la partida de caza se desviara hacia Gansuj—. Es un arma impresionante, ¿verdad?

Gansuj hizo una inclinación de cabeza, recordando las advertencias de Lian acerca de las reputaciones y las percepciones en la corte. «Ni siquiera el kan de kanes era inmune al atractivo de la actividad favorita».

—Parece que dispara muy bien, *kagan*.

Ogodei miró a Munojoi, que había dejado la cabeza cortada del ciervo. Los brazos del *torquud* estaban cubiertos de sangre.

—Sí —dijo—, esta arma dispara bien, ¿no?

Gansuj se estremeció por dentro ante el tono de las palabras de Ogodei, y, a juzgar por la expresión de Munojoi, él las había interpretado igual. Antes de que Gansuj pudiera encontrar la manera de desviar la conversación, Ogodei hizo una seña con el odre al criado que sostenía la ballesta.

—Enséñame cómo funciona —pidió; y cuando el criado se quedó petrificado, Ogodei sacudió la cabeza—. No, tú no —dijo con un gruñido—. Gansuj.

El sirviente por poco se desmayó por el alivio, corrió hacia Gansuj y casi le tiró la complicada ballesta. Gansuj habría necesitado las dos manos libres para sostenerla, y de repente no pudo recordar la secuencia de botones y palancas que Munojoi había accionado para tensarla. El criado le acercó el arma pidiéndole con los ojos que la cogiera, pero Gansuj no hizo ni el menor intento.

—Con todo mi respeto, *kagan* —dijo pronunciando cada palabra despacio y con cuidado—, creo que deberíamos dejar algunos de estos ingenios chinos a los chinos. Yo cazo mejor como me enseñó mi padre: con un simple arco.

Su arco había pertenecido al padre de su padre, un simple arco recurvado de madera, asta y tendones, desgastado y reparado generación tras generación. «Igual que el cielo —pensó mientras se adelantaba unos pasos para situarse un poco por delante de la aglomeración de cuerpos que rodeaba al *kagan*—. Nunca cambiaría». La sensación al sostenerlo era la correcta. No había mecanismos complicados que lo

hicieran funcionar. Simplemente era una extensión de su propio brazo.

Munojoi soltó un bufido.

—¿Ese viejo palo? Seguro que es bueno para cazar bueyes enfermos.

Gansuj se permitió una leve sonrisa mientras apreciaba la distancia hasta su presa. El ciervo seguía pastando en el montículo sin apartar un ojo vigilante de la partida de caza. «Sí —pensó mientras levantaba el arco y apuntaba—, deja que hable sin parar. En eso es mejor que tú». Un tiro difícil, pero no imposible. Gansuj inspiró con lentitud hasta estar seguro de que su cuerpo estaba estabilizado. Sus brazos eran como piedras. La punta de la flecha no oscilaba. Esperaba...

—Demasiado lejos —dijo Munojoi en voz muy alta. Un murmullo recorrió el grupo, una conformidad expresada, pero no de una manera tan intencionada, ni tan pública, como la descalificación de Munojoi.

El animal reaccionó al ruido, sintió peligro y levantó la cabeza. Los músculos de sus patas temblaron, pero era demasiado tarde. La flecha de Gansuj, siguiendo de cerca el ruido producido por el grupo de personas, alcanzó al ciervo en el pecho. El animal se tambaleó una vez, con la sangre formando un reguero sobre su piel blanca, y luego se desplomó.

Ahora no salió sonido alguno del grupo, y Gansuj se armó de valor para no volverse a mirarlos.

—Y así —murmuró casi para sí— es como cazaba mi padre.

La potente risa de Ogodei rompió el silencio.

—Veo que tu padre era tan buen tirador como el mío.

Gansuj se volvió hacia Ogodei e hizo una respetuosa inclinación de cabeza en respuesta al cumplido insinuado. Cuando levantó la mirada se dio cuenta de que Ogodei seguía observándolo con esos ojos penetrantes que ya había visto antes, cuando acababa de llegar. Fue como si se hubiera disipado una nube de la mirada del *kagan* y estuviera viendo algo que se le había mantenido oculto durante mucho tiempo.

Por el rabillo del ojo, Gansuj vio al criado dejar el artefacto chino de Munojoi sobre la hierba. Nadie más pareció advertirlo ni estar interesado.

El temprano amanecer otoñal se extendió por el valle demasiado despacio para el joven Ogodei. Estaba tendido boca abajo en el suelo helado de un claro pantanoso. El frío le calaba los huesos y la débil luz hacía jugarretas a sus ojos. Las condiciones no eran ni de lejos las ideales para la caza y llevaba demasiado tiempo tumbado allí.

Antes de que el sol amenazara con aparecer por encima de la cresta, Ogodei había estado observando dos siluetas en la hierba próxima a la ribera, seguro, alternativamente, de que eran animales o de que eran sus hermanos mayores con sus chaquetas de piel. Sus músculos empezaban a sufrir calambres. Incluso si pudiera

estar seguro de la identidad de su presa, podría no ser capaz de tensar el arco de forma adecuada para dispararle.

Se levantó sobre sus manos y rodillas y avanzó muy lentamente. Los quebradizos rastrojos se rompían contra sus hombros. El ruido era como de ramas de árbol agitándose en sus oídos, y estaba seguro de que su presa podía oírlo.

Ogodei apretó el pecho y el vientre contra el suelo y soltó el aire despacio. Casi estaba a la distancia de tiro. Si colocaba la flecha, se levantaba y disparaba en un solo movimiento, tendría una probabilidad razonable de derribar un ciervo.

Pero, si las formas eran las de sus hermanos, no habría fin para las burlas esa noche alrededor del fuego, y habría algo más que burlas si de verdad alcanzaba a uno de ellos.

Ogodei maldijo en voz baja y se puso de rodillas lentamente. Tenía que asegurarse. De repente el silencio del valle fue roto por una risotada y Ogodei sintió cómo todo el aire abandonaba sus pulmones. Se mantuvo inmóvil durante varios segundos para oír las burlas que estaba seguro de que iban a llegar, pero no llegaron, y el hecho de que sus hermanos no estuvieran riéndose de él no atenuó el remordimiento por lo que podría haber sucedido. Esperó a la siguiente explosión de risas y se levantó y caminó como si acabase de entrar en el claro, sin preocuparse ya por todo el ruido que producía el roce de su cuerpo con los arbustos. Zuchi, el mayor de los hermanos, se había vuelto hacia el ruido y agitó una mano al reconocerlo.

—¡Tercer hermano! Ven aquí. Chagatai está contándonos sus grandes hazañas de anoche —dijo riendo.

Ogodei sonrió mientras se acercaba a sus hermanos mayores a paso ligero. No lo avergonzaba su apodo porque no era más que la verdad: de los cuatro hijos de Gengis Kan, solo Tolui era menor que él.

De los hermanos, en general se admitía que Chagatai era el más bello, y su arte para improvisar una historia con la misma habilidad que cualquier animador de la corte sin duda contribuía a su capacidad de embelesar a las mujeres del campamento. Zuchi confiaba sobre todo en su posición como primogénito, y Tolui conseguía aprovechar sus permanentes enfermedades para contar con un enjambre de mujeres solícitas y cariñosas que lo seguían a todas partes. Aunque Ogodei pensaba que la imagen que veía en el cubo de agua era bastante agradable, la mayoría opinaba que se parecía mucho a su padre, tanto en el físico como en los gestos.

—Ella tenía una notable generosidad natural —gritó Chagatai a Ogodei cuando el pequeño se acercó. Mantenía las manos extendidas delante de su pecho, como si con ese gesto bastara para que Ogodei entendiera todo lo que necesitaba saber de la historia que estaba contando Zuchi.

—¿Has estado alguna vez con una mujer con los pechos pequeños? —preguntó Ogodei.

Chagatai hizo una mueca fingiendo estar ofendido y Ogodei rió, olvidando su frustración.

—Desde luego, Chagatai, parece que todas las chicas con las que te acuestas están bien en sazón —bromeó Zuchi. No era solo su estatura lo que hacía evidente que era el mayor de los tres. Ya tenía arrugas alrededor de los ojos y su mirada era mucho más directa y penetrante. Se erguía cuadrando los hombros como si estuviera dispuesto a aceptar la carga del liderazgo. Levantó las manos y empezó a manosear el aire frente a sí—. ¡Oh, están firmes!

Chagatai le dio un revés en el hombro.

—¡Esos melones son míos!

Sus risas fueron interrumpidas por una nueva voz que resonó en todo el claro:

—¡Estoy impresionado!

Desde la hilera de árboles que quedaba detrás del lugar donde Ogodei había estado apostado, una figura imponente y otros cuatro hombres entraron caminando enérgicamente bajo el sol de la mañana. La luz hacía relumbrar el oro alrededor del cuello de Gengis Kan, y esa misma luz parecía desaparecer en sus capas negras.

—De verdad, hay que ver qué grandes cazadores son mis hijos —dijo Gengis—. Tú has matado tu ciervo y ya lo has desollado, porque estás aquí contando historias. Venga, enséñame lo que has cazado.

Ogodei miró primero a Chagatai, y al no ver otra cosa que pánico en el rostro de su segundo hermano, volvió la cara hacia el río. Sus mejillas ardían por la vergüenza, y toda la amargura de la cacería fallida le estaba revolviendo el estómago. Gengis y sus cuatro hombres los rodearon con facilidad mientras permanecían de pie, clavados al suelo. «Como ciervos aterrorizados», fue la idea que pasó por la mente de Ogodei. Si Gengis hubiera estado solo, de no haber testigos del momento en que el gran kan descubrió el fracaso de la cacería de sus hijos, podrían haber escapado sin más daño que el producido por la lengua de su padre. Tal como estaban las cosas, era muy posible que recibieran una azotaina real.

—Padre... —comenzó Zuchi.

—Tenemos más de mil setecientas bocas que alimentar. —Gengis hablaba sin rabia ni rencor, pero ellos lo sabían mejor que nadie—. Los granjeros de este territorio no pueden proveernos de suficiente comida; no podrían ni aunque nos los comiéramos también a ellos.

Ogodei no pudo controlar un estremecimiento, no solo por la idea del canibalismo, sino por la calma y la naturalidad con que su padre había sugerido la posibilidad.

—Sé que no sois cazadores expertos, pero os envié a aprender a cazar —continuó Gengis respondiendo a la afirmación que no iba a permitir acabar a Zuchi—. Necesitamos provisiones. Todos los miembros de esta tribu deben ser capaces de...

Ogodei hizo callar a su padre levantando una mano, y por el rabillo del ojo vio a dos de los guardias del gran kan reaccionar como si Ogodei lo hubiera abofeteado. Este los ignoró y llevó un dedo hasta sus labios. Volvió un poco la cabeza, lo suficiente para ver la cara de su padre.

—Ciervo —articuló en silencio, y señaló. Río abajo, en la otra ribera, estaban inmóviles dos hembras de buen tamaño y un gran macho.

Los ojos de Gengis siguieron el dedo de su hijo y, con un movimiento de cabeza, hizo que los guardias más próximos al río se arrodillaran. La disciplina familiar quedó olvidada cuando el grupo se centró instintivamente en sus presas. Los guardias se agacharon despacio hasta el suelo; sus espadas eran inútiles en esa cacería, y ahora solo actuaban como cazadores. Zuchi y Chagatai empezaron a reptar por la orilla; sus botas hacían suaves crujidos al rozar con las piedras del río. Gengis se descolgó el arco y dio un paso hacia el agua con la vista fija en los ciervos. Ogodei estaba a su lado, con el arco también preparado, y entraron a la vez en el río con las botas hundidas en las aguas gélidas y poco profundas.

Los ciervos oyeron a Zuchi y a Chagatai y levantaron la cabeza ofreciendo blancos perfectos de perfil a Gengis y a Ogodei. Ambos hombres estaban preparados y sus cuerdas zumbaron casi en el mismo instante.

Dos flechas se hundieron en el cuello del macho con un sonido blando casi inaudible desde el otro lado del río; pero las hembras, más próximas al sonido, se asustaron, se alejaron con rapidez y desaparecieron en el bosque. El macho luchó por mantenerse en pie y luego se inclinó hacia delante y cayó al río, donde se agitó en vano.

Ogodei soltó un grito y, levantando las rodillas a cada paso, bajó por el río tan rápido como pudo para evitar que el ciervo derribado se alejara flotando.

—Buen tiro —gritó Chagatai. Los guardias silbaron en señal de reconocimiento y Zuchi incluso aplaudió cuando Ogodei pasó frente a él entre grandes salpicaduras.

El ciervo había dejado de patear y el río empezaba a arrastrar su cuerpo cuando Ogodei lo alcanzó. Se paró, se aseguró de que no estaba sobre piedras sueltas y agarró la cornamenta del animal.

—Ayudadme —gritó.

—¡No! —ordenó la voz de Gengis desde el otro lado del agua.

Asegurando bien sus pies, Ogodei miró por encima del hombro. Zuchi y Chatagai habían cruzado la mitad del río, y ellos también se habían detenido al oír la voz de su padre.

—Vosotros dos —dijo Gengis—, volved al campamento con las mujeres; esta pieza no es vuestra.

Chagatai se quedó inmediatamente cabizbajo y sus hombros se hundieron. Zuchi titubeó.

—¡Volved! —rugió Gengis, y los hermanos mayores de Ogodei reaccionaron de inmediato al tono de su padre y volvieron sobre sus pasos. Se quedaron de pie en la orilla, chorreando, reacios a abandonar del todo el lugar, y la guardia personal de Gengis se acercó para quedarse con ellos mientras el gran kan sacaba de su faja un gran cuchillo de desollar con mango de hueso y se introducía en el río.

Ogodei sintió que perdía agarre y equilibrio y tuvo que ponerse de espaldas al gran ciervo. El macho era mayor de lo que había creído y no lo tenía muy bien sujeto. No podía sacarlo del agua tirando de él por los cuernos. Tenía que conseguir una posición mejor, y cuando estaba intentando colocarse tras los cuartos traseros del animal, apareció su padre a su lado y pasó el brazo izquierdo por las paletillas del ciervo.

—¿Preparado? —preguntó Gengis Kan con la cara muy próxima a la de Ogodei.

Ogodei pudo oler el aliento de su padre (carne, ajo, el aroma ligeramente agrio del *airag*). Durante un instante volvió a ser un niño junto a su padre, aquel hombre extraño a quien nunca había visto, pero que lo miraba con ojos fieros. Se había sentido, aunque sin conocer esos conceptos, seguro..., protegido...

—¡Levántalo! —gritó Gengis. Ogodei dio un traspié hacia atrás y el cuerpo del ciervo se movió hacia la orilla. Dio otro traspié y cayó con un buen golpe, con la cuerna del ciervo hincándose dolorosamente en sus muslos. La cabeza del ciervo estaba en su regazo, y su cuerpo, casi fuera del río.

Gengis salió a la orilla y miró desde arriba a Ogodei con una expresión muy especial en su rostro.

—¿Qué? —preguntó Ogodei. Luego, tomando la expresión de su padre por un gesto de desaprobación, se enfrentó a él—. Si hubiéramos seguido hablando, el ciervo habría oído...

—Esa era la decisión correcta —dijo Gengis—. No estoy enfadado porque me interrumpieras.

Ogodei intentaba entender en qué pensaba su padre.

—¿Por qué escogiste el macho? —preguntó Gengis.

Ogodei miró a sus hermanos y a los guardias y tomó una decisión instantánea. «Dile la verdad».

—Padre, era la mejor opción. Nunca se me pasó por la cabeza tirar a una de las hembras. Debería haberlo hecho. Lo siento...

Gengis hizo un gesto para que dejara de disculparse. Se sentó en el suelo junto a Ogodei. Puso el cuchillo de desollar en el suelo entre ambos y luego miró a los hombres que estaban al otro lado del río.

—¿Sabes qué habrían hecho tus hermanos?

Ogodei no estaba seguro de cuál era la respuesta correcta, pero sentía que Gengis iba a decírsela de todos modos, así que guardó silencio.

—Habrían sabido que yo escogería el macho y ellos habrían escogido una hembra.

Volvió a aparecer el nudo en el estómago de Ogodei, que de pronto volvía a ser el adolescente estúpido. El que casi había disparado a uno de sus hermanos al confundirlo con un ciervo.

—Habríamos tenido más carne —dijo con palabras que le quemaban la garganta.

Ogodei miró fijamente al animal apoyado en su regazo. Quería deshacerse de él. La emoción de la caza desaparecía y todo lo que quedaba era la insoportable vergüenza de su incapacidad de pensar más allá de sus propios deseos.

—Escogiste el macho porque lo querías —dijo Gengis—. Querías el premio que representaba. No me esperaste ni me pediste permiso, y no lo dudaste.

Ogodei miró a su padre, pero el gran kan seguía con la mirada perdida al otro lado del río.

—Hiciste —continuó su padre con enorme lentitud— exactamente lo mismo que habría hecho yo. —Por fin miró a Ogodei.

Ogodei miraba fijamente a su padre buscando en su cara alguna explicación a la tristeza que percibía en su voz. Sentía todo a su alrededor: la dureza de las astas del ciervo en sus manos, el agua del río fluyendo a su lado, su aliento mezclado con el de su padre en el frío aire de la mañana, los profundos surcos dibujados alrededor de los ojos de su padre por el sol y por la carga de su posición, y el repentino vacío de su estómago tras la desaparición de su ansiedad y de su miedo. Y sabía que las palabras de su padre encerraban algo más que un simple cumplido. Durante un momento, solo estaban ellos dos a la orilla del río y el resto del mundo no existía.

«Padre e hijo. Más parecidos que diferentes».

Gengis asintió, y el momento pasó. Se levantó de la hierba y desató las correas de cuero que sujetaban a su cinturón la vaina de su cuchillo de desollar.

—¿Qué haces? —preguntó Ogodei.

—Esa pieza no es mía —respondió Gengis. Volvió a mirar a Ogodei, dio media vuelta y empezó a cruzar el río.

Ogodei miró el cuchillo que había en el suelo. Lo reconoció: era el de su abuelo. Un objeto anterior a su nacimiento, incluso anterior al nacimiento de su padre. Sacó la hoja de la tierra húmeda. El metal tenía un brillo apagado bajo el brillante sol de la mañana. La hoja era larga, pero estaba bien equilibrado y se movía con facilidad en su mano.

Salió de debajo del cadáver del ciervo y evaluó la masa del animal. Quizá pesaría la mitad que un poni. Haría falta más de un viaje para llevarlo hasta el campamento, incluso despiezado.

Necesitarían la mayor parte del día para transportar toda la carne hasta allí.

Ogodei miró hacia el otro lado del río. Gengis había llegado a la ribera opuesta y

uno de los guardias había dado su capa al gran kan.

—¡Eh! —gritó—. Que uno de vosotros se quede conmigo para ayudarme a llevar esta carne.

Durante un largo instante, el único sonido fue el borboteo del río entre ellos, y luego Gengis echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Ahuyentó de allí a Zuchi y a Chagatai enviándolos al campamento y dos de los guardias los siguieron. Gengis habló con los otros dos, y el que le había dado su capa asintió. El gran kan se volvió hacia Ogodei una vez más y luego se marchó con un guardia tras él.

Para cuando el guardia que se había quedado acabó de cruzar el río, Ogodei ya había destripado el ciervo y estaba desollando las ancas dejando a la vista la carne magra.



EL DELIRIO DE LAS SETAS

Por la mañana, en el campamento, Feronantus recibió la noticia de las fechorías nocturnas de Istvan con irritada resignación. Dio las gracias a Cnán y luego se alejó hasta la orilla de un río, donde Eleazar y Percival mataban el tiempo intentando pescar con un extraño montaje de ramas descortezadas y entretejidas. Hablaron durante unos minutos y luego reunieron al resto del grupo. Cnán observó a su jefe no menos interesada que Istvan. Le había costado trabajo encontrar un sentido a su nombre (que sonaba vagamente como el latín, pero no lo era) hasta que oyó a Taran dirigirse a él llamándolo Ferhonanths. Entonces consiguió entenderlo como un antiguo nombre bárbaro, probablemente godo, que había sido latinizado para usarlo entre gente educada.

Feronantus hizo una seña a la joven unificadora para que se uniera a ellos.

—Cnán ha estado de exploración —dijo.

—Se pasa mucho tiempo por ahí —comentó Roger con brusquedad.

A Feronantus lo ofendió su tono.

—Vuelve lo suficiente para mantenernos en nuestra ruta, y se asegura de que no nos crucemos con cualquiera que pueda entretenernos. Pero nos informa de un problema que he estado temiendo desde que nos reunimos en la casa capitular.

Explicó lo que Cnán había visto en la ribera del lago.

—Desde luego, no podemos criticar a un hombre por su aflicción —opinó Roger.

Percival no lo veía del mismo modo.

—Estamos cumpliendo una misión —dijo—. Trabajamos como hermanos. Istvan nunca se ha unido realmente a nosotros, y ahora... No es aflicción, no es más que la venganza de un demente. ¿Qué motivo tenía para matar a una familia de tramperos?

—Persigue a los guardias mongoles —dijo Feronantus—. Está siguiendo la pista de los comerciantes de pieles y estudiando las aldeas que colaboran con los mongoles. Cnán ha visto el resultado de una noche de trabajo. Y dudo que fuese la primera. Lo ha hecho antes y tiene intención de seguir haciéndolo. Eso llamará la atención; probablemente ya ha sucedido. Todas estas tierras están conmocionadas. Hay partidas de guerreros deambulando por todas partes; de mongoles y de otros. Sin duda habrá cuadrillas a caballo vigilando cualquier lugar donde haya mercancías o dinero que se pueda robar.

—Nos mantenemos alejados de las rutas principales —aseguró Cnán—, pero los

comerciantes de pieles van a cualquier lugar en que haya bosques, campos y agua.

—Lo que viste —dijo Illarion— solo era un contingente de un grupo mayor. Puedes estar segura de que hay otras partidas como esa recorriendo el territorio, internándose en cada bosque y valle donde sea posible conseguir pieles. En este momento de la temporada ya habrán reunido una pequeña fortuna en mercancías. Y eso quiere decir...

—Que tendrán protección —señaló Taran.

Roger se quedó mirando a Cnán con resentimiento. Ella lo fulminó con la mirada. En el rostro de Roger se dibujó una mueca burlona. Apartó la mirada un momento y luego volvió e hizo una inclinación de cabeza a modo de disculpa.

—Eso no son buenas nuevas —explicó—. Istvan era uno de los más valientes de nosotros y el más leal.

—Mohi acabó con él —dijo Finn en latín rudimentario.

—Illarion vio morir a su familia y no se hundió —les recordó Feronantus—. No estamos en condiciones de permitirnos perder un hombre. Enviaré a tres con Cnán: Eleazar, Percival y Raphael. Ella seguirá la pista de Istvan y entre los tres lo convenceréis para que vuelva a unirse a nosotros.

—Con todo el respeto, la chica no está acostumbrada a montar —manifestó Eleazar—. Si tuviéramos problemas...

—Por eso —dijo Feronantus— ella hará cuanto pueda por manteneros alejados de los problemas, que es lo que yo prefiero.

Y eso fue definitivo. Todos los caballeros miraron a Cnán, algunos con los ojos entornados. Cnán no esperaba tener que cargar con un trío de caballeros. Dejó claro, con voz aguda, que ella no podía cubrir una zona suficientemente amplia para encontrar caminos expeditos y a la vez acompañar al grupo de búsqueda de Istvan.

—Podría volver por sí mismo —añadió.

Feronantus descartó la posibilidad con un gesto.

—Ya has explorado una buena extensión, ¿no? Istvan es un hombre grande en un caballo grande con unos cascos y un paso muy característicos. Tú podrás encontrarlo mucho antes que nosotros, y Percival, Raphael y Eleazar lo atarán y le cubrirán la cabeza, si hace falta, antes de que llame más la atención. Nos quedaremos aquí un día para remendar nuestras calzas.

Cnán contuvo una sonrisa. Esa era la frase multiuso de Feronantus, que no solo incluía el remiendo de las calzas, sino también el zurcido de los calcetines, el secado de carne, la recogida de hierba y todas las demás tareas cuya ejecución hoy les permitiría dedicarse mañana solo a cabalgar.

—Entonces —dijo Feronantus—, ahora debemos dirigirnos hacia el este. Kiev queda, como mucho, a dos semanas a caballo. Si no lo encontráis en tres días, volved a nuestra ruta. Nuestro rastro debe de ser vergonzosamente visible para cualquiera de

vuestros talentos. Te necesitamos, Cnán, tienes que enseñarnos una ruta segura por los alrededores de Kiev. Allí probablemente todo sea sufrimiento y confusión.

—En ningún caso debemos ir a ese lugar maldito —advirtió Roger.

—Ya, pero tenemos que hacerlo —dijo Percival—. Es una cuestión de honor. — Pero Feronantus, hartos ya de la discusión entre los amigos, levantó ambas manos para imponer silencio.

Toda la región estaba formada por territorios pantanosos o con tendencia a empantanarse, y últimamente el grupo de aspirantes a matadores de kanes se había dedicado a bordear el límite meridional de un extenso pantano (un *mariscus* en la lengua favorita de Feronantus) que cubría más tierras que algunos reinos europeos. Cnán lo sabía bien porque acababa de pasar casi dos meses abriéndose camino a través de él de este a oeste. En su mayor parte habían sido dos meses buenos, ya que en los pantanos abundaban tanto las plantas comestibles como escaseaban los mongoles. Sin ayuda de los humanos, la vida vegetal se organizaba sola de abajo arriba según sus preferencias en relación con la humedad.

En las zonas más bajas, los juncos y cañas crecían gruesos y verdes en los cursos de agua alimentados por las lluvias; los sauces, bajos y arbustivos, poblaban un mosaico de islas arenosas, y otras plantas higrófilas crecían con tal profusión que allí solo se podía encontrar a los fugitivos más miserables. El simple hecho de vivir en aquel lugar equivalía a una confesión de delincuencia o brujería. Los valles y barrancos que desaguaban allí estaban atestados de árboles, por lo general demasiado pequeños y de una calidad demasiado baja para que interesasen a cualquiera que no se dedicara a fabricar carbón.

Las onduladas tierras que quedaban por encima, aunque casi no eran altas ni secas, sí eran al menos aptas para el cultivo y estaban salpicadas de campos en los que aún vivía gente; por otra parte, también eran praderas abiertas, ideales para el desplazamiento de los mongoles.

A Cnán no le gustaba ninguno de aquellos pantanos y lomas como ruta para la expedición del grupo, pero no tardó en descubrir que a través de los humedales solía haber una zona intermedia (a veces de varias millas de anchura y otras veces de solo algunos pasos) entre los infranqueables bosques de los barrancos húmedos y las tierras de labor abiertas donde los árboles eran suficientemente gruesos para ofrecer protección, pero no estaban tan juntos como para entorpecer el paso.

Había enseñado a aquellos caballeros la manera de viajar por los bordes de los bosques menos llenos de zarzas, cortando rápidamente por terreno descubierto cuando ella les informaba de que no había peligro, pero raramente pasando más de unos segundos al galope fuera de la cobertura de los árboles.

En el terreno por el que era más probable que estuviera moviéndose Istvan se

alternaban bosquesillos de robles y prados, interrumpidos por alguna que otra colina baja y un mosaico de pantanos y lagos pequeños y limpios. De vez en cuando, rocas redondeadas amontonadas o esparcidas asomaban en el bosque o en un campo como si hubieran caído de la bolsa de un gigante. Cnán sabía que algunos de esos grupos de rocas eran escondites de bandidos; en su largo viaje hacia el oeste, cuando se aventuraba a salir del gran pantano para hurtar manzanas o asaltar las despensas subterráneas de los granjeros, los había visto salir en varias ocasiones de los montones de rocas.

Ahora los escondites estaban vacíos; eso no era buena señal. Los bandidos sabían cuándo era demasiado peligroso salir a robar.

Raphael se mantenía callado casi todo el tiempo mientras cabalgaban, siempre al lado de Cnán. Eleazar, con su latín lleno de flexiones, era más voluble y dado a las quejas, cosa que al principio la irritaba. Pero, a medida que avanzaba el día, llegó a entender que él simplemente era así, igual que su gente: decía lo que pensaba.

Eleazar había sido el último del grupo en llegar a la casa capitular próxima a Legnica y no sabía casi nada de él. Durante el primer día o los primeros dos días de viaje no pudo disimular cómo la divertía el desmesurado tamaño de su arma: un montante que era solo un poco más bajo que él. El mero acto de extraerla de la larga vaina que llevaba colgada a la espalda, una mano tras otra, ya le llevaba una eternidad, y los otros caballeros tenían la diversión asegurada a su costa discutiendo cómo, en caso de ataque, organizarían un perímetro defensivo alrededor de Eleazar para que tuviera tiempo de desenvainar y equilibrar su espada, con la esperanza de que lo consiguiera antes de que todos los demás estuvieran muertos.

Percival también se reservaba sus pensamientos, y debían de ser bastante negros; raramente sonreía.

La primera serie de pistas que encontraron tendría quizá un par de días. Cnán desmontó de su yegua (la única yegua del grupo, pues los caballeros preferían los machos) y se arrodilló en el barro moteado de rayos de sol de un estrecho prado). Raphael y Percival se unieron a ella y se arrodillaron al otro lado del rastro, a dos pasos de distancia. En aquella fase avanzada de su campaña, los mongoles montaban a menudo caballos en lugar de ponis esteparios; la guerra, como había observado Feronantus, se cobraba un tributo en caballos y los ejércitos estaban reponiéndolos continuamente. Cuando los mongoles montaban los caballos occidentales, más grandes y complacientes, la combinación dejaba un rastro único. Las monturas descontentas tendían a ladearse cuando las picaban de manera desacostumbrada o les hablaban en lenguas extrañas.

Cnán señaló el revoltijo de rastros a Raphael, que asintió. Percival se inclinó para observar los restos de orina esparcidos; tenían menos de un día. Se llevó algo de barro hasta la nariz e hizo una mueca de disgusto.

—Podría ser un caballo de granja o de carga. A los huesos negros les tocan las monturas con menos brío.

Cnán sabía que los animales castrados podían dar juego en una batalla, pero aquellos caballeros, por una antigua tradición, preferían los machos enteros y costaba convencerlos de otra cosa. Por otra parte, los mongoles utilizaban hembras en las batallas, y a veces eran hembras en celo, perfectamente capaces de trastornar a los machos enteros.

En cualquier caso, dos de los jinetes de aquel grupo iban montados en caballos de batalla que consiguieron la aprobación sin reparos de los caballeros, probablemente machos de la cuadra de algún vaivoda local. Su orina había abierto un surco en el barro y tenía un olor penetrante. Los rastros indicaban que los caballos eran enérgicos y estaban contentos, y que sus jinetes eran expertos.

A ella eso le pareció un indicio claro de que un par de nobles de alto rango o sus adláteres contaban con la protección de los mongoles, igual que el comerciante de pieles llevaba su séquito. Traidores a su pueblo; oportunistas. Supervivientes.

No le extrañaba que hubieran sacado de quicio a Istvan.

Percival se alejó una veintena de pasos y siguió el margen del camino. Sus caballos miraron con las orejas muy levantadas y luego sacudieron la cabeza, la bajaron y comenzaron a pastar hierba y otras plantas. Eleazar, con buen criterio, los apartó de una mata de enredaderas con flores blancas; no necesitaban caballos enfermos ni embriagados.

Cnán hizo un resumen de la información para Raphael mientras observaban a Percival.

—Doce jinetes —fue su conclusión—. Mongoles o tártaros. Poco disciplinados; les aburren sus tareas. Pero van acompañados por dos vaivodas o al menos por dos funcionarios locales con caballos de nobles. Es posible que sean recaudadores de impuestos, agrimensores o tasadores. No son prisioneros.

—Bien —dijo Raphael. Sonrió por la habilidad de Cnán.

—¿Agrimensores? —preguntó abruptamente Eleazar; pero el gesto de su cara era más de desconcierto que de escepticismo.

—Los invasores miden sus tierras y evalúan su riqueza —explicó Raphael—. Tienen intención de quedarse.

Percival volvió a unirse a ellos.

—Istvan los vigiló desde el bosque —dijo—. Luego los siguió. Se ha convertido en un depredador.

No había que decir más. Cnán se acercó también al margen para observar las pisadas del ruano de Istvan, y cuando regresó todos montaron. Allí el bosque estaba lleno de arbustos espinosos y ortigas y el suelo era pantanoso, lo cual desanimaba a los que iban montados y probablemente a todos menos a los osos. Hacía un rato que

Cnán había visto el rastro de varios de ellos. Curiosamente, parecía que uno había dedicado un rato a seguir a Istvan.

—Una auténtica caravana —observó Raphael—. ¿A quién vamos a saludar primero?

Eleazar y Percival propusieron seguir a Istvan y no a los recaudadores.

—No tardaremos en encontrarnos con ambos —dijo Cnán.

Raphael y Percival entendieron a qué se refería. El denso bosque pronto los reuniría. ¿De verdad se creía Istvan capaz de vencer a un grupo así?

A Eleazar no le alegró la información. Percival asintió.

—Istvan es nuestro objetivo. No nos importa a quién intente dar caza; por el momento.

—Cabalga deprisa —observó Eleazar.

—Como nosotros ahora que hemos encontrado su rastro.

Cnán creía conocer la geografía de aquel territorio, pero se sorprendió cuando el bosque se abrió alrededor de un gran meandro de escasa profundidad. El ancho cauce del río era un largo pantano interrumpido por montones de rocas. La orientación general de ese tramo pantanoso era de oeste a este, y su pequeño grupo había acabado por seguir su lado meridional. No tenía una orilla propiamente dicha, porque la llanura inundada era muy ancha, un pantano interrumpido por un complejo entramado de corrientes pluviales y grupos de sauces.

El bosque se mantenía apartado de aquel curso de agua intermitente, pero varios granjeros habían aprovechado en los últimos tiempos el suelo fértil y la facilidad de no tener que talar árboles y habían cultivado campos de avena. Habían labrado el suelo rodeando las rocas semejantes a un crómlech y entre las estrechas corrientes de agua llenas de cañas.

Había avanzado mucho el día. Desde el suroeste soplaba una brisa tibia que hacía ondear las cañas y los juncos. En el lado opuesto del río se veía una casa baja, como a una versta de distancia. No había señales de actividad humana. Quizá la población local había acabado de sembrar y luego se había ocultado (tanto de los recaudadores como de las partidas de guerreros).

—Tiene que haber un vado por donde podamos pasar —dijo Raphael mirando arriba y abajo del río.

—No nos entretengamos —dijo Percival—. No hay un punto de observación alto, y sí muchas oportunidades para un ataque por sorpresa.

Ante ellos, el cauce del río estaba abarrotado de matas de cañas y sauces altas y retorcidas, entre las cuales los jinetes que se desplazaran hacia el este o el oeste podían pasar inadvertidos si seguían las zonas someras con lecho de arena o grava. Los guerreros, incluso los que iban montados, podían organizarse en pelotones

ocultos tras los arbustos y saltar sin previo aviso. Orillas más elevadas e incluso montículos bajos complicaban un paisaje ya bastante confuso (el peor lugar imaginable para seguir un rastro, encontrar a alguien y evitar sorpresas).

Cnán miró al cielo sobre aquel laberinto y vio una enorme concentración de cuervos y otras aves (estorninos, mirlos e incluso petirrojos) viajando a toda prisa hacia el este. No había buitres, todavía. Husmeó el aire, pero la brisa del oeste no era de gran ayuda.

—Por ese lado, vacas y caballos —informó—. Tal vez otra granja grande. Los pájaros picotean el estiércol.

Eleazar soltó un silbido bajo.

—¿Puedes distinguir desde aquí si son vacas o caballos? —bromeó.

Cnán frunció los labios.

Percival pasó entre ambos, aceleró y miró hacia el sur entre los árboles de los que acababan de emerger.

—Este bosque es cosa del mismísimo diablo —dijo—. Los comerciantes de pieles han debido de cruzarlo, e Istvan tras ellos. Vamos a ver por qué vado han cruzado.

Prepararon sus arreos y equipajes para cruzar el río.

—Istvan no se enfrentará a nosotros, ¿verdad? —preguntó Eleazar.

—Esas diabólicas setas... —Raphael empezó a formular un pensamiento, pero no concluyó.

Percival miró curso abajo, luego giró su caballo y rápidamente se lanzó a ponerse a cubierto en el lado soleado de un gran montón de rocas. Los demás lo siguieron.

—Hay una partida de soldados sobre aquella colina —explicó—. Hay treinta o cuarenta de ellos. Tienen el sol de frente, así que aún no pueden vernos, espero. Ahora somos la presa.

Se movieron pegados a las rocas hasta situarse en su larga sombra y miraron hacia el este a través de la protección de las altas cañas. Percival tenía razón. La partida estaba formada sobre todo por mongoles que montaban diversas clases de caballos.

—El cuerpo principal, como predijo Illarion —dijo Eleazar.

—Tal vez. Van en la misma dirección que nosotros; incluso es posible que nos sigan. No podemos retroceder.

—También siguen a Istvan —dijo Raphael, y fue difícil distinguir si se trataba de una pregunta o una afirmación.

—Podemos aprovechar la ayuda de estas rocas, siempre que esos no sean tan buenos rastreadores como Cnán, pero tenemos que dar aviso a Feronantus —dijo Percival. Se enfrentaba a una decisión difícil: a quién enviar, a quién mantener para proteger a su guía y a su médico y a quién sacrificar. Acarició el cuello de su caballo

con el ceño terriblemente fruncido—. Lo que menos necesitamos en este maldito momento es una batalla campal.

—No hay muchas opciones. El bosque nos cierra el paso por los dos lados. No podemos escapar por el bosque si no desmontamos —comentó Raphael.

—¡No podemos hacer todo el camino hasta el este a pie! —dijo Eleazar.

—¿Tienes otra idea?

—¡Correr más que ellos! —respondió Eleazar.

Por primera vez en bastante rato, un indicio de sonrisa escapó entre los labios de Percival.

—¿Correr más que un grupo de mongoles?

—Podemos hacerlo —insistió Eleazar— si conseguimos animales de reemplazo.

—Animales de reemplazo —repitió Percival.

Raphael había estado callado hasta ese momento. Carraspeó y dirigió una significativa mirada a Cnán.

Esta estaba preparada. Alguna parte de ella ya estaba diciendo «buena cabalgada» a aquellos impetuosos aventureros. ¿Y qué era una aventura? Para cualquier persona normal, un problema. Un desastre. Solo los ricos y los tontos buscarían de verdad.

—Soy más veloz sin ti —dijo como expresando su conformidad. Desmontó y entregó las riendas a Eleazar—. Uno de reemplazo —le explicó.

—Pero, mi señora... —dijo Percival.

Ella hizo una mueca al oír cómo la llamaba.

—Atajaré por el bosque a pie y alcanzaré a Feronantus por la mañana. Los demás haced lo que os parezca. Si os mantenéis escondidos es probable que pasen de largo sin veros. Si no acaban con Istvan podréis hacerlo vosotros.

—¿Matar a uno de nuestra orden? ¿Ahora estás tú al mando? —protestó Eleazar.

Ella lo ignoró, igual que Percival.

—Lo mejor sería que no supieran nada de Feronantus —dijo Percival—. Matar a Istvan podría no ser suficiente. Quizá tengamos que resistir aquí hasta morir para salvar a los demás.

Cnán miró al caballero desde el suelo con los ojos entornados. Verdaderamente, parecía feliz con la idea de ayudar a la muerte a encontrarlo. Tal vez estuviese tan loco como Istvan.

—Si los mongoles pasan —dijo Cnán en tono muy formal— y no hay enfrentamiento, podremos reunirnos al final de este laberinto, más allá de las granjas. Estoy bastante convencida de que desde aquí hay un camino directo hacia el este.

—Espera —dijo Raphael levantándose sobre sus estribos. Señalaba hacia el norte—. Están saliendo de la nada más jinetes. Esas malditas cañas... Rodean la granja que hay al otro lado. Nueve, diez... y... otra formación que aparece como le salen los dientes a un dragón. Una patrulla. Se separa y viene hacia aquí.

Pasó un momento mientras todos asimilaban la noticia.

—No —continuó Raphael—, me equivoco. Ellos también buscan un vado. Vuelven para reunirse con el grupo grande de la colina.

Los demás observaban en silencio mientras el desastre se iba cerrando sobre ellos desde dos, quizá tres lados.

Percival se inclinó hacia Cnán.

—Ve —dijo—. Vete ya. Esto no va a mejorar.



LA LECCIÓN DE TIRO CON ARCO

Lian esperaba a Gansuj bajo el envolvente abrazo del sauce. Las pequeñas hojas no la ocultaban por completo, pero la cobertura de sus ramas era suficiente para darle una cierta sensación de seguridad. Además, las sombras se iban alargando... Suspiró y se sacudió algunas hojitas del pelo lamentando su decisión de dejarlo suelto. Le había dicho que se reuniera con ella otra vez antes del anochecer, y ahora el sol estaba peligrosamente próximo a desaparecer tras el palacio. Se suponía que ella no debía estar allí; no sin compañía.

El jardín aún apestaba a sangre. Los jardineros seguían trabajando en un macizo de flores cuando llegó, y se apresuró a pasar de largo lanzándoles una mirada fugaz, pero autoritaria, que esperaba que les indicara que tenían que mirar hacia otro lugar. Además, no habría querido ver tan de cerca lo que estaban haciendo.

Algo había muerto sobre ese macizo. Había oído a uno de los sirvientes chinos que el plato principal del banquete había sido cazado solo unas horas antes. En ese jardín. Había muerto justo ahí. Un breve escalofrío recorrió todo su cuerpo. «No hay mejor lugar para aprender a luchar», dijo para sí.

Lian había insistido para que la criada le diera detalles, y ella le había hecho un relato muy satisfactorio. Todo el mundo hablaba del joven guerrero y su arco. Lian no se había atrevido a preguntar a la criada por la reacción de Munojoi; aunque le habría gustado escuchar toda la historia, ya sabía qué podía esperar: Munojoi estaría aún más en guardia contra el intruso enviado por el hermano mayor del gran kan. Ahora la tarea de Lian sería todavía más difícil. Gansuj tenía razón por la mañana: estaba preocupada por él. Lian suspiró aliviada cuando lo vio y agitó las ramas del sauce para llamar su atención.

Gansuj se acercó y separó las ramas con cuidado.

—¿Por qué estás escondida aquí? —Levantó una ceja—. Si estás intentando parecer un bonito dibujo, no te molestes. No soy tan sofisticado. —Parecía más cómodo, contento por cómo había ido el día.

—No tengo libertad para moverme por el palacio de noche como tú —replicó ella.

—Ah. —Él miró por encima del hombro y luego se acercó dejando que las ramas lo cubrieran también—. En ese caso supongo que debería ofrecerte protección...

Ella puso la mano sobre su pecho y lo detuvo.

—Deberías —dijo—. Enseñándome. —Sonrió por la expresión de Gansuj. Estaba claro que él pensaba que había otros planes para esa noche—. ¿Te acuerdas? Hicimos un trato. Yo te ayudo, tú me enseñas a luchar.

Gansuj frunció el ceño mientras miraba la mano apoyada en su pecho.

—Sí —aseveró—. Lo hicimos.

Lian estaba contenta de que no intentara negar la existencia del trato. Ella no había vuelto a sacarlo a colación desde aquel primer día en el baño. Había sido una proposición peligrosa, que podría haberla llevado a la muerte si Gansuj hubiera tenido una forma de ser menos flexible. Pero el maestro Chucai dijo que el joven prometía, que parecía capaz de pensar por sí mismo y que confiaba en las decisiones que tomaba. Mientras confiara en ella, ella podría confiar en él; mientras contara con esa confianza, había varias habilidades que podía disponerse a aprender.

Ella no iba a quedarse allí para siempre.

—Pero no estarías pensando en practicar vestida así, ¿verdad? —Gansuj señaló sus ropas de seda verde, mucho más finas que las que llevaba al comienzo del día—. Recógete el pelo al menos.

Ella se lo recogió despacio, consciente de que él la observaba, y lo enroscó en un moño.

—¿Qué? —preguntó él con una cierta irritación en la voz.

—Me hace falta algo para mantenerlo en su sitio —se justificó ella.

Exasperado, él sujetó una rama del sauce y rompió un trozo largo. Arrancó todas las hojas deslizándose rápidamente la otra mano por ella y le ofreció el palo.

—¿Te servirá esto?

Ella sonrió y cogió la rama que le ofrecía. La colocó en su sitio sin decir una palabra. Gansuj la observó.

—Eres demasiado pequeña —comentó, y mientras ella tomaba aliento para su objeción, él continuó—. Hasta que tengas un poco más de musculatura, dudo que puedas vencer a alguien en una lucha cuerpo a cuerpo; si llegas a ese punto no tendrás posibilidad de ganar. Tenemos que intentar otra cosa. —Gansuj salió de debajo del árbol e inspeccionó el jardín con la mirada—. Sí —dijo al ver un par de guardias—. Espera aquí.

Antes de que ella pudiera quejarse, se marchó apresuradamente. Llamó a los guardias, que lo vieron y se acercaron juntos, con la cabeza inclinada hacia Gansuj mientras él se lanzaba a explicarles una complicada historia. Con cierta curiosidad, Lian avanzó unos pasos para ver de qué estaban hablando los tres hombres, y cuando Gansuj hizo una pausa y los dos guardias miraron en su dirección, Lian se dio cuenta de que se había puesto totalmente a la vista.

Los guardias rieron y uno de ellos entregó a Gansuj su arco y su aljaba y luego palmeó al joven en la espalda. Saludándolos con el arco, Gansuj volvió rápidamente a

donde estaba Lian.

—Vamos —dijo, dándole la aljaba para que la llevara—. Vayamos cerca del muro. Allí tendremos menos distracciones. —Miró hacia atrás por encima del hombro y saludó con la mano a los guardias que se alejaban por el sendero.

—¿Qué les has dicho? —Lian quería enterarse.

—Son *jevtuul* —explicó Gansuj.

—Sí, lo sé. —Los *jevtuul* eran la guardia de noche imperial, los que protegían al *kagan* mientras dormía—. ¿Qué les has dicho?

—Munojoi es un *torguud*. Un guardia de día. —Mostró una gran sonrisa—. Tú lo has dicho: a la gente de la corte le gusta hablar. Ya se ha corrido la voz.

Ella se quedó mirándolo, sorprendida por lo que estaba oyendo. Gansuj se encogió de hombros malinterpretando su mirada.

—Les he dicho que quería enseñarte mi arco, pero como lo había dejado en mi habitación estaba a punto de quedar mal con una hermosa mujer. Les he preguntado si podían prestarme uno. —Sopesó el arma—. Han quedado muy contentos de poder ayudarme.

Gansuj aminoró el paso para mirar a su alrededor el espacio abierto al que habían salido.

—Además —comentó—, nos dejarán en paz pensando que estamos...

Lian asintió haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—Dedicados a una lección de tiro con arco —dijo acabando la frase por él mientras levantaba una ceja. «Sí —pensó—, el maestro Chucai tenía razón. Este joven promete».

Gansuj se sonrojó. Cogió la aljaba de la mano de Lian y le dio el arco.

—Pruébalo —dijo con brusquedad, avergonzado por fin.

Lian levantó el arma y la cogió por la empuñadura con la mano izquierda. Tensó la cuerda y la soltó con un débil tañido.

—Así no. —Gansuj se colocó detrás de ella y tocó sus hombros con suavidad, abriéndolos hacia atrás, ajustando su postura—. Brazo bien estirado. Apunta al blanco con tu nudillo. Ahora ténsalo paralelo a tu cuerpo. —Le tiró del codo hacia atrás lentamente, guiando su brazo—. Lo mismo con esta mano, el nudillo hacia el blanco.

El cuerpo de Lian se giró ligeramente bajo su guía hasta que apuntó a un grupo de álamos cuyos pálidos troncos reflejaban un brillo difuso con la luz del atardecer. Él retrocedió un paso; ella soltó la cuerda y sintió una diferencia en el movimiento.

—Lo noto —comentó.

—Muy bien —dijo Gansuj—. Prueba unas cuantas veces más, pero sin soltar la cuerda. Trabaja solamente el movimiento de tensar la cuerda con suavidad.

Lian cambió la posición de sus pies y sacudió los hombros para aflojarlos. Inspiró

profundamente y levantó el arco como Gansuj le había enseñado. Doblando sus dos primeros dedos sobre la cuerda, utilizó la espalda y los hombros para tensar la cuerda, esta vez un poco más. Le habría gustado ver la expresión de Gansuj, pero no podía mirar en su dirección; perdería el control de lo que estaba haciendo si se desconcentraba tanto. Contenta de poder tensar el arco, se relajó, repitió el ejercicio dos veces más y dejó caer los brazos. Le ardían los bíceps.

—Bien hecho —dijo Gansuj—. Te has hecho a ello con mucha naturalidad.

Lian se mantuvo en silencio mientras cogía una de las flechas de la aljaba que sostenía Gansuj. Este le sujetó la mano antes de que llegara a sacarla.

—Cuidado, están afiladas.

—No soy una cría. —Su tono fue tan petulante que solo le faltó dar un pisotón en el suelo y amenazar con montar una escena.

—Intenta solamente no herir esas manos tan suaves —dijo Gansuj, dispuesto a pincharla un poco más—. Coloca la flecha aquí. —Dejó la aljaba y se acercó con la intención de mostrárselo más directamente—. Sujeta el extremo así. ¿Ves?

Tensó el arco con un movimiento suave. Daba fe de su diferencia de tamaño el hecho de que pudiera sujetar el arco alrededor de ella y tensarlo casi sin llegar a tocarla. Casi. Tras un instante, cuando ambos reconocieron en silencio su mutua proximidad, él destensó el arco y se apartó.

—Te toca —dijo.

Lian sujetó el arco con firmeza e intentó tensarlo con la flecha, pero la tensa cuerda casi no se movió. La combinación de sujetar el arco con tensar la cuerda estaba frustrando su esfuerzo. Gansuj estaba en lo cierto. Ya había tensado un arco antes, pero este estaba mucho más duro que los otros que había utilizado. Había hecho que pareciera muy fácil. Con decisión, cuadró los hombros y, doblando dos dedos sobre la cuerda y la flecha, consiguió tensar el arco la mitad que Gansuj.

—Bien —comento él—. Ahora tira a aquel árbol. —Señaló uno de los álamos a los que había estado apuntando antes.

Ella soltó la flecha con un gruñido. Esta se desvió bastante hacia la derecha y desapareció con un ruido apagado en el interior de un denso arbusto. Le ardían las yemas de los dedos por el roce con la cuerda áspera. Las miró esperando ver sangre y se sorprendió al ver que no había.

—Debería haberte dicho que aguantases la respiración para apuntar —dijo Gansuj.

—No eres muy buen maestro —observó ella, avergonzada por haber fallado por completo.

—¿No parloteabas hace unos días acerca de la paciencia en uno de esos rollos que me has estado leyendo? —preguntó él.

Ella sonrió cuando se agachó y cogió otra flecha de la aljaba que habían dejado en

el suelo.

—No he dicho que me rinda. —Colocó la flecha en su lugar y tensó la cuerda intentando recordar todo lo que se suponía que debía hacer. Gansuj trató de guiarla con las manos sobre sus brazos, y ella se sacudió para apartarlo—. Preferiría probar sin tu ayuda.

Intentó no pensar en que él la estaba mirando. «¡Aguanta la respiración!», pensó en el último segundo. Su mano derecha se abrió y la flecha salió disparada del arco, voló por el jardín y se clavó recta en el tronco de un álamo.

—Eso es —dijo ella—. Un tiro perfecto.

Gansuj se encogió de hombros.

—No ha estado mal. ¿Puedes hacerlo otra vez?

Ella le lanzó una mirada asesina y se agachó para coger otra flecha.

—¿Cómo fue la caza? —Intentaba mantener su tono despreocupado.

—Bien.

Lo miró.

—¿Bien?

Él ignoró su entonación.

—Sí, fue bien. —Cuando ella se plantó frente a él con una ceja levantada y un puño sobre la cadera, una expresión de desconcierto pasó por el rostro de Gansuj—. Ah. —Cayó en la cuenta—. Gracias por darme ánimos. Me ayudaste mucho. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia el arco y la flecha que ella sostenía—. Ahora coloca esa flecha y veamos si el anterior tiro fue solo una cuestión de suerte.

—¿Suerte? —dijo ella sin moverse. «¿Es eso todo lo que me vas a decir?», fue lo que transmitió con la posición de su cabeza, y ante su falta de respuesta, se volvió con un vuelo de faldas—. Te voy a enseñar lo que es suerte.

Lian afirmó los hombros y tensó la cuerda igual que antes. Aún le resultaba muy difícil tensarla mucho, pero el movimiento le parecía un poco más fácil, un poco más natural. Esta vez incluso se acordó de contener la respiración. La cuerda emitió un tañido flojo y la flecha se clavó en el árbol poco más de un palmo por debajo de la primera.

—No era suerte —reconoció Gansuj—. Entonces vamos a intentar algo un poco más avanzado, ¿de acuerdo?

—¿No dirías que ese ha sido un buen tiro? —preguntó ella.

Gansuj meditó brevemente la cuestión.

—Yo diría que ha sido un buen tiro —dijo— para alguien que dispara a un blanco inmóvil a corta distancia en condiciones casi ideales. —Miró el silencioso jardín que los rodeaba—. Pero nunca se me ha presentado un tiro como ese cazando... y mucho menos en una batalla.

No iba a haber manera con él. Lian suspiró.

—Entonces, ¿qué me harías hacer? —preguntó.

—¿Quieres decir en esto del tiro con arco? —Sonrió.

Lian le dedicó una mirada gélida. Gansuj perdió poco a poco la sonrisa y carraspeó.

—Te haría repetir el mismo disparo mientras caminas. —Cogió la aljaba y se la ofreció. Solo quedaban tres flechas.

—¿Caminando? —preguntó Lian.

Gansuj asintió.

Lian cogió la flecha y la colocó en su lugar sin mirar. Comenzó hacia su derecha, pero no tardó en darse cuenta de que perdería de vista el blanco después de unos pocos pasos porque pasaría tras unos setos recortados. Cambió sin más y levantó el arco con el nudillo apuntando al árbol. Incluso a paso lento, su nudillo se negaba a mantenerse alineado con el blanco (no solo se balanceaba arriba y abajo, sino también de izquierda a derecha). Intentó predecir cuándo estaría sobre el blanco y soltó la flecha, que cayó al suelo frente a ella apenas a un cuerpo de distancia y rebotó en la hierba.

Gansuj le ofreció otra flecha.

—Esta vez no mires tu nudillo; mira el blanco.

Lian cogió la flecha que le ofrecía y la colocó rápidamente en el arco. Él sabía de qué hablaba y ella debería prestarle atención, pero la calma de Gansuj la estaba irritando. Tensó el arco y, mientras caminaba hacia su derecha, soltó la flecha casi de inmediato. Había estado tirando a ciegas, intentando solamente acabar con las flechas para poder concluir la lección. La flecha dio vueltas sobre sí misma y desapareció con un traqueteo entre las ramas inferiores del árbol.

—¡No está mal! —exclamó él para gran sorpresa de Lian.

—Te burlas de mí —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

—Has dejado de pensar en lo que estabas haciendo. Eso es una gran parte del arte de tirar bien. Y también es lo más difícil de enseñar. —Gansuj volvió a sonreír.

Lian no sabía si esa gran sonrisa casi permanente de Gansuj estaba empezando a ser irritante o adorable. Quizá las dos cosas.

—Me mentiste —dijo mientras sostenía el arco con ambas manos.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Cuando dije que no eras muy buen maestro.

Gansuj se encogió de hombros.

—No te corregí —dijo—, pero tampoco me dijiste tú que ya habías manejado un arco antes.

Cogió la última flecha de la aljaba y alargó la mano pidiendo el arco. Su sonrisa había desaparecido y era imposible interpretar su expresión. Lian le pasó el arco.

—Ese árbol no —dijo tragando saliva. No tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones y pensó que lo mejor sería intentar cambiarlas. ¿Había ido demasiado lejos? La confianza tenía que ser mutua—. Eso es demasiado fácil para ti.

—Escoge un árbol, pues —dijo él describiendo un semicírculo con la mano para indicarle que tenía todo el jardín para escoger.

Lian miró a su alrededor y se fijó en un arbolito a unos diez cuerpos de distancia.

—El abedul joven aquel, junto al muro —dijo señalando en esa dirección.

Gansuj se volvió bruscamente y se alejó de ella a paso ligero. Durante unos instantes, Lian creyó haber cometido un terrible error, y cuando él se volvió y comenzó a correr hacia ella estuvo segura de haberlo hecho. La distancia que los separaba se reducía sin que Gansuj diera indicación alguna de ir a parar; de hecho, cada vez iba más deprisa.

—¡Gansuj! —Lian se tiró sobre la hierba.

Este saltó por encima, con el arco levantado y tenso y la flecha preparada. Lian oyó el tañido de la cuerda. En el mismo lugar en que ella había caído torpemente sobre su cadera, él dobló el cuello y rodó por la hierba tres pasos por delante.

—¿Estás bien? —Se acercó a ella como si nada hubiera sucedido.

Ella aceptó su mano porque quería levantarse de la hierba lo antes posible. La sujetó con firmeza y, cuando tiró de ella, la levantó como volando. Sus cuerpos quedaron unidos, y sus caras, a unos dedos de distancia.

—¿Has acertado en tu blanco? —preguntó ella con la intención de que se volviera y mirase, a pesar de que no quería que se moviera.

No lo hizo.

—No lo sé. ¿Le he dado?

Lian puso los ojos en blanco y no consiguió contener la risa. La gran sonrisa de Gansuj volvió, aún mayor que antes. Ella lo apartó bruscamente.

—El árbol, Gansuj. ¿Has acertado en el abedul?

Gansuj fingió sorpresa.

—¿Se suponía que tenía que tirar a un árbol?

Ella se fijó. El sol ya estaba al otro lado del palacio y todo el muro estaba cubierto de sombras. Aún podía ver el delgado abedul, pero no podía distinguir si la flecha había dado en el blanco. Empezó a caminar hacia él y Gansuj se unió a ella.

—Bonita caída —comentó él—. Pero tendrás que practicar más.

Lian lo fulminó con la mirada.

—¡Hablo en serio! —protestó Gansuj—. Saber caer es una habilidad importante en el combate cuerpo a cuerpo. Ya lo verás.

—Lo estoy deseando —contestó Lian con sarcasmo, pero sin poder evitar reconocer el estremecimiento de su cuerpo ante la sola idea de tener tal relación con ese hombre.

Preocupada, se detuvo en seco frente al abedul y tardó en distinguir la flecha clavada hasta un cuarto de su longitud. Sin hacer comentarios, Gansuj empezó a sacar la flecha poco a poco.

—Gansuj, de... deberías ha... haber... —dijo tartamudeando.

Gansuj la miró sin dejar de liberar la flecha del árbol.

Ella le devolvió la mirada y volvió a comenzar.

—¿Por qué no disparaste con la ballesta como te pidió Ogodei Kan?

El semblante de Gansuj se ensombreció y decidió concentrarse un rato en la tarea de desclavar la flecha antes de contestar.

—Hay una diferencia entre una cacería —respondió mientras la flecha acababa de salir del árbol— y una matanza.

—Mataste a tu ciervo con un arco —dijo ella.

—Sí —afirmó él—. Con el arco de mi padre. Y Ogodei apreció el significado de mi elección. —Dejó caer la flecha dentro de la aljaba—. Cuando acabó la cacería, dimos un breve paseo juntos por el jardín. Me contó una historia de una cacería con su padre, el gran kan, cuando estaban juntos de campaña.

Lian estaba sorprendida. La criada había olvidado mencionar el momento en privado de los dos hombres.

—Excelente, Gansuj. Eso supera mis expectativas. Estás resultando un buen estudiante.

Volvieron sobre sus pasos hasta la alameda.

—Tengo que serlo —dijo Gansuj mientras paseaban—. Puede que haya impresionado al *kagan*, pero me temo que he hecho crecer la enemistad de Munojoi.

—Cualquier esfuerzo que dediques a ganarte la amistad de Munojoi no solo será inútil, también será peligroso —le advirtió Lian—. Es más inteligente que concentres tu energía en el *kagan*.

Gansuj asintió con gesto pensativo.

—Creo que tienes razón. —Llegaron al árbol que tenía clavadas las flechas de Lian y las sacó con un diestro giro de la mano izquierda—. Suficiente tiro con arco por esta noche —dijo cambiando de asunto—. ¿Qué tal algunas nociones preliminares del cuerpo a cuerpo...?

Lian arqueó una ceja.

—Creo que este rato de tiro con arco me ha cansado.

Gansuj rió. A ella le gustaba su risa, grave y profunda. Cuando reía, sus ojos casi desaparecían; una risa muy parecida a la de su propio padre.

—La próxima vez, entonces —dijo él. Se colgó el arco en bandolera y señaló el sendero que conducía a la zona de la servidumbre—. Al menos deja que te acompañe hasta tu habitación.

Ella aceptó su ofrecimiento y guardó en su interior la fantasía de avanzar en el

contacto físico con él.

El sol se había puesto y la actividad del palacio estaba cambiando a la propia de la noche. Se oían voces que llegaban desde el edificio principal, y sirvientes que llevaban platos sucios y montones de manteles limpios pasaron presurosos alrededor de Gansuj mientras él caminaba sin prisas hacia su habitación. Se hizo a un lado para dejar paso a un grupo de concubinas, que pasaron junto a él como deslizándose sin esfuerzo con pasos minúsculos, con la cabeza elegantemente peinada inclinada en un gesto de educado respeto; tras de sí dejaron una estela de aroma de flores. Fuera, en la penumbra, había grupos *de jevtuul* con capas oscuras patrullando los terrenos del palacio.

Cerca de la entrada del jardín, Gansuj se encontró con una figura imponente y familiar. Se inclinó respetuosamente ante ella.

—Maestro Chucai, buenas noches.

El consejero jefe de Ogodei respondió con una ligera inclinación de cabeza.

—Espero que tengas una buena noche. —Su vestido y su barba eran manchas oscuras en la penumbra que hacían que el hombre pareciera una aparición, una cabeza flotante que venía a perseguirlo.

—Así es —contestó Gansuj—. Solo estaba buscando un poco de aire fresco. Esta primera hora del anochecer es excelente para eso.

—¿Has continuado con tus lecturas? —Chucai sonrió—. O quizá debería decir: ¿ha seguido Lian leyéndote?

—Sí. Es una joven con talento, hasta donde son capaces las chinas —respondió Gansuj—. Los rollos son aburridos, pero ella mantiene mis ojos entretenidos, sin duda.

Chucai le dirigió una mirada penetrante.

—He oído comentarios sobre la cacería de hoy —dijo.

Gansuj asintió y esperó a que continuase.

—Karakórum es distinto de cualquier otro lugar del imperio. Nos transforma, ¿no crees? —Chucai frunció los labios—. No, eso no es correcto. Nos revela.

Gansuj se encogió de hombros, sobre todo para ocultar el escalofrío que le había recorrido la espalda al oír las palabras del maestro Chucai. Un sonido de rotura que se produjo tras ellos le ahorró la contestación. Se volvió y durante un momento fue incapaz de determinar el origen del ruido, pero luego vio la teja rota en el suelo. Con el pulso desbocado, levantó la mirada hacia el tejado del palacio y un movimiento llamó su atención.

—¡Intruso! —gritó Chucai tras él.

«Un asesino —pensó Gansuj—. Está aquí para matar al *kagan*».

—¡Guardias! —Chucai seguía dando la alarma.

La silueta ya había desaparecido y Gansuj miró nerviosamente a su alrededor buscando algún indicio de la *jevtuul*.

«Demasiado tarde —pensó. Salió corriendo en dirección a la parte trasera del palacio, la dirección en que le pareció que iba la silueta—. Para cuando lleguen los guardias, se habrá ido».

Le tocaba atrapar al asesino.

**EL «BANJAR»**

Las cañas eran lo bastante altas para ocultar a Cnán, siempre que se moviera agachada entre ellas. No podía ver más allá de la longitud de un brazo en ninguna dirección, así que de vez en cuando se detenía para comprobar hacia dónde estaba el sol y asegurarse de que no se desviaba: quería seguir la corriente mansa y somera del canal principal, suficientemente cerca de la orilla para que las cañas fueran siempre altas, pero no tan cerca como para que el suelo se convirtiera en fango pegajoso. Ese camino la llevaría entre los mongoles que rodeaban las cabañas al otro lado del río y la fuerza principal, en este lado. Lo único un poco incierto en ese trayecto era que podía llevarla cerca de la patrulla que Raphael había visto moviéndose entre los dos grupos de mongoles, pero todo lo que tenía que hacer era mantener la serenidad y agacharse más si oía cascos de caballo. Con el sol tras ella, no podrían verla. Sus movimientos podrían agitar los extremos de las cañas. Pero en eso también la acompañaba la fortuna, porque la brisa del suroeste movía todas las cañas, y mientras no hiciera alguna estupidez como desplazarse en línea recta o pisotear las cañas, sería difícil detectarla.

En cualquier caso, aquellos hombres estaban distraídos; podía saberlo por sus gritos; intentaban comunicar algo al grupo principal, pero eran incapaces de hacerse entender por encima del sonido del viento que soplaba a través de un millón de cañas.

Así no iba a conseguir Cnán mantener una buena marcha, pero no tardaría mucho en pasarlos de largo y llegar a una zona donde pudiera desplazarse por canales abandonados o correr de un afloramiento de rocas a otro con la ayuda de las largas sombras del final de la tarde.

Cuanto más pudiera averiguar por los sonidos, menos necesidad tendría de arriesgarse a mirar. Salpicaduras de cascos le dijeron que la patrulla había encontrado un vado. Un repiqueteo ligero al principio mientras los caballos (Cnán suponía que eran cuatro) trotaban por una zona en que el agua les cubría los cascos. Luego, un chapoteo cuando les cubrió hasta los corvejones, y por fin casi ningún ruido cuando pasaron por la parte más profunda del canal, con el vientre de los caballos, imaginó, dejando estelas en el agua como los cascos de las embarcaciones. Más tarde, palabras de satisfacción y alivio de los jinetes al notar que el fondo volvía a subir, salpicaduras esporádicas cuando los corvejones emergían del agua, y por fin la misma secuencia de ruidos en orden inverso hasta que los cascos volvieron a pisar suelo firme (a este

lado del río, quizá a un tiro de flecha delante de ella).

Estaba a punto de arriesgarse a moverse otra vez cuando sus oídos captaron algo más, otra criatura que emergía del río, siguiendo a los caballos. No era un hombre, pues iba a cuatro patas, pero era demasiado pequeño para ser un caballo. Luego, un ruido de sacudida rápida envuelto en una gran rociada de agua.

Se puso en cuclillas y se quedó inmóvil. Era un perro. Había entrado en el vado al mismo tiempo que los cuatro jinetes, pero se había quedado atrás cuando había perdido pie y había tenido que cruzar el curso principal nadando a contracorriente hasta la otra orilla. Por fin, había subido el talud y se había sacudido. Soltó un pequeño gañido cuando se dio cuenta de lo lejos que había salido, y luego salió disparado para recuperar el tiempo perdido. Entonces, antes de entrar en el pasillo abierto por los caballos a través de las cañas, el perro se detuvo.

Se paró en seco y husmeó el aire. Resultó que estaba justo a sotavento de Cnán.

Los perros no tienen una vista muy aguda. Cnán se levantó lo justo para poder verlo. De entrada no lo reconoció, porque estaba imaginando algo semejante a un perro de caza, pequeño y ágil. Pero lo que vio, que intentaba localizar el origen de lo que había olfateado, se parecía más a un oso. Ya había visto otros así. Incluso la habían perseguido. Y había visto cómo otros, no tan hábiles en escabullirse o trepar a los árboles, eran despedazados por ellos. Era un *banjar*, uno de los corpulentos mastines que los mongoles ataban en el exterior de sus tiendas como guardianes. Debían de estar utilizándolo para seguir el rastro de Istvan.

Y ahora sabía que ella estaba ahí. Eso era evidente en su postura: estaba plantado sobre sus patas robustas y musculosas, tan inmóvil como ella. Aparte de un ligero temblor en sus flancos, lo único que movía era la trufa. Se mantendría igual de inmóvil mientras no captara el rastro con claridad u oyera algún movimiento. Entonces pondría en acción todos los músculos de su cuerpo. Si era como los otros que había visto, pesaría el doble que ella y sería el doble de rápido.

Otro débil gañido. La gran cabeza se levantó y se volvió. Las grandes mandíbulas se abrieron con un lento jadeo. El *banjar* estaba intentando entender el nuevo rastro. Observándolo, se preguntó qué estaría adivinando el perro de ella. El rastro que había captado era humano, pero no el mismo que había estado siguiendo durante los dos últimos días. Evidentemente, su olor revelaría su sexo, pero ¿podría revelar también si tenía miedo? No lo tenía, pero pronto lo tendría.

No podía correr. Despertar el instinto de caza de un *banjar* equivalía a morir de la peor manera imaginable. Era mejor plantarse y enfrentarse a él.

El perro soltó un ladrido ronco y flojo que se convirtió en un gruñido suspicaz y empezó a trotar hacia ella con la cabeza baja y moviendo el gran hocico atrás y adelante.

Cnán retrocedió entre las cañas por el mismo pasillo que había abierto. Aumentar

la distancia que la separaba del perro no podía hacerle daño siempre que lo hiciese en silencio, y ella podía ser muy sigilosa. No había árboles a los que trepar. No podía correr más que un *banjar* en terreno abierto, pero sí podía nadar más deprisa. Primero tendría que llegar a donde el agua era lo bastante profunda para nadar y para que el perro no pudiese hacer pie. Recordó un remanso a un tiro de piedra detrás de ella, donde se había hundido hasta la rodilla en una poza. Podría conseguirlo con una carrera rápida si salía de las cañas, cruzaba del banco de arena que quedaba en medio e iba directa al agua. Pero sería su último recurso; eso revelaría su posición no solo al *banjar*, que iría directamente por ella, sino también a los cuatro jinetes mongoles, que ahora avanzaban con mucho cuidado por un tramo rocoso de la ribera, aún ajenos al hecho de que su perro seguía el rastro de una nueva e inesperada presa.

El perro (ahora podía ver que era un macho entero) lanzó un ladrido ronco y apagado y comenzó a trotar, convencido ya de que la presa merecía la pena. Ella empezó a retroceder más deprisa y con más ruido, luchando contra lo que los Hermanos del Escudo llamaban «el *fobo*», el miedo irracional que, si dejase que saliera de su agujero, tomaría el control de su cuerpo y la obligaría a hacer cosas que con seguridad la conducirían a la muerte. En este caso el *fobo* le estaba diciendo que se volviera y saliera corriendo.

El suelo bajo sus pies se estaba poniendo cenagoso. Se arriesgó a echar un vistazo rápido y vio el remanso cada vez más cerca, pero no tenía suficiente profundidad para que el *banjar* no pudiera vadearlo y estaba separado del curso principal por un banco de arena, que tendría que cruzar antes de que el animal le hincara los colmillos en una pierna.

Cnán se preparó para quitarse el vestido. Podía arrastrarlo tras ella mientras corría. El perro lo mordería, se lo arrancaría de la mano, perdería unos instantes sacudiéndolo como a una ardilla mientras ella se tiraba al agua desnuda y se alejaba nadando... ¿O eso era el *fobo* tratando de asomar?

Un gemido del *banjar* creció rápidamente hasta convertirse en un ladrido agudo. Ahora estaba muy cerca. El pie de Cnán tocó el borde resbaladizo de la poza. Todo aquello era una imprudencia.

Se irguió y se enfrentó al perro. Sorprendido, paró en seco y comenzó a ladrar, muy fuerte y sin cesar, para alertar a sus amos. Ella miró por encima del perro y vio a los cuatro mongoles. Uno había acabado de subir el talud y miraba hacia ella. Los otros tres pararon, se volvieron y comenzaron a bajar otra vez el talud con mucho cuidado para ver qué estaba sucediendo. Primero vieron al *banjar*, luego a ella, y señalaron, gritaron, se pusieron de pie sobre los estribos para ver mejor y cogieron los arcos.

Sin perder de vista al *banjar* pero sin mirarlo directamente, Cnán se movió de costado con lentitud hasta que el agua estancada le llegó por la rodilla, un canal curvo

de solo un par de brazos de anchura. El *banjar* salió tras ella, se paró, gruñó, volvió a ladrar. Un amago de carga con el que intentaba hacerle caer en el pánico y salir corriendo.

A Cnán no le gustaban los perros, pero los entendía igual que entendía a los hombres: necesitan un líder. Un jefe. Y si el jefe no eres tú, el perro ocupará el puesto. No tenía relación con el tamaño. Había visto a un ratonero dominar a un perro enorme solo con su fortaleza de carácter. Clavó su mirada en la del *banjar* e intentó con todas sus fuerzas obligarlo a someterse.

Un gruñido ronco emergió de su enorme pecho. Ella salió del agua caminando hacia atrás hasta el banco de arena. Uno de los mongoles iba derecho hacia ella. Sintió cómo el terror subía por su pecho, con el corazón martilleando bajo su esternón y atronando sus oídos.

El mongol gritó una orden. El *banjar* se volvió hacia él, recordó quién era el jefe, se metió en el agua y salió al banco de arena tan cerca de ella que podría haber alcanzado la garganta de Cnán con un solo salto. Únicamente algún instinto de cautela, una preocupación por que ella fuera algo más de lo que parecía, evitó que la matara allí mismo en ese momento.

Su miedo tomó el control. Cnán sabía que estaba a punto de morir, si no destrozada por el *banjar*, asaeteada una y otra vez por el mongol que venía detrás o por los dos que lo seguían. Su corazón latía de tal manera que podía sentirlo en las plantas de los pies.

¿Sus pies?

El perro miró de repente hacia detrás de ella y luego se agachó y se encogió con miedo. De los labios del mongol salió una expresión de asombro.

Cnán se giró en el agua y el fango justo a tiempo de ver un coloso erguirse sobre el canal, sobre el lomo del banco de arena, y luego saltar casi sobre su cabeza surcando el aire con sus cascos. Cayó al suelo más por vértigo que otra cosa y lo perdió de vista durante un momento. Al volverse otra vez vio la voltereta hacia atrás del *banjar*, con un proyectil rojo que salía de entre sus hombros, y cómo rodaba finalmente por la arena.

Mientras trastabillaba entre las cañas y el cieno, se recomponía y se enderezaba, identificó al coloso: un hombre a caballo. El sol poniente estaba detrás de él y el brillo de su coraza la cegaba. La mano izquierda del hombre sostenía las riendas del caballo; la derecha sujetaba un asta corta alrededor de cuyo extremo daba vueltas despacio una esfera negra de hierro, erizada de púas, del tamaño de un puño. De las púas salía una espesa lluvia de sangre del perro.

El *banjar* se había detenido con un resbalón lateral y había quedado tumbado panza arriba con una pata trasera dando sacudidas. Le faltaba media cabeza.

La distancia que separaba al *banjar* del primer mongol era un tiro de piedra largo.

Percival, a galope tendido, la cubrió en unos pocos pasos de los retumbantes cascos de su caballo. La bola de hierro, trazando un arco tranquilo e inexorable al final de su tensa cadena, se aceleró súbitamente y se hundió sin pérdida de velocidad visible en un lado de la cara del mongol (que intentaba dar la vuelta para alejarse) para emerger por su nuca.

Percival inspeccionó las cañas.

—¡Uno de reemplazo! —exclamó en tono despreocupado.

Cnán, perpleja, se dio cuenta de que se dirigía a ella.

—Debería... —dijo titubeando.

—No. Ve al otro lado del río —pidió él, e ignorando a los dos mongoles que estaban a la altura del río, espoleó a su caballo con urgencia y lo dirigió directamente hacia lo que parecía ser un lugar más bajo en la alta orilla. El caballo dudó, luego lo entendió, se lanzó hacia el hueco en el perfil de la orilla e intentó el salto. Sus cascos delanteros alcanzaron el final del talud; los traseros tuvieron que patearlo durante unos instantes de ansiedad arrancando terrones polvorientos; pero luego sus imponentes cuartos traseros saltaron hacia arriba y se situaron en el borde del talud. Con un grito de triunfo o de aliento, Percival lo guio en un brusco giro hacia la izquierda y, en apariencia, directamente hacia el mongol solitario que había trepado hasta arriba hacía un rato. Entonces, Cnán lo perdió de vista.

Los dos mongoles que seguían en el banco de arena estaban por fin preparando su arco. Dudaba de que pudieran alcanzarla desde esa distancia si se mantenía en movimiento y se ponía a cubierto, pero nunca se puede saber cuándo un tiro afortunado va a dar en el blanco, y por eso no era partidaria de quedarse por allí para ver qué pasaba. Completó el movimiento que estaba intentando hacer cuando huía del *banjar*, caminando de costado hasta el otro lado del banco y luego hasta el curso principal del río. Tuvo que apartar la mirada de los mongoles durante unos instantes mientras pasaba con cautela sobre un resbaladizo tronco caído.

Cuando miró hacia atrás, uno de los mongoles estaba arrodillado en una posición extraña, con las manos levantadas como si estuviera intentando ajustar algo en su casco. Entonces advirtió un asta que, inclinada hacia abajo, asomaba por un lado de su cuello, y llegó a la conclusión de que lo había alcanzado una flecha lanzada desde el otro lado del río.

Se volvió, se sumergió y avanzó buceando una docena de brazadas. La corriente la arrastraba río abajo hacia el arquero oculto, pero admitió que eso no era algo malo, y por lo tanto no ofreció resistencia y destinó toda su energía a cruzar el canal.

Cuando notó que el fondo volvía a ascender bajo sus pies, se volvió y sacó del agua unas pocas pulgadas de la cabeza para mirar. En ese momento hubo una nueva sacudida del suelo igual a la que había precedido a la muerte del *banjar* y, como era de esperar, la cabeza de Percival (y la de su caballo de batalla) se alzó majestuosa

sobre la orilla. Había guardado el mangual utilizado con tan gran eficacia contra el perro y el primer mongol y ahora sostenía una lanza ensangrentada con una mano y un escudo con forma de lágrima con la otra. Dos flechas sobresalían de su escudo, lo cual parecía indicar que el segundo mongol había ofrecido más resistencia que el primero. Así cargado, dejó que el caballo fuera sin guía hasta la ribera. Percival no perdía de vista al mongol superviviente, que había ido a ocultarse entre las cañas y levantaba su arco. Percival era perfectamente visible desde lo alto de la orilla. Con un movimiento natural de su escudo, el caballero acorazado recogió con él una tercera flecha que se habría clavado en un hombro de su caballo.

Otra flecha voló directamente sobre la cabeza de Cnán y describió un arco descendente hasta las cañas; un arquero situado en su lado del río (supuso que era Raphael) esperaba tener suerte en su tiro.

El caballo saltó sobre el lecho de cañas con Percival tan inclinado hacia atrás que prácticamente iba tumbado sobre las ancas. Tras unos instantes de tambaleo para realinearse, caballo y jinete volvieron a ser una sola cosa, y entonces Percival hizo algo que, aunque cueste creerlo, provocó que Cnán sintiera lástima por el mongol: se lanzó hacia delante por el firme suelo arenoso y cargó con la lanza en posición baja.

El mongol entendió a la perfección lo que estaba a punto de suceder. Dio un salto y corrió en zigzag por la orilla levantando una lluvia plateada con los pies. Igual que un millón de víctimas aterrorizadas que habían sido sorprendidas a la intemperie por los jinetes de las hordas del *kagan*, ahora se enfrentaba a una desagradable disyuntiva: ser pisoteado sobre el fango y que su columna y sus costillas fueran trituradas como cortezas de pan o encontrarse con una lanza de ocho pies de largo ensartada en sus tripas.

El mongol se volvió en el último instante con un grito rabioso y escogió la lanza. Percival se la concedió, tiró hacia arriba hasta que los pies del hombre se levantaron del suelo y luego siguió avanzando haciendo girar el cadáver entre las cañas hasta que se deslizó y cayó como un harapo lleno de nudos. Las brillantes salpicaduras de los cascos del caballo casi ocultaron la carnicería.

Cnán se volvió con el estómago revuelto y luego trepó hasta una grieta en la orilla norte, donde sospechaba que se escondía Raphael tras algún arbusto nudoso. Y ahí fue donde lo encontró, aunque él ya le había dado la espalda y trepaba trabajosamente por el suelo blando hacia la cresta. Cuando la estaba alcanzando, se frenó, se agachó y levantó una mano como aviso para advertirle que no asomara la cabeza. Luego pareció cambiar de idea. Había visto algo desde la cresta que le indicaba que no había ningún problema. Saltó hasta el suelo llano, volvió a agacharse y alargó una mano a Cnán. De cualquiera de los otros (con la habitual excepción de Percival) no se habría tomado ese gesto con tanta amabilidad. Era perfectamente capaz..., pero cada vez había algo en el comportamiento de Raphael que le dejaba claro que, entre ellos dos,

las cosas siempre eran sencillas y correctas, y por eso cogió la mano con una palmada y puso un pie tras otro en el talud hasta que él acabó de izarla.

Debajo y detrás de ellos, Percival estaba reuniendo los caballos de los mongoles y atándolos a lo largo de una cuerda para poder guiarlos.

—Reemplazos —dijo Cnán.

—Bien —respondió Raphael, que señaló con la cabeza el otro lado del río; no el curso principal, sino la orilla sur, que Cnán, atrapada en las cañas bajas, no había podido ver hasta ahora. Lo primero que divisó fue, colgado de las cañas, el cuerpo del mongol que Percival había matado durante su incursión en la ribera. Pero entonces, un movimiento más lejano atrajo su mirada.

La cima de la colina donde se había reunido antes la fuerza principal de los mongoles estaba ahora desierta, pero en el lado más cercano parecía estarse produciendo algo parecido a una avalancha o a un deslizamiento de tierras, y levantaba una columna de polvo que brillaba con un resplandor ígneo a la luz del sol poniente. Los habían visto. Los mongoles venían por ellos.

—A su manera, magnífico —dijo Raphael secamente—, pero no recomiendo que nos quedemos maravillados mucho más tiempo. En cualquier caso, es improbable que consigáis ver algún indicio nuevo o útil.

—Entonces, ¿qué demonios estáis haciendo?

—Creo que debo quedarme por si Percival necesita ayuda. Podría ayudarlo a llevar los caballos de reemplazo o entretener a los mongoles cuando lleguen a la orilla.

—¿Has pensado algo para mí?

—Vigila a Eleazar.

—¿Y dónde está Eleazar?

—Probablemente haciendo una visita a quienquiera que esté rodeado en aquella granja —dijo Raphael, y dio media vuelta sobre las puntas de sus pies a la vez que se mantenía agachado para mirar en la dirección opuesta—. A juzgar por la cantidad de mongoles que están muertos o que chillan a su alrededor, yo diría que es Istvan.

A Cnán eso no le pareció un plan, ni siquiera el inicio de uno, pero no era tan tonta como para esperar un plan perfectamente meditado y aprobaría cualquier cosa que la alejara de los cerca de cuarenta jinetes que venían hacia ellos a través del pantano.

No muy lejos, Raphael había atado su caballo a una lanza clavada en tierra. Amarrado tras él, con la cabeza baja y el morro hundido en la hierba, estaba el poni que montaba Cnán. Desató la tensa brida de la silla de Raphael y saltó al lomo del poni con una confianza que la sorprendió. No le habría parecido mal que alguno de sus compañeros se hubiera fijado en su habilidad.

Dio un tirón a la rienda derecha, clavó los talones y luego gritó como había oído

gritar a los hombres cuando realmente querían que su montura les prestara atención; desde luego, el poni reaccionó arqueando el cuello y arrancando directamente al galope.

Ahora galopaba como alma que lleva el diablo hacia la batalla que se estaba desarrollando alrededor de la pequeña granja. Estaba más o menos a media versta, sobre una ligera elevación que la mantenía a salvo de las crecidas estacionales. Desde su anterior punto de observación habían podido distinguir pocos detalles, pero ahora, desde más cerca, Cnán podía ver que era un desordenado laberinto de cobertizos, naves, cabañas, pocilgas, casetas de ahumar, cuadras y establos. No contentos con eso, sus habitantes habían añadido un surtido aleatorio de almiar, montones de turba, espaldares, conejeras y colmenas.

Durante el último par de años, Cnán había llegado a ser una experta en escondites: evitaba el terreno abierto y tenía querencia por todo lo oculto, complejo, retorcido y enmarañado; cualquier lugar confuso y desagradable para los guerreros y cazadores. Si los mongoles la hubieran perseguido por el pantano (como era el caso, bien pensado) se habría encaminado directamente a aquella granja. Habría encendido fuego en la chimenea, habría hecho todo lo posible para hacerles creer que vivía en la casa principal, y luego habría salido subrepticamente y se habría quedado en los alrededores, bajo algún montón de estiércol o paja, observándolos. Los habría esperado fuera. Habría observado y aprendido.

Probablemente Istvan habría hecho algo parecido. Cnán no podía estar segura (aún no había llegado a la granja), pero Raphael parecía pensar que Istvan aún estaba vivo y era sencillamente imposible que hubiera sobrevivido de otra manera.

Al acercarse vio indicios de combate: cuerpos de mongoles caídos sobre vallas rotas, lo que podría haber sido un noble ruso con capa negra lleno de barro caído en un revolcadero de jabalíes... Había más mongoles caídos en postura fetal alrededor de montoncillos de heno mohoso arrancados de un almiar, además de una vaca muerta con un costado lleno de flechas. Alguien la había degollado y había utilizado el cuerpo del animal como parapeto.

Istvan había hecho algo más que ocultarse y observar. Algunos de los muertos yacían donde habían caído, pero otros habían sido colocados en posturas grotescas. En algún momento (y reciente, porque hacía solo un rato habían visto a diez mongoles vivos rodeando el lugar), Istvan había salido de manera sigilosa de su escondite para trabajar cuerpo a cuerpo con hojas veloces y afiladas. Porque los mongoles, en su afán por matar a su presa, habían cometido el error de desmontar y entrar en aquel sucio y ruinoso laberinto. No entendían que el hombre que habían estado persiguiendo no era un fugitivo aterrorizado. No era otro sencillo espigador caído mientras rezaba por encontrar la manera de librarse del lazo.

Istvan los estaba esperando, mascando sus setas, quizá calculando el tiempo para

alcanzar el éxtasis en el momento preciso.

Había sido un largo día lleno de visiones extrañas y difíciles de olvidar, y ahora aparecía otra: un mongol retrocedía desde la esquina de una cuadra y lanzaba tajos y estocadas con una hoja corta y curvada. Le daba igual lo que hubiese bajo sus pies inseguros, pero miraba hacia delante con espanto y gruñía como un asno apaleado (durante su último segundo de vida).

De detrás de la cuadra, cayendo desde arriba como un rayo de plata, una espada de seis pies alcanzó al mongol entre el cuello y el hombro, descendió abriéndose camino a través del torso y emergió por el lado opuesto justo encima de la cadera. Las dos mitades cayeron en direcciones opuestas y los intestinos salieron incontenibles, como si llevaran veinte años esperando una oportunidad para saltar fuera de su encierro.

Esa enorme espada no era cosa de Istvan.

Eleazar salió a la vista, sin esforzarse por detener la espada, sino dejándola seguir su trayectoria mientras levantaba las manos para impedir que la punta se clavara en el suelo. Con elegancia, dio unos pasos con la punta de la espada como centro de giro y miró hacia atrás para asegurarse de que no había alguien más escondido.

Verse atrapada en aquella melé no serviría de nada a Cnán y podría crear problemas a Eleazar y a Istvan (suponiendo que estuviera en algún lugar por allí), así que tiró de las riendas y habló con calma a su montura para cambiar su trayectoria y convencerla de que pasara a un juicioso trote.

Como no era una persona habituada a los caballos, le había costado entender la fascinación de los demás por los de reemplazo. Por supuesto, tenía sentido en abstracto, pero había sido necesaria la visión de la horda galopando hacia ellos para fijar de verdad la idea en su mente. Varios ponis mongoles vagaban ahora por los terrenos de la granja husmeando en busca de comida. Gracias a Istvan, que al parecer había derribado a varios de sus dueños desde su escondite (reconoció sus flechas en los cuerpos de los mongoles), ahora eran caballos de reemplazo, y reconoció que podía hacer algo útil si los reunía. A ella no le hacían caso alguno, pero eran animales sociales que veían bien juntarse en manadas, así que se dedicó durante un rato a reunir a los ponis y llevarlos en una lenta espiral alrededor de la granja mientras contaba mongoles muertos y esperaba a que Istvan y Eleazar dieran caza a los últimos. Los ponis se acostumbraron a ella y empezó a hablarles en turco, que al parecer les resultaba familiar.

Por fin salieron del laberinto los dos caballeros, y en el mismo momento llegaron Raphael y Percival al galope desde la ribera. Istvan, rojo tras la escabechina, llevaba unos cuantos caballos más, y Percival, casi impoluto, tiraba de una renuente reata de cuatro. Ahora su grupo disponía de tres o cuatro caballos por cabeza.

Cnán se unió a ellos. En ese momento, Istvan y los demás podían haber tenido

una interesante conversación pero, por supuesto, no había tiempo. Los más impetuosos del destacamento de mongoles ya estaban coronando el talud, aunque más que verlo lo supusieron, pues el sol estaba ya muy bajo y toda la escena estaba sumida en una penumbra grisácea.

—¿El bosque? —propuso Percival levantando su manajo de riendas—. Se trata de escoger entre zarzas o flechas. Yo prefiero las zarzas.

—Te sigo —dijo Istvan.

Así que lo siguieron. Y los mongoles los siguieron a todos.

Cnán encontró un sendero medio despejado que atravesaba un grupo de árboles muy viejos. Casi inmediatamente después de que entraran en el refugio del bosque, soltando maldiciones cada vez que entraban en las espesas matas de zarzas o salían de ellas, se hizo evidente que los caballeros no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Ni tampoco Cnán.

Todos tendían a considerar los actos de Istvan con el mayor escepticismo y discutían entre ellos sobre si sus ruidosos movimientos eran una mera maniobra de distracción; Eleazar llegó a la conclusión de que intentaba atraer a sus perseguidores mongoles a una trampa mortal.

Percival no abría la boca. Su plan distaba mucho de estar claro para los demás (si es que de verdad tenía algún plan), y así el grupo pasó varios peligrosos minutos dando vueltas, perdiéndose de vista y volviendo a encontrarse, sin saber en ningún momento si el jinete que se acercaba por entre los densos arbustos era un miembro despistado de su grupo o un explorador mongol.

—Aquí no hay quien luce —dijo Istvan entre dientes arrastrando las palabras. Su cabeza pasó bajo un rayo de luna oblicuo y él levantó la cabeza y la miró con los ojos entornados. Su rostro llevaba un rastro de sangre dejado por un dedo. Aún estaba medio poseído por sus setas.

Cnán preguntó a Percival si ese era el momento del que habían hablado antes, cuando tendrían que sacrificarse para que el grupo de Feronantus pudiera seguir su camino sin molestias. Si ese era el caso, ella tenía intención de desaparecer. Al final, Percival convenció a Raphael para que explicara qué pensaba y les hiciera el favor de dejar de dar por hecho que cualquiera de sus compañeros tenía alguna idea de lo que había dentro de su cabeza.

Percival se desvió para esquivar una zarza y luego se detuvo, apenas visible. Cnán vio resolución en su postura.

—Nos uniremos a Feronantus —proclamó como si eso siempre hubiera sido obvio.

—Si podemos encontrarlo, cosa que dudo —comentó Eleazar—. Estaremos guiando a los mongoles directamente hacia los otros.

—Sí —dijo Percival—, y por lo mismo también seremos suficientes para acabar con ellos.

—Sería... educado, como mínimo, dar a Feronantus alguna indicación de ello antes de guiar a una compañía de mongoles furiosos hasta su campamento —señaló Raphael.

—Yo iré por delante —empezó a decir Istvan mientras hacía girar a su caballo pisoteando la maleza, pero se quedó titubeando, porque hasta él se daba cuenta de que era una insensatez.

—No por estos bosques —dijo Eleazar con sequedad.

—Tendrá que ir delante Cnán, rápida y silenciosa, como siempre —explicó Percival—, y nosotros la seguiremos, lentos y ruidosos, como siempre. ¡Adelante!

Ese fue el momento en que ella habría debido abandonarlos con alegría a todos los percances que se merecían, si no fuera por el inesperado detalle de que Percival la miraba con firmeza a los ojos mientras le daba la orden. Y así, rezongando, puso en movimiento a su poni entre los árboles. Ya no podía ver adonde iba, pero sus pies sí sabían qué camino descendía. En algún momento tendría que volver a cruzar el río, a oscuras. Reconoció que ese era el mejor momento para ello. La compañía de mongoles acababa de cruzar a ese lado. Toda su energía había sido dirigida hasta el último instante hacia ese objetivo. Se habían enfrentado a riesgos y habían trabajado mucho por conseguirlo. Un hecho simple derivado de la naturaleza humana era que ahora estarían muy poco dispuestos a dar la vuelta y cruzar otra vez, en especial si sus sentidos les decían que el enemigo, o al menos su parte más lenta y ruidosa, estaba precisamente en ese lado.

Una vez que acabó de cruzar el río siguió su marcha a un paso del que habría estado orgullosa cualquier otra noche, pero cada vez que se detenía para vaciar la vejiga o dejar un poni exhausto le llegaba el retumbar de los cascos desde no muy lejos a su espalda.

Los mongoles empujaban a Percival y su grupo o seguían su estela; de cualquier manera, ambos grupos se movían con velocidad desesperada, y como la única responsabilidad de Cnán era llegar antes que ellos, tenía que hacer lo mismo.

En las horas que precedieron al amanecer, mientras el cielo se iluminaba, descubrió que era capaz de cabalgar más deprisa. Los caballos que le quedaban a Cnán estaban más frescos que los de los caballeros, que habían estado enredados en aquella escaramuza móvil sin cesar desde el anochecer. Los ruidos de cascos tras ella se fueron alejando, se volvieron a acercar, se desviaron hacia el este, luego hacia el oeste. Llegó a creer que iban a rodearla y llegar hasta Feronantus, todos juntos, como una turba furiosa enzarzada en un combate.

Pero entró al galope en el campamento de la Hermandad del Escudo antes de que

el ruido de los combatientes que se acercaban fuera lo bastante fuerte como para alertarlos. Rædwulf estaba de guardia mientras todos dormían. La reconoció de lejos y la saludó con sonrisas y gestos en lugar de con los silbidos de las flechas.

—Espero que hayáis acabado de zurcir las medias —dijo ella.

—Ya hemos acabado con todo eso —contestó Taran sin alterarse desde su relajada posición en cuclillas. Rædwulf llegó desde el otro lado del campamento con el arco en la mano—. ¿Por qué estás sola?

—Percival os envía un cariñoso saludo —respondió Cnán—. Viene guiando a un pequeño ejército de mongoles directamente hacia vosotros y espera que eso no os resulte especialmente inoportuno.

Taran se puso de pie.

Rædwulf preguntó:

—¿A qué distancia está?

—Podrías tener tiempo de echar una buena meada —respondió Cnán.



PERSIGUIENDO SOMBRAS

De los *turnen* que protegían al *kagan* mientras estaba en Karakórum, se nombraba *jevtuul* (guardia de noche) a un *minghan* (un millar de hombres). Ellos patrullaban el palacio y los terrenos a partir del ocaso, y Gansuj sabía que había una clara diferencia entre patrullas nocturnas y cacerías diurnas. Cuando los *jevtuul* empezaron a responder a las llamadas de alarma del maestro Chucai, Gansuj dirigió su atención hacia los edificios que rodeaban el palacio. La guardia de noche rodearía el edificio principal y habría hombres con arcos preparados para llenar de flechas el cielo oscuro. Algunos de ellos incluso podrían iniciar una búsqueda por el área circundante cuando no consiguieran encontrar al asesino en el tejado, pero entonces sería demasiado tarde.

La teja había revelado la posición del intruso. Cualquiera que fuera su misión, ya no la tenía en mente como objetivo principal. Estaba pensando en escapar. Igual que un ciervo cuando lo asustan: se olvida de todo en su urgencia por escapar precipitadamente.

La plaza que rodeaba el palacio se estaba llenando de gente vestida de cuero con arcos y antorchas. Los cortesanos y las concubinas, presas del pánico, se arremangaron los ropajes y se dispersaron como ocas con las borlas de sus gorros y horquillas balanceándose violentamente. Gansuj maldijo en silencio a los hombres con antorchas; la luz parpadeante estaba impidiendo que nadie viera nada. Ya era casi imposible descubrir dónde terminaba el tejado del palacio y comenzaba el cielo. Había demasiadas sombras. Demasiados lugares para que un hombre se escondiera.

Los primeros momentos de la persecución son críticos. La presa, una vez espantada, sale corriendo para buscar un escondite o para poner la mayor distancia posible entre ella y su cazador. Un cazador solo tiene unos pocos segundos para evaluar a su presa; tiene que prever su dirección y situarse delante de ella de alguna manera o, si la presa es más veloz, tiene que tener más resistencia. Y ser capaz de seguir un rastro.

La guardia imperial no estaba formada por cazadores. Los que salían de caza con el *kagan* se limitaban a desplegarse formando un gran círculo para dirigir la caza hacia él. No cazaban un animal; su táctica era hacerse con todas las criaturas que fuese posible (útil como deporte para el *kagan*, pero una táctica inútil para atrapar una presa solitaria).

Algunos miembros de la guardia de noche hacían señales y Gansuj miró hacia arriba. Un par de guardias había descubierto por dónde había pasado el asesino en el tejado y lo estaba persiguiendo. Uno de ellos resbaló en las inclinadas tejas estrepitosamente y cayó del tejado con un grito, acompañado por una cascada de tejas rotas, para aterrizar con un gran batacazo sobre las losas del patio. Eran idiotas por seguir así al asesino, pensó Gansuj, pero eran bien visibles y le dieron una valiosa indicación de la dirección que había tomado el desconocido.

El segundo guardia continuó con más cuidado y se detuvo cuando levantó el arco. Antes de que pudiera disparar, algo le pegó en la cara y su flecha salió disparada sin control. Resbaló, pero consiguió sujetarse al caballete del tejado y quedarse colgado. El arco se deslizó hasta la mitad de la techumbre.

El asesino tendría que bajar por algún sitio, y Gansuj intentó recordar la posición de todos los edificios que rodeaban el palacio. Por lo que podía recordar, todos estaban demasiado lejos, pero saltar era la única manera (la única manera rápida) de salir del tejado. El asesino había cometido un error, era evidente, y lo habían visto. Huir al tejado había sido una jugada desesperada, que podría haber acabado con éxito si no lo hubiera traicionado una teja suelta.

Gansuj llegó a la esquina sureste del palacio y se detuvo. El patio del sur era incluso más abierto, y la única estructura a la que un hombre podría saltar era la enorme estatua (el árbol de plata coronado por las cuatro cabezas de serpiente, de las que manaban cuatro líquidos diferentes). Pero el árbol estaba desnudo salvo por los caños y en él no había dónde esconderse; además, el terreno despejado que lo rodeaba se estaba llenando rápidamente por una multitud de agitados *jevtuul*.

Algunos hombres gritaron desde el oeste y unos cuantos guardias de noche corrieron hacia el lado opuesto del palacio, atraídos por la cacofonía de más tejas que se rompían. Gansuj empezó a seguirlos y luego se paró. Detrás de él estaba el jardín. Sus muros no eran altos; podría, si se ponía de puntillas, llegar a lo alto del muro, pero los árboles eran mucho más altos.

Algo se movió brevemente cruzando el cielo y un alto fresno del interior del jardín se agitó con violencia como sacudido por el viento. Los árboles contiguos apenas se movieron.

Maravillado por la agilidad y la osadía del asesino (semejante salto era una clara indicación de la desesperación de un hombre), Gansuj volvió sobre sus pasos y corrió hacia el jardín. Con un gruñido, se aupó y saltó el muro. Aterrizó sin problemas y se abrió camino a través de los setos hacia el fresno vibrante. Más allá de la arboleda crujieron las piedrecillas del camino, y Gansuj intentó recordar su recorrido por el cuidado laberinto de setos y árboles. Tal como lo recordaba, seguía una trayectoria que se retorció sin patrón alguno por todo el gran terreno rectangular del jardín (desde luego, no era un camino de servicio). Cuando había estado en el jardín durante el día,

lo más común había sido que estuviera distraído. Gansuj corrió bajo un sauce, cuya largas ramas le golpearon la cara y los hombros, y se encontró en un extremo del gran claro central. De hecho, no era lejos del lugar donde estaba el ciervo que había abatido al comienzo del día.

Hacia delante («Hacia el norte», pensó mientras se orientaba) distinguió movimiento. Una figura con ropas oscuras, casi invisible entre las sombras del jardín, pero traicionada por los rayos de luna. Gansuj corrió tras ella intentando acortar la distancia.

En la pared norte del jardín había una puerta y también un guardia. Quizá el asesino corría a ciegas y no sabía qué tenía delante, pero Gansuj no podía confiar en ese albur. Ese hombre había conseguido llegar hasta el palacio. Sin duda tenía suficiente conocimiento de los edificios y de la rutina de la *jevtuul* para planear tanto el asalto como la huida. Y si no era así...

En Kozelsk, su plan había fracasado casi de inmediato y él había tenido que improvisar una solución. Aún podía recordar ese sentimiento, ese pánico que dejó paso a una claridad extraordinaria. Las opciones se volvieron diáfanas. La supervivencia se convirtió en lo fundamental; nada más tenía importancia.

El asesino salió del camino con un giro a la derecha, y Gansuj esperó hasta sobrepasar un gran grupo de cedros antes de ir en la misma dirección. «El muro oeste». Aunque más alto que el que separaba el jardín de los edificios principales, el muro exterior del palacio no estaba pensado para impedir la entrada a intrusos; sobre todo servía para separar al *kagan* y su corte de la aglomeración urbana de Karakórum. No era suficientemente ancho para apostar guardias sobre él, pero era más alto de lo que podía saltar un hombre, incluso desde encima de un caballo.

Gansuj oyó gritos tras él, y cuando dio un vistazo en esa dirección vio algunos de los árboles recortados contra un resplandor anaranjado. «Antorchas». Los *jevtuul* también habían entendido lo que intentaba el asesino y ahora irrumpían en el jardín. Le pareció distinguir la palabra «dos» e inmediatamente una flecha pasó a su lado y casi lo alcanzó en la cabeza.

En la confusión, lo habían tomado por otro intruso.

Lian acababa de cepillarse el largo cabello cuando oyó el débil grito de alarma. En un instante el pasillo al que daba su habitación se llenó de ruidos de pies que corrían. Se puso una chaqueta larga sobre el ligero vestido de seda y fue a enterarse del motivo de tal revuelo. En cuanto abandonó los reducidos confines de su habitación, fue arrastrada por la riada de cuerpos también medio vestidos. Intentó reconstruir algo coherente a partir de los retazos de conversación que fue captando en su tumultuoso viaje hacia la salida del edificio. Un fuego en los almacenes, un ataque de los enemigos del *kagan*, un asesino enviado por los chinos para matar al *kagan* cuando

estuviera sentado a la mesa para la cena, una docena de asesinos, entrenado cada uno en una técnica diferente de ejecución rápida y silenciosa... Se dio cuenta de que las historias no eran coherentes; todas eran falsas y ciertas en la misma medida. Lo único constante era el pánico.

El caos no era menor en el exterior, y las concubinas y cortesanas formaban grupos como ruidosas gallinas mientras los *jevtuul* corrían por todas partes como un enjambre de abejas furiosas. Su atención se dirigía hacia el palacio, y Lian se movió como un espectro entre la confusión hasta que llegó al borde del ancho paseo que rodeaba el edificio principal. Enfrente de ella, en el lado oeste del palacio, vio un hervidero de frenéticos *jevtuul* alrededor de dos bultos que yacían en el suelo, y al acercarse se dio cuenta de que los cuerpos iban vestidos igual que los guardias que los rodeaban.

Soltó el aire que había estado reteniendo al advertir que le preocupaba que uno de esos cuerpos pudiera ser el de Gansuj. Se reprendió a sí misma por la reacción (además de por comportarse como una sencilla muchacha de pueblo en todo lo relacionado con el joven guerrero), se giró para volver a su habitación, pero entonces oyó la voz del maestro Chucai.

Se acercaba a ella casi corriendo como una nube negra que eclipsaba el festival de antorchas que se movían tras él.

—¿Qué haces? —le preguntó Chucai.

Ella se cerró bien la chaqueta y bajó la mirada.

—Había mucho nerviosismo entre las damas de la corte —respondió—. Me preocupaba mi seguridad, igual que a ellas.

Chucai gruñó desde el fondo del pecho, un sonido no muy diferente del de un trueno lejano.

—Vuelve a tu cuarto —dijo secamente—. Llévate a las... —Hizo una seña agitando la larga manga hacia el grupo de mujeres—. Llévatelas contigo. Este no es lugar seguro. Deberíais estar dentro.

Lian hizo una reverencia.

—Sí, maestro Chucai. —Se puso en movimiento a toda prisa, corriendo para abandonar su presencia. Este la sujetó por el brazo cuando pasó junto a él y la atrajo hacia sí. Tenía una mirada fiera y ella apartó la suya intentando esconderse—. Estoy seguro de que el joven Gansuj no corre peligro —dijo, y cuando ella se sonrojó por tener un corazón tan transparente, él la soltó.

Volvió a la carrera a su habitación olvidando llevar consigo a las demás damas. No quería otra cosa que esconderse del hecho de que el maestro podría estar en lo cierto: que Gansuj estaba a salvo y que ella se preocupaba por todo.

No había tiempo para detenerse a dar explicaciones. Gansuj frenó el paso al llegar al

muro exterior del palacio e intentó acallar su respiración para oír algo que le diera un indicio de adonde había ido el asesino. Parecía un esfuerzo inútil, pues el griterío y los golpes de los *jevtuul* en el jardín hacían casi imposible oír un sonido débil, pero fue recompensado con el ruido de algo que rascaba, seguido por un resoplido.

Al principio lo había pasado por alto porque no buscaba lo que debía. No muy lejos, frente a él, agitándose pegada a la pared como una serpiente negra, había una cuerda con nudos. Corrió a cogerla y la tensó. Había algo pesado cerca del otro extremo, y al mirar hacia arriba vio la silueta oscura del asesino, que se acercaba al final del muro.

Se amonestó a sí mismo por no llevar su espada y su arco; pero no se había dado cuenta de que su encuentro con Lian iba a ser de carácter marcial. Él creía...

Gansuj apartó esos pensamientos y empezó a trepar por la cuerda. De cualquier manera que el asesino la hubiese sujetado al borde del muro, Gansuj esperaba que su peso fuera suficiente para evitar que el hombre se detuviese a soltarla. La caída no lo mataría, y seguir al asesino por la cuerda era su única esperanza de no perderlo. Tardaría demasiado en dar la vuelta por la puerta norte, y aún más si los guardias seguían confundiénolo con otro intruso.

El asesino no se detuvo, y cuando Gansuj llegó al borde del muro, la figura negra había desaparecido.

A su alrededor rebotaron flechas en el muro y Gansuj no esperó a que los arqueros corrigieran su puntería. Saltó del muro y aterrizó con una desgarrada voltereta. Se golpeó el hombro izquierdo contra el suelo y se puso de pie ignorando la punzada de dolor.

«¿Hacia dónde?». Estaba en un callejón tras uno de los largos edificios que el *kagan* utilizaba para almacenar sus posesiones, y por ese lado no había puertas ni ventanas. «¿Al norte o al sur?». Hacia el sur estaba la entrada principal del palacio y el gran espacio empleado para las paradas militares, de donde arrancaba la gran carretera pavimentada que atravesaba la mayor parte de Karakórum. Si el asesino quería perderse entre la caótica muchedumbre que llenaba la ciudad, ese era sin duda el camino que debería tomar.

Gansuj dudó. Descender al suelo no parecía una decisión acertada. En ese caso, la presa contaría con que el cazador fuera perdiendo interés. Pero ¿y en el caso de un asesino que acaba de matar al *kagan*? Nunca se abandonaría la cacería y la única esperanza de sobrevivir que tendría ese hombre sería correr y alejarse tanto como le fuera posible y con la mayor velocidad que pudiera. Intentar escapar a través de una ciudad de tiendas requeriría demasiado tiempo.

Hacia el oeste y el norte del palacio había unas cuantas puertas fuera de la ciudad. Durante el día la mayoría de ellas estaban atestadas de pastores de ovejas y cabras que intentaban vender sus animales, pero por la noche los mercados deberían estar

vacíos.

Una mujer chilló en algún lugar más allá del almacén y la decisión de Gansuj se tomó sola. Salió disparado hacia su izquierda y al llegar a la esquina del edificio vio a una pequeña cortesana china vestida de seda rosa, con la espalda pegada a la pared hacia la mitad de la calle. Lanzaba insultos contra una figura que se movía velozmente.

—¡Alto! ¡Intruso! —La garita del lado norte estaba detrás de él, y Gansuj se agachó a la vuelta de la esquina cuando los guardias comenzaron a disparar flechas desde la plataforma elevada.

Probablemente habría sido más sensato esperar a que los *jevtuul* lo alcanzasen y unirse a ellos en la persecución del asesino en lugar de dejar que lo confundieran con un cómplice del asesino. Gansuj vio alejarse la silueta del asesino, que corría por la calle desierta hacia la puerta del mercado. «Sería más sensato»...



EL ENCUENTRO ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

—No quisiera distraerte de lo más importante... —dijo el hermano Rutger mientras colocaba el yelmo sobre la cabeza de Haakon.

—¿Te refieres a no morir bajo la espada de lo que sea que salga por aquel túnel?

—Desde luego. Pero necesitamos información sobre el kan. Su pabellón especial está en el lado sur de la palestra, para que nunca tenga el sol en los ojos. Debe de haber empalizadas detrás de toda esa lona, detrás de todas esas colgaduras que ocultan su interior. Sabemos muy poco de su distribución interna. ¿Cuántos se sientan con el kan? ¿Tiene ese pabellón puertas o ventanas que tengamos que romper si falla la jabalina? ¿Alguna verja que tengamos que saltar? ¿Guardias que haya que quitar de en medio? ¿Cuál es la vía de escape del kan si fracasan nuestros dos primeros intentos?

Haakon quiso lanzar un bramido iracundo, pero lo que salió fue una risa ahogada.

—Estoy a punto de entrar en combate con un demonio —protestó— y pretendes que...

—No es un demonio —dijo el hermano Rutger, y escupió sobre el polvo ocre del suelo, que había pasado al túnel en las botas de los luchadores supervivientes—. Es un hombre vestido como un demonio. —Encajó el yelmo en la cabeza de Haakon y le dio una palmada en una nalga. Incluso a través de la sobreveste, la cota de malla, el gambax y las calzas notó perfectamente el golpe—. Y el velo rojo —añadió—. Aún queremos saber qué hay al otro lado.

Haakon se ajustó el yelmo con un gruñido. El misterioso velo. Colgaba desde el borde exterior del pabellón del kan y ocultaba la puerta sur de la palestra. Los luchadores victoriosos podían pasar al otro lado, pero tenían que ser capaces de salir de la palestra sin ayuda. Hasta ese momento ningún luchador había conseguido una victoria tan clara que no le hubiese costado alguna herida. Otros tres hermanos habían subido a la arena antes que él. Dos habían vencido, pero sus heridas eran lo bastante serias para que no sobrevivieran a la noche.

Rutger puso la mano sobre el hombro de Haakon. Se miraron en silencio. Decir adiós era algo peor que inútil, porque Rutger y los otros lo verían como una prematura aceptación de la derrota. Haakon sabía que se suponía que debía estar lleno de fanfarronería marcial, como sus hermanos que habían luchado antes que él. En todo caso, debería burlarse de la callada preocupación de Rutger y decir algo del

estilo de que volvería de su combate en menos de lo que se tarda en ir al arroyo y defecar.

Pero eso no sería la verdad, y mentir de esa manera (en especial cuando Rutger sabía que mentía) no le parecía un comportamiento a la altura del papel que se suponía que estaba desempeñando.

«Soy un caballero de la Defensa de la Virgen».

Haakon dio una palmada en la mano de Rutger y luego comenzó a caminar enérgicamente por el túnel recolocando su cota de malla. A cada paso la tierra roja suelta se pulverizaba un poco más bajo sus pies.

Mientras caminaba por el estrecho túnel pensó en las últimas palabras de Taran a los miembros jóvenes de la Hermandad del Escudo que lucharían en aquella palestra. Como su *oplo*, Taran nunca se había caracterizado por sus discursos grandiosos. Su instrucción siempre fue brusca, y los consejos que daba a sus alumnos eran igualmente precisos: «Esto no es un torneo de entrenamiento como los que se hacen en Týrshammar. Aquí vuestro contrincante os matará si le dais la oportunidad. Vuestro campo de batalla será reducido, y la muchedumbre de espectadores os confundirá y os desorientará. Ignorad todo eso. Recordad la única regla: no morir. Mantened la atención. Conoce tu camino, guerrero; conoce tu equilibrio y tu fuerza. *Sofrosina*. Así es como venceréis».

Haakon nunca había entendido el significado de esa palabra griega, una de las favoritas de Feronantus. Una vez, Raphael había reprendido a Feronantus porque en Alejandría significaba «virginidad». Su jefe no respondió. A fin de cuentas, Haakon era virgen.

Al final del túnel dos hombres (ambos mongoles con la lorica de escamas de las estepas) se movieron para cerrarle el paso. Haakon se detuvo cuando uno levantó una mano y pronunció guturalmente una sola palabra: «espera».

A pesar de estar preparado para que comenzara el combate, Haakon se frenó. No tenía motivo para apresurarse. Fuera lucía el sol. En cuanto cayera sobre su casco, este empezaría a recalentarse. La capucha acolchada que protegía su cabeza recién rapada se empaparía, y entonces el sudor comenzaría a correr hasta el interior de sus ojos reduciendo su visibilidad a través de las ranuras del yelmo. Poco después empezaría a perder concentración y fuerza.

«*Sofrosina*». Podía esperar.

Apareció otro mongol que dijo algo a los dos que cerraban el paso a Haakon; un torrente de palabras a la vez áspero y cantarín, pero sin sentido para los oídos de Haakon. Los dos guardias se apartaron y el tercero le dirigió una inclinación de cabeza cuyo significado era evidente: le tocaba entrar.

Cuando emergió de las sombras, el sol lo saludó con un resplandor que lo cegó. Parpadeando, esperando a que sus ojos se adaptaran, intentó orientarse. El pabellón

del kan, en el supuesto de que existiera, debería estar allí arriba en algún lugar a su derecha, encima de la gran pieza de tejido rojo que colgaba hasta la arena de la palestra.

Las filas de espectadores ocultaban una parte de lo que podría ver Haakon desde la entrada oeste. No había mongoles de Onghwe (una pandilla de estirados a los que no les gustaba mezclarse con los inferiores), sino sarracenos, eslavos, germanos y francos. Todos ellos habían traicionado a los suyos para ganarse el favor de los amos del mundo o, según el punto de vista, cerrar los acuerdos necesarios para evitar la destrucción de su gente.

A pesar de los obstáculos pudo ver la forma redondeada de un pabellón recubierto de pesadas telas, que no solo ocultaban de la vista al kan, también protegían los pálidos cuellos de sus concubinas del oscurecimiento por los rayos del sol. Contento de saber dónde estaría el kan, miró hacia su izquierda inspeccionando la arena recién alisada. El círculo era amplio, quizá habría veinte *faðmr* desde donde él estaba hasta la entrada contraria, espacio más que suficiente para un combate entre dos hombres.

El cerebro de Haakon se acobardó ante la idea de que esa palestra pudiera dar cabida a más de dos luchadores. Seguramente no enviarían más de uno contra él cada vez, ni siquiera para el placer perverso del disoluto kan...

«Concentración. —Otra vez Taran—. Lucha como se te enseñó. Lo demás no importa».

Haakon volvió a inspeccionar el ruedo. Era el único luchador en la palestra. Miró por encima del hombro a los mongoles que estaban tras él. ¿Por qué le habían cerrado el paso? ¿Por qué estaba solo? ¿Iban a soltar animales contra él? ¿Por qué...?

«Céntrate —se amonestó a sí mismo—. Tu mente traicionará a tus manos. Deja de pensar».

Haakon comprobó que tenía bien empuñado el montante y decidió caminar con cautela hasta el centro de la palestra. Mantenía la vista fija en la abertura oscura de la salida este (por donde se suponía que debía aparecer su contrincante) y el resto de su cuerpo estaba relajado.

Los espectadores se convirtieron en una mancha borrosa de colores en movimiento. Sus estridentes gritos se transformaron en un pulso rítmico, como el ruido de las olas contra la base rocosa de la ciudadela de Týrshammar. Su corazón también redujo su velocidad en un intento de acompasarse con esas olas, y también su respiración.

—¡Zzzu! ¡Zzzu! ¡Zzzu!

Se fijó mejor en lo que escuchaba. La multitud gritaba al unísono una misma palabra. Mezclados, sus gritos barrieron toda la palestra como un zumbido:

—¡Zug! ¡Zug! ¡Zug!

Ahora los espectadores rugían en una tormenta de sonido que lo vapuleaba.

Haakon poco a poco se dio cuenta de que estaban gritando un nombre, convirtiéndose en una turba voraz y atronadora. Tenían sed de sangre, exigían muerte y, lo peor de todo, ¡querían a Zug! Haakon sintió náuseas.

Algo se movió en la oscuridad de la puerta este; una sombra roja y negra con hombros anchos y cuadrados y una gran boca blanca. Despacio, saliendo a la luz brillante del sol con todo el estilo de una concubina real que hace entrada en una corte llena de paletos maleducados, la extraña figura salió a descubierto.

Estaban haciendo ese ruido familiar (el zumbido como de un centenar de abejas atrapadas en el interior de su cráneo). Tenía la boca llena del sabor del metal y le dolía la mandíbula. Ya había vomitado una vez (un bilioso surtidor de ácido *arji* que había salpicado sus *suneate*) y su estómago estaba tan encogido que no podía volver a vomitar.

Sus *suneate* (tiras de protección atadas en paralelo y sujetas a sus espinillas), habían sido salpicados muchas veces durante los últimos años, sobre todo de sangre. En fechas más recientes, había empezado a ser común que vomitara antes de un combate. Se había convertido en parte del rito de preparación. Justo antes de ponerse la máscara, su estómago se rebelaba. Como era la única parte de su persona en la que aún anidaba algún sentimiento, solo su estómago era capaz de sentirse ofendido ante aquello en lo que se había convertido. El resto estaba adormecido, demasiado curtido por el *arji* para preocuparse.

Estaba muerto. Era un fantasma retenido en este mundo por el hierro de su jaula, por la deuda de sangre que había contraído. Lo aclamaban, chillando y gritando el nombre que él les había dado; el nombre que se había ganado. Sus gritos (ese insistente zumbido de abejas) lo sacaron de su estupor; animaría ese saco de carne, lo envolvería en el caparazón de su vergüenza y lo enviaría tambaleándose hacia la luz. Solo entonces le darían la cortacabezas.

El ruido cesaría cuando consiguiera una cabeza. La cortacabezas, tan brillante bajo la luz, giraría y giraría hasta que ya no brillase. Ellos chillarían y gritarían durante un rato después de que acabase, pero el dolor de cabeza empezaría a desaparecer. Lo dejarían volver a la oscuridad; dejarían que se alejara de allí arrastrándose, deshaciéndose de su máscara y su coraza por el camino. Hasta que no quedase nada del monstruo. Hasta que quedara solo el hombre muerto que se zambulliría en el pozo sin fondo ofrecido por el *arji*. El fantasma que volvería al vacío del sinsentido.

Trastabilló y chocó con la pared del túnel. La cortacabezas arañaba el techo, quejándose de estar cortando madera en lugar de hueso. También estaba sedienta. Intentó tragar, pero tenía la boca seca. Su lengua era una losa de piedra y restregó los dientes contra ella en un intento de sentir algo. Nada.

«Apoya un pie antes de levantar el otro —dijo al saco de carne—. Controla la cortacabezas. Tiene que esperar».

Sus instrucciones, que siempre le entregaban junto con la cortacabezas como si fuera un niño incapaz de recordarlas, eran sencillas: «No lo mates demasiado pronto». El público quería espectáculo, y también lo quería la sombra del pabellón. Su deber era entretenerlos. No se trataba de matar a un hombre; se trataba de hacerlos bramar y reír. Se trataba de hacerles creer que controlaban al monstruo. Podían hacerlo actuar para ellos, hacerlo bailar, hacerlo cantar. Era su juguete.

—Pronto —susurró a la cortacabezas al salir del túnel.

El adversario de Haakon salió lentamente de la sombra del túnel. Su armadura era la más llamativa y complicada que Haakon había visto en toda su vida. Capas de placas imbricadas, al estilo de las lorigas de los mongoles, pero construida por las manos de un auténtico artesano. La armadura mongola era un variopinto ensamblaje de irregulares desechos en comparación con las piezas perfectamente conformadas del equipo del demonio. Su casco negro pulido estaba encajado hasta las cejas y tenía como remate un crestón abierto que recordó a Haakon las alas que algunos de sus antepasados llevaban en sus yelmos. Por debajo del ancho cubrenuca del casco asomaba una melena blanca, y una máscara diestramente forjada (boca abierta en un rugido sarcástico, largos bucles de crin de caballo blanco brotando sobre el labio superior, ojos encerrados en espirales de fuego dibujadas) cubría el rostro de su rival.

Era el rostro de un demonio.

Haakon había oído historias sobre el gran campeón de Onghwe Kan, por supuesto; los rumores y las leyendas locales volvían con cada grupo de la Hermandad del Escudo que se aventuraba en busca de suministros en la aglomeración de chozas que rodeaba la palestra. En cuanto los ingenieros mongoles comenzaron la construcción de la palestra, en la llanura circundante comenzaron a brotar improvisados mercados de vendedores de baratijas, adivinos, juglares de pico de oro, descuidados, espabilados sanadores y comerciantes de ojo perspicaz, todos atraídos por la promesa del sanguinario torneo y el comercio, todos cargados con una reserva inagotable de mentiras, leyendas y cuentos de horror sobre las clases de monstruos con que contaba el disoluto kan.

Haakon estaba familiarizado con esas historias desde su niñez (los cuentos de los *jötnar* y su intervención en el *Ragnarök*, por ejemplo), pero no les había prestado mucha atención. No hasta ese momento.

«Es la naturaleza del miedo —le recordó la voz de Feronantus ofreciendo un punto de vista alternativo para las precisas lecciones de Taran—. Tu propia mente te traiciona con espantajos de tu niñez. Imágenes que no te afectarían en cualquier otro momento se agigantan, magnificadas por energías que tú no controlas. No estás

abierto al flujo, todos los músculos de tu cuerpo están tensos y no hay canales abiertos. Hasta la más pequeña chispa queda atrapada, y a tu alrededor está creciendo un fuego».

Haakon jadeaba.

«Respira, idiota. Solo es un hombre con una armadura». —La instrucción de Taran era como su trabajo con la espada: simple y directo.

«Respira. Concéntrate. Usa tus ojos».

El ruido de las gradas seguía siendo una corriente incesante y apabullante. El zumbido de las voces parecía convertirse en un gruñido en el interior de su yelmo. Los ecos le martilleaban los oídos. El sol también caía sobre él, recalentando ahora su malla y su coraza sin piedad. La banda que llevaba atada sobre las cejas estaba empapada y el sudor salado comenzaba a resbalar hasta las comisuras de los ojos y le escocía. Le picaban las axilas y el peso que cargaba sobre los hombros le parecía insoportable.

«Respira. Deja entrar la energía; hazla salir otra vez. No eres una roca».

El demonio («no, tiene que ser un hombre») se paró cerca del centro de la palestra. En la mano derecha llevaba un asta de la mitad de su altura acabada en una hoja de un solo filo.

El ruido decreció. Haakon pensó que se había quedado sordo, que había llegado ese momento de vacío que en los combates precede a la muerte, donde la persona se disuelve en un vasto océano de conciencia. «Visión del destino», lo llamaba Feronantus, un insoportable sentimiento de mortalidad compensado con una sensibilidad extrema, una vertiginosa percepción del terreno y del enemigo, todo rodeado por la oscuridad.

Pero no era ese el caso. Aún podía oír su trabajosa respiración, podía sentir su corazón bombeando sangre con furia a todo su cuerpo. Todavía habitaba el interior de su piel; era el resto del mundo lo que había quedado en silencio.

El demonio no se había movido, pero el público había abandonado abruptamente su bramido colectivo. Desde la distancia, Haakon oyó un chillido semejante al llanto de un niño, y una parte de él se preguntó cómo era posible que aún hubiera un niño vivo después de lo que había visto junto a las murallas de Legnica. Era más probable que fuera el canto de algún pájaro.

Como si el chillido fuera una señal, el demonio se movió, aunque no en actitud de combate. En lugar de eso, hizo una reverencia, una breve inclinación de cintura hacia arriba y después, con un solo movimiento elegante, retrasó el pie izquierdo y levantó el asta. Cruzada con su cuerpo, el arma apuntaba ahora directamente a Haakon y su hoja reflejaba los rayos del sol.

La breve reverencia del demonio fue tan absurda, tan contraria a la amenaza de su terrorífico atavío, que Haakon retrocedió medio paso. «Sin duda es un hombre

disfrazado de demonio». A continuación, varios aspectos se iluminaron en una desordenada cascada: primero, su adversario venía de un lugar culto donde la gente tenía normas sociales; segundo, seguían esas normas incluso antes de un combate, lo que indicaba que la lucha ritual pertenecía al orden establecido. Tercero, todo ello era una mala señal.

«Está a la espera —advirtió Haakon, preguntándose si su adversario lo creía tan tonto como para iniciar un ataque contra su guja—. No lo soy», pensó. Con un movimiento fluido, respondió con una reverencia correcta, adelantando bastante un pie para que el peso de su cota de malla no lo volcara sin más hacia delante.

Cuando recuperó la verticalidad vio que su rival lo miraba con lo que le pareció curiosidad. ¿Y por qué no? Aunque su vestimenta no fuera llamativa, la armadura de Haakon era más compleja que la común de los infantes. Había prescindido de varias de las piezas accesorias que servían para mantener con vida a un caballero en la caótica melé de un campo de batalla.

«Al demonio le resulto familiar —pensó Haakon—. Ya ha visto armaduras como la mía alguna vez». Su mirada se dirigió sola hacia la hoja que remataba el asta. Tenía un solo filo y un lomo grueso que le daba resistencia y rigidez. La curvatura de la hoja indicaba que sería más eficaz cuando el tajo se combinara con un movimiento longitudinal, igual que un carnicero que corta carne. Esa clase de ataques son más efectivos contra blancos no acorazados, pero el alcance y el peso añadidos por el asta hacían que la hoja también fuese peligrosa para hombres con armadura.

La mayoría de las técnicas conocidas por Haakon eran inútiles contra un arma así. El montante de Haakon era recto y de dos filos. El hermano Rutger le había recomendado la apuesta segura: una espada corta en la mano derecha y un escudo en el brazo izquierdo. «Si fue suficientemente bueno para los romanos y también para tus antepasados vikingos...».

El demonio lanzó un alarido espeluznante. A pesar de que la máscara apagó su voz, el grito fue tan repentino, tan impactante, que Haakon lo sintió como si le alcanzase un rayo. Sus músculos se dispararon y saltó hacia atrás por instinto mientras el demonio lanzaba un golpe hacia delante. La larga hoja de la guja pasó por su lado como una centella, y con un rápido movimiento de las muñecas el demonio hizo girar el asta en un círculo estrecho. Pareció que la hoja saltaba hacia un lado e iba derecha hacia su cara, a pesar de que con su paso atrás había girado el cuerpo.

Haakon levantó la espada y más que sentir oyó el golpe, un chirriante choque de acero contra acero. El demonio lo había golpeado de plano con la hoja (un cintarazo más que un tajo), y antes de que Haakon pudiera reaccionar, la hoja ya no estaba ahí.

«Un tanteo», pensó Haakon mientras el demonio se movía cuidadosamente por la pista haciendo girar su arma en círculos pequeños y mortíferos. Cada pasada de la hoja se producía por un lugar diferente: primero arriba, luego abajo, luego arriba,

luego en medio. Haakon no estaba dispuesto a tener que resistir uno de esos golpes. El cintarazo no había sido tan preciso; si lo hubiera sido habría superado su frenética parada. Aquellos golpes, aunque no tan rápidos como el primer ataque del demonio, sí que llevaban toda su fuerza. La espada de Haakon no era lo bastante fuerte para aguantar toda la fuerza en un golpe directo.

Zugaikotsu no Yama esperaba. No a que el caballero occidental se preparase tras su rutinaria y algo rígida reverencia. No porque le preocupase la armadura de ese hombre. Cabeza, hombros, pecho, piernas, pies... El caballero occidental iba cubierto de metal desde la coronilla hasta las suelas de sus botas. Zug esperaba el sonido, el espantoso y desgarrador sonido que brotaría desde algún lugar en el interior de su saco de carne. Esa exhalación de rabia y dolor que parecía no tener fin. El *kiai*.

El grito salió con violencia de su boca haciendo vibrar la máscara. Significaba un despertar en su interior, un súbito alumbramiento de ira y deseo. El grito dio vida a sus miembros y tras él llegó la memoria muscular, el conocimiento de lo que debía hacer, de cómo luchar, de cómo matar.

Lanzó un golpe con la cortacabezas, y cuando el caballero se giró y esquivó su ataque casi rió por la candidez de su adversario. Sus manos dirigieron la hoja, con un movimiento rápido, de plano contra la cara cubierta del caballero.

Sería fácil matarlo en ese momento, pero era demasiado pronto. Giró alrededor del atemorizado caballero dejando que la cortacabezas jugueteara un poco en una complicada serie de golpes y amagos.

Su rival era cauto y se mantenía fuera del alcance de su hoja, y Zug se dio cuenta de que él mismo estaba respirando un poco más deprisa y con un poco más de esfuerzo. Tal vez no fuera tan torpe como le había parecido.

La hoja del demonio describió un arco sin alcanzar a Haakon, otro golpe corto. «Sabe cuál es su alcance; ¿por qué retrocede?». El siguiente golpe fue bajo, pero también corto. Haakon solo tuvo que retrasar un poco su pie izquierdo para quedar fuera de su alcance. «Quiere que me acerque». Con los amagos intentaba crear en Haakon la falsa impresión de que no necesitaba huir de la hoja veloz.

Haakon deslizó el pie izquierdo adelante mientras alzaba la espada (la punta alta, el filo hacia la guja). Se le hizo un nudo en el estómago mientras una cálida esfera de fuerza crecía en su cuerpo. Mantuvo los ojos clavados en la fiera máscara del demonio; no necesitaba ver venir la hoja. En cualquier caso, el reflejo del sol sobre ella lo cegaría, y sabía dónde iba a estar.

Si su adversario estuviera blandiendo una espada, él tendría una buena posición para cruzar sus aceros, pero contra la guja esa posición era un error. No podría parar

un golpe directo con esa guardia. Si estuviera un paso más cerca, ni siquiera podría desviarlo; el golpe atravesaría su defensa y lo alcanzaría en la cabeza o en el cuello.

Pero no estaba tan cerca. Cuando las hojas chocaron aflojó su presión sobre la empuñadura y se dejó llevar por el ataque del demonio. El impulso que recibió su espada le permitió girar las muñecas y dirigir su hoja adelante, hacia la cabeza del otro.

La punta de la espada de Haakon se quedó corta y el demonio, que había evaluado correctamente la distancia, no intentó parar su golpe. Recogió su arma y, con un giro del cuerpo, volvió a lanzar otro tajo horizontal.

Los movimientos del demonio lo iban acercando cada vez más a Haakon. Cuando la guja comenzó su trayectoria hacia él, dio otro paso levantando la espada de un tirón hasta que la hoja chocó con la palma de su mano izquierda.

Nunca te retiras cuando has roto el bloqueo. Taran les había insistido en ello sin respiro. «Un guerrero no huye de un combate. Se acerca y lo concluye». Si Haakon hubiera estado luchando con uno de sus hermanos, ninguno habría retirado su arma tras el primer contacto. No le habrían dado la oportunidad de pasar a media espada.

Sujetó la espada con las dos manos y resistió el golpe del demonio. El impacto bajó por sus brazos, pero Haakon lo dejó ir. La energía corrió por su pecho y piernas hasta abandonar su cuerpo por su talón derecho. Notó la diferencia: madera contra metal. Su hoja contra el asta de la guja. A su alcance.

Haakon bajó el pomo de la espada. Como si restregara la mano por una pared lisa, notaba claramente el arma del demonio contra la hoja de su espada. Utilizando el asta de madera de la guja como eje, ejecutó una complicada técnica de remate: niveló su arma para poder girar la empuñadura alrededor de las manos de su rival, enganchó con ella el arma del otro y lanzó la punta de su espada hacia delante con la mano izquierda.

El demonio echó la cabeza hacia atrás y evitó la punta de la espada de Haakon, pero el resultado fue que Haakon ganó el espacio suficiente para alinearse bien y lanzar un golpe corto.

El demonio huyó del golpe inesperado con un salto hacia atrás y con un giro casi elegante. Tuvo que retirar una mano del arma para liberarse de la empuñadura de Haakon, y al retirarse la guja se arrastró tras él como una larga cola que se agitaba contra el suelo.

Durante un instante el demonio estuvo de espaldas a Haakon. A la desesperada, asió el arma con las dos manos y dio la clase de golpe inseguro que cabría esperar de un muchacho que coge una espada por primera vez. Si lo alcanzaba, el orgullo sería algo irrelevante.

«Recuerda la primera regla: no mueras».

El golpe falló, y cuando Haakon se recuperaba para otro ataque, el demonio

pivotó y volvió a levantar su guja.

Ambas hojas entraron en contacto. Ambos luchadores quedaron mirándose fijamente: Haakon, con la espada medio dirigida hacia su oponente; el demonio, con las piernas flexionadas como si estuviera a punto de saltar. La guja apuntaba hacia arriba y su hoja rascaba uno de los gavilanes del montante de Haakon.

En el momento en que ambos se tomaban las medidas, Haakon advirtió los gritos procedentes del público. Se dio cuenta de que ahora la turba que llenaba las gradas había visto lo suficiente para evaluar a los luchadores, tomar partido y cruzar apuestas. En consecuencia, estaban animándolos y algunos gritaban:

—*Che-va-lier! Che-va-lier!*

Si no hubiera estado tan ocupado lo habría pasado bien riéndose de la idea de que a él, un monje descendiente de pescadores nórdicos, lo hubieran confundido con un caballero de las cruzadas.

—¡Zug! ¡Zug! ¡Zug! —gritaban los demás.

La cortacabezas quería sangre, quería sentir huesos y carne abriéndose ante su reluciente hoja. Tiró de Zug, que tuvo que plegarse a sus deseos. Pero era consciente de que había cometido un error.

Cuando la guja (su *naginata*) giró a su alrededor para el que debía ser el golpe final al caballero acorazado, Zug cayó como una piedra que se desplomara desde gran altura. En el momento en que la espada del caballero entró en contacto con el asta de madera de la guja, el golpe recorrió su cuerpo. Jadeó, repentinamente consciente de cómo lo limitaba el peso de su armadura, de lo difícil que era respirar con la máscara. Le corría el sudor por la espalda y lo sentía como garras que arañaran su carne. Sus intestinos temblaban y casi perdió el control de su vejiga.

Repentinamente alerta, como si lo sacaran de un sueño profundo.

El sol se reflejaba en el casco del caballero; Zug entornó los ojos por el resplandor y echó la cabeza hacia atrás cuando su rival se acercó. Desde la distancia, como la sensación que produce la lluvia arrastrada por el viento al deslizarse por la cubierta de fieltro de una yurta, notó la espada del caballero resbalando a lo largo del asta que sujetaba.

Las manos del caballero acabaron de descender, con sus dedos de metal envolviendo un pomo liso, y una punta de metal bailó frente a su cara.

Zug resopló casi con un silbido. Su cuerpo respondió despacio, como una barca que vira en un plácido lago cuando su ocupante no tiene remos. Se había dejado llevar demasiado lejos, perdido dentro de su mente, y la carne se había convertido en esclava de otros amos: la multitud, la cortacabezas, el *arji*... Ahora ya no era más que un espectro.

«Aún no —pensó. La hoja de la *naginata* se arrastró por el suelo cuando se retiró

del golpe del caballero—. No soy un espectro».

Sus manos apretaron el asta de la guja; sabía dónde estaban sus pies. La cortacabezas cantó al levantarla del suelo. El caballero estaba cerca, tras él...

Haakon captó un leve movimiento de la pierna delantera del demonio cuando el hombre desplazó su centro de gravedad. El movimiento reveló las intenciones de Zug; se había situado demasiado lejos en su guardia, y ahora tenía que desplazar su peso antes de poder lanzar el siguiente ataque.

Haakon ya estaba en movimiento incluso antes de que Zug comenzara a mover la guja. Lanzó un golpe adelante manteniendo su hoja en contacto con la guja. Mientras su hoja se deslizaba por el asta de madera, levantó los codos y bloqueó el asta entre la guarda y la hoja. Zug no podía liberar su arma, y cuando Haakon avanzó otro paso («¡Huye hacia el peligro!»), tiró de ella hacia arriba. Con un movimiento de muñecas hizo girar la empuñadura alrededor del asta y volvió a sujetar la hoja con la mano izquierda.

No estaba lo bastante cerca para que un golpe a media espada resultara mortal, pero el movimiento era una repetición del de hacía unos instantes. Haakon esperaba que la repetición rompiera la concentración de Zug durante un segundo o dos mientras intentaba adivinar por segunda vez sus intenciones. ¿Crearía Zug que era lo bastante tonto para intentar otra vez la presa de la empuñadura?

Haakon se acercó haciendo girar su espada alrededor del asta de manera que sus brazos invirtieron sus posiciones. La punta ya no quedaba ante la cara de Zug, pero él seguía al alcance de la hoja de la guja.

Con un movimiento brusco llevó su empuñadura hacia el hueco triangular que quedaba bajo el antebrazo izquierdo de Zug. Era una presa parecida a la que acababa de utilizar, pero su objetivo era otro. Al hermano Rutger le gustaba esa técnica: atrapar el brazo del otro con la empuñadura de tu propia espada antes de que él dé un paso y libere su arma. Haakon dudó de si podría quitar la guja a Zug (era una técnica mejor para armas más cortas), pero a esa distancia la guja era tan peligrosa como una vara de sauce.

Zug no se iba a dejar atrapar otra vez y su mano se apartó rápidamente y sujetó la empuñadura de Haakon antes de que pudiese cerrar la presa. No fue una respuesta inesperada; Haakon se habría sorprendido si las artes marciales empleadas por el otro hombre no hubieran incluido técnicas de lucha cuerpo a cuerpo. Cuando Zug tiró de su espada, Haakon cambió su mano exterior al asta de la guja. Zug quedó atrapado en un tira y afloja intentando retener su asta con una mano y tirando de la pesada espada de Haakon con la otra.

Eso dividió su energía. Haakon podía sentir su concentración dispersándose; dos corrientes que iban en direcciones diferentes. Y justo ahí, en el centro, había una

masa vibrante y confusa de energía. Sin pensarlo, Haakon hizo algo que el hermano Rutger nunca habría hecho, algo que, si hubiera podido tomarse el tiempo necesario para considerar todas las implicaciones, tampoco él habría hecho.

Haakon soltó la espada, cogió la guja de Zug y tiró hacia arriba.

Zug soltó un gruñido cuando la parte inferior del asta le golpeó la ingle. Su posición era demasiado baja y durante el forcejeo el asta había ido a parar entre sus piernas. Haakon era mucho más alto y puso en juego toda la potencia de sus piernas para levantar el peso muerto. No tenía ni idea de qué clase de protección llevaría Zug ahí abajo, pero si era parecida a la suya, no era gran cosa. Difícilmente podría ser un golpe mortal, pero a ningún hombre le gusta que lo golpeen entre las piernas.

Tiró hacia arriba con fuerza dos veces.

O Zug llevaba coraza ahí abajo o Haakon había fallado el blanco, porque el hombre de la cara de diablo apenas se estremeció y se recuperó rápidamente. Tiró a un lado la espada de Haakon y sacó la suya, una corta que llevaba en su vaina a la cintura.

Haakon atrasó la pierna izquierda pivotando sobre la cadera derecha. Giró las muñecas hacia fuera intentando derribar a Zug, con el asta firmemente encajada en su entrepierna. Zug seguía sujeto con firmeza al asta con una mano por debajo de la de Haakon.

Zug le lanzaba estocadas con la espada corta, golpes rápidos que resbalaban sin efecto sobre el metal de sus brazales. De todos modos, Zug encontraría el hueco tras el peto de Haakon.

Tenía que salir de aquel punto muerto, pero ¿qué podía hacer? Había abandonado su espada. Tenía el arma de su rival, pero aún estaba atascada entre las piernas y la mano de Zug. ¿A qué más podría recurrir? Tenía la daga en la espalda, pero no se atrevía a soltar el asta de la guja para cogerla.

Zug intentó girar alrededor del asta retorciéndose como una serpiente y Haakon notó que algo arañaba su costado. Zug había dado con su cota de malla.

«No pierdas la cabeza —lo reprendió Taran—. Concéntrate».

Haakon miró la máscara inmóvil de Zug; a esa distancia podía ver que no era de metal. Zug exhaló con fuerza al empujar su arma contra la malla de Haakon, e incluso con la máscara ocultando su cara, Haakon pudo oler su mal aliento.

Arji. Una bebida alcohólica llegada con los mongoles.

Zug había estado borracho hacía poco. Incluso era posible que aún estuviera borracho, lo que implicaba que sus reflejos estarían mermados y su equilibrio no sería bueno.

«No te compliques» —le sugirió Taran.

Haakon dio un cabezazo hacia delante, bajando la barbilla para golpear con la dura cresta de metal que le protegía la frente. El golpe alcanzó su blanco; la cabeza de

Zug dio una sacudida hacia atrás y un gruñido de dolor escapó por debajo del casco y la cimera. Pero el golpe no lo dejó sin conocimiento; lo desequilibró. Cuando Zug intentó recuperarse, Haakon lo empujó con firmeza. Zug trastabilló hacia atrás y Haakon mantuvo bien sujeta el asta de la guja. Cuando recuperó el equilibrio y la posición, Haakon hizo girar el arma hasta que la hoja apuntó a su enemigo.

Los espectadores rieron y chillaron encantados ante el vuelco de la situación. Haakon recordó que había una multitud. Y de repente, sin más, estaba fuera de la lucha, consciente de que se había olvidado de respirar, de que su corazón iba tan deprisa que lo notaba más como una vibración en el pecho que como latidos, de que estaba sudando a raudales. Se dio cuenta de que estaba más cerca de la pared de lo que quería, y se movió de lado hacia el centro de la palestra.

Zug se llevó las manos al casco y lo enderezó. El borde superior de su máscara estaba aplastado y una de las altas crestas colgaba. El sol entraba por un hueco entre el morrión del casco del demonio y el cubrenuca negro pulido.

Haakon se fijó en la suave piel oscura del ángulo de su mentón, donde un hombre tendría barba.

«No tiene barba». Un muchacho. Un simple muchacho.

Las manos de Zug descendieron rápidamente. Había estado sosteniendo su espada corta mientras se ajustaba la máscara, y con un rápido movimiento de muñeca la lanzó. La espada no era muy buen proyectil, pero apuntó bien y la arrojó con una fuerza considerable. Haakon volteó la guja y consiguió desviarla lo suficiente para que chocase contra su hombrera, pero la maniobra le hizo abandonar la guardia el tiempo suficiente para que Zug pudiera correr a recoger la otra arma abandonada, el montante de Haakon.

Ahora la multitud enloqueció de júbilo. Su bramido se convirtió en una especie de diabólico ronquido porcino, disonante y ensordecedor.

Ambos recuperaron la guardia y volvieron a tomarse las medidas. Haakon sostenía la guja con ligereza mientras acosaba a Zug y lo obligaba a desplazarse por la palestra.

Zug caminaba como un cangrejo en ángulo recto con la hoja de Haakon y fue a quedar enmarcado en la larga columna de seda roja que cerraba el túnel sur (justo debajo se resguardaba el kan en su pabellón privado). El sol se reflejaba en la seda, que al moverse parecía una columna de fuego. El velo rojo.

«¿Qué hay al otro lado?».

Haakon tenía el arma más larga; su armadura era más fuerte. Se enfrentaba a un muchacho imberbe o tal vez a un eunuco, pero no a un demonio. Por primera vez desde el comienzo de la lucha, empezó a pensar que tenía bastantes posibilidades.



EL MÉTODO DE LA AVEFRÍA

Una vez despierto Feronantus, Cnán lo informó de los sucesos del día anterior y de lo que estaba por llegar. Concluyó su relato con una sugerencia:

—Si levantarais el campamento y os perdierais por el bosque (algo que, por cierto, yo podría organizar), nadie tendría peor opinión de vosotros.

Feronantus hizo un gesto de esfuerzo.

—¿Cuántos jinetes mongoles dices que había allí?

—Alrededor de cuatro *arban*. —Al ver que esa palabra carecía de significado para él, se la explicó—. Cabalgan en grupos de diez —dijo—. Diez *arban* (diez de diez) es un *iaghun*.

Su rostro se relajó.

—Entonces no veo dificultad alguna.

A Cnán le costó contener un resoplido, y luego se acordó del trabajito de Istvan.

—Tenéis muy poco tiempo para prepararos —le advirtió.

—Prepararse es algo que se hace mejor antes de que tu campamento haya sido arrasado por arqueros a caballo. Hemos estado preparados desde que llegamos —señaló Feronantus—. Ahora... joven unificadora, ¿estás familiarizada con el método de la avefría?

Así era.

—Entonces, ¿podría pedirte que retrocedas un trecho para que te descubran escondida y te obliguen a salir y que entonces huyas presa del pánico hacia nuestro campamento? A los hombres a caballo les encanta perseguir cosas, y los mongoles no son una excepción.

Cnán inspiró profundamente.

—En estos últimos años he llegado a ser buena en conseguir evitar que me vean y, desde luego, en evitar que me obliguen a salir de mi escondite.

—Lo entiendo —dijo Feronantus—. Hoy todos vamos a hacer lo inesperado.

Tal como lo planteaba Feronantus, Cnán encontró difícil negarse. Había pasado toda la noche a galope tendido, vadeando ríos en la oscuridad y asumiendo riesgos que jamás habría pensado si no se hubiera quedado atrapada con aquella hermandad y su demencial misión.

Mientras tanto, Feronantus había estado descansando en el campamento con los otros seis que se habían quedado atrás: Taran, el gran *oplo* irlandés; Rædwulf, el

arquero inglés; Illarion, el noble ruteno; Roger, el normando que cargaba con demasiadas cosas afiladas; y dos que en realidad no eran miembros de la Ordo Militum Vindicis Intactae: Finn, el cazador, y Yasper, el alquimista. Ambos eran hombres del noroeste de Europa y hablaban lenguas que molestaban a los oídos de Cnán. En el campamento casi todos estaban durmiendo cuando Cnán llegó al galope en su último caballo, pero ahora estaban despiertos, armados y acorazados con una celeridad que hacía pensar que dormían vestidos de acero.

Algo que también haría Cnán si fuera tan temeraria como para plantar un campamento y encender un fuego en aquellas tierras.

Tenía la cabeza confusa. La luz de la mañana era mortecina y triste para los ojos cansados de Cnán. Todo su instinto le decía que se marchara, que se librara de la ruidosa bestia apestosa que había estado montando y que hiciera uso de su portentosa habilidad para desaparecer sin más. En lugar de eso, Feronantus quería que durante un rato se convirtiera en un ave que guía a los depredadores hasta alejarlos de su nido; tan visible y vulnerable a los enemigos como fuera capaz de ser. Si se lo hubiera pedido en un tono incorrecto o con una mirada incorrecta, ahora ya estaría tan desaparecida que solo Finn, con suerte, habría sido capaz de volver a encontrarla.

Pero Feronantus, el muy maldito, se lo había pedido con amabilidad y de una manera que dejaba muy claro que sabía lo que estaba pidiendo: que se humillara delante de amigos y enemigos.

Pasó junto a Feronantus con un intento de paso firme y arrogante que resultó aún más ridículo por su cansancio.

—Entonces, preparaos para recibir a mis perseguidores —dijo, y montó con menos garbo que antes. Hizo girar al poni y se fue por donde acababa de llegar.

En su breve paso por el campamento pudo ver los preparativos de los Hermanos del Escudo, algunos de los cuales eran evidentes (cuerdas tensas entre los árboles a la altura del cuello de un jinete, estacas afiladas plantadas en el suelo), mientras que otros eran simplemente incomprensibles (como las antorchas que Yasper encendía en pleno día).

Durante todas las horas de oscuridad, Cnán había cabalgado por terreno abierto, reemplazando la velocidad con astucia y confiando en que los cuatro que iban detrás (Percival, Raphael, Eleazar e Istvan) atrajesen la atención de los perseguidores mongoles. La ruta que había seguido hasta el campamento hacía unos instantes todavía estaba señalada con una cicatriz de hierba pisoteada y arrancada de cerca de una versta de ancho, que cruzaba un prado y que había dejado una muesca en el contorno de una loma cubierta de hierba.

El prado estaba bordeado en su lado más bajo por una tapia de piedra derruida. Los cardos de flores púrpura y los guisantes de olor habían echado raíces entre las piedras y habían convertido la vieja tapia en un seto lujurioso demasiado alto para

ser saltado. Una abertura en la tapia (de una vieja puerta o de unos peldaños para cruzar) había quedado reducida por el crecimiento vegetal a una especie de ratonera por la que solo cabía un jinete. Más allá de la tapia se extendía un campo de centeno abandonado, ahora asilvestrado y perdiendo la batalla contra otras hierbas más vigorosas. Como la mayoría de los campos de labor, era mucho más largo que ancho para que el agricultor no tuviera necesidad de cambiar el sentido de la marcha con el arado con demasiada frecuencia. La tapia convertida en seto seguía uno de los lados largos. El lado opuesto, quizá a un centenar de pasos, no estaba cerrado, salvo que se contaran como valla los viejos tocones de algunos árboles talados por el granjero. Una densa masa de alisos y fresnos llegaba hasta ese lado del campo y se extendía por una suave pendiente de cerca de media versta antes de hundirse definitivamente en el pantano inacabable.

Eso en cuanto a los lados largos del campo. Los cortos estaban enmarcados por un lado por más bosque. Los pinos se internaban en el prado formando un saliente donde los antiguos ocupantes de esa tierra habían construido sus cabañas; vacías desde hacía un año o más. Por el otro lado, el límite era una hilera de escombros que apenas llegaba a la rodilla. Tal vez fuesen los restos de otra tapia de piedra que había sido derribada por gente que buscaba materiales de construcción.

Los caballeros habían plantado sus tiendas hacía días bajo los pinos que había detrás de las cabañas. El lugar no era exactamente un claro, porque había unos cuantos fresnos de buen tamaño salpicados por toda su extensión, pero el sotobosque era escaso, una consecuencia, obvia para Cnán, de un incendio que había destruido los árboles jóvenes, pero no había durado lo suficiente para acabar con los grandes. Los agricultores iniciaban a menudo esos fuegos, pero este probablemente comenzó por un rayo caído con tiempo seco.

Cuando pasaba del campo de centeno al gran prado a través de la ratonera, su vista captó un árbol muerto, desnudo y solitario sobre el horizonte por el que pronto llegarían los mongoles; ecos de muchas visiones desagradables que había tenido durante su larga travesía por el Imperio mongol.

Puso su poni a medio galope y siguió el rastro de pisadas que había dejado antes en la hierba, desandando su camino hasta que estuvo cerca de la cresta. Pero, antes de asomar la cabeza, desmontó y acompañó al poni a través de la ladera hasta que llegó al tronco: un fresno moribundo.

Ató las riendas a una rama baja, que luego utilizó como peldaño para subir a una rama más alta. El fresno no era tan grande como parecía desde lejos, y sus ramas estaban secas, quemadas y quebradizas. No habrían resistido el peso de uno de los hombres del grupo; a duras penas resistían el de Cnán. Pero, con cuidado, consiguió trepar hasta dos veces la altura de un hombre, donde el tronco formaba una horquilla con dos brazos más o menos iguales, un andamio seguro desde donde podría ver lo

que sucediera al otro lado de la loma.

Lo que había estado temiendo, curiosamente, era no ver nada, pues eso implicaría que Percival y los demás estaban muertos. Más pruebas de que su contacto con Percival había acabado con su buen juicio, porque la muerte de todos ellos sería el mejor resultado posible si su único propósito fuera salvarse.

Pero hacia el oeste crecía una columna de polvo visible a la luz del sol de la mañana; mucho más polvo del que habrían podido levantar cuatro hombres. Una hueste de buen tamaño se acercaba a la caza de uno o más fugitivos.

Como la suave curvatura del suelo ocultaba la zona inmediata, trepó un poco más y, después de unos momentos de ansiosa espera, vio cuatro brillantes uves, como las formaciones de gansos salvajes, que cruzaban un ancho tramo del río que ella había vadeado al amanecer. Lo que veía era las estelas que cuatro caballos dejaban en el agua somera.

Miró hacia atrás y se abrazó al tronco cuando una rama crujió debajo de ella; luego recompuso su equilibrio y vio a Rædwulf, encaramado tras el seto con el arco colgado a la espalda y mirándola. Cnán plegó el pulgar sobre la palma y le mostró cuatro dedos. Rædwulf asintió y desapareció de su vista. Ella sintió que debía informarlos del tamaño de la hueste que los perseguía, pero entonces cayó en la cuenta de que Finn no tardaría en saberlo por el ruido transmitido por el suelo.

Los vértices de las uves alcanzaron la orilla más cercana del vado. Cnán empezó a cantar suavemente una cancioncilla, una melodía de las unificadoras que fue adquiriendo el ritmo regular y obsesivo de una danza. Sonaba mejor cuando una chirimía interpretaba la melodía y una pandereta marcaba el ritmo, pero podía evocar el recuerdo de haberla oído interpretada con esos instrumentos alrededor de un fuego en tiempos más felices y en lugares mejores. Al llegar al final del estribillo extendió el pulgar de su puño y volvió a comenzar. Al acabar por segunda vez, extendió el índice.

El dedo anular se extendió cuando las primeras uves aparecieron en el lado opuesto del vado. Sus vértices tocaron la orilla de este lado en el momento en que extendía el meñique; cuando desplegó el otro pulgar la hueste era tan compacta que no era posible distinguir estelas individuales. Pero no creía que el grupo fuera mayor de lo que había visto al anochecer del día anterior.

En otras palabras, no se les habían unido más *arban* durante la persecución. Pero, solo por asegurarse, apartó la vista del grupo que se apiñaba en la orilla y miró hacia el horizonte en busca de otras columnas de polvo. No vio ninguna.

Todo era como se lo había descrito a Feronantus; no hacía falta que volviera al campamento para hacer rectificaciones.

La espera posterior fue larga y le dio tiempo para pensar en la mejor manera de hacer su tarea. «Tarea» era una palabra fea que hacía saltar a una parte de su ser igual

que habría saltado para alejarse de una serpiente. Pero se había acostumbrado a ignorarla y eso fue lo que hizo.

Aún estaba encaramada al árbol repitiendo su canción cuando llegó Percival al frente de su grupo de cuatro; subieron la ladera con sus monturas sudorosas y jadeantes, medio muertas. Se aseguró de que los hombres la vieran, nada difícil, ya que utilizaban el árbol seco como punto de referencia. Cuando captó su atención les señaló con insistencia la ratonera en el seto. Istvan, que cabalgaba un par de cuerpos por delante de los demás, la entendió de inmediato y se dirigió hacia la abertura. Raphael y Eleazar, los siguientes, vacilaron.

—¡Cerrad el hueco!, ¿¡a qué esperáis!? —les gritó Cnán—. ¡Cómo borrachos huyendo de una taberna en llamas!

Le respondieron enseñándole los dientes y siguieron a Istvan. Por el camino, Raphael y Eleazar bromeaban dándose empujones, actuando como borrachos aterrorizados solo por divertirla. El alivio de seguir con vida los hacía comportarse como niños. A Cnán le gustó que apreciaran su buen criterio.

Percival se aproximó de repente y se paró junto al árbol.

—Sigue —le gritó Cnán—, haz como los demás. —Apartó la mirada y siguió cantando marcando el ritmo con el puño.

—Mi señora —comenzó Percival. Ya la había llamado así el día anterior y ella se había preguntado si sería alguna clase de sarcasmo complicado, pero este no le parecía un momento apropiado para burlas desagradables. Quizá solo tenía que ver con su educación. Cnán pensó que le gustaría conocer a la madre de Percival—. No os recomiendo que mantengáis esa posición —dijo él— teniendo en cuenta que hay arqueros hostiles, y en grandes cantidades, a punto de rodearos.

Ella no respondió. Estaba casi acabando el estribillo y no quería perderse.

—Y si seguís ahí —continuó—, deberíais dejar de cantar. Es una canción hermosa, pero no tardará en atraer muchas flechas.

Ella extendió el pulgar y dijo:

—Es parte de un plan, un plan de Feronantus, si eso te impresiona, que estás estropeando. Ve a luchar por un puesto en el agujero de ese seto. —Con una rápida mirada de enfado hacia Percival, Cnán retomó su canción y extendió el dedo índice.

—Ah, vais a ser la avefría —dijo Percival. Se volvió y miró hacia Raphael y Eleazar, que estaban a medio camino hacia el hueco—. Vais a correr hacia aquel hueco y lo vais a encontrar bloqueado por esos idiotas egoístas. Entonces os desviaréis hacia el otro camino de entrada: la tapia derruida del final del campo, que en cualquier caso parece mucho más adecuada para los mongoles.

Cnán extendió el dedo medio. Nada deseaba más que bajar de aquel árbol, pero era importante que los mongoles la vieran antes.

Percival alzó la mirada hacia ella y dijo:

—La representación perderá verosimilitud si no soy capaz de dejar pasar a una dama en apuros. Porque es mi deber de caballero acompañaros sana y salva hasta vuestro destino; por muy difícil que lo pongáis a veces.

Cnán lo señaló con el dedo que tenía extendido e interrumpió su larga canción lo justo para gritar:

—¡Lo estás jodiendo todo! ¡Vete! —Entonces vio movimiento en la loma: las puntas de las lanzas de los mongoles que subían y bajaban.

—Os sigo —dijo Percival, pensativo—. La estratagema funcionará igual.

—Y dale; tú, a lo tuyo —le espetó Cnán. Ahora podía distinguir con claridad la cara de los mongoles bajo sus cascos, y uno de ellos la señalaba directamente gritando enfebrecido a sus compañeros.

Cnán empezó a bajar del árbol. Fue más despacio de lo previsto porque una rama se quebró bajo su pie y la obligó a quedarse colgada durante unos cuantos tiempos de la canción mientras buscaba un asidero.

Percival, maniobrando con destreza su caballo por debajo de ella, la sujetó por un tobillo, la guio hacia su paciente poni y se aseguró de que sus nalgas aterrizaran sobre la silla. Cuando Cnán estaba cogiendo las riendas, él dio un manotazo en un anca del poni, que salió como un rayo. Percival fue detrás, entre Cnán y los mongoles.

Cnán, por fin con las riendas bien asidas, se lanzó por el mismo camino que habían seguido Istvan, Raphael y Eleazar. Intentando ignorar lo que estuviera haciendo Percival tras ella, galopó hacia la ratonera con la esperanza de que el recorrido fuera lo bastante largo para que los mongoles se hicieran una idea de sus intenciones.

Raphael y Eleazar estaban sobreactuando, abroncándose y dándose empujones frente a la estrecha abertura.

Ya podía oír los gritos de los mongoles que viraban para perseguirla. Cnán obligó al poni a hacer un giro muy cerrado para seguir un camino más o menos paralelo al seto, a unos diez pasos de distancia. Tendría que recorrer aproximadamente un tiro de flecha, luego debería cambiar por completo de dirección y saltar la vieja barrera de escombros para entrar al campo. Preocupada por la capacidad del poni para hacer un viraje tan cerrado a galope tendido, lo hizo alejarse del seto.

El desastre llegó de manera tan repentina que se encontró dando volteretas por el centeno antes de poder ser consciente de que algo iba mal. Aprovechó el impulso que le quedaba para volver a ponerse en pie. En sus oídos aún resonaba un crujido reciente. Miró hacia atrás. El poni estaba tirado e inmóvil. Quizá hubiera metido una pata en la madriguera de algún animal, se la había roto, ella había salido despedida y el poni había aterrizado sobre su cuello.

Aturdida, se quedó de pie entre las hierbas y los rastrojos. No era la mejor estrategia cuando los arqueros ya estaban apuntando.

Dos ruidos sonaron simultáneamente: el silbido de una flecha junto a su oreja izquierda y un tronar bajo las plantas de sus pies. Se giró y vio más flechas volando en arco por el cielo, y a Percival acercándose a ella a galope tendido.

Una vez más, si hubiera sido cualquier otro habría dudado y se lo habría pensado sin saber qué le pasaba por la cabeza, que intenciones tendría. Pero tratándose de Percival lo supo al instante: la salvaría o moriría en el intento. No quería verlo muerto, así que levantó una mano.

El brazo envuelto en acero de Percival descendió del cielo como un halcón de alas relucientes y describió un arco ascendente; su guantelete chocó con el brazo levantado de Cnán entre el codo y el hombro y se cerró sobre él en una presa insoportable. Un latigazo de dolor (le estaba dislocando el brazo) la obligó a agarrarse a la cota de malla, levantó la otra mano y se aferró con las puntas de los dedos al reborde de la codera de acero. Durante un momento se sostuvo con toda la fuerza que le quedaba mientras veía a ráfagas entre botes y giros el muslo de Percival, la silla, la grupa del caballo, el cielo por arriba y el veloz suelo por abajo. Pegotes de barro y hierba le saltaban a la cara.

Encogió las piernas justo en el momento en que Percival la levantaba como a un saco de grano y la depositaba de través sobre el borrén delantero de su silla. Si hubiera esperado una cabalgada más larga habría pasado una pierna al otro lado y se habría puesto derecha, pero en esa posición se sentía más segura a pesar de que la silla se le estaba clavando en el estómago y en las costillas. Así que se mantuvo agarrada a cualquier pieza de los arreos que quedase al alcance de sus agitadas manos e intentó hacer un análisis de la situación, en la medida de sus posibilidades.

El caballo estaba sin duda virando, haciendo aquella maniobra a toda velocidad hacia la boca abierta del largo campo.

Algo pasó veloz junto al flanco izquierdo del caballo y se clavó en el suelo delante de ellos. Ruidos aún más impresionantes la alarmaron: el sonido hueco y metálico de las flechas chocando con la espalda de Percival, que al menos estaba parcialmente protegida por el escudo que llevaba colgado. Pero su montura no tenía protección.

El caballo soltó un terrible chillido y perdió el paso, dio un par de traspiés, intentó recuperar el galope y trastabilló de nuevo, y acabó con un movimiento medio cruzado y desacompasado que daba la impresión de una lenta caída. La silla dejó de machacar el estómago de Cnán. Tuvo una visión fugaz de los escombros ahí abajo, un casco cayó ruidosamente sobre una gran roca y luego el suelo se acercó a gran velocidad.

El cielo, los escombros y el centeno se disputaron su atención mientras ella y Percival resbalaban y rodaban uno sobre otro. Cnán acabó encima, rodó una vez más para ponerse en pie con cierta inestabilidad e inspiró profundamente todo el aire que había sido expulsado violentamente de su interior; luego se volvió hacia el enemigo

preguntándose cuántas veces más iba a caerse de un caballo moribundo ese día.

Cuatro mongoles cabalgaban en columna hacia ellos y muchos más estaban virando más allá. Un arquero había cogido su arco y preparaba una flecha. Adelantó el arma y la disparó. Otro estaba haciendo lo mismo. Ambas flechas alcanzaron su blanco.

Con lo que parecía la fuerza de un Hércules, Percival levantó cuerpo, malla y coraza desde el suelo y se descolgó el escudo de la espalda. Tres flechas rebotaron en él. Otra iba de camino (no, hacia Cnán) y él extendió el brazo con el escudo justo a tiempo para detener también esa. Otra rebotó ruidosamente contra su casco de acero.

El caballero se tambaleó hacia un lado, se volvió, se agachó y lanzó el escudo contra las patas del caballo del mongol más próximo. El animal cayó sin control y su chillido se ahogó cuando clavó el morro en la hierba y la tierra. El jinete dio una voltereta por encima y salió deslizándose por la hierba como un niño en trineo. Percival detuvo abruptamente su recorrido con una estocada a dos manos de su espada, que lo dejó clavado al suelo.

Los otros tres mongoles pasaron de largo. Cnán sabía que su siguiente maniobra sería volverse sobre la silla y dispararles a la manera de los partos. Cuando se volvió hacia ellos los vio caer (uno, dos, tres) a medida que los alcanzaban y atravesaban sus corazas de cuero unas flechas lanzadas desde los laterales y el frente.

Istvan era el único arquero al que podía ver; los otros disparos habían salido de escondites. Ahora el húngaro se acercaba al galope, agachado sobre su silla, y disparó otra flecha que atravesó la protección del cuello de un mongol herido que empezaba a levantarse. El soldado volvió a caer de rodillas con las manos extendidas, incapaz de gritar, porque la flecha le había atravesado la garganta y asomaba por el otro lado, casi entera.

—Corred, mi señora —dijo Percival con calma, como si estuviera invitándola a bailar, y Cnán corrió. Él fue detrás. Sin la protección, la habría superado; con toda la armadura, hasta él iba despacio.

Los estaban persiguiendo por el campo, y mientras los pies ligeros de Cnán se movían sobre el centeno y las hierbas, advirtió la presencia de hombres tumbados en zanjas poco profundas bajo montones de hierba arrancada. También vio más cuerdas largas bajo sus pies, cuerdas que habían dejado allí, estiradas sobre la hierba, pero flojas.

Istvan pasó al galope a su lado en dirección contraria. Ella se volvió a mirarlo mientras el húngaro disparaba una flecha al primero de la siguiente oleada de jinetes, y luego viraba en redondo y volvía al galope del revés sobre la silla, disparando al estilo parto. Cuando hubo pasado, las cuerdas saltaron hacia arriba súbitamente tensas; tres de ellas, tensadas por caballeros que trabajaban por parejas, uno en cada extremo, y que las ataron a gruesas estacas clavadas en el suelo.

Percival apretó la marcha y en unos cuantos pasos alcanzó a Cnán, la sujetó por el brazo, que ya tenía dolorido, la llevó hacia el seto y la lanzó a su interior. Las enredaderas y los cardos le dieron la bienvenida. Las rocas le rasparon la cara y un hombro (heridas leves y una buena atención). Más flechas se clavaron en el suelo a un par de pasos de ella.

Cnán se acurrucó en el interior del seto y movió con cuidado los cardos y los zarcillos para ocultarse. Pero la curiosidad venció a la prudencia. Separó las enredaderas y vio que el desastre se cernía sobre los jinetes mongoles. Dos *arban* (veinte jinetes) galopaban a toda velocidad hacia las trampas de cuerda.

Todos los jinetes con sus ponis, menos dos, tropezaron con las cuerdas tensas y cayeron de frente pataleando y chillando en una nube de polvo. Los dos que consiguieron pasar fueron derribados por flechas de Istvan desde un lado y de Rædwulf desde el otro. El húngaro sonreía como un demonio, con su enorme y fosco bigote aún lleno de sangre seca de la matanza en la granja.

Con un golpeteo de pesados pasos, un hombre pasó corriendo junto a su escondite en el seto, jadeando por el esfuerzo y dejando tras de sí una alargada nube de humo. Era Yasper, el alquimista, y parecía en llamas. Cada dos pasos se detenía para lanzar un objeto humeante que extraía de una bolsa que llevaba colgada del hombro. Los lanzaba hacia la entrada del campo abandonado, donde los dos escuadrones de mongoles se levantaban tambaleantes, sacando las espadas o intentando todavía salir de debajo de sus caballos caídos, que seguían pataleando.

Los objetos humeantes rodaron por tierra y comenzaron a soltar humo, pero no el humo blanco y translúcido que sale de una hoguera, sino una especie de vapor amarillo pardusco, espeso como el cieno de un río. Y seguía saliendo. Uno de los objetos cayó de la bolsa de Yasper y quedó en el suelo no muy lejos de Cnán. Era una calabaza, más o menos del tamaño de un puño, con un agujero cortado en un lado. Estaba fascinada por la cantidad de humo que salía del pequeño objeto entre silbidos y gorgoteos; era como ver salir a un centenar de hombres de un barril de vino.

En unos instantes los chorros y nubes se combinaron para formar una densa pared alrededor de los jinetes caídos, como una nube de tormenta muy baja. Era un día despejado, el campo estaba resguardado por los bosques y el acre vapor amarillo no tenía prisa alguna por dispersarse.

Desde las trincheras saltaron Taran y Feronantus, y luego Roger e Illarion, que desenvainaron las espadas con un extraño, ululante y sonoro grito:

—*Alalazu! Alalazu!*

Supuso que era el grito de guerra de la *Ordo Militum Vindicis Intactae*.

Corriendo por el centro del campo llegó Eleazar, también desenvainaba y preparaba la colosal espada que con tanto éxito había utilizado la noche anterior. Detrás iba Raphael con el arco levantado y una flecha a punto, buscando con la

mirada más enemigos lejanos.

Pero la capacidad de cegar de la nube de humo de Yasper era total, y los demás de la fuerza mongola, que seguían buscando un paso para rodear o saltar el seto, no se atrevían a utilizar los arcos por temor a alcanzar a sus camaradas.

La nube se expandió. Ahora brotaban de ella sonidos terribles. Un mongol salió saltando sobre una pierna fuera de la creciente nube amarilla, tosiendo, agitando su mano libre y dejando una estela de humo que escapaba de sus ropas y cabello. Un hacha surgió dando vueltas del interior de la nube y le abrió el cráneo desde atrás. Con los ojos repentinamente rojos y dilatados, estiró los brazos y se desplomó de cara.

Roger, con los brazos cubiertos de sangre, salió de la nube caminando hacia atrás, se agachó y recogió el hacha. Otro mongol cargó contra él. Roger le lanzó el arma con un revés sin demasiado protocolo, enviándola en vuelo rasante a la altura de sus rodillas. No hirió al mongol, pero lo desequilibró y lo hizo tambalearse. Entonces levantó una espada corta, no tanto para descargar un golpe como para protegerse de lo que pudiera venir a continuación. Roger corrió hacia él, lo sujetó por el codo y, con todas sus fuerzas, tiró de él hacia atrás hasta que rozó la oreja del mongol y luego lo hizo girar dejando su cuello bien al alcance de la daga que llevaba en la otra mano. El arma alcanzó su blanco.

Todo salpicado y goteando sangre reciente, Roger arrancó la espada de la mano del mongol moribundo y volvió a internarse en la nube, con los rasgos distorsionados por la furia del combate, gritando:

—*Alalazu!*

Raphael se volvió hacia el seto, miró directamente a Cnán (no, justo encima de ella) y disparó una flecha. Hubo algunos crujidos y desde lo alto del seto cayó un mongol, que la golpeó violentamente en un hombro. Ambos (y una buena masa de vegetación arrancada) cayeron amontonados. Cnán salió arrastrándose de debajo e intentó saltar hacia atrás mientras un gruñido de miedo y asco emergía desde el fondo de sus entrañas. El mongol tenía una flecha en el pulmón derecho. Alargó una mano y cogió a Cnán por el tobillo. Con la otra mano palpaba su cinturón en un intento de alcanzar la empuñadura de una daga que se le había girado con la caída.

Cnán se dejó caer sobre una rodilla asegurándose de que debajo estuviera la nariz del mongol. Entonces cogió la daga rebelde y se la hundió en el estómago. De arriba le llegó un sonido de hojas y saltó de encima del agonizante ruidoso justo a tiempo de evitar que le cayera encima otro mongol, este con dos flechas profundamente clavadas.

Había tenido la mala suerte de esconderse en un lugar en que los escombros formaban un montón y era muy fácil escalarlo desde el otro lado. Probablemente era una buena idea abandonar el error de creer que había algún lugar seguro en aquella

melé, así que corrió hacia el centro del campo.

La nube de humo se desplazaba poco a poco hacia ella o quizá estaba creciendo, y la batalla iba con ella.

Vislumbró a Illarion haciendo girar una lanza de diez pies, deteniéndose solo para clavar un extremo u otro en un enemigo. Feronantus se movía con una tranquilidad pavorosa por el perímetro de la zona de combate blandiendo una espada corta y con un escudo, derribando a los que intentaban escapar.

El humo retrocedió y dejó a la vista a Taran, enzarzado en singular combate con un impresionante mongol que llevaba una buena coraza gruesa, claramente el comandante de un *arban*, si es que no lo era de todo el grupo. Ambos iban igualados golpe por golpe, pero el mongol parecía exhausto e inseguro mientras que Taran estaba tranquilo, implacable y, a falta de una palabra mejor, curioso. Taran aprovechó la oportunidad que el otro le brindó al levantar la espada para cambiar de posición y hundió la suya en la desprotegida axila del comandante.

Parecía que Yasper había agotado su suministro alquímico y ahora andaba por ahí alerta, con la espada en la mano, pero sin mostrar interés alguno por entrar en la nube de la batalla. A Cnán le pareció un exceso de prudencia (un vistazo alrededor del campo de batalla mostraba que no iban a sorprenderlos) y, de hecho, mientras ella miraba, Yasper señaló con la espada hacia el otro extremo del campo. Gritó algo a los otros, palabras ásperas que no llegó a entender, pero que eran claramente una señal de alarma.

Raphael, Rædwulf e Istvan, preocupados por eliminar a los mongoles aislados que intentaban trepar por el seto, no habían prestado atención al extremo del campo donde estaba el saliente del bosque y el grupo de chozas de la vieja granja. Otro escuadrón de mongoles había conseguido llegar por ese lado. Estaban cortando con furia las cuerdas tendidas a la altura del cuello entre los árboles. Cuatro jinetes habían pasado y estaban reunidos en el extremo del campo, esperando a que se unieran a ellos más camaradas.

Pero cuando oyeron el grito de Yasper y vieron a los arqueros volverse y apuntarles, lanzaron una carga directa en lugar de esperar a ser eliminados uno por uno.

Istvan disparó una única flecha y luego espoleó a su caballo hacia ellos, y mientras se colgó el arco a la espalda y desenvainó su sable; chocó con el primero de los mongoles en el centro del campo, hoja contra hoja. El mongol se alejó, erguido, pero con una mirada turbia y perdida; y sin la mitad del brazo en que había llevado la espada.

Otros dos cayeron con flechas en el cuello y el pecho, pero el cuarto consiguió de alguna manera llegar laboriosamente hasta Istvan, los arqueros, Yasper y Cnán. Fue al galope por Taran, que estaba de espaldas. Tras el mongol iban doce más que

seguían el mismo camino de los cuatro primeros.

Los luchadores del interior de la nube habían oído la conmoción y eran conscientes del peligro. Illarion y Feronantus llegaron corriendo, dejando a Percival y a Roger al cuidado de lo que ahora se había convertido en la retaguardia de la batalla.

Cnán se quedó cautivada durante unos instantes por la visión de Feronantus, a pie, entrando en combate con un mongol que cargaba a caballo. Feronantus lanzó la espada al aire como si jugase con ella, haciendo que girase lentamente alrededor de su centro y volviendo a cogerla por la hoja sujetándola entre las yemas de los dedos y la base de la palma. Dando un paso a un lado para que el golpe del mongol pasara silbando junto a su barbilla, cortándole algunos pelos de la barba, giró la espada como si fuera un pico y encajó el extremo puntiagudo de uno de los gabilanes en la axila del jinete, que cayó al suelo de espaldas.

Mientras sujetaba al hombre caído con un pie sobre el cuello, Feronantus volvió a girar la espada y se la clavó hacia arriba por debajo del casco.

Ese fue el último de los mongoles en morir. Pero no el último de ellos. Uno seguía en el límite del campo, cerca de las viejas chozas. Estaba medio en cuclillas sobre su silla, con un pie fuera del estribo y apoyado en el borrén delantero de la silla, con el codo sobre esa rodilla y la barbilla en el puño; desafiante, tranquilo, seguro. Observando. Un hombre fornido incluso para los estándares de los mongoles, ataviado con una armadura buena, aunque no ostentosa. Montaba un caballo excelente, pero no llevaba casco, y su pelo gris caía suelto por debajo de la tonsura que se hacían todos los guerreros mongoles.

Cuando Cnán se fijó en él por primera vez, Rædwulf estaba disparándole una flecha, pero el mongol de pelo gris se inclinó hacia atrás, levantó el escudo con habilidad y detuvo la flecha antes de que pudiera alcanzarlo en la cara.

Miró por encima del escudo con ojos brillantes, y al ver que no llegaban más flechas levantó su espada curva y la agitó en lo que podría ser una muestra de ira o un saludo. Comunicándose con su caballo con gritos guturales y golpes de rodilla y talón, lo giró y se perdió en el bosque al galope.

Istvan dio la vuelta para perseguirlo, pero Feronantus, que estaba al lado, alargó la mano y sujetó las riendas del caballo.

—Detente —dijo—. Nunca lo cogerías. Tu caballo está medio muerto. Y, además, por el momento tu rabia ya ha cumplido bastante.

Istvan parecía orgulloso de haber recibido ese elogio hasta que, al apreciar una mirada lúgubre en el rostro de Feronantus, siguió sus ojos hasta un lugar a unos diez pasos, donde Taran yacía en el suelo, boca abajo e inmóvil.



UNA PERSECUCIÓN NOCTURNA

Gansuj daba cabezadas; el movimiento rítmico de su caballo y el sonido lejano del río Orjun lo acunaban hasta llevarlo casi a un estado de sonambulismo. Aún le dolían la zona lumbar y un hombro, la primera por haber saltado de la muralla sobre una yurta para parar la caída. La estructura se hundió bajo su peso y evitó una lesión grave, pero chocó con algún objeto grande que había en el interior cuando todo se hundió.

El salto había sido la última de una ristra de locuras que había llevado a cabo en las últimas horas, una lista que había tenido tiempo de sobra para revivir en su mente mientras seguía el rastro del asesino.

Este había huido de Karakórum, como Gansuj esperaba, por la puerta oeste, aunque había optado por una ruta mucho menos transitada: había saltado la muralla en lugar de atravesar la puerta del mercado. Un montón de maderos y piedras, materiales de construcción apilados esperando un lugar en el que ensamblarlos, habían dado al asesino y a Gansuj un atajo hasta la muralla exterior. El asesino había saltado, con mucha más habilidad, desde el montón de maderos hasta las almenas, se había encaramado y había saltado otra vez por el lado exterior. Cuando Gansuj (estampándose en la muralla cual proyectil de catapulta) consiguió subir a la muralla, vio que el asesino había utilizado una yurta para frenar su caída.

Había muchas yurtas para escoger; la población de Karakórum siempre crecía por encima de lo que las murallas eran capaces de contener cuando el *kagan* estaba en su residencia. Muchos clanes plantaban sus tiendas en minúsculas aldeas junto al exterior de las murallas. Lo que había hecho detenerse a Gansuj era la altura.

Se había quedado mirando a vista de pájaro cómo la gente de las tribus empezaba a salir alterada de sus tiendas ante el revuelo causado por la caída del asesino sobre una yurta, que se hundió. Sus músculos se negaban a moverse más allá del borde de la muralla, su cerebro le decía que sería una locura continuar, que la persecución acababa allí.

Pero había obligado a su cuerpo a saltar y el viaje por el aire había sido estimulante; tanto, que no había notado el dolor en la espalda durante varias horas. No hasta que la excitación de la persecución dejó paso al interminable aburrimiento del rastreo nocturno. Y entonces su cuerpo lo había amenazado con desplomarse por agotamiento.

El terreno que rodeaba Karakórum era llano, en su mayor parte matorrales y pastos; hacia el oeste quedaba el río Orjun, una ancha cinta de agua que cortaba el valle por el medio. Lo habitual era que el *kagan* se quedase durante unas semanas en Karakórum durante la transición de su residencia de verano a la de invierno, y durante ese tiempo la población de la ciudad se multiplicaba por cien. Docenas y docenas de pequeños clanes peregrinaban hasta la ciudad para rendir tributo al *kagan*; largas caravanas, cargadas con toda clase de bienes exóticos, se desparramaban por el barrio comercial; sacerdotes que representaban a más sectas religiosas de las que un hombre podría contar erigían santuarios (algunos grandiosos, otros muy austeros) como manifestaciones físicas de sus inclinaciones espirituales; príncipes, cortesanos y nobles desterrados buscaban ganarse el favor del *kagan*. Todos ellos llegaban a Karakórum en animales con cascos o pezuñas (caballos, asnos, bueyes) que pisoteaban sin cesar el terreno que rodeaba la ciudad.

Pero había llovido hacía pocos días y la lluvia se había llevado el polvo y había ablandado el suelo, y Gansuj había podido encontrar algunas huellas de cascos, hendiduras en arco que apuntaban hacia el exterior de la ciudad. El río era una barrera natural; el asesino no intentaría vadearlo de noche salvo en el caso de que supiera exactamente por dónde hacerlo, y Gansuj no creía que ese hombre tuviera tal información. Las huellas revelaban las intenciones del asesino: mantener el río a su izquierda y la ciudad a su espalda. A poca altura en el cielo, hacia delante, estaba la constelación de los Siete Dioses. «Una ruta fácil». Gansuj podría seguirlo toda la noche.

Mantuvo su caballo robado en dirección al más brillante de los Siete Dioses y le dejó escoger el paso. Aunque el suelo fuera llano no había motivo para forzar al animal. Podría meter una pata en un hoyo y herirse, y un caballo agotado no le serviría para nada. Cuando alcanzase al asesino, un caballo descansado podría ser determinante para concluir la persecución.

A su vuelta tendría que dar explicaciones por haberse llevado el animal. No había tenido tiempo de acordar un pago; ni un auténtico guerrero de la estepa estaría dispuesto a alquilar su caballo a un perfecto desconocido que llega corriendo. En algunos clanes el robo de caballos se castigaba con la muerte. Su única esperanza era que capturar al asesino fuera una circunstancia atenuante que hiciera que el *kagan* le concediera un indulto.

Gansuj se irguió cuando su caballo cambió el paso. Miró al frente en un esfuerzo por ver algo en la casi total oscuridad. El cielo estaba claro y la luna aún no se había ocultado, pero no pudo distinguir nada en la llanura que se extendía a su alrededor. El río le gritaba y él intentaba ignorarlo; entonces le llegó el olor y entendió qué había asustado a su caballo.

Apretó las piernas y obligó al animal a acercarse hasta que estuvo seguro de que

el gran bulto que había en el suelo era solo un caballo, sin jinete, y entonces dejó que su caballo se alejara del animal muerto (cuya sangre aún formaba un charco sobre el suelo). Mantuvo la cabeza del caballo hacia la izquierda mientras describía un amplio círculo alrededor del cadáver, intentando averiguar en qué dirección había huido el asesino después de matar a su montura caída.

El asesino había cabalgado demasiado deprisa y el caballo había metido una pata en un hoyo y se la había partido. El extraño le había dado fin enseguida para evitar que sus chillidos delataran su posición, pero Gansuj lo seguía lo bastante de cerca para que lo delatara el olor a sangre.

Mientras Gansuj volvía la cabeza de su caballo, unos lobos aullaron a lo lejos. No había visto indicaciones claras de la dirección que había tomado el asesino, así que continuó hacia el norte. A su espalda podía distinguir el resplandor lejano de Karakórum. Los Siete Dioses, el caballo muerto y la ciudad; había sido una línea fácil de seguir y no había motivo para pensar que el asesino hubiera cambiado de dirección.

Cabalgaba inclinado hacia delante, prestando mucha atención a los sonidos del mundo a su alrededor. Sobre su cabeza, millares de estrellas lo miraban fijamente, una multitud de observadoras silenciosas que contemplaban cómo unas figuras diminutas atravesaban lentamente la ancha llanura. La súbita conciencia de la inmensidad del mundo y de los cielos lo invadió durante un momento y se le erizaron los pelos de la nuca. «No importa lo grande que sea el imperio —pensó—, siempre hay un mundo mayor más allá». Esa clase de pensamientos solía ser reconfortante para él. Le encantaba estar solo en la llanura, le encantaba estar rodeado por la vasta majestad de la naturaleza. Pero esa noche la inmensidad lo inquietaba. Había cosas por ahí, en la oscuridad, cosas que no podía ver, oír ni tocar, y eran fantasmas de un mundo que nunca había podido entender del todo. Ogodei Kan, y los kanes que lo sucedieran, extenderían su imperio por el mundo, pero el mundo también se extendería por su interior y los cambiaría.

Volvió la vista hacia la débil burbuja de luz que era Karakórum (un pequeño parpadeo de fuego en un inmenso vacío). Gansuj había oído historias de otros imperios que se habían extendido más allá de las estepas, que habían cabalgado a la conquista del mundo, y no pudo evitar preguntarse qué había sido de ellos. ¿Qué sucedió cuando su luz se extinguió y la oscuridad se cerró de nuevo? Había visto los erosionados cimientos de sus fortalezas derruidas. ¿Compartiría Karakórum ese mismo destino cuando pasaran mil años? «Si el *kagan* muere —pensó Gansuj—, ¿qué le sucederá a esa luz?». ¿Había empezado ya la llanura a devorar Karakórum bocado a bocado mientras él cabalgaba en la noche? ¿Estaban ya dándose el aviso los lobos? «Carne fresca, hermanos. Carne fresca para todos».

Gansuj sintió un leve estremecimiento e intentó alejar la oscuridad que había

invadido su mente. «¿Qué es mejor? —preguntaba su cerebro inasequible al desaliento—, ¿ser el brillante fuego que intenta penetrar la oscuridad y así atraer toda clase de carroñeros y cazadores? ¿O morir como ese caballo perdido y olvidado, atacado por los elementos hasta que el propio suelo crezca sobre sus huesos?».

A su derecha salió corriendo algo en una súbita explosión de pies sobre el suelo. «Dos piernas», pensó Gansuj en un destello repentino. Puso su caballo al galope y lo dirigió hacia el ruido; iba echado hacia delante, con su cabeza casi a la altura de la del caballo, forzando todos sus sentidos para localizar a quien corría. Había encontrado al asesino.

Vislumbró una forma que corría en la penumbra. El asesino era a la vez más grande y más pequeño de lo que esperaba. Más grande porque ahora tenía muy cerca a ese hombre, que era más pequeño de lo que esperaba. Clavó los talones en las costillas del caballo y el animal saltó hacia delante. El asesino, aún vestido de negro, se revolvió como una sombra que huye de la antorcha que se aproxima y el caballo de Gansuj lo derribó cuando chocó con él al pasar.

Gansuj intentó detener el caballo en seco, y cuando el animal se encabritó al sentir el tirón, pasó la pierna por encima, saltó y aterrizó limpiamente. El asesino se estaba levantando e intentaba desenvainar la espada, pero Gansuj se lanzó contra él. Sujetó su mano y forcejearon por el control de la espada medio desenvainada mientras caían. Una rodilla golpeó el muslo de Gansuj, que, con el brazo izquierdo atrapado bajo el sujeto movedizo, lanzó un cabezazo hacia delante que alcanzó al asesino con la parte superior de su frente.

El asesino se relajó y Gansuj liberó el brazo y se desembarazó del otro hombre. Algo afilado hizo un corte en su pulgar derecho; levantó la mano hacia atrás y sus dedos dieron con la empuñadura del arma. Entonces se dejó caer sentado tirando de la espada y la hoja rozó ruidosamente la boquilla de la vaina; la espada quedó libre y él la controlaba.

Cuando el asesino bajó las manos de su cara ensangrentada se encontró mirando la punta de su propia espada.

—No te muevas. —Gansuj intentó disimular su jadeo. La hoja temblaba en su puño apretado.

El asesino se quedó inmóvil con las manos extendidas en actitud suplicante. Su pecho se movía con tanta agitación como el de Gansuj, con inspiraciones profundas y forzadas, y Gansuj descubrió para su sorpresa que era más pequeño de lo que había creído; por eso había podido dominarlo. Señaló con la espada el pañuelo que ocultaba casi todo el rostro del asesino.

—Quítatelo —dijo imperativamente.

El asesino lo hizo moviéndose muy despacio, y una larga melena de mujer quedó libre del abrazo del pañuelo.

Le recordó a Lian, y no solo porque compartieran el rostro alargado y el largo cabello negro. Había un fulgor en sus ojos, un feroz rechazo a ser sometida, y Gansuj notó la tensión en su estómago y su bajo vientre (un destello momentáneo de pánico y entusiasmo) a pesar de que sabía que el parecido entre Lian y la asesina era meramente racial y no familiar.

—¿Quién te envía? —preguntó Gansuj.

La mujer sonrió; una gran sonrisa de dientes blancos manchados de sangre. Dijo algo en un dialecto que él no conocía y, al ver que no reaccionaba, le escupió.

Gansuj le dio un cintarazo en la mejilla con la punta de la espada para recordarle cuál era la situación.

—¿Hablas mongol? —le preguntó secamente—. Si no es así no me servirás para nada, así que me limitaré a matarte como hiciste con tu caballo. Dejaré que los lobos den cuenta de tu cuerpo. —Apoyó la punta de la espada en su garganta—. ¿Quién te envió a matar al *kagan*?

La mujer lo miró fijamente durante un rato como retándolo a cumplir su amenaza, y como él no titubeó ni apartó la mirada, tragó saliva y empezó a hablar. No dominaba el idioma, hablaba entrecortadamente y pronunciaba con demasiada claridad, como si no hubiera utilizado esas palabras antes más de dos o tres veces.

—Cometes errores. No soy una asesina. Tu *kagan* está vivo.

—No te creo.

Ella frunció los labios desafiante, pero no intentó convencerlo; como si no tuviera importancia lo que él pensara. En cualquier caso, la verdad sería la misma.

Gansuj cambió de posición y bajó la punta de la espada hasta apoyarla en su esternón. Lo justo para que no pensara que era tonto. No la creía (no del todo) pero había unos cuantos detalles que comenzaban a llamar mucho su atención. Si era una asesina, ¿qué arma había escogido? No aquella espada, que era sencilla y funcional, el arma de un jinete, y además, para utilizarla con eficacia había que ser más grande y más fuerte de lo que ella parecía ser. ¿Veneno? Si era eso, ¿se había deshecho del arma envenenada? No había bolsillos visibles ni bolsas en su indumentaria negra.

—Date la vuelta —dijo Gansuj. Como ella no se movió, le explicó—: Quiero registrarte. Debes de llevar un cuchillo...

Ella lo negó con la cabeza, pero se volvió ante la firmeza de Gansuj. Con las manos levantadas, se volvió sobre las caderas hacia Gansuj obligándolo a apartar la hoja o a cortarla. Maldiciéndose a sí mismo por no ser más claro, retrocedió medio paso para mantener la posición. Al moverse levantó las rodillas y quedó acuclillado sobre las puntas de los pies. Se anticipaba a ella.

La mujer intentó salir corriendo cuando apoyó las manos en el suelo. Medio corriendo y medio gateando, se alejó de él y casi consiguió levantarse antes de que él se lanzara sobre ella y la aplastara contra el suelo. Soltó un bufido bajo su peso y se

revolvió hasta que él la golpeó dos veces en la cintura con el pomo de la espada. Después de eso se quedó quieta, con la cabeza vuelta y la mejilla apretada contra la tierra, mirándolo furiosa.

Él la cacheó sin demasiada delicadeza a través de la tela. Era delgada y angulosa, más parecida a un pájaro que a una mujer, pero él no encontró nada lo bastante duro para ser un cuchillo. Y nada lo bastante blando para ser una bolsa. La sujetó por la chaqueta con la intención de darle la vuelta y cachearla por delante, pero paró cuando su mano encontró algo duro. Intentó tirar de su chaqueta para liberarla sin tener que girarla, y ella reaccionó revolviéndose con violencia bajo él. Gansuj le clavó un codo en la columna y apoyó la hoja de la espada en un lado de su cabeza.

—Quédate quieta —le dijo con un susurro cuando se paró.

Siguió tirando de su chaqueta para poder introducir la mano, pero el ángulo no era el adecuado. Mientras lo intentaba, oyó el retumbar de cascos de caballo.

Mirando hacia atrás vio cuatro luces que se balanceaban en la llanura. Antorchas en las manos de una partida de búsqueda. Su prisionera comenzó a revolverse otra vez y él se inclinó sobre ella y le chistó junto al oído. Sintió cómo se aflojaba y se quedaron quietos los dos, tan pegados al suelo como les era posible, esperando que los jinetes no advirtieran su presencia (él, porque no le venía bien entregar a su presa; ella, porque aún podría escapar de un captor, pero su probabilidad de éxito se reducía mucho si eran varios).

Eran cinco que galopaban con antorchas, y pasaron por su derecha aparentemente atentos solo a lo que tenían al frente. Gansuj estaba a punto de alegrarse de no haber sido descubierto cuando uno de ellos frenó repentinamente su caballo y gritó a los demás. El corazón de Gansuj dio un vuelco al oír la voz del jinete.

Era Munojoi.



EL HOMBRE DE ROMA

Dietrich von Grüningen había intervenido en unos cuantos torneos desde que llegó a *Heermeister* (el jefe militar de la *Fratres Militiae Christi Livoniae*, la Hermandad Livonia de la Espada). No era ajeno al aburrimiento que solía rodear tales procedimientos. Pero aquel espectáculo de gladiadores, con el patronazgo de uno de los kanes del ejército mongol invasor, no era como los demás. Se parecía en que consistía en una reunión multitudinaria de gente que presenciaba un combate con armas entre dos contendientes, pero a diferencia de otros torneos, que solían durar un día o dos, la duración de este dependía del deseo del anfitrión de seguir contemplando el espectáculo.

La invitación, a la que habían respondido él y otros maestros de órdenes militares, hacía referencia a un torneo para decidir el destino de Europa. Los paladines se enfrentarían en combate singular, pero no había quedado claro cuál sería el botín del ganador. El kan (Onghwe, un hijo del kan de kanes, Ogodei) había dejado entrever que no atacaría Europa si perdía. Pero él era solo uno, y ni siquiera el más poderoso, entre varios generales que amenazaban a Occidente. ¿Cuál era la finalidad real de aquellos juegos?

«Competir —había dicho el santo padre cuando Dietrich se lo había preguntado dos meses antes, durante su audiencia con el Papa en Roma—. Es un entretenimiento que pueden permitirse. Nos enseña qué concepto tienen de nosotros. Después de la devastación infligida a buenos soldados cristianos en Legnica y Mohi, ya no temen nuestra potencia militar».

«Entonces, ¿cuál es el propósito de participar en esta farsa?», fue la pregunta de Dietrich.

«El gran kan quiere extender sus dominios —respondió por fin el papa Gregorio IX—. Como todos los conquistadores que lo han precedido (hombres cortos de miras que creían que las tierras y los tributos definen un imperio). Estas son cuestiones que no nos preocupan».

«¿Y qué lo hace?» —fue la pregunta del maestro.

La respuesta no salió del propio pontífice, que había quedado inconsciente. Sus ojos seguían abiertos y su pecho aún subía y bajaba, aunque el movimiento era difícil de advertir a través de la voluminosa vestimenta y de las mantas que lo cubrían. La habitación daba al oeste y las ventanas eran lo bastante grandes para que el sol entrara

en la habitación durante la mayor parte del día. Solo llevaba algunos minutos de pie allí y su espalda ya estaba caliente. El Papa llevaba mucho más tiempo y su cuerpo aún temblaba ligeramente.

Dietrich no podía liberarse de la sensación de presagio producida por lo delicado que parecía estar el obispo de Roma. El peso de la Iglesia era enorme y aplastaba a cualquier hombre que ocupase ese puesto, pero en el año transcurrido desde su última audiencia parecía como si la vida de Gregorio IX fuera abandonándolo como el jugo de una uva.

«La continuidad de la Iglesia —fue la respuesta del cardenal Fieschi mientras acompañaba a Dietrich de vuelta a la gran sala del palacio de Letrán—. En respuesta a vuestra pregunta, nos preocupa la continuidad de la Iglesia, porque ella es el alma del pueblo. Nosotros somos la roca a la que se sujetan cuando todo lo que los rodea es arrasado».

«¿Qué tengo que hacer?» —fue la pregunta de Dietrich, que buscaba una respuesta a su convocatoria a Roma, una respuesta que el débil Papa no le había dado durante su breve audiencia.

«Aseguraros de nuestra supervivencia. Sería mejor si las hordas mongolas no siguieran invadiendo la cristiandad. Si no fuera posible evitarlo (y nos damos cuenta de que tal indolencia sería algo muy improbable e impropio de semejante turba), ¿cómo se reduce la fuerza de un ejército antes de que llegue a tus puertas?».

«Haciendo que el recorrido le salga caro —fue la respuesta de Dietrich—. Cada legua que avanzan es una legua más que los separa de sus casas, una legua más que se adentran en tierras que no controlan. Unas tierras que tienen que ganarse».

Redirigir un ejército incontenible e ir mermando su hueste de guerreros hasta que el coste de la conquista fuera demasiado alto era un problema aparentemente imposible de resolver, un problema en el que había pensado cada día (no, cada hora) hasta que llegó a Legnica. El circo no parecía más que un capricho pasajero, el entretenimiento veraniego de un desocupado. En otoño las huestes mongolas habrían acabado de reabastecerse y estarían mirando hacia el sur, en busca de parajes más templados que conquistar. ¿Cómo iba a conseguir él desviar su atención de Roma?

Y entonces la solución se presentó sola. Al norte de los campos de muerte y de la palestra recién edificada, además de la destartada aglomeración urbana que había crecido a su alrededor, había un viejo monasterio. Había sido abandonado por sus antiguos moradores y ahora acogía a nuevos penitentes, más militares que espirituales en sus inclinaciones. Su bandera, izada sobre la antigua sala, era una rosa roja sobre una estrella amarilla de trece puntas.

La Ordo Militum Vindicis Intactae.

Los combates de gladiadores eran la clase de entretenimiento para campesinos que solía ser la actividad principal en el Coliseo de Roma; sin duda el kan de los

mongoles sabía cuál era la mejor manera de evitar el desencanto de sus tropas ante la falta de ocasiones para la rapiña y el saqueo. Una vez a la semana se celebraban combates a muerte. Los demás días se completaban con enfrentamientos no letales, un remedo de torneo cuyos participantes ganaban el derecho a luchar ante el disoluto kan. Dietrich sospechaba que mientras la venerable Hermandad del Escudo pudiera aportar carne de espada para la palestra, el circo podría durar mucho tiempo.

Lo bastante para que se perdiera el impulso de avanzar antes del invierno.

No era un gran respiro, pero era un comienzo. Cada estación que transcurría sin un nuevo avance de los mongoles en tierras de la cristiandad era un tiempo que sus superiores de Roma podrían aprovechar para negociar un tratado de paz. No duraría. Los mongoles, de forma semejante a los árabes en Levante, eran paganos, y Roma sabía que no se podía confiar en ellos. Pero un tratado de paz podría bastar para hacer que su atención se dirigiera hacia otro lugar.

La multitud estaba de pie, chillando y bramando ante el espectáculo. El luchador mongol, un hombre con una indumentaria muy llamativa que se completaba con una máscara siniestra con bigotes blancos, había perdido su arma; el caballero de la Hermandad del Escudo había conseguido quitársela, pero estaba claro que no sabía utilizarla bien. El luchador mongol (alguien llamado Zug, si había entendido bien los gritos del público) al menos había cambiado su cuchillo de caza por algo más largo. Tirar su espada corta al caballero había sido una maniobra inútil en el mejor de los casos (una hoja como esa nunca podría atravesar la armadura del caballero), pero le había dado la oportunidad de ir a recoger la espada del caballero. Si sabría o no blandirla con eficacia era otra cuestión; Dietrich dudaba de que ese hombre tuviera alguna experiencia con montantes o espadas de guerra de dos manos.

Algunos de sus caballeros utilizaban un arma como esa, pero era demasiado grande y engorrosa para su gusto. Era un arma para un hombre a quien le gustara llevar armadura, que prefiriera estar en el corazón de la batalla. Según la experiencia de Dietrich, estar tan cerca de los enemigos implicaba que se había cometido un error táctico, y esos errores siempre tenían un precio.

Había oído informes sobre el general mongol Subotai procedentes de los supervivientes de la batalla del río Sajó. Utilizó arqueros montados, guerreros increíblemente rápidos y móviles que se mantenían fuera del alcance de la espada y de la lanza. Para cuando se consigue llegar hasta ellos, ya han podido lanzar todo el contenido de una aljaba contra tus filas. Errores caros.

Burchard, uno de sus dos guardias personales, dio un codazo a Dietrich para llamar su atención sobre un movimiento de ola en la multitud. Dietrich salió de su ensoñación y miró lo que había intrigado a su compañero livonio.

—Un provocador —señaló Burchard—. Ha tirado algo. —El alto alemán había sido explorador durante años antes de convertirse en guardia de Dietrich, y su

agudeza visual era famosa entre los miembros de la Hermandad Livonia de la Espada.

Dietrich se esforzó por distinguir el pequeño objeto que rodaba sobre la arena y luego desistió de determinar qué era; pero en cualquier caso la reacción en las gradas fue mucho más interesante.

Alguna clase de emoción recorría la multitud como una ráfaga de viento recorre un campo de centeno, una ola que corría a medida que se volvían cabezas hacia el enorme pabellón donde estaban el kan y su cortejo. Del sombrío interior de la tienda salió alguna señal, la ola corrió por la multitud en sentido contrario, dividiendo a la masa. Todos se alejaron de un hombre como si acabase de empezar a arder. Un sarraceno, a juzgar por sus ropas. Estaba completamente aterrorizado y corrió hacia el límite del creciente círculo vacío que lo rodeaba como intentando no ser visto, pero media docena de manos se extendieron y lo empujaron. Resbaló por el suelo, y al pasar por el centro del espacio vacío se detuvo, súbitamente atravesado por tres flechas.

Dietrich observó que las colas de las tres flechas apuntaban a direcciones muy diferentes. Recorrió la palestra con la mirada intentando localizar las posiciones de los tiradores. Vio dos con bastante facilidad (estaban en plataformas fijas en el perímetro de la palestra). Burchard señaló al tercero, un mongol de pie justo bajo el pabellón del kan. Había un cuarto arquero en el lado opuesto, pero no había disparado.

El sarraceno se retorció y gritaba, y la multitud mantuvo la distancia hasta que dos fornidos mongoles se abrieron paso a través del cordón de cuerpos. Uno de ellos golpeó la cabeza del moribundo con una maza redonda hasta que dejó de gritar, y después se llevaron el cadáver a rastras.

—Un error caro —murmuró Dietrich. Burchard levantó una ceja y Dietrich desestimó la pregunta muda del hermano de la espada con un gesto.

El ambiente se estaba recuperando de nuevo. El público empezaba a estar inquieto. El kan daba muestras de aburrimiento. Eso no era un buen presagio para el futuro del torneo. Dietrich miró a los dos hombres del ruedo como intentando imponer un cambio en su comportamiento mediante la sola fuerza de su mirada. «Este juego de intercambiar armas y empujarse como campesinos borrachos no va a mantener el interés del kan».

Los Hermanos del Escudo deberían ser más diestros de lo que estaban demostrando allí. Hacía muchos años que no los veía combatir, pero le parecía difícil creer que se hubieran alejado tanto de los paradigmas de la habilidad en el combate que él había conocido. Aunque la orden se había retirado de casi todos los servicios activos existentes, aún tenía unas cuantas ciudadelas propias y no había oído rumores de que sus filas hubieran sido diezmadas en combate. Ni siquiera en Mohi.

Era imperioso mantener viva aquella competición, y no podía poner en riesgo la seguridad de su propia orden haciendo que sus hombres participaran en el torneo. Fuera cual fuere la fecha del último torneo, la atención del ejército mongol volvería a dirigirse a Europa, y de poco serviría a su orden y a sus superiores en Roma que los Hermanos Livonios de la Espada se hubieran ganado una reputación de fieros guerreros. Necesitaba que los mongoles se sintieran amenazados por alguna otra orden, pero si todo lo que quedaba de la Ordo Militum Vindicis Intactae eran viejos y niños, sería muy difícil que la atención del disoluto kan se fijase en la Hermandad del Escudo.

El primer impulso de Haakon tras coger la guja de Zug fue adoptar la que Taran llamaba «la posición del pequeño muchacho asustado», que era una posición extendida con la punta del arma dirigida hacia delante. Hasta donde seguía funcionando su mente, eso era un intento (que cualquier muchacho asustado entendería sin duda) de mantener al coco tan alejado como fuera posible. Pero empezó a recuperar la capacidad de razonar durante la pausa para el júbilo que recorrió las gradas cuando Zug recogió el montante de Haakon y con ello completó el intercambio de armas.

Haakon se sentía instintivamente incómodo cada vez que pasaba más de unos instantes con su arma apuntando al frente. ¿Iba ese guerrero experimentado a correr a clavarse en su punta? Improbable. Además, ya había visto lo suficiente para entender que aquella hoja estaba hecha para lanzar ataques amplios, en arco y a distancia, y desde esa posición no podía hacerlo.

En consecuencia, bajó el brazo derecho hasta que la punta de la guja quedó solo a un palmo del suelo. Moviéndola a un lado u otro ahora podría bloquear un tajo o desviar una estocada del montante a cualquier altura. Desde allí podría moverla hacia cualquier lado según lo necesitara para detener las acometidas del enemigo. Y además, mediante un movimiento longitudinal de sus manos podría golpear hacia arriba con el borde afilado para cortar cualquier parte de su anatomía que Zug pudiera ofrecer. Por el momento, el blanco obvio era la pierna derecha, que estaba adelantada con respecto a la izquierda y no especialmente bien acorazada.

En el momento en que ambos se miraban, un objeto había caído al suelo de arena. Había rebotado en el casco de Zug con un ruido metálico y, aunque no le había causado herida alguna, ambos se quedaron momentáneamente sorprendidos.

Haakon había sido instruido insistentemente sobre la importancia de hacerse con la iniciativa. Según Feronantus, el destino derramaba bendiciones sobre aquel que tenía el valor de actuar primero. La voz de Taran se abrió camino a través del misticismo: «¡Mierda...! ¡Oblígalo a reaccionar ante tus actos!».

Haakon avanzó un paso, amagó un tajo rasante (un golpe obvio dada la posición

de la hoja), luego retrocedió, hizo girar la guja una vuelta completa por encima de la cabeza y finalmente lanzó un tajo descendente.

Zug había mantenido el montante frente a él en una posición no muy diferente de la suya, pero que como guardia solo era útil contra golpes rápidos hacia la mano o el antebrazo. Una prueba más de que aquel hombre estaba borracho y no pensaba con claridad. La única oportunidad de Haakon era sacar ventaja de la lentitud de reacción de Zug.

Zug no se dejó engañar por la finta de Haakon, levantó rápidamente la espada y detuvo la guja con la guarda. Esta (nada más que una barra de acero) detuvo el golpe de Haakon, pero su fuerza dobló los brazos de Zug y la hoja de la guja rebotó en un lado de su casco.

Haakon había sido entrenado para esperar que su primer ataque fallase siempre, y por ello aprovechó el rebote de su arma para voltearla de nuevo y golpear por su izquierda. Esta vez no fue una finta, sino un golpe fuerte, dirigido a la pierna derecha de Zug.

Zug, con un movimiento mucho más corto, fue capaz de volver la punta de la espada hacia abajo e interponerla en la trayectoria del golpe. Ahora tampoco podía contar con resistir el impulso de la guja, pero esta vez tenía el suelo como refuerzo. Cuando sus hojas chocaron, la punta del montante fue a clavarse en la arena. También la de la guja.

Pero el extremo de la hoja de la guja apuntaba ahora al muslo de Zug. Haakon la impulsó hacia arriba. Zug, al ver venir el golpe, dobló la rodilla y dejó que la hoja pasara entre sus piernas. Lo mejor que podía hacer Haakon era mover rápidamente el asta del arma hacia la derecha utilizando como punto de apoyo la hoja vertical del montante clavada en el suelo para enganchar la pierna de Zug y hacerlo caer. Algo que, a juzgar por la reacción de la multitud, fue la cosa más sensacional que jamás hubiese sucedido en aquella palestra.

Un par de eslavos borrachos saltaban delante de él y, con su excitación, no tenían cuidado con el pellejo de licor de leche fermentada que compartían. La tercera vez que derramaron *arji* sobre sus hombros y salpicaron el gambesón de Dietrich, él interceptó el pellejo según se lo estaban pasando, y cuando uno de ellos quiso ver adonde había ido, Dietrich le dio un revés en la cara.

El segundo eslavo, con el rostro distorsionado por la confusión, soltó un grito apagado cuando Burchard estampó un gran puño en uno de sus riñones y lo empujó hacia delante, donde fue a chocar con los que estaban por debajo. La multitud se abrió y se tragó al inestable y quejumbroso borracho igual que un lago se traga una piedra.

El primer hombre, sujetándose la nariz rota y sangrante, miró atontado la pared de

cuerpos que había delante de él intentando entender qué había pasado. Dietrich levantó otra vez la mano, pero su movimiento fue detenido por Sighebert, su otro guardia personal.

—Mi señor —dijo el alto franco—. Solo somos tres.

Dietrich refunfuñó reconociendo que su guardia tenía razón y lanzó el pellejo de *arji* hacia la multitud para que se reuniera con el hombre que Burchard había desplazado a la fuerza. El hombre de la cara ensangrentada también huyó, más para recuperar el licor que para ayudar a su compañero.

«Solo somos tres». Tenía veintiuno más en su campamento. Hermanos Livonios de la Espada completamente equipados. Había más de un millar de mongoles esparcidos por los campos alrededor de las ruinas de Legnica, y solo Dios conocía la población de la ciudad de tiendas que se extendía alrededor de la palestra y que crecía rápidamente. La mayor parte de ellos huirían al menor indicio de batalla, pero, de los que quedasen, ¿cuántos querrían unirse a él de alguna manera útil?

Eso no era nada comparado con el ejército principal de los mongoles que, tras ganar la batalla de Mohi, se iba adentrando en Hungría.

«¿Cómo se supone que voy a pararlos?».

Para los cardenales era fácil decirle que confiara en Dios; ellos estaban a salvo en Roma. Ahí, rodeado por una vociferante horda de salvajes sedientos de sangre, veía un gran vacío entre las creencias y los actos. A pesar de que a menudo rezaba a Dios pidiendo consejo y ayuda, Dietrich prefería confiar en el acero y en la destreza de sus hombres. Pero eran demasiado pocos para lo que había que hacer. Necesitaba un ejército.

Estaba muy bien que los dos luchadores estuvieran emocionando al público con sus estratagemas, pero eso no duraría. Incluso el más experto bufón de corte acababa quedándose sin recursos para entretener a su cada vez más hastiado público.

Dietrich llevaba su furia en silencio y sus manos se apretaban y aflojaban a sus lados mientras veía al caballero de la Hermandad del Escudo intentar clavar al campeón mongol a la arena roja con la guja.



EL MISTERIO DE LA ASESINA

Cuando Munojoi y los demás jinetes se acercaron, Gansuj se puso de pie recordando a su cautiva con la hoja de la espada que debía mantenerse quieta.

Munojoi llegó el primero. Parecía un lobo hambriento, saboreando el momento antes de hincar los colmillos en la garganta de un ciervo herido de muerte.

—Pillado en el acto —dijo, aunque sin aclarar a qué acto se refería.

—Es mi prisionera —dijo Gansuj.

Los demás jinetes formaron un semicírculo alrededor de Munojoi y el polvo levantado por los cascos de sus caballos envolvió a Gansuj y a la mujer. Por el ribete de piel blanca de sus *deel* supo que no eran guardias de noche sino *torguud*, guardias de día. Miembros del *iaghun* de Munojoi.

Munojoi se inclinó sobre su silla. La luz de la antorcha proyectaba un baile de sombras sobre su cara.

—¿Ella? —preguntó. Se pasó la lengua por los labios como si saborease la palabra, y Gansuj se arrepintió de haber hablado. Munojoi desmontó y se acercó a los dos—. Ella es una prisionera de la guardia imperial, chico.

Gansuj se erizó al oír la despectiva palabra, más aún sabiendo que Munojoi la había utilizado precisamente para provocar en él la reacción que estaba teniendo. No era mucho más joven que el otro, pero «chico» connotaba una gran diferencia entre ellos. Gansuj se tragó la expresión de ira que ya tenía en la garganta, comprendiendo que con ella solo conseguiría dar a Munojoi la excusa que obviamente buscaba.

Munojoi sacó de su cinturón una larga daga y miró a la prisionera. Jugeteó con la punta del arma con inconsciente familiaridad.

—Apártate, chico —dijo a Gansuj con toda su atención enfocada en la mujer.

Ella miraba a Gansuj parpadeando sin parar, y él no pudo discernir si lo hacía por miedo o por el polvo que había caído sobre ella. Tenía la boca abierta y jadeaba. Gansuj sabía lo que haría en cuanto él apartara de su espalda la punta de la espada.

—Muy bien —dijo levantando la espada.

Ella saltó como un ciervo desde detrás de un matorral y salió corriendo, intentando desaparecer en la oscuridad que reinaba más allá de las antorchas. Uno de los hombres montados tiró la antorcha para coger el arco y las chispas se extendieron por el suelo y asustaron a los caballos. Se movieron y entrechocaron, y los hombres empezaron a gritar al que había dejado caer la antorcha.

Munojoi lanzó la daga, casi perezosamente, y Gansuj oyó un grito de dolor procedente de la oscuridad y luego la caída de un cuerpo.

—*Hai!* —gritó Munojoi a sus hombres—. Controlad vuestros caballos.

Los jinetes calmaron a sus caballos y los apartaron de la parpadeante antorcha caída, a cuyo alrededor había empezado a extenderse un pequeño incendio por la hierba. Cuando los animales se calmaron, Gansuj oyó un gemido gutural que procedía de fuera del círculo de luz.

Munojoi lo miró con una sonrisa salvaje instalada de nuevo en su rostro.

—Ahora tiene tu daga —dijo Gansuj, disfrutando del cambio de expresión que produjeron sus palabras en Munojoi.

Munojoi se acercó a la antorcha caída, apagó a pisotones el fuego que se extendía a su alrededor y la recogió.

—Ten cuidado, chico —advirtió con gesto agrio—. Cuando la recupere, podría usarla contra ti.

Munojoi caminó rápidamente en la dirección en que había lanzado la daga; poco después su antorcha barría el suelo como si estuviera limpiando de restos un pavimento de piedra. La mujer chilló, un largo quejido que se disolvió en un sollozo.

«¿Quién es?». Gansuj no había tenido tiempo de pensar en la afirmación de la mujer de que no era una asesina. Si lo que decía era cierto, ¿qué estaba haciendo en el palacio? ¿Era una ladrona? ¿Qué había robado?

Necesitaban respuestas, y el descubrimiento de la mujer y su posterior persecución habían estado dominados por la confusión, que incluía, se dio cuenta, el malentendido con algunos guardias que lo habían tomado por compañero de la mujer.

Miró a los hombres de Munojoi con un repentino nudo en la garganta. Aunque fueran *torquud* que habían jurado proteger al *kagan*, eran guerreros escogidos por Munojoi. «Estamos lejos de la corte —pensó—, lejos de la mirada del *kagan*. Sería fácil que se produjera un accidente. Nadie diría lo contrario».

—No es una asesina —gritó Gansuj—. ¿Cómo vamos a proteger al *kagan* si no nos enteramos de qué hacía en el palacio?

Dos de los jinetes se pusieron tensos, su lenguaje corporal cambió cuando Gansuj les recordó el fin principal de los *torquud*. Acababa de ganar un poco de margen para respirar. Mientras consiguiera mantener la atención dirigida a la mujer, la rivalidad entre él y Munojoi sería una inoportuna distracción del asunto que los ocupaba. Sus hombres no permitirían a Munojoi que se entregara a venganzas mezquinas.

Soltando el aire que tenía retenido, Gansuj dio la espalda a los hombres montados y fue hacia donde ahora se movía la antorcha de Munojoi.

Munojoi se esforzaba en dominar a la mujer. Con el impedimento de la antorcha y la daga no era capaz de inmovilizarla. La extraña tenía sangre en un hombro, una mancha húmeda y oscura con aspecto satinado a la luz de la antorcha, y el olor a pelo

quemado inundó la nariz de Gansuj al acercarse. La mujer lo vio llegar y sus movimientos se volvieron aún más violentos, lanzando arañazos a Munojoi. Le golpeó el brazo izquierdo, que sostenía la antorcha, y el fuego bailó peligrosamente junto a su cara; cuando él echó la cabeza hacia atrás, ella se liberó.

Corrió, pero no hacia la oscuridad, sino hacia Gansuj. Sorprendido, él bajó la espada para que no se la clavara (si es que eso era, como parecía, lo que intentaba hacer) y ella no se detuvo. Chocó bruscamente con él, que se tambaleó intentando evitar que le atacara el rostro o le cogiera la espada. Ella no hizo nada de eso, y durante un instante se quedó con las manos apoyadas sobre su pecho; luego Munojoi llegó hasta ellos.

La sujetó por el pelo, tiró de su cabeza hacia atrás y le apoyó la daga en el cuello. Gansuj se apartó al ver acercarse la hoja, pero no pudo liberarse de la mujer, cuyas manos tiraban de su *deel* como si pudiera abrirlo y esconderse dentro de la voluminosa prenda; solo paró cuando Munojoi aplicó un poco de presión con su daga y una pequeña gota de sangre apareció en su cuello desnudo.

Munojoi miró con odio a Gansuj desde detrás de la mujer mientras apretaba la presa en su pelo.

—Hablaré —dijo riendo—. Soy muy bueno no matando a la gente.

Ella temblaba sin control, y la mirada salvaje de sus ojos recordó a Gansuj la de un animal que ve aproximarse su muerte.

—Es mi prisionera —dijo Gansuj sin ceder terreno.

Munojoi soltó un bufido.

—Estoy al mando de un *iaghun* de la *torquud* del *kagan* —dijo—. Tú no eres más que un perro faldero del hermano del gran kan. Tu palabra tiene poco valor en Karakórum.

«Pero sí tiene algún valor —pensó Gansuj—, y por eso solo me amenazas aquí, lejos de los oídos de hombres sobre los que no tienes mando. —Se quedó mirando a Munojoi durante unos instantes y luego apartó la mirada. Retrocedió y se hizo a un lado y renunció a su reclamación sobre la mujer—. Por el momento».

Munojoi gruñó, seguro de su superioridad en esa situación, y se llevó a la prisionera, que ahora era suya.

—Atadla —gritó a sus hombres—. Vamos a llevarla a la ciudad. —Y dirigió a Gansuj una última mirada de desprecio.

Gansuj observó cómo le ataban las manos y luego la tiraban atravesada sobre la silla de Munojoi. Pocos minutos después se alejaban, sus luces fueron menguando hasta convertirse en luciérnagas y desaparecieron por completo.

Gansuj recuperó la antorcha que había tirado Munojoi, y mientras estaba apagando a pisotones el fuego que había provocado se dio cuenta de que la mujer había introducido algo en su *deel*.

Gansuj volvió a Karakórum tan deprisa como pudo, pero tardó un rato en encontrar su caballo, incluso con la ayuda de la débil antorcha. En consecuencia, llegó al palacio después del alba: polvoriento, dolorido, cansado e irascible. Ni siquiera el respiro de la brisa de la mañana acariciando su rostro mejoró su humor.

Las grandes puertas del palacio estaban cerradas, con los impresionantes adornos en forma de cabezas de dragón proyectándose hacia el mundo. Cuatro guardias vigilaban delante de ellas, vestidos con las vistosas armaduras de bronce y las impolutas pieles de cordero blancas de la guardia de día. Cuando Gansuj se acercó mantenían una actitud impasible que no cambió por su presencia ni por su mal humor.

—Tengo una información importante para el *kagan* —dijo— sobre el intruso de anoche.

—El intruso ya ha sido interrogado —informó uno de ellos.

Gansuj pensó en la cajita que le había dado la mujer. Estaba guardada dentro de su ropa interior; era rectangular, lacada en negro, del tamaño justo para caber en la palma de su mano y sin aberturas visibles. Cuando la agitó, algo traqueteó en su interior.

—Yo soy quien la capturó —dijo—. El *kagan* querrá oír mi informe.

—El comandante Munojoi, de la *torguud*, la atrapó —lo contradijo el guardia.

Gansuj se acercó un paso al hombre, y detrás de él otros dos cruzaron sus lanzas para formar una barrera.

—¿Me estás llamando mentiroso? —preguntó acercando mucho la cara a la del otro hombre—. Soy el emisario de Chagatai Kan y he sido enviado para informar en persona al *kagan*. Si no te apartas y me dejas entrar en el palacio...

El guardia intentó ponerlo en evidencia.

—¿Qué me vas a hacer?

—Voy a hundir mi cuchillo en tus tripas. —Gansuj enseñó los dientes—. Probablemente tus compañeros me matarán, pero después tendrán que explicar al *kagan* a quién han matado y por qué. ¿Crees que tienen ganas de hacer eso por ti? Tal vez incluso el *kagan* los dejará vivir lo suficiente para que expliquen al propio Chagatai Kan lo que han hecho.

Detrás del guardia, las lanzas se retiraron con un repiqueteo. El guardia oyó el ruido y parpadeó varias veces.

Gansuj pasó junto al alterado guardia y abrió de un empujón una de las pesadas puertas. Entró por la estrecha abertura disimulando el sudor que había aparecido de repente en las palmas de sus manos y en su frente con unos andares firmes y arrogantes más propios de un campo de batalla. Pero lo animaba lo que había advertido en la llanura: su palabra tenía algún valor. Sin duda Munojoi estaba por encima de él en la jerarquía del palacio, pero él cumplía órdenes directas del hermano

del *kagan*, órdenes que ni siquiera el propio *kagan* podía ignorar por completo.

Entró veloz en el salón del trono, con un paso y una actitud reforzados por lo que iba pensando, y se paró en seco.

La gran sala estaba casi vacía. No había guardia ceremonial ni enjambre de obsequiosos cortesanos y administradores provinciales. Unos cuantos criados trabajaban en el suelo fregando las baldosas con trapos mojados y piedra pómez. Aparte de ellos, en el salón solo estaba el maestro Chucai, ensimismado cerca del enorme trono del *kagan*.

—¿Qué...? —comenzó Gansuj, y luego se dio cuenta de qué era lo que estaban intentando limpiar los criados. Su garganta se cerró con un espasmo y su ímpetu se desinfló. El olor era inconfundible (aún estaba fresco en su cabeza después de olerlo en la llanura) a pesar del agua perfumada y del incienso que habían quemado para enmascararlo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó a pesar de que la respuesta era obvia.

—Un interrogatorio —respondió el maestro Chucai. Se acercó a Gansuj con el semblante tenso por el agotamiento físico y mental; él tampoco había dormido—. El comandante del *iaghun*, Munojoi, tiene una gran habilidad en algunas técnicas antiguas, unas técnicas que el imperio desearía que pudiera olvidar. —Se encogió de hombros—. Pero a veces es mejor...

—Era mi prisionera, maestro Chucai —dijo Gansuj interrumpiendo al consejero del *kagan*—. Podría haberla hecho hablar con menos... —señaló con el dedo a los criados que fregaban—, con menos crueldad.

—A veces la crueldad es necesaria para manejar un imperio —se explicó Chucai. No mostró reacción alguna a la interrupción del joven. Hablaba en tono calmo y controlado—. Por rechazable que pueda ser, se puede recurrir a la aplicación de medidas de fuerza extremas para descubrir amenazas al *kagan* y a la estabilidad de su mandato.

—¿Era una amenaza? —preguntó Gansuj.

La mirada de Chucai se enfocó en Gansuj y sus ojos se entornaron.

—Un enemigo es un enemigo —dijo en un tono aún más inexpresivo que antes.

—No es eso lo que he preguntado —replicó Gansuj—. En la estepa, mi clan siempre trató a sus enemigos con respeto, incluso a aquellos que venían contra nosotros con espadas y arcos. Ella no iba armada. Esto... Esto ha sido una carnicería.

—No llevaba armas —admitió Chucai—, pero eres un ingenuo si la crees incapaz de usarlas.

—¿Era eso lo que estaba haciendo aquí? —preguntó Gansuj—. ¿Te dijo que tenía intención de asesinar al *kagan*?

Chucai lo miró inquisitivamente.

—¿Es eso lo que te dijo?

—No me dijo nada —contestó rápidamente Gansuj.

—No eres buen mentiroso, Gansuj —dijo Chucai insistiendo en su mirada—. ¿Tan poco te ha enseñado Lian?

—Esto no tiene nada que ver... —comenzó Gansuj con el rubor apareciendo en sus mejillas.

—¿Qué instrucciones te dio Chagatai Kan? —preguntó Chucai—. ¿Se suponía que debías perseguir ladrones? ¿Interrogar espías extranjeros? ¿O se suponía que debías vigilar cuánto bebe el *kagan*?

Gansuj se mantuvo en silencio conteniendo el torrente de palabras que se agolpaban en su garganta. Sabía que Chucai no estaba interesado en oírlas.

—Lo que quisiera esa mujer, lo que intentaba cumplir, no es cosa de tu incumbencia —dijo Chucai despidiendo a Gansuj con un gesto de la mano—. He puesto a Lian a tu disposición para que puedas aprender las costumbres de la corte; solo se trata de que puedas cumplir tu misión con más facilidad. Perseguir a un intruso como hiciste anoche es el comportamiento impetuoso de un nómada de las estepas sin civilizar.

—¿Sin civilizar? —dijo Gansuj con un resoplido—. Yo no la habría torturado. —Y se volvió, se alejó del maestro Chucai y dejó atrás el salón del trono del *kagan* y su suelo manchado de sangre.

No le gustaba huir, pero ya había aprendido algo de Lian: a saber cuándo había perdido la ventaja. El maestro Chucai había manipulado la conversación para centrarla más en él que en lo que quería la mujer. No se atrevía a contraatacar. Chucai vería que sabía más de lo que admitía.

Pero ¿sabía más?

Introdujo la mano en su *deel* y tocó la caja lacada.



LA APERTURA DEL VELO

Más tarde, cuando hubiera matado a aquella cucaracha gigante de acero, Zug se preocuparía por la humillación de haber acabado en el suelo. ¡De haber sido enviado ahí con su propia arma! Pero no había librado centenares de combates en esta palestra y otras semejantes sin haber adquirido ciertas habilidades. Una de ellas era que podía absorber la energía de la muchedumbre cuando la necesitaba, pero ignorarla por completo cuando solo chillaba como un grupo de ocas alborotadas.

Chevalier (que era el nombre que al parecer daba la multitud a aquel gran franco) tenía alguna experiencia con armas de asta, y aunque no excepcionalmente eficaz, sí era bastante bueno con la *naginata*. Zug sabía que había tenido suerte (¡dos veces!) y que esa suerte era más de lo que un hombre muerto podía esperar. No se le darían muchas más oportunidades.

Tirado en el suelo no podía utilizar sus piernas ni su cuerpo para dar fuerza a sus movimientos. Tenía que aproximarse, como había hecho el franco. Pero, a diferencia de este, él estaba tumbado de espaldas.

Zug se encogió como un camarón aproximando las rodillas al pecho. Al arquear al espalda para desplazarse, aproximó la hoja de la espada del franco a su blanco más cercano: su tobillo derecho. A diferencia del resto de su cuerpo, el tobillo del franco no estaba protegido. El golpe le cortaría el pie o le rompería huesos y lo dejaría lisiado.

El franco levantó su pie con destreza lo justo para dejar que la hoja pasara por debajo. Pero se había desequilibrado y tendría que volver a apoyar el pie antes de poder lanzar su ataque. Había perdido la iniciativa.

Zug mantuvo la enorme espada en movimiento. La hizo girar a su alrededor mientras reptaba otra vez como un camarón y volvió a golpear; el mismo golpe, pero aun con más fuerza.

La punta de la *naginata* se clavó en el suelo delante de él y paró en seco el movimiento de la espada. Era casi una imagen exacta de cómo Zug había bloqueado el segundo golpe del franco con la *naginata* hacía un momento.

Apoyándose en el codo derecho, Zug alargó la mano izquierda y agarró el asta de madera de la *naginata* a solo un pie de distancia de la mano del franco. El arma estaba neutralizada y Zug tenía un punto de apoyo.

La rodilla izquierda del franco quedaba expuesta más o menos a la altura de la

cabeza de Zug, en una posición perfecta para recibir una patada. Zug encogió las rodillas casi hasta su barbilla y luego lanzó una patada contra la rodilla de su rival. El franco, al ver una ocasión de dar una patada en la cabeza a Zug, había comenzado a pivotar sobre su pierna izquierda, pero Zug fue más rápido y golpeó lateralmente la rodilla del otro en el preciso instante en que soportaba todo su peso y el de su pesada armadura.

El franco cayó al suelo casi encima de Zug. Su codo derecho estaba sobre el brazo izquierdo de Zug y lo inmovilizaba, y su apestoso sobaco estaba casi sobre la cara de Zug. Pero el brazo derecho de este se encontraba libre y protegido por su cuerpo.

Zug se deshizo de la espada del franco y, con un acto muy ensayado, llevó la mano a su espalda y sacó la *tanto* de su vaina.

La movió por delante de su cuerpo en un movimiento corto y rápido que el otro ni llegó a ver y la hundió hacia arriba con toda su fuerza en la axila del franco. Al hacerlo tuvo que reprimir el impulso de apartarse, porque esperaba que brotase un surtidor de sangre de la gran arteria que insuflaba vida al brazo de su rival.

Pero no sucedió nada.

Haakon había recibido muchos golpes dolorosos durante su instrucción y Taran había insistido en enseñarles a golpear al otro en determinados puntos, como detrás del ángulo de la quijada, donde resultaba especialmente desagradable. Pero Haakon nunca había sentido algo tan malo como lo que Zug le había hecho en la axila.

Ya no tenía sujeta el asta de la guja; el golpe de aquello en la axila le había dejado el brazo flojo. Levantó el brazo, más para ver si aún funcionaba que como táctica de combate, y se espantó al ver la hoja de acero plateado en la mano derecha de Zug, apuntando al lugar en que le dolía. La malla de Haakon había detenido un golpe perfectamente dirigido.

Entonces, con demasiado retraso, el entrenamiento volvió a activarse en su interior; agarró la muñeca de Zug con la mano izquierda, cogió la hoja de la daga con la derecha y la movió en todas direcciones. La empuñadura se escapó poco a poco de los dedos de Zug, primero del meñique y luego de los demás, y la daga quedó en la mano de Haakon. La presión de un antebrazo sobre el otro mantenía el brazo derecho de Zug doblado sobre su pecho. Sin haberlo planeado realmente y sin esfuerzo, Haakon se encontró con que tenía la daga en una posición tal que su punta quedaba a unas pulgadas de la garganta de su adversario. Un pequeño movimiento de su mano y todo habría acabado.

Pero no era capaz de matar a aquel hombre. Desde lejos, blandiendo la gran guja, era una cosa; pero ahora estaba tan cerca que podía ver a través de las estrechas ranuras de la máscara de demonio las venas hinchadas en el blanco de los ojos de

Zug.

Se mirase como se mirase, Zug había ganado el duelo. Haakon había estado sobre él blandiendo un arma inmensamente superior, pero ese hombre lo había derribado y le había asestado un golpe perfectamente dirigido que habría debido dejarlo indefenso y desangrándose en el suelo hasta la muerte.

A veces, cuando estaba muy concentrado en un combate dejaba de oír. Más tarde, al concluir, recuperaba el oído. Creyó que estaba en uno de esos momentos, pero podía escuchar la respiración de Zug y el débil tintineo de su cota de malla al moverse.

No era que se hubiera quedado sordo; lo que sucedía era que toda la palestra guardaba absoluto silencio. Se apartó de Zug y se puso de pie con esfuerzo. Con un golpe de talón alejó la *naginata* fuera de su alcance y retrocedió apartándose de su rival yacente.

La máscara de Zug estaba torcida y ya no parecía la cara de un fiero demonio. Los bigotes blancos estaban enredados y sucios, y la boca quedaba hacia un lado, más como la de un borracho lascivo que como las fauces de una fiera.

Súbitamente el público empezó a gritar; fue un torrente de sonido de una fuerza que hizo tambalearse a Haakon. Zug también se encogió, y su máscara se inclinó hacia arriba cuando miró algo detrás y por encima de Haakon.

Haakon se volvió y vio a la entusiasmada multitud como una mancha borrosa; toda la palestra estaba en pie, gritando y aclamando. Hasta que su mirada se detuvo en el pabellón del kan. Onghwe Kan, con su imponente corpulencia envuelta en ropas de color carmesí y oro, estaba de pie al borde de su pabellón con las manos levantadas. Las unió, con el sol arrancando destellos a la multitud de anillos que ocupaban sus dedos, y saludó a Haakon.

Haakon tuvo la presencia de ánimo suficiente para hacer lo mismo. Tocó con la empuñadura de la daga de Zug el frontal de su casco y durante un segundo oyó dentro de su cabeza la voz de Taran. «¡Hazlo! —gritaba su *oplo*—. Puedes conseguir ese lanzamiento». Sus manos se apretaron sobre la empuñadura de la daga.

Onghwe Kan separó las manos con las palmas hacia delante, como si abriera una cortina, y Haakon se dio cuenta con un sobresalto de lo que estaba haciendo. Debajo de él, el velo rojo se movió. Fue retirado por manos invisibles y Haakon tuvo su primer atisbo de lo que había detrás.

El público, que ya hacía ruido suficiente para que lo escucharan desde leguas de distancia, gritó aún más. El pecho de Haakon se quedó paralizado. No podía respirar y cualquier idea de asesinar al kan desapareció de su mente. El mundo parecía ir cada vez más lento. El ruido estridente se convirtió poco a poco en un clamor apagado que martilleaba sus oídos como el lento aire de los tambores militares, y por encima del tronar de la multitud se elevó una sola voz que no paraba.

Zug se había puesto de pie. Su rostro había cambiado y Haakon se dio cuenta vagamente de que se había quitado la máscara. Su cara, aunque más bien suave, no era la de un muchacho. Furioso, con los ojos desorbitados, las mejillas rojas y vomitando sartas de palabras que Haakon no entendía, tenía la cara de un hombre adulto. Haakon se quedó mirándolo durante un momento en que el tiempo se congeló, prestando atención a toda la rabia y la desesperación que podía ver claramente en el rostro de Zug; era una cara que tardaría en olvidar. Se inclinó ante él y luego dio la espalda a su adversario vencido y fue hacia la abertura bajo el pabellón del kan.

Había vencido. El velo rojo se había abierto.

Dietrich observó cómo el caballero de la Hermandad del Escudo desaparecía de la vista. Desde su posición en el lado oeste de la palestra eran visibles el velo y una parte del túnel que había detrás, pero en cuanto el caballero rebasó el velo este volvió a caer y ocultó de la vista de todos lo que ocurría al otro lado.

El público aún lo celebraba y la palestra empezaba a temblar con la vibración rítmica de los golpes que daban con los pies. El clamor de voces comenzaba a apagarse lo suficiente para que Dietrich pudiera hacerse oír por uno de sus compañeros sin tener que gritar; se había vuelto hacia Burchard cuando un penetrante chillido se alzó sobre el ruido general.

Abajo, en la arena del ruedo, el competidor vencido estaba aullando. No llevaba máscara y su indignación iba dirigida contra el pabellón del kan. En lugar de apagarse, el grito cesó abruptamente. El luchador se volvió sobre los talones y se lanzó a por la guja tirada en el suelo.

La puerta este se estaba abriendo y vomitó cuatro soldados mongoles con largas astas especiales: estaban rematadas con bolsas de arena para golpear y empujar. El equipo de dispersión, que salía para separar a luchadores y para empujar al superviviente a su lugar, era una imagen habitual en la palestra, y Dietrich había visto sus largos bastones en acción más de una vez, aunque por lo general se enfrentaban a un luchador armado solo con una espada. El arma de Zug era tan larga como las suyas y estaba afilada.

El primer mongol descubrió lo afilada que estaba la hoja de la guja cuando le separó limpiamente la cabeza de los hombros. El segundo mongol intentó bloquear el giro de la hoja de Zug con su bastón, pero todo lo que consiguió fue desviarla y que en lugar de cortar el cuello le cortara el cráneo en dos. Los dos restantes cayeron de espaldas en un intento de mantenerse fuera del alcance de Zug.

Dietrich miró hacia las murallas que rodeaban la palestra en busca de los arqueros. Estos no perdían de vista al luchador enloquecido del ruedo, y uno disparó una flecha. Zug levantó los brazos haciendo girar el arma entre el arquero y él, y la flecha rebotó en la madera de fresno del asta.

Burchard soltó un gruñido de admiración.

—Mira —dijo señalando hacia el pabellón. Los dos arqueros situados allí tenían flechas preparadas, pero no las disparaban—. El kan no está dispuesto a perder a su campeón.

Los dos arqueros que estaban más lejos oyeron por fin la orden de esperar. La muchedumbre se estaba convirtiendo en un agitado mar de opiniones enfrentadas: unos coreaban el nombre de Zug; otros gritaban pidiendo clemencia; otros hacían lo mismo, pero lo que querían era sangre, la de cualquiera; y una pequeña parte de la gente estaba empezando a estar furiosa. Por debajo de los livonios y cerca del muro, se inició una pelea y un cuerpo salió despedido de la vociferante masa por encima de la barrera.

El cuerpo (uno del norte, a juzgar por su cabello claro) cayó inerte sobre la arena. Tenía sangre en la cara. Sus miembros se agitaron; aún estaba vivo, pero sin sentido a causa del golpe que lo había enviado a la arena. Lo que sucedió a continuación no ocurrió por su culpa, pero fue él quien abrió la compuerta.

Dos mongoles saltaron al ruedo, y mientras uno se inclinaba sobre el norteño para liquidarlo, el otro cruzó el ruedo en busca de la espada que había abandonado el caballero.

Tras espantar a los dos guardias que quedaban hasta la puerta este (que se había cerrado tras ellos en cuanto Zug atacó al primero y que no se abriría por mucho que rogaran a los que estaban al otro lado), Zug cargó hacia el centro de la palestra, su guja alcanzó en la espalda al mongol que corría y prácticamente le separó las piernas del tronco.

Desde varios lugares saltaron más cuerpos al ruedo, y Dietrich advirtió que no todos eran mongoles. Los arqueros empezaron a disparar. El público, que ya no lanzaba gritos de «¡Zug! ¡Zug!», ahora respondía con miedo e ira. Empezaron a arrojar sus propios proyectiles, sobre todo piedras, y algunos estaban dirigidos contra los hombres del ruedo, pero muchos iban contra los arqueros y los ocupantes del pabellón. Los arqueros respondieron dirigiendo su atención hacia la masa apiñada a su alrededor y disparando contra ella.

Sigebert tiró del brazo de Dietrich, una señal clara de que era hora de marcharse. Un poco renuente, Dietrich permitió que lo sacaran del caos del público alborotado.

—Fascinante —murmuró mientras Sigebert se abría camino a empujones despejando un pasillo hacia las escaleras que había tras las gradas. Una idea estaba empezando a tomar forma, una respuesta a sus oraciones nocturnas en las que pedía inspiración a Dios.

Con toda su fanfarronería y su superioridad militar, los mongoles no dejaban de ser hombres. Hombres que estaban lejos de su casa ocupando una tierra extraña. Aquellos hombres (los guerreros que hacían el trabajo sucio para el kan) estaban

empezando a perder su ventaja. El ejército se estaba cansando, y un ejército cansado se asusta con mayor facilidad.

«Sí —pensó—, y los hombres asustados atacan a las cosas que temen». Dietrich visualizó en su mente la bandera de la Ordo Militum Vindicis Intactae ondeando al viento sobre el monasterio en ruinas y sonrió.



EL LEGADO DE MI PADRE

Lian encontró a Gansuj en el jardín, desnudo de cintura para arriba y con un pantalón ligero, practicando con la espada contra un desventurado árbol. Era algo que no estaba permitido en el jardín del *kagan*, pero Lian advirtió la furia del joven en cuanto oyó el sonido del metal contra la corteza. Los jardineros eran tan sensibles como ella y no había muchos por ese rincón del jardín. Por todo el suelo había hojas y ramas cortadas, y con cada rápido tajo de la espada caían más. Paró cuando la vio acercarse, apoyó la punta de su espada sobre la hierba recortada y descansó en ella, jadeante y sudoroso.

—He oído... historias... a algunos criados —dijo ella.

Gansuj gruñó sin articular palabras y se volvió hacia el árbol con la intención de que su actitud descortés fuera interpretada como una despedida.

—Oí que era una mujer —continuó ella.

Él se quedó inmóvil, con la espada en la mano.

—¿Te han contado lo que le sucedió? —preguntó.

Ella dijo que no con la cabeza y se acercó unos pasos. Casi podía tocarle la espalda desnuda.

—No —respondió, faltando un poco a la verdad. Los criados no estaban muy dispuestos a hablar con claridad de lo sucedido en el salón del trono, y eso dejaba bastante claro qué había sucedido.

En una explosión de furia, clavó la espada en el corazón del árbol. Su arrebato sobresaltó a Lian y la hizo saltar hacia atrás como un animal asustado.

—¿Qué hago aquí? —preguntó volviéndose rápidamente hacia ella. Su semblante estaba distorsionado por la ira y la confusión.

Lian escogió sus palabras con cuidado.

—Fuiste enviado por el hermano del *kagan* para ayudar al imperio.

—¿Cómo? —preguntó Gansuj—. ¿Convirtiéndome en un perro faldero de la corte del *kagan*? ¿Se supone que debo ser más parecido a... a él?

—¿A Munojoi? —Lian lo negó—. No. No os pareéis en absoluto.

Gansuj desclavó la espada del árbol y, un poco arrepentido, recorrió el filo con los dedos buscando mellas.

—Entonces, ¿qué soy? —dijo en voz baja—. Chucai me amonesta porque soy un cazador. ¿Se supone que tengo que dejar a un lado todo lo que he hecho y lo que he

aprendido para poder ser más del gusto del *kagan*? ¿Cómo ayuda eso al imperio?

Lian se acercó y apoyó una mano en su hombro desnudo. Gansuj casi se estremeció al sentir que lo tocaba, como si hubiera estado esperando que ella lo atacara. Lian notó sus músculos tensos y su piel caliente bajo su mano. Gansuj acabó de inspeccionar su espada.

—Si el *kagan* es sabio y lo ve todo, ¿por qué no ve a Munojoi como el perro asesino de ovejas que es? —preguntó él—. Y el maestro Chucai. Él enseñó muchas cosas al padre del *kagan*, y el *kagan* no... —Gansuj se calló abruptamente, y cuando volvió a levantar la vista hacia Lian, no fue capaz de sostener su mirada. Ella tuvo la impresión de que le ocultaba algo.

—¿Qué? —preguntó intentando que se lo contara.

Gansuj sacudió la cabeza y ella no insistió más. La confianza entre ellos era aún muy endeble. No podía permitirse perderla. No en ese momento...

—Todo es un error. —Gansuj describió un arco con la mano hacia el palacio—. Me enviaron aquí para ayudar al *kagan* a encontrar su fuerza, pero aquí nadie piensa que le falte. En lugar de ser un guerrero fuerte, intentan enseñarme a hacer reverencias y a arrastrarme boca abajo para divertirlo. Cuando se descubre una amenaza contra él, simplemente se oculta como si nunca hubiera existido. Todo este palacio es una ilusión, y yo soy el único que puede ver lo que de verdad es. ¿Qué puedo hacer?

Ella bajó la mano por su brazo, se acercó más y le cogió su mano con fuerza. Cuando él la miró, cuando apretó su mano, Lian hizo un gran esfuerzo por evitar que alguna emoción aflorara a su rostro, por contener el rubor que quería subir a sus mejillas. «Tan perdido —pensó—, tan sincero, pero sin saber qué camino tomar».

—Lo que tú sabes es correcto —se oyó decir a sí misma, y se sorprendió en silencio al darse cuenta de que lo decía muy en serio.

Para cuando Gansuj consiguió que le dejaran acceder a los aposentos privados del *kagan*, el sol había recorrido todo el cielo y empezaba a ocultarse tras las montañas. Había pasado el día persiguiendo a todos los consejeros del *kagan* (con excepción del maestro Chucai, con quien tuvo cuidado de no encontrarse) e incluso había acudido a varios *torguud noyon* antes de que, por fin, una de sus esposas, Muja, accediera a interceder por él ante el *kagan*. Ella le confió que estaba de un humor «muy negro», algo que Gansuj interpretó como un eufemismo de «está bebiendo sin parar». Al aproximarse a la entrada de la sala de estar del *kagan* notó que los faroles del pasillo despedían un aroma de naranja, y no de sebo de vaca rancio como en el resto del palacio.

«Un toque femenino», pensó mientras recordaba la sensación de las manos de Lian sobre su cuerpo al comienzo del día.

Los guardias vestidos de negro que estaban a la puerta del *kagan* hicieron una inclinación de cabeza sonriendo con los labios apretados, una señal de que habían sido avisados de su llegada, pero a la vez le dirigieron una mirada que decía: «Mejor tú que nosotros». Cerraron rápidamente la puerta tras Gansuj por si intentaba cambiar de idea.

La habitación era larga y oscura, solo iluminada por unos pocos faroles. La mayor parte de la luz procedía del balcón, donde estaba Ogodei Kan, una silueta de anchas espaldas recortada contra el cielo del anochecer. El viento de la noche (el último aliento del sol que se desvanece) recorría la habitación agitando las cortinas de seda y haciendo bailar las llamas de los faroles. El cielo índigo estaba atravesado por franjas de nubes rojas llameantes, y cuando Gansuj se acercó pudo ver el definido perfil de las montañas en el horizonte, con sus cimas perfiladas por el fuego anaranjado. Pronto se extinguiría también esa luz y el mundo volvería a sumirse en la oscuridad.

Gansuj intentó no pensar en el curso que habían tomado los acontecimientos solo un día antes. Hincó una rodilla en tierra y carraspeó.

—Oh, kan de kanes, señor del mundo, mucho ha que yo..., yo he... —Ese lenguaje florido no le salía con naturalidad, pero se esforzó en mostrar el debido respeto al *kagan* antes de embarcarse en todas las preguntas que tenía. «Un humor muy negro», pensó, y su voz se quebró.

Ogodei se volvió en el balcón. Tenía una copa en la mano y entró en la habitación con paso inestable.

—Ah, joven poni —dijo con voz estentórea—. Me has estado buscando.

Gansuj asintió.

—Necesito un poco de... orientación.

—Levántate y acércate, pues. —El *kagan* bebió un trago de su copa—. No necesito una estatua. —Hizo una seña con la mano hacia el balcón abierto—. Ya tengo una ahí abajo. ¿La has visto?

Así era. Era difícil no verla. En especial cuando de sus caños manaba vino, leche con miel y el Lobo Azul sabría qué más cosas. Se levantó llevándose una mano a la faja, donde había escondido la cajita lacada.

—La mujer que intentó entrar en el palacio la noche pasada —comenzó—. ¿Sabéis qué buscaba? —«¿Presenciaste su tortura?» era la pregunta que no era capaz de formular.

La cara del *kagan* se mantuvo inexpresiva, sin dar a Gansuj indicios de captar lo que había implícito en su pregunta.

—Secretos —contestó con la lengua algo floja—. Chucai dijo que era una espía que recogía información. Huyó antes de poder enterarse de algo útil.

Gansuj tragó saliva y obligó a su estómago a estarse quieto.

—¿Os lo dijo ella o el maestro Chucai? —preguntó, aún incapaz de hablar con

claridad.

Ogodei bebió de su copa mientras se aproximaba a Gansuj y miró fijamente a la cara al joven.

—Fue el maestro Chucai —respondió.

Gansuj notó que le temblaban las rodillas; un súbito terror que chocó con una injustificada alegría en sus entrañas.

—No estabais allí —susurró.

Ogodei se inclinó hacia Gansuj y apoyó un dedo en sus labios flojos. Su aliento apestaba a vino agrio.

—Shhh —dijo—. Raramente estoy donde se supone que estoy, y eso es un secreto. —De repente se echó a reír salpicando de salivazos la cara de Gansuj—. Conozco muchos secretos, joven poni. —Dio una palmada en el hombro de Gansuj—. ¿Es lo que necesitas saber? ¿Está preocupado Chagatai con que me convierta en un borracho tan perdido que mis labios ya no puedan estar sellados? ¿Que alguno de mis enemigos envíe a alguien para robarlos mientras duermo?

—No —respondió Gansuj, nervioso por el súbito cambio de humor de Ogodei—. Es el maestro Chucai...

—Chucai. —Ogodei escupió el nombre como si fuera algo que se le hubiera pegado a la garganta—. Es un viejo pastor de cabras que piensa que las montañas están llenas de lobos. —Se irguió en toda su estatura y sacó pecho. Una parte del líquido de su copa se derramó y oscureció su manga ya manchada—. No soy una cabra.

—No —respondió Gansuj—. Por supuesto que no.

Algo llamó la atención de Ogodei e hizo una seña a Gansuj para que lo siguiera. Salió tambaleándose al balcón y señaló la gran bandera de guerra izada en el borde del balcón. Era una lanza gigante, excesivamente larga para ser manejada con facilidad encima de un caballo; bajo la hoja de acero colgaban densas matas de crin negra, las colas de toda una manada, que se agitaban y enroscaban con el abrazo del viento nocturno.

—La bandera del Gran Espíritu de Gengis Kan —dijo Ogodei—. ¿Conoces la historia, joven poni? El espíritu de mi padre aún vive en el interior de esa asta y se asegura de que su imperio se extienda hasta cubrir todas las tierras.

Gansuj asintió.

—He oído la historia.

—No es más que una historia —masculló Ogodei. Se apoyó en Gansuj, que se tambaleó intentando sostener la súbita carga del *kagan*—. Es una superstición —dijo Ogodei entre dientes—. Hay un secreto... —Se quedó abstraído mirando su copa. Cuando bebió, una parte del vino resbaló por su barbilla—. Es más vieja que mi padre —continuó Ogodei, ajeno al vino que le goteaba de la cara—. Él no la hizo. Se

la dieron mucho antes de que se convirtiera en *kagan*. Nunca me dijo dónde... — Ogodei se quedó mirando la bandera durante un rato antes de proseguir.

»Pero me enseñó a escucharla. Me enseñó a ver cosas en la manera en que se mueven las crines. Es más que una bandera... Puedo mirarla y me hablará de batallas que nunca he visto, de batallas que no han tenido lugar e incluso de algunas que sé que nunca se librarán. Puedo poner mis manos sobre las crines de un millar de caballos y sentir el ritmo de su movimiento. Cómo atacar, cómo fintar, cómo retirarse... Siento cómo se puede ganar cada batalla.

Gansuj miró la bandera intentando ver lo que veía el *kagan*, pero no vio nada más que crines negras desvaneciéndose en la negrura de la noche entrante.

—Mi kan, con todo el debido respeto, estáis bebido.

La atención de Ogodei se desplazó rápidamente al rostro de Gansuj y después a la copa que tenía en la mano. Bebió con ansiedad, como si hubiera respuestas que pudiera encontrar en sus posos. Sus ojos estaban aún más vidriosos cuando bajó la copa y se quedó mirando al horizonte sin ver nada, ni siquiera que el sol se había retirado y había caído la noche.

—No lo entiendes, poni —dijo—. Soy *kagan* y hago lo que quiero. Y el imperio depende de eso. El imperio de mi padre. Tengo que seguir adelante. Por la memoria de aquellos que se sacrificaron. Por la memoria de Tolui. —En las comisuras de los ojos de Ogodei comenzaron a aflorar las lágrimas—. No lo entiendes —gritó de repente el *kagan* apartando a Gansuj de un empujón. También le tiró la copa y Gansuj se agachó y la dejó pasar hacia el fondo de la habitación—. Ninguno de vosotros me entiende. Ni Chucai ni Chagatai ni tampoco ninguno de mis generales. Ninguno de vosotros entiende lo que de verdad importa. Todos queréis decirme lo que debo hacer, pero no lo sabéis. ¡No sabéis qué hacer!

Gansuj retrocedió con las manos hacia el frente.

—Mi kan, estoy... —comenzó, pero lo interrumpió un terrible alarido procedente de Ogodei. Miró con un sobresalto cómo el *kagan* arrancaba del balcón un remate decorativo y lo arrojaba hacia la noche. Cuando el *kagan* se volvió hacia él, Gansuj se retiró velozmente, pero aquel solo estaba interesado en los muebles y los jarrones de su sala.

Gansuj continuó su retirada hacia la puerta, asombrado por el cambio experimentado por Ogodei Kan. Ya no era la cabeza del Imperio mongol; se había convertido en un gigantesco niño en mitad de una espantosa pataleta. Lanzaba los jarrones de un extremo a otro de la habitación. Levantaba los muebles y los estampaba contra el suelo, y cuando no podía levantarlos con facilidad la emprendía a patadas y puñetazos con ellos. Y grandes sollozos estremecían su cuerpo todo el tiempo.

La puerta se abrió y Gansuj, invadido por la vergüenza y la repugnancia, se

escabulló de la habitación. Los guardias cerraron la puerta tras él sin dejar de mirar al frente, y su postura decía con bastante claridad que nunca reconocerían haber oído aquellos sonidos al otro lado de la puerta. Lo que sucediera a sus espaldas era un secreto que jamás iban a revelar.

La mano de Gansuj se introdujo en su *deel* y tocó el pequeño secreto lacado que llevaba ahí. La voz de Ogodei lo perseguía mientras se alejaba de la sala privada del *kagan*, un eco que se hacía cada vez más fuerte dentro de su cabeza a medida que el sonido real se iba desvaneciendo: «Ninguno de vosotros entiende lo que de verdad importa».



LA MUERTE DE UN AMIGO

Un mensajero no mata; una unificadora no arrebató una vida. Pero había sangre en sus manos y en el cuchillo.

—¿Necesitas ayuda?

Cnán oyó la voz de Raphael en la lejanía, y durante un momento creyó que la pregunta iba dirigida a ella, pero cuando levantó la cabeza para responder vio que hablaba con Percival.

—Lo crié desde que era un potro —dijo Percival. Su rostro era como una máscara; sus labios apenas se movían cuando hablaba—. Lo haré solo. Ayuda a los otros a atender a Taran. —El solemne caballero se volvió y se adentró en el bosque siguiendo un rastro de sangre y hierba aplastada.

El silencio del campo y el bosque se cerró alrededor de Cnán. Su cuchillo aún goteaba sangre sobre la tierra y la hierba pisoteadas. Se quedó mirando, sin verlos, los árboles del límite del bosque con su belleza extrañamente plácida. El persistente humo de Yasper daba un toque mágico y fantasmal a la visión. La daga que tenía en las manos le resultaba ligera como el aire y eso no le pareció correcto. Quería deshacerse de ella, pero al mismo tiempo no era capaz de tirarla.

Habían envuelto a Taran en una capa y lo habían llevado al campamento para cavar allí una tumba. El holandés vagaba por el campo apagando las llamas, y el humo que quedaba se movía en remolinos a su alrededor. Ella pasó por encima del cuerpo del mongol, caído boca abajo sobre la tierra en la misma posición que Taran. Reprimió un estremecimiento y continuó, sintiendo como si estuviera a punto de ponerse muy enferma.

¿Hasta dónde había caído permitiéndose llegar allí y utilizar aquel instrumento, un instrumento de muerte, para aquello a lo que estaba destinado? Limpió la hoja con un puñado de hojas secas mientras poco a poco se iba disipando su impresión, como si sintiera volver la sensibilidad a un miembro dormido y, con ella, el principio del hormigueo de la conciencia que vuelve. No era lo que quería sentir.

Dio otro paso con la intención de alejarse de la compañía y ser ella misma. Sus pies asumieron el control. Mientras caminaba oyó una discusión a su espalda: un grito de Roger, la respuesta de Feronantus... Las palabras eran vacías y distantes, intrusiones en un sueño espantoso. ¿Era ese el castigo por lo que había hecho?

Llegó hasta ella un sonido extraño y triste que se introdujo en su mente y tiraba

de ella en la dirección en que se estaba moviendo. Las hierbas altas le rozaban las piernas. Se detuvo en el borde del amplio claro por donde habían irrumpido los mongoles hacía solo un momento y su atención volvió con una terrible sacudida cuando se dio cuenta de que no había estado vagando erráticamente, sino siguiendo las huellas de otro por el campo y luego hacia el bosque.

Cnán se quedó inmóvil mirando cómo Percival se arrodillaba junto a su caballo. Obedeciendo algún instinto que le había dicho que buscarse refugio, el caballo había llegado renqueando hasta la protección de los árboles y luego se había desplomado.

El cuerpo del caballero estaba bajo los rayos de sol que se colaban por las copas de los árboles, malla sobre músculos moviéndose con una suavidad deliberada absolutamente discordante con sus violentos movimientos de poco antes. Cnán volvió a oír el sonido entrecortado que la había sacado de su malestar: los profundos estertores del caballo de Percival, herido de muerte.

Su propio aliento pareció fusionarse con el lento jadeo del gran caballo tumbado entre los helechos. Se le hizo un nudo en el estómago y otro en la garganta cuando Percival se quitó el guante de malla y pasó su mano encallecida por el cuello tenso del animal. De su flanco sobresalía una flecha. El caballo soltó un quejido más fuerte y su pecho se hinchó. Percival permaneció alejado unos pasos mientras el caballo se retorció y se debatía agónicamente.

En su corta vida había asistido con frecuencia a la muerte de hombres y caballos, había absorbido todo el horror de la imagen y había continuado; pero esto era diferente. Allí y en ese momento, la visión la dejó clavada, congelada; de repente no podía ni quería moverse de donde se había medio escondido, agachada entre los helechos que crecían en los márgenes del bosque.

Mientras Percival trataba de calmar al animal que lo había transportado a lo largo de millas y millas, a ella le pareció que estaba viendo sufrir y morir a una parte esencial de aquel hombre grande y noble.

«¿Qué clase de mundo es este —pensó— que produce un hombre así? Una persona que puede llamar a la violencia como a un perro obediente y luego hacerla marchar enfundando una espada».

Para ella la violencia había sido inmediata, totalmente repentina y desesperada. ¿Sería igual para Percival cada vez que desenvainaba la espada? ¿Sentía él la misma impresión que ella? Si no era así, ¡qué fácil era arrastrar a una persona a una vida en la que el perro de la violencia se convertía en un lobo enloquecido, que tira de sus cadenas dispuesto a salir lo quiera o no su dueño!

Pero ahora él tenía una rodilla en tierra, como rezando, y vio en ese momento que no era solo el caballo quien sacaba a la luz su sufrimiento mudo.

En la garganta de Cnán se hizo un nudo y sus ojos se humedecieron. Estaba temblando. Esta conclusión, el horror y la conmoción era lo que soportaba Percival,

lo que soportaban todos ellos cada vez que eran llamados al combate.

Súbitamente, la voz de Percival emergió de su gris pesadumbre dirigiéndose a su caballo.

—Te he exigido mucho, *Tonnerre*. Has recorrido millas y soportado penalidades, muchas de las cuales me correspondían. Siempre fuiste leal, paciente y amable. Un hombre en su juicio no podría exigir ni una pequeña parte de lo que tú has dado.

La cola del caballo dio una sacudida, como a modo de respuesta. Cnán vio que levantaba la cabeza y captó una mirada de triste comprensión en sus ojos oscuros. Había dolor, pero también un residuo de inquisitiva inocencia que hizo volver al corazón de Cnán las palabras de Feronantus. Todas sus fieles monturas: comida y cargas, sufrimiento y muerte, por el bien de los hombres que los criaban, los adiestraban y los montaban.

—Has viajado muy lejos y nos has servido maravillosamente —continuó Percival con voz casi inaudible. Se acercó a la gran cabeza y se reclinó sobre ella, cogió con suavidad una oreja y la acercó a sus labios—. No puedo quitarte el dolor ni pedirte que vuelvas a correr, así que no te dejaré aquí sufriendo, *Tonnerre*.

Mientras Cnán observaba, el caballero desenvainó su daga con la renuencia de un hombre que preferiría cortarse la mano a hacer lo que estaba a punto de hacer. La imagen de Percival se emborronó y Cnán notó el calor de las lágrimas resbalando por sus mejillas. Su cuchillo, por desesperación; el de Percival, por piedad.

—Tu partida nos debilita —dijo Percival con la voz quebrada.

Dos compañeros perdidos, uno a manos del enemigo y otro al que él debía liberar ahora. Cnán también había visto ese rito muchas veces a lo largo de los años y de las millas. Animales tan malheridos que era una cuestión de piedad acabar con ellos en lugar de dejarlos sufrir y morir lentamente.

Pero nunca había sido así. La verdad de todo ello estaba impresa en la manera en que él sostenía la daga y en el temblor de su voz, siempre calmada. Cnán se volvió y apretó los ojos. No podía soportar verlo.

Hubo un golpeteo espasmódico de cascos, una breve y violenta ráfaga de temblores y luego la quietud.

El temblor y el jadeo del mongol que había matado aparecieron ante los ojos cerrados de Cnán. Apretó los dientes. Cuando se obligó a mirar otra vez, encontró a Percival de pie al lado del animal inmóvil; se volvió lentamente hacia ella.

En las sombras del bosque que había más allá también vio a Raphael, con los brazos cruzados, mirando con esa expresión analítica que en ocasiones le resultaba tan irritante. ¿Cómo podía el médico no estar conmovido?

Pero Percival solo vio a Cnán. Abrió la boca para hablar. Sus mejillas estaban surcadas por las lágrimas. Pero no pronunció palabra alguna. Se estremeció. Despacio, su cuerpo giró hacia un lado hasta quedar de perfil a Cnán y su mirada se

alzó hasta que sus ojos quedaron en blanco. Cayó de rodillas y su barbilla le tocó el pecho. Podría haber estado dormido, pero su cabeza se movía despacio de un lado a otro como si estuviera escuchando alguna música secreta. Entonces, de manera increíble, sonrió como ante la aparición de un amigo que llevara largo tiempo ausente. Levantó los ojos hacia las ramas y el cielo que había sobre su cabeza y estiró ambos brazos, con las palmas hacia arriba como si estuviera recibiendo una lluvia tibia. Cnán vio cómo el cuerpo del caballero se aflojaba desde la anterior rigidez de la aflicción, y luego tenía un espasmo, dos, en alguna clase de paroxismo interior.

Comenzó a murmurar en latín y Cnán se esforzó por distinguir las palabras.

—*Ego audio Domine. Animus humilis igitur sub potentia manu Dei est. Mundus sum ego, et absque delicto immaculatus. Verbum vester in me caro et ferrum erit.*

¡Ese resplandor en su rostro era imposible en el bosque con la luz de la mañana! Miraba a su alrededor sin ver las cosas de este mundo, radiante como un niño pequeño, y la luz de su semblante parecía atravesar el bosque.

«Luz sin sombras».

Reprimiendo un grito, Cnán huyó. Sus pies la llevaron lejos de los helechos, a campo abierto, con el asombro, la culpa y el recuerdo pisándole los talones. A veinte pasos se paró, con los hombros rígidos como la roca, y luego no pudo evitarlo: se giró y miró hacia atrás.

Percival no se había movido. Raphael, que también había asistido a ese momento, se iba (no hacia Percival) con una expresión de perplejidad en su rostro oscurecido por el sol.

Cnán volvió a correr, pasó por la ratonera del seto y llegó al gran campo del otro lado, donde podía tener un poco de espacio privado. El viejo árbol moribundo al que había trepado antes no estaba lejos. Corrió hasta él, fue al lado opuesto, donde nadie podría verla, y se desplomó temblando entre el laberinto de raíces de su base. Apretando los dedos contra la antiquísima corteza, lloró hasta que le dolió todo el cuerpo por el sufrimiento, la pena y, en medio de la pena, la inesperada e increíble belleza de la iluminación de Percival.

Un poco más tarde, con el pecho aún oprimido y las mejillas tirantes por las lágrimas secas, volvió al campamento. Las voces de los Hermanos del Escudo, ahora menos fantasmales, parecían viajar de árbol en árbol por el bosque hasta que Cnán los vio. El humo de Yasper se había disipado hacía mucho y el aire estaba limpio. Después de la batalla, el silencio había dado paso a la ira. Ahora la Hermandad del Escudo estaba en desacuerdo y el antiguo campo de batalla resonaba con la discusión.

—¡Roger, basta! —El grito se elevó por encima de todos en el momento en que el campamento aparecía otra vez ante su vista. Raphael se había interpuesto entre el normando e Istvan. El primero sostenía un hacha y una espada.

—Apártate —dijo Roger—. Por él vamos a morir todos, uno por uno. No merece tu protección, y mucho menos tu fe.

—No somos bárbaros —respondió Raphael con severidad— para matar a uno de los nuestros cuando el enemigo sigue cerca. Bajad vuestras armas. Por el bien de Dios y de todos nosotros, sed razonables.

—¿Razonables? —se burló Roger—. Taran está muerto, y ese hombre —dijo levantando la espada hacia el húngaro— es tan bueno como para haber atraído hasta nosotros a todos los mongoles que lo mataron. Es una locura mantenerlos a él y a su locura en la compañía; el buen juicio exige acabar con él antes de que consiga que nos maten a todos. Sería un acto de piedad con él, ¡y con todos nosotros!

—Basta —ordenó Feronantus levantándose de donde yacía Taran. Illarion estaba sentado al otro lado del cuerpo y ambos habían estado hablando en voz baja. Cuando Cnán se acercó vio que el jefe de la hermandad mostraba una expresión entre el duelo y la firme determinación. Había en ella un rigor tranquilo que no toleraría más disputas—. Su locura ha costado una vida; no dejemos que cueste más. Levantemos el campamento y reunamos los caballos sueltos que hemos encontrado; saldremos en cuanto hayamos acabado de dar descanso a Taran como es debido.

Roger, con las armas preparadas, no se movió. La mano de Istvan descansaba sobre la empuñadura de su sable y sus ojos estaban fijos en los del normando con una mirada dura que delataba una buena disposición para seguir con la violencia, incluso para disfrutar con ella.

La sangre y el polvo habían formado una costra negra en la barba del húngaro. Parecía más un demonio que un hombre.

Raphael permaneció entre ellos con los ojos fijos en los de Roger. Los otros esperaban sin atreverse a respirar, porque ninguno quería hacer el movimiento que diera pie a su hermano para la venganza.

Roger fue el primero en cambiar de actitud.

—Que así sea, pues —dijo bajando la espada y el hacha. Hizo media reverencia y retrocedió un paso trasladando su atención a Feronantus—. Guárdate esto en tu cabeza, Feronantus. Que Dios y la Virgen nos amparen a todos si no podemos controlar a este..., este... —Volvió a mirar a Istvan—. Este perro loco. No es nada para mí, ni un compañero ni un guerrero. Es un carnicero poseído por el demonio y no quiero saber más de él. Debería ser atado a un árbol y abandonado a los mongoles.

Istvan recibió el exabrupto con una cortés inclinación de cabeza, sin perder seguridad e irritando con su arrogancia a todos cuantos lo rodeaban, con excepción de Feronantus.

Asqueado, Roger dio media vuelta y se alejó. El grupo se relajó lentamente, todos se encogieron de hombros y se pusieron a levantar el campamento. Solo Istvan pareció advertir la llegada de Cnán, aunque ella levantó un hombro para evitar su

mirada. Un hombre acosado por el demonio, maldito por sus camaradas, y aun así desafiante y orgulloso. Ella no conseguía entender con claridad nada acerca de Feronantus y sus intenciones.

Cuando volvió Percival acometieron el paso final de enterrar a su camarada en tierra extraña. Juntos, dos a cada lado, cogieron la capa de Taran, lo trasladaron algunos pasos y lo bajaron a la fosa recién cavada; luego lo envolvieron con la capa para protegerlo de la tierra.

Despacio y en silencio, los camaradas del *oplo* se reunieron alrededor de la tumba con la mirada baja. Feronantus pronunció un panegírico sencillo. Cnán entendió bastante bien las palabras en latín antiguo. Estaba un poco familiarizada con las maneras en que los cristianos enterraban y bendecían a sus muertos. Sabía que enterraban sus cuerpos intactos en la creencia de que su Dios, en el día del Juicio Final, los haría levantarse, y aquel cuyo cuerpo hubiera sido destruido no tendría nave en que volver. Era una costumbre extraña para ella, y no menos por acabar de asistir a la ceremonia, muy diferente de los entierros que había visto en Oriente. Pero la verdad era que, para ella, una forma de negar la irreversibilidad de la muerte era tan rara y sin sentido como la otra.

El discurso de Feronantus fue breve, pero cada una de sus palabras estuvo impregnada de un ardiente afecto y un gran sentimiento de pérdida.

—Que Dios te acoja, Taran, *oplo* de muchos y el mejor de nosotros. Tal vez el mundo no te recuerde, pero nosotros nunca te olvidaremos.

Entonces empezó a hablar en una lengua diferente, que ella había oído pocas veces antes y nunca durante mucho rato. En voz baja, pero firme, declamó rítmicamente en la lengua de los hombres del norte que habían dado su nombre a la fortaleza de la roca. Cnán no sabía qué estaban cantando, pero pronto los demás se unieron a su superior. Algo en el ritmo y en las duras palabras guturales del cántico le hizo deducir que aquello era también un rito muy muy viejo, quizá más viejo que la propia cristiandad; un rito que nunca aprobaría la Iglesia a la que ellos supuestamente servían.

Cuando acabó el cántico, todos tenían lágrimas en los ojos, y uno tras otro se arrodillaron y cada uno arrojó un puñado de tierra a la fosa.

Entonces le sorprendió el verdadero significado de la palabra que empleaban para referirse a él: *oplo*. Taran había sido su amigo, pero para algunos había sido algo más: su maestro, su confidente, su tutor tranquilo y paciente. En su actitud ante la tumba y en la forma en que se dejaban invadir por la pérdida vio los primeros signos de duda. Uno de sus mejores guerreros había caído. Ningún manto de confianza podría ocultar la cruda verdad de que todos se enfrentaban al mismo destino; si no en este viaje, en algún otro. Millas de penalidades y esfuerzos, y al final nada más que un desigual hoyo en el suelo. Cualquier oración fúnebre que se cantara sería entonada cada vez

por menos voces.

Cnán observó cómo Feronantus cogía en silencio la espada marcada por los combates de Taran, desataba la vaina del caballo del hombre caído y la ataba a su propia silla, sosteniendo la empuñadura con los ojos cerrados mientras susurraba una plegaria.

Los demás acabaron de cubrir la fosa y apilaron unas piedras sobre ella; luego clavaron en el centro un palo que cortaron, suficientemente largo para servir de garrote. El palo se alzaba sobre el suelo ya con aspecto de ser muy viejo, como la manifestación de su duelo eterno.

Cnán se acordó de las palabras que Percival había susurrado a *Tonnerre*. Hasta ese momento los miembros del grupo no habían empezado a interiorizar que, en aquel viaje, todos eran prescindibles; no eran diferentes de los caballos.

—Necesito un trago —dijo Yasper llevando su caballo al lado del de Raphael.

Llevaban varias horas cabalgando, dirigiéndose más hacia el sur que hacia el este según la estimación de Raphael, y todos en el grupo habían estado perdidos en sus propios pensamientos. Raphael se había dedicado a pensar en el asedio de Córdoba, recordando a aquellos (fueran moros o cristianos) que él contaba entre sus amigos, y le alegró que el holandés lo interrumpiera. La ristra de pérdidas que siempre se arrastraba tras la batalla era una herida perpetua que sufrían los supervivientes.

—Un trago, dices —contestó mirando a Yasper con suspicacia—. Sospecho que no estás pidiendo permiso para beber, sino indagando si nos uniríamos a ti.

Yasper asintió con un continuo parpadeo. Su pelo estaba aún impregnado del humo de sus botes de humo y Raphael notó el olor acre de sus reactivos alquímicos. Si no resultaba evidente por la multitud de frascos y bolsas, y por los picos retorcidos y bocas estrechas de otros misteriosos recipientes que asomaban de sus abultadas alforjas, el penetrante olor que rodeaba al sonriente holandés era un claro indicio de cuál era su oficio.

—Por supuesto, Raphael. Tú y yo hemos viajado juntos lo suficiente para que conozcas bien mis preferencias. —Lanzó un objeto redondeado a Raphael.

Era un pellejo, y Raphael observó que entre la colección de utensilios y productos con que cargaba la montura de Yasper había varios más, todos colgados de un cordón con una ingeniosa atadura, idéntica a la del que ahora tenía en la mano. El pellejo (de piel de caballo por el tacto) era oblongo, estrecho en la boca, muy parecido a sus pellejos para el agua, y cuando Raphael se lo llevó a los labios el olor del líquido que contenía le agredió el olfato.

—Esto está podrido —comentó.

—De eso se trata, creo —dijo Yasper con una risita. Hizo un gesto con las manos para indicar a Raphael que debía beber.

Dubitativo, Raphael volvió a intentarlo con la esperanza de que el sabor no fuera tan repugnante como el olor. El líquido era más denso de lo que esperaba, pero no desagradable, y sabía a...

—Almendras —observó—. ¿De dónde lo has sacado?

—De los mongoles. Cada uno llevaba un pellejo, además de... —Yasper se estremeció.

—¿Qué?

—Bajo sus sillas. —Yasper hizo una mueca e indicó a Raphael que debía beber o devolvérselo—. Carne envuelta en trapos empapados de aceite.

—¿Cruda?

Yasper dio un buen trago del pellejo y asintió mientras se secaba los labios.

—Era —dijo, y Raphael reconoció en su voz un tono de admiración mezclada con el asco— la carne más tierna que he visto. Pero... —Volvió a pasar el pellejo a Raphael.

—No tenemos tanta hambre —dijo este. Volvió a probar la bebida y notó un cosquilleo en el fondo de la garganta al tragar.

—Todavía no —admitió Yasper. Se inclinó hacia Raphael bajando la voz—. Pero esto —añadió señalando el pellejo—, esto es bastante bueno. Aunque, en mi opinión, no es suficientemente fuerte.

—¿Puedes fortificarlo? —preguntó Raphael.

—Es probable, pero necesitaré ayuda. Y algunos suministros.

Raphael miró a Istvan, que cabalgaba por delante y a la derecha del grupo principal. Suficientemente lejos para quedar fuera del alcance de una conversación normal, pero lo bastante cerca para que todos fueran conscientes de su presencia.

—Ya hay un miembro de nuestra compañía que va por su cuenta en busca de suministros. No creo que se tolerara otro.

Yasper soltó un bufido.

—Nada tan ilícito como lo que él busca. Puedo encontrar lo que necesito en cualquier poblado razonablemente grande. En el caso de que pasemos cerca de uno.

—No sé si debo darte esperanzas a ese respecto, amigo. Estamos lejos de cualquier poblado que yo pueda llamar amistoso.

Yasper cogió el pellejo que el otro le ofrecía.

—Estoy de acuerdo, y pensando en ello he empezado a preguntarme por este viaje que estamos haciendo.

—¿Has empezado? —replicó Raphael.

Yasper torció los labios.

—Si, como dices, estamos lejos de los territorios amistosos, y, como yo estimo, solo hemos recorrido una pequeña parte de la distancia hasta nuestro destino, ¿cuál es nuestro plan para conseguir los suministros y ayudas que podamos necesitar? —

Bebió del pellejo de licor mongol—. Estamos acostumbrados a las marchas largas y a dormir bajo las estrellas, pero después de la... pérdida de esta mañana, el humor de los hombres se vuelve sombrío. Con cada hora que pasa se hace más difícil mantener su entusiasmo. Los hombres comienzan a pensar en el calor de un fuego y en una cama; incluso en un tejado sobre la cabeza. Aunque solo sea por una noche.

—Todo soldado sueña con la noche en que pueda deshacerse de su armadura y dormir despreocupadamente —dijo Raphael—. Una parte normal de nuestra carga es el hecho de que nos sean negadas esas comodidades o cualquier comodidad. —Le devolvió el pellejo. La articulación de sus palabras empezaba a resentirse—. Como bien dices, todos hemos ido antes a la guerra; esas esperanzas y desilusiones no son nuevas.

—Cierto —admitió Yasper—. Pero en el pasado siempre he podido encontrar consuelo en la esperanza de alcanzar nuestro destino; en saber que, algún día, conseguiremos nuestro glorioso objetivo. Si mi destino es un lugar que nunca he visitado, suele haber alguien en la partida que sí lo ha hecho, y puedo convencerlo de que me cuente historias de ese lugar para que me resulte más real.

—Ninguno de nosotros ha estado en el lugar al que vamos —señaló Raphael—. Ya lo sabíamos cuando aceptamos la convocatoria de Feronantus para unirnos a la compañía.

Yasper rió.

—No soy miembro de vuestra orden, recuérdalo. Me ofrecí como voluntario. —Bebió otro trago del pellejo y volvió a ofrecérselo a Raphael, que levantó una mano para rechazarlo; luego se lo pensó y aceptó otro trago—. Pero —dijo sin rastro de frivolidad en la voz— desde que enterramos a Taran he pensado en que tú y los otros sois buenos soldados. Seguiréis a Feronantus a cualquier lugar al que os lleve y eso es todo lo que necesitáis saber. Pero ¿y yo? No me asustan las consecuencias de la curiosidad ni de la insubordinación, y por ello me pregunto si ese hombre sabe adonde va. Adonde nos está llevando.

Raphael recordó la mirada que había visto en el rostro de Percival en el bosque, la serenidad del conocimiento, y su mente tomó nota de cómo Yasper había dirigido su conversación. Sabía que el alquimista era un hombre inteligente y curioso. Las extrañas y esotéricas cuestiones que se esforzaba en entender y dominar con sus experimentos eran mucho más misteriosas y místicas que la sencilla preparación de botes de humo o que encontrar la manera de destilar aquel licor mongol para conseguir algo más fuerte. De toda la compañía, el holandés era el único capaz de hablar con fluidez varias lenguas, como él, y no dudaba de que fuera capaz de leerlas y escribirlas también; probablemente incluso el árabe. Si conocía las ciencias físicas de los griegos, debía de conocer también su retórica y su filosofía. Ese hombre no era tonto, por mucho que su aspecto y sus tintineantes botes y pociones indicasen otra

cosa.

Raphael asintió.

—Es un mal plan que no se puede cambiar.

—Brindo por la sabiduría de Publio Siro —dijo Yasper.

Raphael picó ligeramente a su caballo.

—Y yo voy a ver si averiguo de qué humor está nuestro jefe. —Se adelantó y dejó al holandés con su pellejo de bebida fermentada vacío.

Feronantus conversaba con Cnán, la unificadora de piel oscura que había demostrado ser un añadido interesante para su compañía. No era la primera que había conocido Raphael. Su actitud era igual de distante y arrogante que la de la mayoría de las unificadoras, pero a lo largo del último mes había tenido tiempo para observarla. Cnán hablaba sobre todo con Feronantus cuando estaba en el grupo principal, y Raphael sabía que en general sus conversaciones consistían en los informes de Cnán sobre el territorio circundante y la ruta que estaban siguiendo. Una o dos veces ella había encontrado alguna excusa para hablar con Percival, cuyas corteses respuestas le resultaban tan molestas que nunca aguantaba mucho rato de conversación.

Era consciente de que ella lo había visto en el bosque observando a Percival. No sabía si había entendido lo que veía, pero ya había visto bastante.

Se adelantó hasta la pareja y buscó la mirada de Feronantus.

—Un momento, si puedes hacerme el favor —dijo, y luego indicó a su caballo que se adelantara. Mantuvo el paso durante un rato, hasta que Feronantus se unió a él.

—Raphael —dijo el viejo veterano de Týrshammar—, ¿qué te pasa por la cabeza?

—En realidad es un asunto que está en la cabeza de Yasper —dijo Raphael—. No encontré una respuesta adecuada para él.

Feronantus se giró sobre su silla y miró la columna de jinetes.

—¿Qué es lo que quiere saber ese holandés?

—Nuestra ruta hasta Karakórum.

—No conozco esa ruta. Por eso hemos traído a la unificadora, por eso llevamos a Illarion. Él ya lo sabía cuando partimos y nada ha cambiado. Nuestra ruta se nos revelará por el camino, por...

—¿Cuándo? —lo interrumpió Raphael.

El semblante de Feronantus se ensombreció.

—Por lo que descubran nuestros exploradores y por la información que puedan recabar de fuentes locales —dijo—. Tú ya lo sabes, Raphael.

—Por supuesto. Y no lo cuestiono. Pero, como acabas de decir, nuestra ruta se nos revelará. Mantengo mi pregunta: ¿cuándo?

Feronantus frunció los labios y pensó durante unos instantes en la cuestión de Raphael. Su mano descendió hasta la empuñadura de la espada de Taran, no de forma amenazadora sino inconscientemente, como cualquier hombre apoyaría la mano en

una pared o una roca para mantener el equilibrio sobre terreno irregular.

—Me gustaría pedirte que hablaras claro, Raphael —dijo—, para que no haya confusiones.

—¿Has tenido una visión? —preguntó directamente Raphael—. ¿Te ha sido revelada nuestra ruta?

La mano de Feronantus se apretó sobre la espada de Taran. Cuando quedó claro que Feronantus no iba a responder, Raphael continuó.

—Vi a Percival en el bosque, cuando fue a dar muerte a su caballo. Yo estaba allí cuando la Virgen se le apareció.

—Eso no es posible —dijo Feronantus.

Raphael lo fulminó con la mirada.

—Lo vi. Y también Cnán, aunque dudo que lo entendiera. Se nos ha enviado una señal, Feronantus. Seríamos unos insensatos si no lo reconociéramos.

Feronantus no cedía ni su mano dejaba de apretar la empuñadura de la espada del *oplo* muerto.

—Eres muy atrevido, Raphael, hablándome de profecías y visiones, como si yo fuera un pastor inculto que busca consejo y guía de los fantasmas...

—Yo estaba en Damietta —lo interrumpió Raphael— cuando un miembro de la hermandad tuvo una aparición. Al legado pontificio, Pelagius de Albano, no le interesó la visión de nuestro hermano, y por ello se inventó una propia. Incluso se dirigieron a mí para que lo tradujera al árabe para ellos y así pareciera más auténtica. Cuando me negué quisieron echarnos de la ciudad, y si no hubiera sido por san Francisco, lo habrían hecho. Nos quedamos atrás cuando el ejército marchó Nilo arriba. —Su voz se volvió más amarga, ahogada por los recuerdos—. Nos quedamos mientras nuestros amigos y compañeros cristianos eran conducidos a la muerte por el orgullo y la arrogancia del obispo.

Feronantus soltó la espada y la fiereza de su mirada se suavizó hasta que su rostro se convirtió en el de un hombre viejo y cansado.

—Lo siento, Raphael —dijo—. A lo largo de los años hemos perdido a demasiados por motivos similares. Demasiados...

Sorprendido por sus propios sentimientos, Raphael se dio cuenta de que no tenía más que decir y asintió con un nudo en la garganta. «Demasiados»... Le dolían los brazos, como si su cuerpo hubiera decidido por fin aceptar el esfuerzo del combate de la mañana y todo su deseo fuera soltar las riendas de su caballo y dejarlo seguir su propio camino. Una parte de su ser tenía la esperanza de que volviera hacia el oeste por iniciativa propia.

—Acompáñame durante un rato más, ¿quieres? —pidió Feronantus—. Me gustaría contar con tu compañía mientras medito un poco eso que acabas de decir.

Raphael agitó las riendas de su caballo y este sacudió la cabeza, como si negara

haber pensado en dar la vuelta.

—Por supuesto —respondió a Feronantus, y se irguió un poco más en la silla al ver el consuelo que su presencia daba al veterano.



UN PASEO AGRADABLE

Cuando Kim lo conoció, el hombre que ahora luchaba como Zugaikotsu no Yama había estado vagando por los muelles de Byeokrando, arrancando lapas y descargando barcos por las monedas que le lanzaran. La opinión de los del lugar estaba dividida entre que estaba loco o que simplemente era idiota, pero sin duda era nipón. En aquellos días daba una respuesta diferente cada vez que le preguntaban su nombre, y Kim (que había aprendido algunas palabras de su idioma hablando con pescadores y comerciantes) supuso que se limitaba a mirar a su alrededor y decir el nombre de cualquier objeto que tuviera delante. Así, según el día, se lo podía conocer como «Lapa», «Gato Vagabundo», «Ola que Rompe» o «Cubo de Pescado».

Kim (que había sido perseguido hasta Byeokrando tras la resistencia desesperada de los Caballeros de la Flor) había conseguido trabajo como una especie de guardia local que mantenía el orden en los muelles. Incluso a esa edad era alto, con el rostro y la espalda anchos, barba cerrada y semblante serio. Esas cualidades, que intimidaban a la mayoría de los duros tipos que andaban por los muelles, irritaban al vagabundo nipón de los múltiples nombres. Habían tenido ya muchas peleas. Algunas las había ganado Kim. Para él ese era el resultado normal y de esperar, ya que él era, hasta donde sabía, la última encarnación viva de una tradición militar que se remontaba más de mil años en la historia. Pero siempre parecía asombrar al hombre que más tarde sería conocido como «Zug». Cuando Kim perdía, algo extremadamente raro para él, el resultado parecía confirmar a Zug que todo era como debía ser.

Sería excesivo decir que Kim y el nipón se habían hecho amigos, pero habían establecido una relación de precavido respeto. Suficiente para que un día Kim insistiera en que el otro le dijera su nombre verdadero. Él respondió *Shisa*, que como Kim sospechaba, y luego confirmó, significaba «Hombre Muerto» en su lengua.

Exasperado, Kim se asomó por la ventana de la taberna en la que estaban hablando, vio un par de perros que copulaban en la calle y llamó al hombre «Dos Perros Follando», que luego quedó reducido a «Dos Perros».

En determinado momento los mongoles extendieron su control a toda la península de Corea. La corte real embarcó en los muelles de Byeokrando y zarpó hacia el exilio en la cercana isla de Ganghwa, visible frente a la costa, desde la que tenían intención de organizar la resistencia militar. Los mongoles les iban pisando los talones, así que se consideró necesario lanzar una maniobra de diversión para evitar que tomaran los

muelles antes de que el rey y su corte pudieran huir. Así, Kim y Dos Perros encontraron empleo en aquello para lo que estaban mejor dotados: morir en una valiente lucha desesperada contra un enemigo muy superior en número.

Luchando espalda con espalda acabaron con una cantidad desmesurada de mongoles y por ello llamaron la atención del joven Onghwe Kan, que ordenó a sus hombres que no se les enfrentaran. Mediante un intérprete hizo acercarse a los dos exhaustos guerreros y les preguntó sus nombres.

—Kim Alcheon, último de los Caballeros de la Flor —respondió Kim sin faltar a la verdad.

Dos Perros, que había estado bastante ocupado con su *naginata*, miró rápidamente a su alrededor y respondió:

—Zugaikotsu no Yama. Es decir, «Montaña de Calaveras».

Y se quedó con ese nombre.

En lugar de hacerlos matar allí mismo, Onghwe los incluyó en su circo de espadas para luchar en lo que ha sido su ocupación desde entonces, lo que contribuye a explicar por qué cuando Kim se enteró de que Zug estaba sufriendo histriónicos estertores de muerte encerrado en una jaula de hierro, se limitó a poner los ojos en blanco. Era lo mínimo que se merecía ese idiota por enloquecer y decapitar a todos aquellos mongoles tras su derrota a manos del caballero franco.

Cuando los estertores de muerte se prolongaron por tercer día consecutivo, Kim fue a visitar la jaula e insistió a los horrorizados guardias para que abrieran la puerta y le permitieran aventurarse en su interior.

La situación era bastante vergonzosa. Dada la naturaleza de las actividades del circo, en él había jaulas adecuadas para encerrar a seres humanos. No era la primera vez que Dos Perros había estado encerrado en una de ellas. Por lo común tenía la suficiente presencia de ánimo para utilizar el cubo que habían puesto a su disposición; pero, fuera cual fuese el demonio que lo había poseído esta vez, había hecho que perdiera el control de sus intestinos y su diarrea estaba por todo el lugar. Dos Perros estaba tumbado en medio, temblando, dándose manotazos y rascándose frenéticamente, algo bastante comprensible cuando uno está cubierto de su propia mierda, pero Kim sospechaba que el frenético rascar venía de otra cosa. Había oído historias de borrachos que, privados de bebida, creían ver insectos o pequeños roedores corriendo por todo su cuerpo.

Al preguntar a los guardias, estos le confirmaron, con cierta malicia alegre, que por orden expresa de Onghwe Kan no se daba bebida a Zug. Estaba claro que si les hubieran dejado obrar a su antojo habrían causado a Zug daños mucho más graves que simplemente quitarle su licor. Así que el estado actual de Zug les parecía bien y no tenían prisa por mitigar el tormento del nipón.

Kim les explicó con paciencia que si Onghwe hubiera querido a uno de sus

gladiadores favoritos muerto se habría limitado a matarlo. Como no era esa la orden que había dado, la conclusión era que la privación de la bebida era un mero castigo. Negar atención médica a Zug podría equivaler a una sentencia de muerte. Uno de los guardias más espabilados saltó ante la insinuación de Kim y se encargó de que llamaran a un médico chino para tratar al enfermo con extracto de adormidera.

Una vez que la droga hubo calmado a Zug hasta el punto de que entrar en su jaula no fuera ya considerado instantáneamente letal, enviaron esclavos a limpiar un poco el lugar y a quitarle la mierda de encima. Gracias a esos cuidados su estado mejoró. En los días que siguieron le retiraron poco a poco la adormidera y por fin llegó a estar suficientemente lúcido para que hablar con él no fuera una completa pérdida de tiempo.

—Nos hemos visto reducidos a la condición de esclavos y ya no estamos en condiciones de seguir viviendo —fue su respuesta a la pregunta genérica de Kim acerca del estado de su salud. Hablaba en la lengua de Corea, la que utilizaban Kim y él cuando no querían que los entendiesen los mongoles.

—¿Ahora te das cuenta de eso? —preguntó Kim—. Porque si es así, tu demencia es aún peor de lo que suponía. Eso, o has empezado a creerte las historias que el kan cuenta de ti.

Con una mano temblorosa, Dos Perros le hizo una seña de que lo dejara estar.

—Hace años que lo sé —respondió—, igual que tú, oh, caballero de la Flor.

Kim había sido entrenado para resistir grandes dolores (y el entrenamiento había durado años), pero la indiferente declaración de Zug le dolió profundamente y luchó por no mostrar una reacción visible a lo que acababa de decir el otro.

—El mundo está lleno de esclavos —dijo despreocupadamente—, la mayoría de los cuales están en condiciones mucho más degradantes que nosotros.

—Algunos dirán que están menos degradados, porque encadenados y azotados son incapaces de engañarse a sí mismos en cuanto a su verdadera condición —replicó Dos Perros—. Lo que ha pasado en los últimos días, el revolcarme en mi propia mierda y suplicar de rodillas que me dieran un trago de vino, me ha proporcionado una comprensión muy clara de cómo son realmente las cosas. Y no estoy interesado en seguir viviendo en estas condiciones.

—No es la primera vez que te quejas de que no aguantas cómo es tu existencia —le recordó Kim—. ¿Tres veces? ¿O ya es la cuarta? No me acuerdo. Pero ¿qué harías para cambiar las cosas?

—Matar al kan y huir lejos de esta gente.

—¿Huir? ¿Adonde? Estás a una infinidad de millas de tu casa.

—No quiero volver a casa. —Hizo un esfuerzo para sentarse derecho y se inclinó hacia Kim—. Pero ya no quiero morir aquí. ¿Tú sí?

Kim miró atentamente a Zug. «¿Por qué no? —pensó encogiéndose de hombros

—. Tiene razón. Mi jaula, aunque esté más limpia que la suya, no deja de ser una jaula».

—No —respondió—. Pero ¿cómo propones llevar a cabo esa..., esa misión? Solo somos dos, y tú estás medio muerto y encerrado en una jaula.

—Tenemos que cerrar una alianza con los monjes de la flor de ciruelo roja.

Kim se encogió de hombros.

—¿Quiénes son esos monjes? ¿Alguna orden militar de tu tierra natal...? —De pronto se preguntó si la demencia de Zug podría ser más sutil de lo que había creído al principio. ¿Una orden de asesinos imaginaria?

—No, están aquí. Los he visto. El franco al que me enfrenté en la palestra. El hombre que...

—¿Que te venció?

—No me venció —insistió Dos Perros—. Yo le clavé mi *tanto* en el puto sobaco. Su armadura era mejor, eso es lo que pasó.

A Kim no le pareció oportuno cargar contra un hombre enfermo, así que dejó pasar su respuesta sin más comentarios.

El suelo de la jaula era de tierra. Dos Perros se levantó trabajosamente de su jergón y luego usó la punta de un palo que había encontrado para dibujar sobre él una flor con cinco pétalos sobre un sol radiante con muchos rayos acabados en punta.

—Los monjes guerreros que llevan esto como *mon* son diferentes de los otros francos. Creo que son como nosotros.

—Como éramos —lo corrigió Kim.

Dos Perros hizo un gesto despectivo con la mano, como si la diferencia fuera despreciable.

—Llegarán a ser como nosotros o serán destruidos si no se detiene a los mongoles. Tenemos que hacerles llegar un mensaje a ese respecto.

—¿Y cómo piensas que se puede hacer, teniendo en cuenta que no tenemos una lengua en común con ellos?

Dos Perros levantó un tembloroso dedo índice para llamar la atención sobre el siguiente e importante punto:

—En el poblado de chusma y maleantes que rodea el circo hay un sacerdote franco que ha pasado años con los mongoles y habla su lengua casi tan bien como la suya propia.

—Sí —lo interrumpió Kim—, lo conozco.

Zug asintió.

—Ve a buscarlo y pídele que te escriba un mensaje en alguna de las lenguas de la cristiandad, y luego entrégalo a los monjes de la flor de ciruelo roja.

—Podría ser que no me fíe de él.

—Claro que puede ser. Pero ¿hay alguien más en quien puedas confiar?

Kim salió de la jaula en un estado de irritación considerable. Nadie conseguía hacer aparecer la ira en su cara como lo hacía Dos Perros. No le gustaba que lo enviaran a hacer recados, pero no podía resolver el problema que le había planteado Dos Perros ni tampoco discutir la elemental veracidad de todo lo que le había dicho.

Le habían dicho que nunca se apartara de las inmediaciones de la palestra y el campamento mongol. Pero Kim sabía que esa norma nunca sería aplicada mientras él siguiera contando con el favor del kan. En cualquier caso, había optado por no alejarse mucho de casa. Le habían dado una yurta privada con un tamaño adecuado, limpia y confortablemente amueblada. Por su posición en el corazón del campamento mongol estaba bien vigilada durante la noche, así que podía dormir a pierna suelta. Tenía acceso a comida, bebida, mujeres y masajes, aunque no hacía tanto uso de todo ello como Zug. Pero el mero hecho de disponer de todo eso hacía que tuviera pocos motivos para ir más allá de las líneas de defensa del campamento y adentrarse en la barriada que había brotado alrededor de la palestra como setas en un tocón durante los meses que llevaba funcionando el circo.

Se ocultó un poco echándose por los hombros una capa con capucha y fue hacia allí.

El disfraz, por supuesto, no engañaría a los guardias mongoles a la salida del campamento. Sabían a la perfección quién era. Sus motivos para llevarlo eran dos: por una parte, para mostrar el debido respeto por la orden del kan de no salir, y por otra, para evitar ser reconocido de inmediato por los jóvenes aspirantes a luchador que habían acudido a la palestra desde todo el mundo conocido cuando Onghwe Kan hizo correr la voz de que necesitaba luchadores. Aquella aglomeración era en gran parte el monumento que esos hombres erigían para sí mismos cuando intentaban asentarse en un lugar. Comparada con cualquier otra ciudad, contaba con un exceso de jóvenes aventureros y engreídos, prostitutas, herreros, armeros y establecimientos de bebidas. Faltaban servicios sanitarios, refinamientos culturales, vigilantes del orden y mujeres decentes. Los que llegaron primero y defendieron con uñas y dientes su terreno se quedaron con las estructuras permanentes, que allí eran las viejas casas de piedra o de barro y caña de una aldea quemada y arrasada hacía algunos meses, ahora dotadas de nuevos tejados y puertas improvisados. Los lentos y los débiles habían acabado viviendo en chozas y cobertizos contruidos con los restos que habían arrastrado desde las cercanas ruinas de Legnica, o en simples tiendas, que estaban amontonadas de cualquier manera.

No había verdaderas calles, solo senderos que zigzagueaban y se bifurcaban pavimentados con mierda de humanos y bestias. Cada vez que Kim se aventuraba en la aglomeración, la encontraba más grande y más sucia. Cada vez le servía de recordatorio de por qué no era dado a salir del confort del campamento y de su yurta.

Podía soportar la mugre; lo que le resultaba totalmente insufrible eran los jóvenes luchadores que querían desafiarlo. Acudían a aquel lugar porque creían saber algo sobre lucha e imaginaban que podrían encontrar ocasiones de demostrarlo. Lo que encontraban era una palestra a la que no tenían posibilidad de conseguir acceso, salvo como espectadores una vez cada dos semanas, cuando el kan celebraba sus grandes competiciones. En otros momentos podía haber encuentros preliminares que servían a los organizadores del circo para escoger luchadores dignos de presentarse a la siguiente gran competición, pero el acceso a ellos era únicamente por invitación. La manera de ser invitado era conocer a alguien, engañar a alguien, que se hubieran fijado en ti en una batalla o distinguirte en las peleas informales que se montaban en algunos antros improvisados, contruidos en la aglomeración por tipos extremadamente desagradables que sabían cómo funcionaba el sistema y cómo podían sacar provecho de ello. Eran esos lugares, más que cualquier otra cosa, lo que atraía a los jóvenes trastornados sin techo que creían que tenían futuro en el circo de espadas.

La última vez que Kim se había aventurado allí, quedaban unos cuantos pasos de espacio entre la ciudad de chozas y el viejo templo de los cristianos, al que le había ido sorprendentemente bien durante el avance inicial de los mongoles. Pero ahora la aglomeración de tiendas y cobertizos ya tocaba la base de todos sus muros, con un pequeño espacio despejado alrededor de su puerta para que la gente pudiera entrar y salir.

Cuando Kim entró en el templo, había un sacerdote de pie al fondo de su sala más grande, de espaldas a la entrada y sosteniendo una copa por encima de su cabeza mientras entonaba alguna clase de conjuro místico. Formando un ordenado semicírculo a su alrededor había otros tres sacerdotes, todos alzando sus manos vacías como por simpatía. Dispersos por el suelo de la sala había alrededor de una docena de cristianos, todos arrodillados. Kim, por supuesto, no entendía ni un ápice del rito, pero vio que el padre Pius era uno de los tres sacerdotes menores que estaban delante. Sintió la tentación de ir a tirarle de la manga y llevarlo aparte, pero algo en el comportamiento de la gente del templo le hizo pensar que lo considerarían poco educado, así que se quedó de pie en silencio y esperó a que el sacerdote principal acabara su conjuro y comenzara a repartir comida y bebida entre los diversos desgraciados que habían estado esperando de rodillas. La cantidad de comida repartida le pareció muy escasa y a duras penas compensaría el esfuerzo. Además, el sacerdote la depositaba directamente sobre la lengua de los reunidos, aparentemente para asegurarse de que no cogían demasiada. Kim pensó que si fueran un poco más generosos, no tendrían que dosificar tan estrictamente lo que fuera.

Pero eso daba igual. Cuando acabaron de servir la comida, Kim se acercó al que se llamaba Pius y le hizo saber que quería hablar con él. Todos los sacerdotes lo

miraron con muy mal gesto, y Kim comprendió tarde que la ceremonia aún no había concluido. De todos modos, Pius, que ya había visto el rostro de Kim a la luz de una vela y lo había reconocido, accedió a ausentarse del rito y lo acompañó por una puerta lateral hasta un cuarto pequeño al fondo del templo, iluminado por los rayos de luz que se filtraban entre las carbonizadas tejas de madera.

—Necesito tu ayuda para escribir una carta a los monjes de la flor de ciruelo roja —empezó Kim hablando en mongol— y para entregarla al superior de su orden. A cambio de tu ayuda puedo ofrecerte dinero o ayudarte en lo que necesites.

El padre Pius parecía demasiado confundido por todo aquello para poder responder algo. Mientras esperaba a que el sacerdote ordenara sus ideas, le describió el sello o *mon* que Dos Perros le había dibujado en el suelo de su jaula. Poco después el sacerdote comenzó a asentir con la cabeza.

—No es una flor de ciruelo —replicó—, sino una rosa roja.

—Muy bien. Los monjes de la rosa roja, entonces —dijo Kim encogiéndose de hombros para indicar que en realidad no le importaba qué clase de flor fuera o cómo se llamara la orden.

Pero Pius no podía dejar la cuestión.

—La rosa es un símbolo de la Virgen en la heráldica de los francos.

—Perfecto. Son monjes célibes. Nosotros también los tenemos. O al menos tenemos unos que aseguran que lo son.

—Todos los monjes son célibes —explicó Pius—. No es eso lo que simboliza la rosa. Es una referencia a la Virgen María, madre de Dios.

De inmediato acudieron muchas preguntas a la mente de Kim, pero hizo un esfuerzo por no formularlas, pues la conversación ya se había detenido en ese asunto mucho más tiempo del necesario. Pero a Pius no había manera de pararlo.

—Son de la Ordo Militum Vindicis Intactae —dijo, hablando durante un momento en otra lengua sin sentido para Kim—, que quiere decir «Orden de los Caballeros de la Defensa de la Virgen».

—¿Defienden a las vírgenes?

—No. Bueno, sí. Por supuesto que defienden a las vírgenes. Pero no es eso lo que significa el nombre. La Defensa de la Virgen es una manifestación de la Virgen María que una vez se apareció sobre un campo de batalla sosteniendo un escudo y una lanza, e inspiró a los fundadores de esta orden para realizar extraordinarios hechos de armas.

—¿Puedes hacerles llegar un mensaje o no?

—Sí, desde luego.

El padre Pius había empezado a revolver el contenido de un arcón encajado en una esquina de la pequeña habitación. Todos sus muebles habían sido robados o quemados; ese arcón había sido colocado allí después de la batalla. Como ahora

podía ver Kim, contenía lo que los francos solían usar para escribir: piel de animal seca, plumas y pequeños recipientes de cerámica que, a juzgar por las manchas alrededor de su boca, contenían tinta. Perdió algún tiempo trasteando con todo aquello, recortando las plumas y mezclando fluidos misteriosos en los recipientes para que la tinta tuviera la consistencia adecuada. Kim podía ver con bastante claridad que todo era una pequeña representación ofrecida por el padre Pius para dejar claro a Kim cuántos problemas y gastos le estaba ocasionando (problemas y gastos por los que esperaba ser compensado más tarde). Pero llegó el momento en que se encontró en la tapa plana del arcón con todo preparado: vela, tinta, pluma, pergamino y el propio padre Pius.

Kim carraspeó.

—«Kim Alcheon, último de los Caballeros de la Flor, a»... —Hizo una pausa—. ¿Cómo se llama el superior de la orden?

—Guardan muy celosamente sus secretos —dijo el padre Pius—, pero se rumorea que uno de sus maestros (un hombre llamado Feronantus) ha sido visto por un espía en su campamento. Y si de verdad está allí, será sin duda el hombre al mando.

—«A Feronantus», pues —concluyó Kim—. Saludos. Yo y mi hermano de armas Montaña de Calaveras hemos tenido noticias de vuestras hazañas y...

—¿Podrías traducirme eso literalmente? —preguntó Pius.

—¿Qué?

—Montaña de Calaveras. Parece un poco... indigno.

—Puedes escribir «Zugaikotsu no Yama» entonces, o cualquier otro nombre que te agrade —respondió Kim—, siempre que ese Feronantus entienda que el hombre al que me refiero es el del último que luchó con su campeón en el circo de espadas.

—Muy bien; dejaré claro eso —dijo el padre Pius, y pasó un buen rato escribiendo una serie de símbolos muy raros. Kim encontraba difícil distinguir unos de otros. A sus ojos todos eran más o menos iguales.

Pius lo miraba expectante.

—«Quisiéramos conversar con vos de manera respetuosa y honorable, de guerrero a guerrero. Si tuvierais a bien aceptar, enviad la respuesta con el portador de esta carta y presentaos a nosotros en el campamento del kan, que es donde nos alojamos. Quedamos a vuestra disposición con respeto y honor»... y todo eso.

—¿Es todo? ¿No quieres decir algo más concreto? —preguntó Pius, al parecer un poco decepcionado. Era evidente que había estado esperando conseguir algo valioso o que le interesara por algún motivo fisgando el intercambio de cartas y estaba decepcionado por la falta de concreción de lo que le había dicho Kim. Este lo miró severamente. Pius se encogió, comprendiendo que había dejado ver con demasiada transparencia sus motivaciones y deseos. Sin más comentarios a la redacción, acabó de escribir, espolvoreó arena sobre el pergamino para secar la tinta y luego sopló para

limpiarlo y lo enrolló. Vertió cera de una vela en el borde para sellarlo, y Kim estampó su sello personal en ella.

—¿Cuándo la entregarás? —preguntó Kim.

—En cualquier caso estaba a punto de salir para hacer unos recados —respondió el padre Pius—. Iré ahora. —Hizo una pausa—. Su casa capitular está un poco lejos y tardaré en volver...

Kim ignoró los titubeos del sacerdote.

—Cuando lo hayas hecho, volveré y hablaremos de cómo serás compensado —dijo acallando cualquier queja del sacerdote con una mirada severa, y luego se marchó.

Pius no era el único que lo había reconocido, y ya se había corrido la voz de que estaba en la iglesia. Cuando salió del cuarto del fondo encontró a varios guerreros jóvenes que lo esperaban. Por suerte todos eran muchachos que buscaban instrucción, no hombres con ganas de luchar. Sin interés alguno en dedicarse a instruir a aquellos novatos sucios y revoltosos, estaba a punto de echarlos con cajas destempladas cuando recordó las palabras de Dos Perros Follando: «¿Hay alguien más en quien puedas confiar?».

Algunos de ellos eran medio mongoles y al parecer otros habían aprendido algunas palabras de su idioma en los meses que los mongoles llevaban mandando en el lugar. Tras unos minutos de combate verbal con ellos (dando la impresión de estar interesado en ellos en un momento y espantándolos como moscas en el momento siguiente) se quedó con uno de los muchachos con más edad y mejor vocabulario. Se llamaba Hans, un nombre que se grabó en la memoria de Kim precisamente porque, a diferencia de muchos otros nombres francos, era fácil de recordar y pronunciar.

—El sigilo y la astucia son buenas cualidades en un guerrero —le dijo Kim mientras lo apartaba—. Intenta seguir al padre Pius sin que te vea y vuelve a contarme qué ha hecho. Si quedo contento con el resultado, te enseñaré algo.

Los ojos azules de Hans miraron hacia un lado y luego hacia el otro contando cuántos muchachos podían oírlos.

—Puedes traducirles lo que te he dicho a los otros o no —dijo Kim adivinando sus pensamientos—. La decisión es tuya.

—¿Qué me enseñarás?

Kim lo miró de arriba abajo.

—Como no tienes espada te enseñaré a vencer con las manos desnudas a un hombre armado.

Hans dio media vuelta y salió disparado como si Kim acabase de amenazarlo con la muerte. Lo persiguieron varios de los muchachos que querían saber qué le había dicho.

Kim sonrió, salió de la ruinoso iglesia y disfrutó de un agradable y tranquilo

paseo hasta el taller de un carpintero, un tallador que había estado haciendo para Kim un garrote con un determinado tipo de madera dura del lugar. Era difícil conseguir en esa parte del mundo maderas tan oscuras y pesadas como las que utilizaban para tales armas en zonas más civilizadas del mundo, y por eso el proyecto avanzaba con lentitud.

El artesano no hablaba mongol y Kim no hablaba ninguna de las lenguas que fueran comunes en aquellas tierras, y por eso la conversación también avanzaba despacio. Solo llevaban unos minutos cuando los interrumpió Hans, que entró en el taller con la noticia de que el padre Pius había ido directamente a hablar con el «maestre de algo o con otros caballeros».

Eso era exactamente lo que Kim esperaba escuchar y por eso pidió a Hans que lo esperase hasta que acabara de hablar con el tornero.

Intercambiaron no sin esfuerzo algunas frases más, pero después de un rato Kim cayó en la cuenta de que no había oído ni una palabra de lo que le había dicho el artesano. Algo lo preocupaba. Levantó la mano para acallar al carpintero y dedicó un momento a pensar en lo que había dicho Hans.

—¿Has dicho que Pius está ahora con ese hombre?

—Sí, los he visto hablando en el lugar donde habitan los caballeros.

—Eso es extraño —observó Kim—, porque me han dicho que los caballeros están instalados en un lugar bastante apartado de aquí.

—Qué va —dijo Hans—, están a no más de un tiro de arco de donde estamos ahora.

—¿Cómo se llama ese maestre con el que está hablando Pius?

—Dietrich.

—¿No es Feronantus?

Hans parecía confundido.

—Feronantus es el maestre de la Hermandad del Escudo. El padre Pius está en la casa de los Caballeros Livonios.

—Llévame hasta él —pidió Kim.

Cogió un garrote del montón del carpintero (no era el que había encargado, pero era un buen palo de roble que le serviría en caso necesario) y corrió tras Hans. No tuvo tiempo de explicar al carpintero que se trataba de un préstamo, no de un robo.

Pero en el tiempo que tardó Hans en guiarlo por el laberinto hasta el lugar en cuestión, el padre Pius ya había acabado de hablar con Dietrich y se había marchado hacia el nordeste, en la dirección del campamento de la Hermandad del Escudo. Esa información se la proporcionó a Hans un muchacho más joven que al parecer hacía de ayudante para él. Kim tomó nota, con interés y aprobación, de que aun siendo tan joven Hans era capaz de delegar responsabilidades en subordinados. Mientras Hans conversaba en la lengua local con el chico más joven, Kim observó el edificio de

piedra que habían ocupado los Caballeros Livonios para usarlo como cuartel general local (un edificio algo más pequeño que la iglesia, pero como ella, un estado bastante aceptable) y vio su sello en una bandera. Los símbolos eran rojos (al menos eso era correcto), pero ninguno era una rosa. Esa no era la bandera de la Ordo... ¿cómo los había llamado Hans? Algo más sencillo que el nombre imposible utilizado por Pius. La Hermandad del Escudo.

¿Lo había traicionado Pius delatándolo a Dietrich? ¿O solo se había detenido en ese edificio para algún recado sin relación con lo suyo antes de ir a encontrarse con Feronantus? «Podría no ser de fiar». Kim ya podía imaginar la conversación con Zug.

Solo había una manera de asegurarse: comprobar el sello de la carta.



SALVAR EL IMPERIO

Gansuj mantuvo su mano izquierda sobre el pomo de la silla y alargó la derecha hacia delante. Miró su mano contra el fondo verde de las extensas praderas del valle del río Orjun. La anchura de una mano de hombre era lo que llamaban un *aid*, y se utilizaba para medir cualquier cosa en que un hombre pudiera poner las manos. Allí podía medir la altura de la hierba, la profundidad de sus pisadas o la longitud de la sombra de su caballo, pero todo eso eran cosas insignificantes comparadas con la inmensidad de la estepa.

El pasto del final del verano se ondulaba como el agua y revelaba los caprichosos caminos seguidos por el viento. Los susurros producidos por sus tallos eran una canción que el Lobo Azul le había enseñado a oír. Podía anticiparse a las ráfagas y prepararse para resistir los repentinos golpes de viento que intentaban derribarlos a él y a su caballo.

Cerró los ojos y estiró los dos brazos para abrazar el viento; preparándose para resistir una fuerte ráfaga, apretó los muslos contra la silla. Su caballo bajó la cabeza y echó las orejas hacia atrás con un quejido profundo que nacía de su pecho. El viento traía los olores de los hombres (humo, carne cocinándose para una cena, el aroma almizclado de ovejas, camellos y vacas), indicadores olfativos de la universal expansión del imperio del *kagan*. Y por debajo de todo ello llegaba el hedor de la mierda de hombres y bestias, y de los despojos del matadero, que ninguna ciudad podía ocultar (y no había muchas que se esforzaran tanto como Karakórum por conseguirlo).

«Aquí no hay secretos».

Su nariz volvió a abrirse, echó la cabeza hacia atrás para inspirar el aire fresco y encontró otros olores más salvajes y prometedores. El olor a lluvia era débil, un levisimo indicio olfativo del cambio de estación, del momento en que las tribus se trasladaban hacia el sur y el este.

Ogodei saldría pronto de Karakórum para dirigirse a su palacio de invierno, y aunque Chagatai Kan no había marcado un plazo para la tarea encomendada a Gansuj de poner freno a la afición a la bebida del *kagan*, no podía evitar tener la sensación de que el tiempo se estaba acabando. Pero ¿el tiempo para qué? Gansuj había intentado liberarse de esa idea desde su visita a las habitaciones del *kagan*, pero ahora, en el exterior, donde nadie podría ver la expresión de su rostro ni oír cualquier palabra que

podiera escapar de sus labios, podía enfrentarse a ello.

¿Qué era lo que se suponía que debía salvar? El *kagan* era un borracho y toda la corte estaba atrapada en una vertiginosa espiral de adulación. ¿Esa era la cúspide del Imperio mongol? Igual que una flecha disparada hacia el sol, acabaría por volar hasta tan arriba como pudiera y luego comenzaría su calamitosa caída hacia el suelo.

El caballo de Gansuj levantó la cabeza y resopló moviéndose de un lado a otro, como para ofrecer una respuesta a su pregunta. Él volvió a mirar hacia la pradera. El sol estaba suspendido como una brasa por encima de su hombro izquierdo; Gansuj miraba al noroeste, la misma dirección en que había cabalgado hacía varias noches en persecución de la ladrona. Por un momento se entregó a la fantasía de escapar de toda aquella decadencia y miseria simplemente picando a su caballo y partiendo al trote. Cabalgaría hacia el oeste del Orjun y luego más allá, cruzando la llanura sin fin hasta el límite del imperio.

Dejando todo atrás antes de que lo destruyera también a él.

«Lian».

¿Que le sucedería? ¿Por qué le importaba? Frunció el ceño. Ella no tenía relación alguna con su misión, salvo la promesa de que iba a ayudarlo. Era una esclava, y una muy exigente además. La mayor parte del tiempo estaba seguro de que se reía de él, y aunque pensaba en castigarla por su insolencia (por la imaginaria y por la real) sabía que eso solo serviría para darle la razón a ella. Nada ganaría con la dominación física, y empezaba a darse cuenta de que de verdad perdería algo muy valioso si se entregara a un comportamiento tan brutal.

Por su cabeza pasó una imagen de la expresión aterrorizada de la ladrona un instante antes de que Munojoi se la llevara a rastras. La mirada que había en sus ojos. Desesperación y un poco de ira dirigidos hacia él. De alguna manera le había fallado y no podía deshacerse de la sensación. No podía alejar la impresión de haber visto algo similar en el rostro de Ogodei cuando descargó su rabia contra su habitación. «Fracaso».

Si se marchaba de allí (si huía), sería de su fracaso de lo que estaría huyendo, no del fracaso del imperio.

El viento volvió a cambiar y ahora le traía el golpeteo rítmico y el roce con los rastrojos de un jinete que se aproximaba. Gansuj volvió la vista hacia Karakórum. Entornó los ojos intentando reconocer la identidad del jinete. «No es Munojoi. Demasiado bajo. Demasiado delgado. —Se sintió como un idiota y contuvo la respiración—. ¿Una mujer?».

Torció la boca al notar el gusto amargo en su garganta (la reacción de su estómago a la euforia que sintió ante la posibilidad de que el jinete que se aproximaba fuera Lian). «¿Qué hace? —pensó—. ¿Cómo ha conseguido salir de la ciudad sin acompañamiento?». El caballo y el jinete se acercaban sin prisas, indicando que no

había urgencia, lo cual hacía a la vez más real y más extraña la posibilidad de que fuera Lian.

La silueta montada desapareció lentamente tras una colina suave y al reaparecer ya no había duda de la identidad del jinete. Lian bajó la cabeza para ocultar su sonrisa, pero Gansuj alcanzó a distinguir un destello de dientes blancos.

Dio media vuelta moviendo los hombros con nerviosismo para mirar de frente la franqueza y la dignidad de la interminable pradera, y para ocultar a Lian la sonrisa de oreja a oreja que cruzaba su cara. Para cuando ella llegó a su lado, él ya había conseguido recuperar el control de su cara y había enterrado su alborozo bajo la severa expresión que intentaba mantener delante de cualquiera.

El viento se calmó y la hierba recuperó toda su altura. Ambos jinetes siguieron sentados en silencio durante un minuto mirando cómo la verde pradera se iba quedando inmóvil, y por fin Lian rompió el silencio.

—Tu mundo —dijo.

—Sí —asintió él—. Más simple. Más seguro.

—Para ti —dijo ella—. También habría pensado que me sentía segura, pero este vacío me asusta. No sé qué hay ahí.

—Es cierto, pero las reglas son menos complicadas. Es más fácil saber qué hacer.

Lian sonrió.

—Las reglas de la corte también son simples, Gansuj. Has demostrado muy buena capacidad de aprendizaje. Lo que pasa es que... te resultan extrañas. Aún. Es una cuestión de comodidad. Tú miras hacia ese mundo de hierba y ves... ¿Qué? ¿Libertad?

—El halcón remonta el vuelo —respondió él frunciendo los labios—. El conejo sabe esconderse.

—Libertad para ti —dijo Lian—. No para mí. ¿Y por qué es así? ¿Porque soy una mujer? ¿Porque soy china?

—¿Son esas verdades más pequeñas dentro de las murallas de Karakórum?

—No —contestó ella—, pero allí hay menos viento. —Se sujetó cuando las hierbas volvieron a tumbarse—. Hace un momento me habría sentido segura de ser capaz de apuntar con una flecha, pero ahora... El viento hace jugarretas. ¿Cómo puede la gente de las praderas acertar alguna vez en el blanco? —Como para reírse de ella, el viento arreció y volvió todo el cabello de Lian sobre su cara. Apartó los mechones negros con la mano izquierda (uno de ellos salió mojado de entre sus labios, según pudo ver Gansuj) mientras sujetaba las riendas con la derecha—. Tú conoces ese secreto, ¿verdad?

Gansuj asintió. Por encima de todas las cosas que había llegado a apreciar de Lian (su belleza, su inteligencia y su conocimiento de los recovecos de la corte), era su desconcertante manera de hablar de dos cosas a la vez, lo que seguía sorprendiéndolo.

Se preguntó si el maestro Chucai conocía esa faceta o si simplemente la veía como una maestra útil para un bárbaro de la estepa mal vestido.

Gansuj intentó encontrar una respuesta inteligente, y al no dar con nada que le pareciese ni remotamente atrevido o profundo, optó por una respuesta cauta y una pregunta sencilla.

—Ya volveremos al secreto de disparar en el viento y a través de él —dijo—. Por el momento cuéntame por qué te arriesgas a cruzar sola las murallas de la ciudad.

—No estoy sola. —Volvió a apartarse el cabello de los ojos espiando su reacción.

Gansuj se volvió sobre la silla y miró hacia Karakórum, a tiempo de ver un segundo jinete desaparecer tras la colina. Gansuj reconoció el sombrero puntiagudo. «El maestro Chucai».

—Me invitó a dar un paseo a caballo. —Lian cerró ambas manos sobre el borrén de la silla y renunció a mantener el cabello en su lugar. Él se fijó en la libertad de su pelo y después en el movimiento de la hierba. «El secreto está en observar el flujo del viento entre tu flecha y el blanco, medir la batalla entre las ráfagas de viento, y por fin observar el pelo de tu blanco. Hay que desviar la flecha la anchura de un bigote de gato en dirección contraria al movimiento de ese pelo».

Con cierta ansiedad, Gansuj reconoció que un encuentro organizado por Chucai era algo mucho más verosímil que Lian arriesgándose a salir sola de Karakórum. Aunque le gustaba que Lian hubiera salido a buscarlo, debería haber sabido que lo hacía a petición de su señor.

Gansuj no había intentado ver al consejero del *kagan* desde el día en que hablaron por última vez (el día en que todo cambió) ni tampoco había sentido la necesidad de hacerlo. Debería haber informado del comportamiento de Ogodei aquella noche y también debería haber tenido un encuentro cara a cara con Chucai a propósito de su conversación inacabada en el salón del trono (por no hablar del asunto de la cajita lacada, que no había conseguido abrir), pero no había logrado animarse a hacerlo. Era mucho más fácil limitarse a evitar al maestro (como un conejo que se esconde) hasta que fuera capaz de decidir qué hacer.

Lo cual también había conllevado un alejamiento de Lian, y eso le había resultado más difícil.

Pero de forma aparentemente accidental acercó su caballo al de ella. Aprovechando la cercanía y la privacidad que les daba el campo abierto (en el interior del complejo de edificios del *kagan* no existía la privacidad real) puso su mano sobre las de Lian, agarradas al borde de la silla.

Lian bajó la cabeza, pero no retiró las manos. Su cabello sacudido por el viento hacía imposible apreciar su expresión (otra manera de esconderse que tenía un conejo), y entonces, justo en el momento en que volvía a quedar visible el sombrero de Chucai, levantó el meñique de su mano izquierda y rodeó con él el pulgar de

Gansuj. Antes de que él pudiera reaccionar, se soltó y tiró de las riendas. Su caballo resopló y dio varios pasos nerviosos hacia un lado alejando a Lian del alcance de Gansuj. Solo unos pocos *aids*.

—¡Joven Gansuj! —gritó Chucai cuando su caballo coronaba el montículo—. Lian me dijo que te había visto salir hacía un rato. Estoy muy contento de haberte encontrado. —Su rostro tenía mucho color por el viento y el esfuerzo, y su voz era alegre y dinámica, como si los sucesos de los últimos días no contaran para nada. Como si no hubiera presenciado la tortura y ejecución de una mujer indefensa.

—Maestro Chucai —respondió Gansuj—. Desde luego es una sorpresa que tengamos que encontrarnos tan lejos del lugar donde pasamos nuestros días. —Intentaba aparentar la misma clase de alegría, incluso de ligereza, pero a juzgar por la falta de respuesta en los ojos de Chucai, su entonación no resultó convincente.

Chucai dio un rodeo y detuvo su caballo delante de los de Gansuj y Lian, ocultándoles la vista. Y asegurándose de poder ver bien a ambos.

—Si hubiera conseguido encontrarte habríamos podido hablar de esto en la ciudad.

—He estado... —empezó Gansuj.

—No importa —lo interrumpió Chucai—. Lo que me preocupa es lo que no has estado haciendo.

Gansuj se sonrojó. «¿Era eso todo lo que preocupaba a Chucai?».

—¿Te refieres a aprender a pavonearme con una sonrisa falsa en la cara? ¿Con qué fin? Ogodei no ve nada ni a nadie de todo lo que se mueve a su alrededor.

El rostro de Chucai seguía impasible y en sus ojos no había expresión alguna, pero asintió.

—Hablas muy claro, Gansuj. Eso es, como ya me ha comentado Lian en alguna ocasión, uno de tus mejores aspectos, y el más peligroso. Yo esperaba que ella pudiera enseñarte a retorcer tu lengua como una serpiente en lugar de dispararla como una flecha. Una lengua astuta te permitiría influir en el *kagan* con más facilidad. Pero esa es una habilidad aún por encima de tus posibilidades, y todavía no consigues alcanzar la altura de sus orejas... y penetrar... con palabras suaves, ¿verdad?

Gansuj miró a Lian, que estaba mirando el flanco de su caballo; no estaba avergonzado por la metáfora, pero tampoco le concedió el honor de una respuesta.

—¿Es culpa de tu maestra? —preguntó Chucai al advertir la mirada de Gansuj—. ¿No consigues instruirte en el estilo de la corte?

—Es bastante buena enseñando —gruñó Gansuj.

—¿No es un estudiante capacitado? —preguntó Chucai a Lian.

—Bastante capacitado —respondió Lian.

Chucai miró a Gansuj.

—Entonces, ¿qué te está distraendo de tu formación?

Ninguno respondió, y esta vez Gansuj no se atrevió a mirar a Lian. Su corazón iba muy acelerado y se secó las manos en los pantalones. «¿Estará pensando ella lo mismo?».

—Ya veo —dijo Chucai echándose hacia atrás y tirando de los largos pelos de su barba rala—. Quizá debáis reorientar vuestros esfuerzos. Los dos.

Gansuj controló su respiración. Aun estando tan afectado por las palabras del maestro Chucai (y por lo que implicaban) no podía olvidar con tanta facilidad lo que había visto en el salón del trono.

—Maestro Chucai... —comenzó Lian, pero Gansuj la interrumpió.

—¿Qué objetivos son esos? —preguntó—. ¿Los tuyos? ¿Los del imperio? ¿Los de Ogodei? Chagatai Kan me envió para ayudar al *kagan* y yo creía que mi misión se limitaba a conseguir que dejase de beber, pero ahora estoy confuso. Me pregunto si la ayuda que necesita el *kagan* es mucho mayor que simplemente retirarle la bebida... —Se detuvo bruscamente. Se dio cuenta de que no quería decir más y temía haber hablado ya demasiado. «Una flecha por lengua...».

Un pequeño músculo se contrajo en una mejilla del maestro Chucai elevando un poco una comisura de su boca, como si fuera a sonreír. O quizá podría estar conteniendo un bramido de indignación. Gansuj no estaba seguro de qué era, pero, igual que en un enfrentamiento con un depredador herido, sabía que era mejor no mostrar miedo. No ceder terreno hasta que el adversario actuase.

El maestro Chucai casi pareció desinflarse un poco sobre su silla.

—Franco y directo —dijo en un suspiro dejando que su mirada se perdiera en el mar de hierba—. En la corte, los más refinados llaman a eso «la mirada del campo», y murmuran sobre ello como si temieran su aparición; el día espantoso en que los jinetes seguirán esa mirada de añoranza hasta las praderas y volverán a perseguir los rebaños eternamente trashumantes. De vuelta a..., al olvido. —Una sonrisa magra estiró sus labios—. En cualquier caso, la corte mejoraría mucho si hubiera en ella más hombres como tú, joven Gansuj, y menos criaturas de dos rostros como las que ahora rodean a Ogodei.

Eso pilló desprevenido a Gansuj. Lian también se sorprendió por la franqueza de Chucai.

—Necesito hablar claro contigo, Gansuj; por eso te he seguido hasta aquí. —En la voz del maestro Chucai se oía el cansancio—. Es posible que aunque cumplas tu misión de reducir el consumo de bebidas del *kagan* aún no hayamos conseguido nada.

—No sé...

La mirada de Gansuj se encontró con la de Chucai, y en los pequeños ojos oscuros del anciano vio emociones encontradas: esperanza y resignación, euforia y agotamiento. «Ha dicho “hayamos”». Chucai entendía su confusión de verdad.

Gansuj había presenciado el ataque de frustración de Ogodei, el grito desesperado del *kagan* por encontrar a alguien que compartiera su visión del mundo, que entendiera su mirada del campo, y, aunque no había confiado esa información a Chucai, era evidente que tal información no sería una novedad para el anciano.

Gansuj estaba alterado. «Si no conseguimos nada, entonces, ¿qué habremos salvado?». ¿Estaba insinuando Chucai la misma idea que daba vueltas en el interior de la cabeza antes de que llegaran ellos? La idea le pareció una traición, no solo al *kagan*, sino a todo el Imperio mongol, y de inmediato deseó poder borrarla, eliminar todo de su mente y volver a la inocente candidez de la que estaba imbuido el primer día de su llegada a Karakórum.

«¿Era digno Ogodei Kan de regir el imperio?».

—El *kagan* es grande —susurró intentando reunir algún entusiasmo por el significado de esas palabras, pero se sentía desequilibrado, su mente y su espíritu estaban rotos por la revelación que había visto (reflejada) en el semblante de Chucai.

Chucai seguía mirándolo.

—El imperio debe ser grande, Gansuj, no solo el *kagan*. Has visto lo que hay detrás de la máscara, ¿no? No es solo el *kagan* sino todo y todos a su alrededor. Es nuestro deber ayudarlo. Es nuestro deber ayudar al imperio. Tu deber.

—¿Por qué mío? —preguntó Gansuj.

Chucai rió.

—¿Por qué no?

—Pero es... excesivo...

—Claro que lo es —se burló Chucai—. No hay persona que pueda cambiar el curso del imperio, aunque un solo hombre creó este mismo imperio. —Describió un arco con el brazo abarcando la estepa—. Antes de que Temuyin uniera a los clanes, esto solo eran praderas. Antes de que Ogodei heredara el imperio, Karakórum no era más que unas cuantas tiendas agrupadas a los lados del río. Mírala ahora. Todos los cambios tienen lugar porque un hombre quiere algo diferente. Ogodei ha olvidado eso; la mayoría de los hombres que se apiñan a su alrededor y siguen sus pasos no quieren que el mundo cambie; por mucho que afirmen otra cosa.

»Tú no eres especial, Gansuj —continuó Chucai—. Cuando llegaste a Karakórum no eras más que un patoso guerrero de la estepa, al margen de toda la gloria que se pudiera acumular sobre tus hombros por tus hazañas en los confines del imperio. Para la corte no eras nada; aún no cuentas para nada. Pero... —Chucai se encogió de hombros.

—Pero ¿qué? ¿Se supone que tu discurso debe inspirarme? —preguntó Gansuj.

—Se acerca el aniversario de la muerte de Tolui. —Chucai señaló hacia Karakórum ignorando la pregunta de Gansuj—. Se prepara un gran festival para distraer al *kagan* del abatimiento que siempre lo embarga en estos días. Cada día

llegan caravanas que traen regalos de todos los rincones del imperio. Habrá competiciones de lucha, monta, tiro, combate... Habrá juglares, acróbatas, bailarinas, poetas... Todas las clases de entretenimiento posibles. El festival crece cada año, pero Ogodei cada vez le dedica menos tiempo y se hunde en la bebida.

Tolui. El hermano menor de Ogodei y Chagatai. Este último le había hablado un poco de la muerte de su hermano y Gansuj intentó recordar los detalles: Ogodei había caído enfermo durante una campaña en el norte de China; una dolencia causada por espíritus iracundos. Los muertos exigían sangre en pago por lo que les había sido arrebatado.

Gansuj se estremeció.

—No has respondido a mi pregunta —dijo echando a los fantasmas de su mente.

—No me ha parecido necesario —contestó Chucai con una sonrisa lúgubre—. Lo que te enseñamos sobre el protocolo y las costumbres de la corte tenía que servir para abrirte los ojos; y lo hizo, ¿no es así? Te responderé con otra pregunta: ¿Qué merece la pena salvar?

Gansuj se frotó los brazos; se sentía helado ante la mirada del sol. «Un sacrificio —pensó— para salvar el imperio».

—No necesitas inspiración, Gansuj —continuó Chucai—. Simplemente necesitas permiso, y no de mí ni del *kagan*.



UN CAMBIO DE PLANES

Durante varios días viajaron hacia el este por un paisaje aparentemente infinito de pantanos fragmentados y bosques dispersos. A pesar del hallazgo de Yasper de la bebida de los mongoles (un producto que Cnán conocía lo suficiente para evitarlo), la tristeza producida por la ausencia de Taran se negaba a marcharse. Las noches en que encendían fuego eran de una oscuridad opresiva, y la conciencia de elementos más extraordinarios (el susurro del viento, el hálito del frío, las brillantes estrellas) no les servía de consuelo; ni siquiera a ella, que amaba las tierras salvajes.

Cuando alguna noche alguien rompía el silencio casi siempre era Istvan, que hablaba sin cesar contando mitos mongoles que había oído en algún momento o que quizá había imaginado sumergido en la nebulosa mágica de sus fantasías. Eran historias escasamente coherentes de inacabables mares de caballos y de una bandera alta y terrible de la que obtenían su poder los kanes. Los hermanos le prestaban poca atención; la mayoría miraba hacia otro sitio, se daba la vuelta o ignoraba al húngaro. Ninguno tenía ganas de hablar con él mientras siguiera vivo el recuerdo de la muerte de Taran. Cnán nunca había visto a un hombre tan solo y tan felizmente ajeno a su soledad.

Al día siguiente de la partida, la ira de Roger contra Istvan no era menor ni menos firme y, como Cnán podía ver, se reflejaba en los ojos de los demás, aunque ninguno de ellos era tan sanguinario. Más tarde oyó a Feronantus y a Roger discutir ese asunto en privado. Teniendo en cuenta el caos que habían provocado la locura y el instinto asesino de Istvan, Cnán tendía a simpatizar con el punto de vista del normando.

—Lo necesitamos —había dicho Feronantus con amable firmeza—. Está loco, es peligroso, sí; pero también es un buen jinete y, después de Rædwulf, el mejor arquero que tenemos. Además, es un veterano de Mohi. Pocos conocen mejor la manera de combatir de los mongoles.

—¿Estás seguro —respondió Roger con impaciencia— de que no tienes en mente una deuda con su maestro? El chico joven podía tener posibilidades. Este hombre está desquiciado y no es de los nuestros.

Después de eso habían seguido hablando casi todo el tiempo en la lengua de los francos, que Cnán no conocía tan bien, pero no olvidaba lo que había oído. Aunque Istvan nunca había sido miembro de la orden, había sido entrenado por un miembro o al menos por alguien que conocían, un hombre importante para Feronantus. Los

argumentos del jefe de la hermandad parecían fundados, aunque estuviera demasiado dispuesto a perdonar, pero las palabras de Roger la habían dejado intranquila y ahora se preguntaba si perdonar la vida a Istvan era sensatez o sentimentalismo.

El asunto de adonde los llevaría su camino a continuación no salió a colación durante varios días, hasta que Feronantus habló dirigiéndose a Illarion.

—Nos tienes que guiar para cruzar Kiev —dijo.

—¿Estás loco? —protestó Roger desde donde estaba sentado. El normando estaba afilando una de sus hachas con una piedra, y el rítmico roce se paró cuando empezó a hablar—. No quisiera ser el que se mete con tus hazañas, pero la suerte ha contribuido tanto como la destreza a que solo uno de nosotros muriera hace unos días. —Mientras lo decía, dirigió una mirada torva a Istvan.

—Tenemos una misión —afirmó con serenidad Percival, aunque a sus palabras les faltaba convicción.

La pérdida de Taran y de su caballo habían afectado al franco y lo habían dejado en un estado de incertidumbre que Cnán nunca habría esperado ver en él. Era intranquilizador verlo así, y de nuevo volvió a su memoria el sonido de su voz en el bosque, solo salvo por su presencia y la de Raphael como testigos involuntarios. Cuando se volvió hacia ella, Cnán no pudo devolverle la mirada.

—Nos han visto —dijo Feronantus sin pasar por alto la afirmación de Percival, pero tampoco apoyándola, como advirtió Cnán—. Y no ha sido ningún muchachote tonto de una patrulla de mongoles, quien podría haber dado la alarma él solo. Se han cruzado en mi camino los suficientes guerreros de pura sangre para que pueda distinguir a uno con criterio cuando lo veo. La información de nuestra presencia ya habrá llegado hasta la horda principal y nos vigilarán. Necesitamos una excusa para estar viajando hacia el este de manera tan visible; una que no alarme a nuestros enemigos.

Dirigió una mirada cansada a Percival y por un momento pareció incapaz de continuar.

—Percival ha hablado conmigo de un trabajo que debemos hacer en esa ciudad, y, aunque soy incapaz de explicarlo con detalle —miró a Raphael, que asintió levemente, y luego a Cnán, como retándola a hablar—, una visita a Kiev puede sernos conveniente por otra cosa: porque allí podríamos enterarnos de qué ha sucedido en el mundo mientras nosotros viajábamos por tierras salvajes.

—¿Qué trabajo? —preguntó Roger a Percival.

—No lo sé —respondió el caballero en voz baja—, pero se me ha enviado una señal de qué es lo que busco.

—¿En Kiev? —insistió Roger.

Percival le sonrió y Cnán se quedó sin aliento. «¿Cómo puede el normando no ver la luz que brilla en su rostro?».

—Insisto en que es un error —dijo Roger entre dientes, aún demasiado sumido en su desilusión y su ira—. Si nos han visto es mejor poner cuantas millas podamos entre nosotros y ellos. Los mongoles y sus lacayos abundan por aquí como moscas sobre un cadáver.

—Y eso no va a cambiar desde aquí hasta el corazón del imperio del kan —respondió Eleazar en su latín con acento extraño. Había hablado muy poco desde el comienzo del viaje y Cnán no había llegado a acostumbrarse a su tranquila forma de expresarse. Era muy diferente de todos los demás aspectos de su persona—. Estoy con Feronantus y Percival: once personas que visitan Kiev será algo menos raro a sus ojos que once personas que viajan hacia el este sin motivo. Si adivinan o no a qué vamos es algo que carece de importancia. Si nos siguen de cerca, y probablemente lo harán, nos frenarán sean cuales fueren nuestros motivos. Debemos intentar librarnos de cualquier sospecha excesiva.

—Puedo llevaros allí, pero no sé cuánto vamos a encontrar —dijo Illarion con su voz grave y triste—. Solo he oído rumores sobre la suerte que ha corrido la ciudad del príncipe Alejandro. Si hay que darles crédito, la ciudad será poco más que un montón de ruinas poblado por fantasmas. —De repente el rostro del eslavo se iluminó, mostró una auténtica sonrisa y asintió mirando a Feronantus—. No se me ocurre mejor lugar para quitarnos de encima a nuestros perseguidores.

A la mañana siguiente cambiaron de ruta. Los caballos descansados conseguidos en el enfrentamiento facilitaban un poco el viaje, aunque el calor y la humedad compensaban su cuota de sufrimiento. Mientras se iban acercando imperceptiblemente a la ciudad día tras día, cruzaron muchos afluentes y brazos del curso meridional del Dniéper hacia el Axeinos, como lo llamaba la gente de la Rus. El mar Oscuro.

El calor se mantenía día tras día y solo de forma ocasional refrescaba por la noche. Cnán se sorprendió más de una vez, agradecida de no tener que cargar con la armadura que llevaban los de la hermandad, y que ahogaba sus cuerpos y les robaba energía y paciencia mientras cabalgaban. Mirándolos, los imaginó como hombres que viajaran con sus propios hornos, cocinándose lentamente hasta la muerte sin advertirlo, como el legendario sapo en la marmita de la bruja.

A veces los cielos mostraban misericordia y se oscurecían con nubes de lluvia que derramaban un poco de alivio. Después, la armadura literalmente desprendía vapor, igual que los caballos, y los jinetes iban dejando una tenue estela de niebla. El agua sin duda traía un frescor que era bienvenido, pero entonces tenían que enfrentarse a la frustrante tendencia del acero a oxidarse y a los rollos de dormir completamente empapados. A pesar de sus esfuerzos, las armaduras se oxidaban poco a poco e incluso había rayas de óxido que afeaban las grebas y la malla de Feronantus.

Lentamente fue creciendo el número de granjas, aldeas y, por fin, pueblos. De

todos modos, muchos habían sido quemados y la mayoría estaban abandonados. La ausencia de gente incluso en los pueblos más grandes daba a la campiña una atmósfera fantasmal, como cabalgar por un lugar abandonado por todos los que se ocupaban de él y solo visitado por aquellos lo bastante locos para viajar por territorios abandonados.

Por fin empezaron a encontrar gente, rezagados que iban por los senderos de cabras y las trochas de caza que había encontrado Finn. Pequeñas familias desposeídas de todo por el conflicto, algunas con poco más que harapos sobre sus espaldas y otras con un animal o dos, fardos con sus posesiones y miradas gachas vacías por todo lo que habían visto. La mayoría huía a la vista del grupo de hombres armados y abandonaba sus animales con una prontitud nacida de su espantosa experiencia.

Aquí y allí, a medida que se multiplicaban los signos de civilización también lo hacían los de la barbarie. Centenares de víctimas de los aplastamientos bajo tablones de los mongoles yacían en zanjas poco profundas; las tablas habían sido recuperadas para la construcción o como leña, y los cuerpos estaban desnudos, comidos por los gusanos y secos por el sol, con las mandíbulas y los ojos hundidos perdidos en interminables gritos que casi parecían de diversión. Una vez pasaron junto a una asombrosa pirámide de calaveras, amontonadas con precisión encima de un *kurgan* (un montículo funerario de los antiguos) para dejar testimonio del poder de los conquistadores.

Los kanes eran los amos de la Rus y el grupo de la Hermandad del Escudo cabalgaba directamente hacia su mayor ciudad.

Y al parecer Illarion seguía pensando, por muchos presagios que hubiera a su alrededor, que aún tenían una oportunidad allí. Cnán no pudo evitar acordarse de cómo, cuando lo conocieron, Illarion hizo huir aterrorizados a unos mongoles haciéndose pasar por un espectro vuelto de entre los muertos.

El ruteno mostraba una firme determinación, una tensión en la mandíbula, a medida que iban acercándose a la ciudad; Cnán la había visto en muchos otros guerreros que vuelven a casa, a un lugar que ya no es su hogar, pero que no pueden evitar. Probablemente Illarion entendiera mejor que cualquiera de los otros, salvo Istvan, el precio que los mongoles hacían pagar a los conquistados.

El espacio vacío en un costado de su cabeza era un testimonio mudo de ese conocimiento mortal, no muy diferente de las sonrisas vacías de los cuerpos aplastados en las zanjas. Cnán intentó consolarse en la medida de sus posibilidades con la idea de que al menos el hombre que los guiaba conocía bien el camino.

¿Y ese camino? Feronantus se había negado a decirles más acerca de lo que había sabido por Percival, y, aunque los hermanos acataban con estoicismo la decisión de su superior, a ella no la ataban las mismas tradiciones. No había hablado con ninguno

de ellos de lo que había visto en el bosque, ni había visto u oído a Percival hablar de su visión.

En las tierras del gran kan los mongoles tenían chamanes a quienes acudían en busca de ayuda y consejo, y ella había visto a más de uno de esos místicos celebrar sus extraños ritos animistas en los que tenían visiones de otros reinos y dioses, según aseguraban ellos. Ella misma podía afirmar haber visto demasiado de la crueldad y la barbarie humana y de cómo los hombres disfrutaban con ella para creerse que hubiera alguna clase de guía o inspiración divina en sus acciones, pero al mismo tiempo creía en la presencia de un espíritu superior. Eso subyacía en la esencia misma de su naturaleza de unificadora, y por eso no podía pasar completamente por alto lo que había visto.

Para la Hermandad del Escudo no había problema alguno en cubrirse con el manto de la caridad cristiana, porque no era muy diferente de la verdadera fe que guardaban en su corazón, pero ella empezaba a ver hasta qué profundidad se hundían las raíces de su fe. Pensó en los lirios de color naranja que llenaban las laderas de las colinas en primavera. Sus raíces prosperaban bajo tierra, y cada año, durante un período muy breve, echaban nuevos tallos y flores.

¿Era la visión de Percival un tallo a punto de florecer? ¿Nacía de su sentido del honor, más importante para él que la propia vida? Las primeras veces que había hablado de ese honor se había burlado y había puesto los ojos en blanco, pero desde entonces lo había visto actuar bajo su influjo; varias veces en peligro de muerte.

El recuerdo de Percival sacándola en volandas del camino de los mongoles y echándola sobre su silla, defendiéndola incluso cuando cayó su caballo, pesaba sobre ella. Lo miró furtivamente mientras cabalgaba a pocos pasos de distancia en un animal robado a sus enemigos. Por muy hábil que fuera Percival sobre la silla, ese animal nunca sería tan sensible ni tan rápido y poderoso como su perdido *Tonnerre*.

¿Era el honor o era la tristeza lo que lo impulsaba? ¿Debía ella sentir compasión o solidaridad? Miró en otra dirección, incapaz de encontrar salida para la confusión que imperaba en su mente y su corazón. En muchos aspectos, las implacables y arrasadas tierras de la Rus eran más fáciles de entender.

Cuando vino hacia el oeste atravesando el imperio del gran kan, Cnán había tenido la prudencia de evitar las ciudades excepto en caso de absoluta necesidad. En más de una ocasión había visto lo que dejaban a su paso las hordas de los mongoles cuando se movían por las llanuras. Como Illarion, estaba preparada para que allí no quedase nada salvo los restos arrasados de la joya de la corona de la Rus. Y a pesar de ello, la dejó de piedra el panorama que encontraron al coronar un altozano desde el que se veía el lado sur de la muralla de la ciudad.

El único indicio de que en algún momento una ciudad había ocupado aquel llano era el ruinoso boceto inscrito en los restos de las murallas. Entre los escombros y la

devastación había caminos (avenidas entre casas que no habían quedado totalmente cubiertas por los montones de escombros y vigas quemadas de los edificios), pero aquel caos no daba la impresión de que allí hubiera vivido en algún momento una enorme cantidad de personas. Algunos edificios aún estaban en pie, edificios de piedra y ladrillo que se habían negado a sucumbir al fuego y al saqueo de los mongoles, pero todo cuanto quedaba de su antigua gloria era una triste lucha por mantenerse en pie, como viejos soldados que, en su lecho de muerte, intentasen ponerse la armadura y levantar la espada por última vez.

Illarion detuvo su caballo.

—Ahí está la puerta sur —murmuró cuando el grupo se detuvo junto a él—. La llamábamos la «Puerta de Oro», y resplandecía a la luz de la mañana. Pero ahora... —La amargura y el dolor eran inconfundibles en su voz.

Cnán volvió la vista hacia el lugar que miraban Illarion y los hermanos y vio la ruinosa majestad de la afamada Puerta de Oro de Kiev. Era alta, construida con piedra roja que con la luz del sol de verano adquiriría el aspecto de un ascua. La furia de los mongoles había dañado mucho el torreón que había junto a la puerta, y una gran parte de la piedra tallada había quedado destrozada durante el sitio, pero incluso desde esa distancia era posible apreciar la belleza conseguida por los artesanos.

Esperaron un largo rato, con Feronantus observando atentamente a Illarion, pero sin entrometerse en sus ensoñaciones. Cnán aprovechó la ocasión para estudiar la ciudad con más atención mientras los demás empezaban a hablar.

—Mi esposa tenía familia aquí —explicó Illarion—. Yo pensaba que... si de alguna manera hubieran sobrevivido, habrían podido prestarnos ayuda, pero... —No concluyó.

—Sobre la colina —dijo Percival acariciando y palmeando distraídamente el cuello de su montura, como una costumbre antigua y arraigada—. Aún hay una iglesia en pie, ¿verdad?

Illarion salió de su ensoñación.

—Sí, Sobor Svyatoi Sofii —respondió, y luego les tradujo el nombre—. La catedral de Santa Sofía.

Roger gruñó al oír el nombre, pero no quiso ir más allá; en lugar de eso miró a Feronantus y esperó para ver qué decía.

El viejo maestro de la hermandad estaba sentado en su caballo como un juez, escrutando las murallas, torres y puertas con la mirada de un hombre que intenta discernir cuál es la mejor ruta para atravesar un territorio en el que, para empezar, no quiere entrar.

La cautela y la preocupación entornaban sus ojos. Después de una larga pausa, habló.

—Illarion, ¿qué hay bajo la iglesia?

El ruteno lo miró, y luego a Percival, antes de contestar.

—Un monasterio. Pechersk Lavra.

—Esta es tu tierra —dijo Feronantus ignorando las miradas de Roger y Cnán—. Y, aunque la ciudad esté en ruinas, esa iglesia aún está en pie y sus piedras deben de tener algún poder. —Sonrió con esfuerzo—. La clase de poder que atrae a peregrinos, penitentes que buscan consuelo tras el paso de los ejércitos del gran kan. Es la clase de lugar que debería visitar un hombre como tú tras pasar por el suplicio que has vivido.

Illarion asintió.

—Sí, ese es un papel que puedo representar.

—Llévate a Raphael, Percival y Roger. Son tu escolta —dijo Feronantus con el plan ya decidido—. Nosotros iremos detrás en cuanto averigüemos la inteligencia de nuestro perseguidor.



LA PELEA EN EL PUENTE

El acólito de Hans les dijo que el sacerdote no iba a visitar a los Hermanos del Escudo solo, sino en compañía de dos caballeros livonios. Su destino quedaba al otro lado del río y más allá de los campos de batalla donde los ejércitos de la cristiandad habían sido derrotados por los mongoles (un camino que, incluso varios meses después, no era seguro para un sacerdote solitario). Como hacían el recorrido a caballo tendrían que ir hacia el oeste (para llegar al puente que habían construido sobre el río) antes de poder dirigirse al norte.

Si querían interceptar al sacerdote, harían bien en conseguirlo antes de que llegara al puente. Hans, con una sonrisa, informó a Kim de que conocía un atajo.

Hans guio a Kim en una carrera pedestre capaz de desorientar a cualquiera a través de lo más sórdido de todos los lugares mugrientos que formaban el grueso de la improvisada aglomeración urbana: pasaron por establecimientos de bebida temporales (se los conocía por la cubierta de lona remendada colgada de cualquier manera entre las ruinas de muros derribados), resbalando y sorteando las acumulaciones de mugre y desperdicios que había esparcidas por su parte de atrás; atravesaron zonas de tiendas hechas con harapos y plantadas prácticamente unas sobre otras; cruzaron campos ennegrecidos en los que aún no había otra cosa que barro y cenizas, llenos con montones de detritos y basura desechados por quienes se dedicaban a recoger lo que nadie quería.

A Kim no le sorprendió la existencia de tales caminos a través de la ciudad; todos los nativos aprendían rápidamente la manera más práctica de ir de un lugar a otro. De hecho, él conocía muchos caminos semejantes a través de Byeokrandu y varias veces había sorprendido a algunos tipos violentos al aparecer delante de ellos cuando creían que lo habían dejado atrás. Seguía a Hans de cerca intentando pisar tras sus huellas, usando los mismos asideros cuando escalaban montones de escombros y basura.

Kim no tardó mucho en empezar a captar atisbos de Pius y los dos caballeros entre la aglomeración de tiendas y sombrajos. Las monturas de sus acompañantes tenían las patas menos torcidas que la mula que montaba Pius. Bajo sus sobrevestes (blasonadas con la cruz y la espada rojas que habían visto en la bandera) los caballeros llevaban cotas de malla que les llegaban por debajo de la cintura. Sus guanteletes eran de cuero endurecido y sus cascos eran cortos casquetes cónicos de metal con refuerzos que recorrían el frontal y se extendían sobre la nariz. Llevaban

espadas al cinto y cada uno una larga lanza, un asta más larga que su bastón y rematada con una hoja puntiaguda de varias pulgadas de longitud.

Kim hizo una seña con la cabeza a Hans cuando el joven redujo un poco su ritmo, señalando hacia delante de ellos en la dirección en que la aglomeración se volvía más rala. El puente, con todos los rasgos característicos de la ingeniería mongola, era un cuello de botella controlado por el kan. A Kim no le sorprendería que cobraran un peaje a todos los viajeros que quisieran pasar por él; Onghwe Kan sabía que la mayoría de ellos se sometería al pago de unas cuantas monedas antes que tener que vadear el río estrecho por sus propios medios. Esos modos de recaudación se habían convertido en una parte esencial del imperio del gran kan. Y en cualquier lugar en que se recaudase dinero había medidas de seguridad (al menos un *arban* de tropas mongolas, que serían mucho más rigurosas en el cumplimiento de sus obligaciones que los perezosos soldados que vigilaban el campamento).

Si iba a alcanzar a Pius tendría que ser antes de que el sacerdote llegara al puente. Hans asintió, haciendo ver que entendía la urgencia y, en consecuencia, cambió de ruta. Tras saltar sobre una hedionda zanja de llena de mierda y orines, bordearon un bosquecillo de ajados pinos que llegaba hasta el camino. Este hacía un quiebro hacia los árboles y había un corto tramo que no era visible desde el puente. Útil por si la conversación no era enteramente pacífica.

Hans, indeciso, se escondió entre los árboles mientras Kim salía al paso a los jinetes que llegaban y plantaba su garrote en tierra.

—Pius —gritó—. Un momento, por favor.

Los tres jinetes se sorprendieron y Kim vio que el caballero de su derecha tenía problemas para controlar su caballo. Los animales eran asustadizos, no habían sido criados para el combate.

—Ki... Kim —dijo el padre Pius—. No he acabado mis encargos. —Sus ojos se movían entre los dos caballeros que lo flanqueaban.

—Sí, Pius, lo sé —contestó Kim—. Cuando hablamos te pedí que entregaras mi nota a los hombres que llevan la rosa roja. —Se acercó varios pasos al trío y señaló con su garrote al caballero de su izquierda—. Aunque ese *mon* es rojo, no es una rosa. No es muy diferente de la cruz que llevas al cuello.

—Ellos..., eh... —El padre Pius jugueteaba nervioso con las riendas de su mula—. Son mi escolta. No todos los caminos son seguros para un hombre de Dios.

—Ya lo veo —dijo Kim. Ahora estaba aún más cerca. Si se quedaba demasiado lejos, los caballeros podrían cargar contra él, y aunque el terreno era suficientemente despejado para poder esquivar sus lanzadas, enfrentarse corriendo a un hombre a caballo era una maniobra estúpida para un hombre a pie. Era mucho mejor mantenerse a corta distancia, donde estar sobre un caballo da menos ventaja. Sobre todo si el caballo no está adiestrado para el combate—. Y cuando has ido a buscar a

esos hombres, ¿solo has pedido su ayuda o has comentado algo más?

Por cómo palideció el padre Pius, Kim dio por contestada su pregunta, pero no dio otro indicio de ello que sostener el garrote con menos fuerza. «El de la izquierda», pensó.

Pius sacudió las riendas.

—Fuera de mi camino —ordenó en tono poco amistoso intentando obligar a su mula a ponerse en movimiento; pero el animal no se movió ni un poco.

El caballero más próximo a Kim se inclinó hacia delante y lo amenazó con la lanza para dar respaldo militar a la orden del sacerdote. Kim levantó rápidamente el garrote mientras avanzaba un paso, y con ello desvió hacia fuera la punta de la lanza. El brazo del caballero quedó encima de la cabeza de Kim, una posición antinatural y peligrosa durante un combate con lanza, y Kim hundió el extremo del garrote en la axila expuesta del hombre montado.

El caballero retrocedió con la lanza balanceándose en su mano repentinamente floja. Intentó volver a apuntar con ella a Kim, y este golpeó fuerte con el garrote hacia la izquierda alcanzando el brazo del caballero; luego volvió el extremo hacia la derecha (mano izquierda adelante y abajo, mano derecha tirando hacia atrás) y alcanzó de lleno un lado de su cabeza.

Todo el movimiento fue tan rápido que pareció una única reacción a la lanzada del caballero. La mula de Pius, aún reacia a obedecer las órdenes de su jinete, dio un respingo sorprendida por la caída al suelo del caballero con un golpe seco acompañado de tintineos. El otro caballero soltó un juramento y picó a su caballo en las costillas en un intento de ponerse en mejor posición. Cargó contra Kim tratando de alancearlo, pero este ya se movía para situar el caballo sin jinete entre ambos.

El caballero siguió alejándose hasta el campo en barbecho que bordeaba el camino para poder volver su caballo con seguridad. Se fue lo bastante lejos para tomar carrerilla y convertir su montura en un arma eficaz. No era una mala táctica.

Kim recogió la lanza del caballero caído y se detuvo un momento para volverse y pinchar a la mula de Pius. No lo suficiente para hierirla, pero sí para hacerla reaccionar. La mula se encabritó y el padre Pius fue a parar al suelo; Kim dirigió su atención al caballero que quedaba.

El caballo del caballero seguía nervioso y, como no inició la carga de inmediato, Kim miró de reojo al caballero al que había desmontado; vio que estaba consciente, se acercó y lo golpeó de nuevo en la cabeza con el extremo trasero del asta. «Quédate ahí».

El caballero dejó su caballo. El animal también era incontrolable y Kim estaba rodeado de cuerpos tirados por el suelo y otros animales. No serviría de nada cargar contra ese revoltijo. Sobre el suelo, al menos, estarían en igualdad de condiciones. Se aproximó a Kim con precaución, con la lanza sujeta de manera que quedaba cruzada

con respecto a su cuerpo, con la base cerca de la cabeza y la punta hacia el suelo. No le pareció una posición demasiado agresiva, así que Kim siguió inmóvil, con la lanza apuntando al adversario que se acercaba. En espera de su siguiente movimiento.

Cuando el caballero llegó más cerca, levantó un poco la punta de su lanza y se impulsó hacia delante apartando a un lado el extremo de la de Kim para despejar el camino y golpear de frente. Kim se movió más deprisa y avanzó hacia el atacante, más allá de la otra punta, muy lenta, que lo habría alcanzado si se hubiera quedado quieto. Volteó su lanza para dirigir un rápido golpe con el extremo del asta a la cabeza del hombre. El caballero se paró en seco echando la cabeza hacia atrás, y el asta de Kim solo lo alcanzó de refilón en el casco. Sus ojos se abrieron como platos al ver dónde tenía la cara, e intentó retrasarla un poco más mientras Kim golpeaba directamente su nariz con el extremo del asta.

El cartílago crujió y la sangre empezó a manar de la nariz rota del caballero. Kim atrasó un paso su pierna izquierda para dejar un poco de distancia entre los dos y volteó otra vez su lanza hasta que chocó con la del otro y clavó su hoja en el suelo. El hombre intentó agarrarse a su arma. Su rostro estaba cubierto de sangre y mocos y enseñaba los dientes como si pudiera espantar a Kim con su monstruosa expresión.

Kim (centrado, tranquilo, preparado) lo miró directamente y luego adelantó las caderas para enviar todo su impulso a su tronco, a sus brazos y a su lanza, que ya se movía en arco. El impacto (en la parte superior de su pecho, por encima de la cruz roja del sobreveste) lo levantó del suelo.

Aterrizó hecho un guiñapo y no hizo por levantarse. Kim arrojó ambas lanzas hacia el bosquecillo, a distancia suficiente para que nadie pensara que eran fácilmente accesibles, y volvió hacia el sacerdote caído.

Pius estaba inconsciente, más por nerviosismo que por cualquier golpe visible en la cabeza, pero todavía respiraba. Kim no perdió más tiempo intentando reanimarlo; ya estaba harto del comportamiento grosero del sacerdote. Buscó en la bolsa del hombre y encontró lo que estaba buscando. De hecho encontró más de uno.

De repente Hans estaba justo a su lado y le tiraba de la manga.

—Los guardias —dijo el joven mientras señalaba. Un puñado de mongoles montados en sus ponis iban hacia ellos desde el puente—. Tenemos que irnos.

Kim manipulaba con urgencia ambos rollos. Ninguno estaba sellado, aunque parecía que uno sí había tenido sello (aún quedaban restos de cera pegados en el borde). Ambos parecían comenzar con las mismas letras. «Kim Alcheon, último de los Caballeros de la Flor, a Feronantus...» —imaginó que decían aquellas palabras. El que no tenía sello parecía escrito apresuradamente, aunque no podía saber lo que decía.

—No hay tiempo —advirtió Hans intentando que le hiciera caso.

Kim cogió al joven por la camisa y le dio los dos rollos.

—La Hermandad del Escudo —dijo reteniendo la atención de Hans. «¿Hay alguien en quien puedas confiar más?»—. ¿Son honorables?

Hans se revolvió sin que lo soltara, claramente más preocupado por la proximidad de los mongoles que por una conversación sobre el honor. Kim lo sujetaba con firmeza.

—¿Te protegerán?

Hans se paró y miró a Kim a los ojos.

—Sí —respondió—. Sí, lo harán.

—Ve entonces —dijo Kim echando un vistazo a los jinetes que se aproximaban—. Llévalos estos mensajes. Uno de ellos es auténtico. El otro no lo es. Ambos pueden ser valiosos para ellos. Lo entenderán. —«Tienen que hacerlo; mi tiempo se ha agotado». Empujó a Hans hacia los árboles—. Corre, Hans. Corre todo el camino.

Una mirada hacia atrás era todo lo que necesitaba Hans para darse ánimo; cogió los rollos de Kim y salió disparado corriendo como un conejo hacia la seguridad del laberinto de chozas.

Kim observó cómo se iba y luego soltó un largo suspiro dejando que toda la tensión escapara de su cuerpo. Se agachó para coger su garrote y mientras se enderezaba se quitó la capucha. Le agradó la sensación del sol en la cara y esperó a que el jefe del grupo de mongoles lo llamara antes de darse la vuelta.

Cuando oyeron la señal (el característico *uiiica, uiuica, uuuica* de la aguja colinegra), Andreas y sus alumnos pararon su entrenamiento. Tras el último visitante inesperado se preocupaban más por la aparición de extraños en el bosque que rodeaba la casa capitular de su hermandad. Con las armas en la mano, fueron hacia la parte delantera del monasterio derruido, sin agresividad, pero con una actitud claramente poco amigable.

De entre los árboles emergió una persona encapuchada que hacía de guía a otra más pequeña. El nombre del centinela era Eilif, un fantasma rubio de los bosques, y su cautivo era un muchacho escuálido, aunque ágil y activo; era un chico diferente de los típicos golfillos que parecía que crecieran de las ruinas como lo hacen las malas hierbas en un campo sin labrar.

—Me ha dicho que tiene un mensaje para Feronantus —informó Eilif cuando el grupo de Hermanos del Escudo se reunió a su alrededor.

—¿Lo conoce? —dijo Andreas mientras observaba al muchacho. No se le había escapado que parecía entender un poco el latín; intentaba aparentar aburrimiento y despreocupación, pero sus ojos los seguían con demasiada precisión. Estaba escuchando sus palabras con atención—. ¿Estaba solo? —preguntó a Eilif.

—Vengo siguiéndolo desde el río.

Andreas asintió. Eilif se tomó eso como una despedida y se esfumó entre los

árboles para volver a su cometido fantasmal de ojo vigilante de la casa capitular.

—Chico —dijo Andreas despertando el interés del joven—. ¿Qué mensaje traes?

—Para el jefe de la rosa roja —respondió el chico titubeando. Y señaló la bandera que ondeaba sobre el monasterio en ruinas.

—Yo soy el jefe —dijo Andreas—. Puedes dármelo.

El chico hizo una mueca y dijo que no con la cabeza.

—Feronantus —dijo sin apearce de su petición.

Andreas se puso en cuclillas y miró de frente al muchacho, intrigado por su persistencia. No sabía que Feronantus no estaba allí, pero conocía lo suficiente de la Hermandad del Escudo para tener claro que Andreas no era el hombre que buscaba.

—¿Quién te envía? —dijo, preguntándose con quién habría hablado el chico. «¿Haakon?». En el campamento mongol seguían rechazando sus preguntas sobre la suerte que había corrido el hermano que faltaba. Habían pasado más de dos semanas desde que el joven guerrero cruzó el velo rojo y nadie había conseguido descubrir qué había ocurrido. El estado de ánimo de los Hermanos del Escudo era cada vez más asesino y Rutger estaba muy ocupado manteniendo a raya su temperamento.

—Caballero de la Flor —contestó el chico, y al ver que el nombre no producía respuesta alguna en Andreas, pasó a ejecutar una exagerada pantomima agitando sus manos a su alrededor.

«Como si estuviera manejando un garrote», advirtió Andreas. El chico no tenía instrucción en ello y su técnica era rudimentaria y desorganizada, pero estaba claro que había visto a alguien cuya habilidad le había causado honda impresión.

—¿Te envía el Caballero de la Flor? —le preguntó.

El chico paró y asintió.

—Feronantus. —Vuelta al principio.

—Puedes decírmelo o no —señaló con una leve sacudida de cabeza—, pero no vas a acercarte más a nuestro campamento.

Esa afirmación afectó mucho al chico, y su semblante duro comenzó a amenazar con resquebrajarse. Miró al bosque que tenía detrás y luego otra vez a la bandera. Cuando sus ojos volvieron al rostro de Andreas, su expresión se había ablandado, y una parte de la ferocidad había desaparecido de su mirada.

—Proteger... —Señaló a la bandera y luego formó un círculo con los dedos. Lo colocó sobre su corazón—. ¿Protección?

Los hombres murmuraron entre ellos.

—Por la Virgen —exclamó uno de ellos, y Andreas mantuvo una expresión neutra mientras miraba al hombre que tenía al lado—. Ve a traer a Rutger —dijo en la lengua del norte, que el chico no conocía—. Y un poco de comida —añadió fijándose en cómo se veían las costillas del chico a través de su camisa andrajosa.

—¿Dijo que Kim, el Caballero de la Flor ese, lo había enviado?

Rutger seguía inspeccionando con atención los dos mensajes. Ambos habían sido escritos por la misma mano y ambos llevaban el mismo destinatario y la misma firma. La diferencia estaba en lo que decían.

Andreas asintió.

—Él dijo que se suponía que solo debía de haber un mensaje. Kim le pidió que entregara los dos. Uno sería auténtico; el otro, falso, y nosotros sabríamos cuál era cada uno.

Rutger levantó la vista y la dirigió hacia donde el chico (Hans, como por fin había conseguido averiguar Andreas) seguía trabajando con fruición en los muslos y las alas de un urogallo que le habían dado.

—¿Crees que sabe lo que dicen los mensajes?

—No lo creo. Ha dicho algo de una pelea; cerca del puente. Entre Kim y un par de escoltas. —Se señaló el pecho—. Ha dicho que eran caballeros livonios, pero cuando le he preguntado cómo lo sabía me ha dicho que llevaban una cruz roja y una espada en las sobrevestes.

—Mierda —dijo Rutger—. Creía que habían abandonado la cruz y la espada al unirse a los Caballeros Teutónicos. ¿Por qué llevan esos colores? —Miró el mensaje que tenía en la mano izquierda; el que habían decidido que era falso—. ¿Crees que lo escribieron ellos?

—Lo creo —respondió Andreas—. ¿Para qué iban a escoltar a un mensajero si no era porque querían asegurarse de que nos llegara este mensaje? —«Vuestro hermano está muerto, decía el mensaje. Yo vi cómo lo mataban los mongoles después de su victoria».

—¿Crees que saben algo de Haakon?

—Quizá —dijo Andreas encogiéndose de hombros—. O quizá no. Podrían estar simplemente sembrando cizaña. No lo sabremos hasta que vayamos allí y nos enteremos.

Rutger dijo que no con la cabeza.

—No podemos correr ese riesgo. Esa podría ser exactamente la clase de reacción que esperan provocar. El chico llegó aquí buscando a Feronantus, y sabía lo suficiente para darse cuenta de que le estabas mintiendo. Tenemos que permanecer aquí; tenemos que proteger el secreto de la partida de caza de Feronantus.

Andreas emitió un ruido con la garganta que sonó a evasiva. Cuando Rutger repitió su última afirmación, se animó como volviendo de un trance.

—Sí —dijo un poco secamente—, lo sé. Pero esos livonios son otra cuestión, en especial si llevan el emblema rojo de la cruz y la espada. No se están escondiendo entre los teutones. ¿Quién está al frente de ellos? ¿Es alguien que de verdad conoce a Feronantus de vista? ¿Y si deciden hacernos una visita? —Señaló con un movimiento

de la mano la casa capitular que estaba tras ellos—. ¿Y qué hay de ellos? ¿Durante cuánto tiempo vamos a poder tenerlos aquí fingiendo que solo les faltan unos días más de entrenamiento para estar preparados?

Rutger arrugó el falso mensaje.

—No lo sé.

—El kan se va a aburrir, si no lo está ya —advirtió Andreas—, y va a ordenar a su ejército que se ponga en marcha. No podemos seguir ocultos aquí esperando a que suceda un milagro.

Rutger se volvió rápidamente hacia él.

—¿Qué quieres que haga? —le espetó en voz bastante alta y áspera—. ¿Los azuzo contra una horda que los supera en número por diez a uno? Acabará sucediendo, así que ¿de qué sirve seguir esperando? ¿Es eso?

—No —respondió Andreas sin alterarse—. Siempre es mejor evitar un enfrentamiento que lanzarse a él. Pero eso no implica que nos quedemos sentados sin hacer nada. —Miró hacia Hans—. Kim quiere reunirse con nosotros. —Sonrió—. Por la descripción del chico, parece como si fuera uno de los campeones del kan. Tenemos que lanzar un desafío. Aún están en curso los combates de calificación, aunque la palestra esté cerrada. Necesitamos dirigir la atención del kan hacia esos combates; incluso ofrecer alguna clase de combate de exhibición. Estoy seguro de que no costaría mucho convencer al kan para que pruebe a otro de sus luchadores contra nosotros. —Andreas hizo un gesto con los hombros—. Además, quiero conocer a ese Caballero de la Flor. Suena a desafío. Me estoy hartando de repartir leña a tus alumnos.

Cuando los guardias lo echaron dentro de la misma jaula de Zug, el nipón se levantó de su estera y fue a inspeccionar las heridas de la cara de Kim.

—Confiaste en el hombre equivocado —gruñó sentándose en cuclillas.

Kim se volvió boca arriba y se quedó quieto mirando el techo oxidado de su jaula.

—Sí y no —fue su enigmática respuesta.

Movió la lengua por el interior de su boca comprobando el estado de su dentadura. Los mongoles no le habían dado demasiado (a fin de cuentas, habían visto y apreciado cómo daba cuenta de dos caballeros de una de las órdenes militares de la cristiandad), pero estaban obligados a aplicarle alguna clase de castigo por estar tan cerca del río.

—¿Ha merecido la pena? —preguntó Zug.

Kim se encogió de hombros.

—Ahora estoy atrapado aquí contigo —dijo—. Debería haberlo pensado más.

Zug gruñó y le dio una suave patada camino de su estera. Su fuerza estaba volviendo, aunque demasiado despacio para su gusto (o el de Kim).

Kim ignoró a Zug, cerró los ojos y dejó que su respiración se fuera desacelerando. Le dolía un poco el bajo vientre y probablemente mearía sangre durante los próximos días, pero se le pasaría. Podía mantener la paciencia un rato más; ya había esperado mucho tiempo.

—Dos —murmuró cuando empezaba a relajarse.

—¿Qué? —gruñó Zug.

—Derribé a dos francos con armadura. —Kim sonrió—. No llegaron a tocarme. Cuando te sientas lo bastante fuerte quizá te enseñe cómo se hace. —Resbaló poco a poco hacia el sueño mientras Zug soltaba una elaborada serie de maldiciones en su lengua.

«Sin duda está mejor...».



LAS SUTILEZAS DE LA LUCHA

El maestro Chucai los dejó y volvió a Karakórum. Con sus ropajes negros ondeando tras él, parecía un cuervo gigante agarrado a su caballo, con las garras hundidas en la carne del animal. Lian y Gansuj cabalgaron en silencio dejando que los caballos escogieran el paso. Ninguno de ellos tenía muchas ganas de volver al agitado enjambre que era la corte imperial.

—Para. Mira —dijo Lian cuando llegaron a la vista de las murallas. Le tocó el brazo, lo sacó de su enloquecedoramente enrevesada ensoñación y señaló una extensa aglomeración de tiendas de colores que había junto a la puerta más cercana—. Los comerciantes que han venido para el festival. Pensemos en alguna otra cosa durante un rato. —Sus labios se separaron y Gansuj volvió a ver sus dientes como en un destello. Ella sacudió las riendas de su caballo—. Si vas a enfrentarte a Ogodei, quizá sería mejor que encontrásemos ropas adecuadas.

—Tengo...

Pero ella ya iba por delante, y él se quedó sentado en su caballo, rechinando los dientes. Nunca la entendería. Su mente le era demasiado extraña, demasiado rara en su manera de saltar de un asunto a otro. Él no podía desentenderse de las cosas con tanta facilidad como ella, y otras cuestiones que a él le parecían carentes de sentido e inútiles eran de una importancia capital para ella.

El viento, cargado con la risa de Lian, se arremolinó a su alrededor. Gansuj lanzó una maldición y luego hizo que su caballo diera una vuelta completa y saliera al trote. «¿Por qué no? —dijo su racionalidad—. Si me van a exiliar por mi fallo, no estaría mal llevarme una camisa limpia o dos». Rió mientras cabalgaba tras Lian, inseguro de cómo reaccionar tanto ante esa idea como ante el hecho de que entendía el pensamiento cortesano mejor de lo que le gustaría admitir.

Las caravanas no se habían molestado en entrar en la ciudad. Los camellos y los animales de carga se habían detenido junto a la puerta este, y los comerciantes habían plantado sus puestos en medio del camino. Su manera de vestir no le resultaba familiar, y se quedó embobado mirando sin disimulo la llamativa vestimenta de los hombres: brillantes pantalones de seda de colores chillones con tejidos y colores totalmente distintos en la parte superior, camisas abullonadas en mangas y cintura, chaquetas con vuelo y cuello alto y cerrado que cubrían todo el cuerpo... ¡Y las mujeres! Parecía que algunas no llevasen ropa alguna, o lo que llevaban era ceñido y

oscuro, o brillante, translúcido y en continuo movimiento como un remolino a su alrededor. Muchas de ellas iban descalzas y llevaban pesadas joyas: anillos o pulseras en muñecas, cuello o tobillos. Sobre sus pechos colgaban guirnaldas de monedas como las lamas de las lorigas. Los hombres se vestían de blanco con mayor frecuencia que las mujeres. De sus cinturones colgaban cascabeles de plata, y el agudo sonido al ritmo de sus andares de las joyas, monedas y cascabeles añadía un melódico tintineo a la algarabía del bazar.

Gansuj dejó que el caballo siguiera su camino entre la multitud y se descubrió preguntándose si alguna vez Lian llevaría adornos como esos.

En algún lugar más adelante, a la sombra de la muralla, unos músicos estaban tocando. La música, extraña y libre, era un fondo exótico para la cacofonía de gritos, discusiones y regateos. Los olores eran aún más extraños, y el estómago de Gansuj empezó a sonar respondiendo a los grasientos efluvios del cordero hervido y el pollo asado, junto con el olor de la sangre de docenas de corderos recién degollados: el embriagador y casi apabullante ambiente de un bazar. Sin otra cosa que hacer, se preguntó si su estómago podría resistir alguna de las comidas que vendían en los tenderetes provisionales. Acababa de acostumbrarse a las variadas comidas de la corte.

—Son persas. —Lian estaba de repente junto al codo izquierdo de Gansuj. Se había recogido el pelo en un moño bajo sujeto con una peineta lacada.

—Persas —dijo él entre dientes. Persia era un lugar muy grande—. ¿De qué parte de Persia?

—Del Imperio corasmio —le respondió Lian.

—Ah, sí; el que conquistó Gengis.

Lian frunció los labios, pero sus ojos reían.

—Gengis Kan conquistó muchos imperios —dijo.

—Sí —replicó él, súbitamente cansado de que siempre hiciera de maestra—. Y algunas veces es difícil recordarlos todos. —En cuanto acabó de pronunciar esas palabras, deseó poder borrarlas.

El buen humor desapareció de los ojos de Lian y le espetó algo en su lengua nativa, una lengua que sabía muy bien que él no entendía. Antes de que pudiera responder, ella picó a su caballo con la rodilla y se introdujo entre la multitud. Quiso seguirla, pero un estrépito de objetos de metal asustó a su caballo. Cuando consiguió calmarlo y abrirse camino, Lian ya se había esfumado.

Gansuj se quedó mirando con tristeza en la dirección en que se había marchado esperando llegar a verla. «Su gente pertenecía a uno de esos imperios». Él suspiró y buscó a su alrededor el origen del estrépito que había asustado a su caballo. Necesitaba una distracción; necesitaba tiempo para que su mente deshiciera la maraña de nudos que la oprimían.

Bajó del caballo y llevó al animal entre la gente buscando a Lian con poco entusiasmo. Más bien anduvo vagando, tratando de perderse en el bazar; intentando dejar su mente en blanco. No tardó en estar rodeado por rostros oscuros y sonrientes, con grandes narices aguileñas y ojos negros y vacíos, que le ofrecían joyas, carnes o jarras de vino, cerveza o *arji*.

Su estómago por fin había decidido que podría tolerar un poco de carne, y cuando Gansuj se detuvo para orientarse, rodeado por una densa nube de aromas de sabrosas comidas y especias, su mirada se cruzó con la de un vendedor que le hacía señas para que se acercase. Este era un hombre más tranquilo, que no se movía de al lado de su puesto de comidas; también era de piel oscura, pero su nariz era más ancha y su barba más poblada, y se dirigió a Gansuj farfullando y acompañando sus palabras con rápidos gestos. El hecho de que Gansuj no tuviera ni idea de lo que decía aquel hombre carecía de importancia. A su lado, sobre una base baja, había un recipiente de piedra lleno de carbones encendidos. Suspendidos encima en un improvisado soporte de alambre había cerca de una docena de espetones de madera llenos de carne, y mientras farfullaba (Gansuj se dio cuenta de que en realidad estaba regateando) movía y giraba los espetones sin mirarlos.

El vendedor alzó la mano como ofendido y le hizo una seña de que se fuera cuando intentó comprar solo uno. Su estómago gruñó de decepción, así que Gansuj se quedó con dos. Tal vez consiguiera ponerse enfermo a modo de penitencia. «Pollo — pensó cuando cogió un trozo de carne con los dedos, se lo introdujo en la boca y lo masticó—. Un poco pasado», fue su dictamen. Pero las especias no tardaron en alejar sus pensamientos de la edad y la naturaleza correosa de la vieja ave.

El picor comenzó en la punta de la lengua, y antes de que pudiera acabar de tragar el primer trozo, su garganta ardía. Cuando se llevó los dedos a la cara para secar sus ojos llorosos se dio cuenta de que con ellos había sacado el trozo de carne del espetón; demasiado tarde. Había extendido la especia por sus párpados y mejillas y apenas podía ver.

El vendedor se rió de él con unas carcajadas como rebuznos a pleno pulmón que no cesaban. Gansuj le enseñó los dientes, se limpió los ojos con la manga e introdujo con arrojo otro pedazo de carne en su boca. Su garganta se colapso por la súbita conmoción de tener que enfrentarse a más guindilla, pero apretó los músculos de la mandíbula, masticando y tragando con la frenética determinación de un demente. No estaba dispuesto a escupirlo.

Mientras se alejaba del vendedor con su caballo, sujetando con una mano las riendas y con la otra el espetón, entró en un estrecho callejón y descubrió una pequeña plaza llena de puestos donde vendían toda clase de enseres domésticos: alfombrillas, utensilios de cocina, platos... Los materiales abarcaban desde los juncos utilizados para tejer complicados cestos hasta el brillante latón pulido convertido en

copas y cuencos.

Con la boca aún en llamas, Gansuj se enrolló las riendas en el antebrazo y luego se agachó para coger una copa ridículamente grande con piedras exóticas engastadas en sus lados.

—Agua —dijo con dificultad, y el flaco vendedor, sonriendo al ver el pincho de carne en su mano izquierda, sacó un pellejo de debajo de su mesa.

Cuando Gansuj acabó de diluir el fuego de su boca intentó devolver la copa, pero el vendedor la rechazó con un gesto. Hablando un mongol muy cantarín, el vendedor lo informó de que ahora la copa le pertenecía. Había bebido de ella, ¿verdad? ¿Quién iba a querer comprar una copa usada? Cuando Gansuj intentó ignorarlo y volvió a colocar la copa en el tapete, el tono del vendedor se volvió iracundo y sus gestos se ampliaron. ¿Pensaba Gansuj que solo porque los mongoles habían conquistado todo el mundo conocido podían coger lo que desearan cuando quisieran sin pagarlo? ¿Por qué no se limitaba Gansuj a matarlo allí mismo y le ahorraba la humillación de robarle el trabajo de toda su vida? Y vuelta a empezar, aún más fuerte.

Gansuj suspiró y sacó algunas monedas de su bolsa. Entre aquellos mercachifles sinvergüenzas no estaba en su terreno. De pronto le vino a la cabeza el enorme abismo que separaba la vida en la corte y las ciudades de la vida en la estepa, y pensó que él nunca podría encajar de verdad en la primera. «De todos modos, este vendedor no es peor que nuestros tratantes de caballos».

Deprimido, convencido de que debería haber sido más sensato y cargado ahora con una enorme copa de metal, además de un pincho y medio de carne especiada para el que ya no tenía estómago, tiró con el brazo de las riendas y se encaminó hacia la puerta de Karakórum.

Al pasar el pabellón situado bajo las murallas en el que actuaban unos músicos, se paró a mirar. Media docena de hombres tocaban instrumentos vagamente parecidos a algunos que conocía, aunque más redondos y largos y con más cuerdas o tubos de los que estaba acostumbrado a ver. Sus canciones eran variadas y rítmicas, llenas de sinuosas melodías que le recordaron el canto del viento en las praderas. Se encontró clavado en el sitio y ni siquiera se dio cuenta de la presencia de la joven con pantalones de seda azul claro hasta que ella se plantó firmemente, con los brazos cruzados, delante de su caballo. El animal resopló y se paró en seco, y luego sacudió la crin con irritación.

Tras haber atraído la atención de Gansuj, la chica se movió rápidamente unos pasos y se puso frente a él, juntó las manos por encima de la cabeza con los brazos en arco y empezó a contonearse al ritmo de la música. El cinturón que llevaba estaba lleno de cascabeles de plata, y Gansuj se alegró al darse cuenta de que eran como los que había oído poco antes. Los músicos, en respuesta al movimiento de sus caderas, aceleraron el tiempo, y ella respondió a su vez flexionando el cuerpo y remolineando

alrededor de Gansuj como una tormenta de seda de colores.

Alguien empujó una banqueta hasta las piernas de Gansuj y él se sentó con pesadez mientras la muchedumbre reunida a su alrededor empezaba a acompañar la música con palmas. El caballo resoplaba y bufaba con los ojos como platos, y Gansuj le acarició un flanco para evitar que soltara una coz e hiriera a alguien.

La mujer sacó un largo pañuelo de seda roja y lo pasó sobre el hombro izquierdo de Gansuj. Despacio, empezó a hacerlo correr de un lado a otro sobre su cuello. Acercó su cara a la de él y puso una larga uña bajo su barbilla. Sus ojos tenían un color entre verde y avellana y estaban perfilados con un color a juego con sus ropas azules. Le dedicó un exagerado guiño y, cuando Gansuj rió, levantó el pañuelo rojo por encima de su cabeza y lo tensó. Siguiendo el ritmo de la música y las palmas, sacudía las caderas de atrás adelante y de izquierda a derecha haciendo que los cascabeles de su cintura bailaran y repiquetearan. Gansuj no podía apartar los ojos de la delgada cintura de la mujer. Ella sonrió con complicidad y le hizo señas con un dedo invitándolo a levantarse y a seguirla. Mirando por encima del hombro para ver si todavía la observaba, empezó a desplazarse hacia una pequeña tienda marrón plantada detrás de los músicos.

Gansuj sonrió y se puso de pie, y se encontró el camino cerrado.

—La cultura persa es fascinante, ¿verdad? —Lian tenía los brazos en jarras. La sonrisa de Gansuj perdió firmeza.

—Yo...

—¿Tú?

—Ella...

—Ella ¿qué?

Gansuj miró por encima de la cabeza de Lian. La mujer de azul estaba de pie a la entrada de la tienda marrón. Dirigió a Gansuj una mirada de desencanto haciendo un mohín con el labio inferior y abrió por completo la cortina de la tienda.

—Ella... lleva cascabeles.

Lian lo fulminó con la mirada. «¿Ella lleva cascabeles?».

Gansuj dejó inmediatamente de mirar a la bailarina.

—Cascabeles... que te sentarían mejor a ti. —Su sonrisa volvió a aparecer.

—Ay, por todos los cielos. —Lian puso cara de desesperación—. Te dejo solo para...

—Tenía hambre —dijo Gansuj intentando desviar la conversación. Se acordó de los espetones y le ofreció uno.

—Eso ya lo veo. —El mismo tono gélido.

—Creía que tú...

—Lo he hecho —respondió ella secamente.

Gansuj se dio cuenta de que Lian tenía entre las manos un corte ancho de tela, y

cuando la miró sin entender nada, ella soltó un ruidoso bufido, se lo tiró a los pies y se perdió entre la multitud.

Más confuso que nunca, miró la copa y los pinchos de carne que llevaba en las manos y por fin puso la carne en la copa para poder agacharse y coger la tela.

Era una túnica de seda, azul como el cielo de verano. El delantero estaba cubierto por un complicado dibujo de ramas de árbol entrelazadas bordadas con hilo rojo y dorado. En los extremos de las ramas había pequeños pájaros en nidos, y escondidas entre una maraña de zarzas vio afiladas caras de lobos. Era la prenda más bonita que había visto en toda su vida.

Tras una noche de sueño agitado, Gansuj no había avanzado ni un paso hacia la solución de los misterios que seguían irritándolo. No era más capaz de entender la depresión y la locura del *kagan*, ni de saber cómo establecer contacto con ese hombre perdido en el estupor de la bebida. Lian estaba enfadada con él, y aunque él sabía que no debía importarle lo que pensara una esclava china, su mente no paraba de agitarse con la confusión y la frustración que ella le provocaba.

Por no hablar de la caja lacada. Tenía que haber una forma de abrirla, porque podría romperla sin más con el pomo de su espada, pero eso quizá destrozaría lo que hubiera dentro. Seguía siendo un misterio tentador, un símbolo de su incapacidad para penetrar la complejidad de un problema aparentemente sencillo.

Había dejado la caja en su habitación, escondida en el bolsillo interior de la prenda que le había comprado Lian. Luego había salido de la habitación en un intento de alejar a ambas de su mente. La túnica estaba colgada detrás de una mampara de papel. Escondiendo todos sus secretos.

Mientras paseaba por el complejo palaciego, Gansuj no podía olvidar las palabras con que se había despedido el último día el maestro Chucai: «Simplemente necesitas permiso, y no de mí ni del *kagan*».

«¿De quién, entonces? ¿Y qué clase de permiso?».

En la estepa no necesitaba que nadie le diera permiso. Él era el responsable de su propia vida. Incluso cuando viajaba con otros hombres del clan, cada uno sabía ocuparse de sí mismo y de los que dependían de él para su seguridad y su subsistencia. No hacía falta que les recordaran ni ordenaran nada. En un *arban*, cada hombre respondía ante los demás del grupo, y el comandante de su *arban* respondía ante el comandante del *iaghun*. Los comandantes de *iaghun* respondían ante el *noyon* de su *minghan*, y así sucesivamente hasta el propio *kagan*. Era una cadena de mando simple que había demostrado su efectividad a lo largo de muchas campañas militares.

Pero, si se suponía que no tenía que seguir esa cadena de mando, ¿ante quién debía responder?

Era un acertijo imposible. Gansuj no podía creerse que el maestro Chucai perdiera

el tiempo con semejantes juegos. Quería que Gansuj descubriera una nueva manera de ver algo (uno de los puntos recurrentes en las lecciones de Lian era que resultaba más fácil recordar una lección aprendida por uno mismo que una enseñada por otro) y estaba seguro de que Chucai la había agobiado con ese mismo aforismo cuando era su alumna. Esa clase de puñaladas intelectuales iban pasando de maestro a alumno generación tras generación.

«¿Quién había sido el maestro del maestro Chucai? —se preguntó. Chucai fue consejero de Gengis Kan; estaba allí cuando el padre de Ogodei Kan construyó su imperio—. ¿Quién lo había instruido? —se cuestionó Gansuj, y luego otra pregunta se formuló sola—: ¿A quién pidió permiso Gengis Kan?».

«No lo hizo. —Pero esa no era toda la respuesta. Había conseguido el apoyo de los clanes. ¿Les había pedido permiso? No, habían acudido a él—. ¿Por qué?».

Mientras rumiaba esa pregunta se dio cuenta de que estaba pasando junto a las dependencias de la guardia de día, alertado inconscientemente por los quejidos de esfuerzo y los golpes de cuerpos contra cuerpos y contra el suelo de tierra apisonada. El ejercicio de lucha de la mañana. Gansuj ya los había estado observando varias veces antes; cuando estaban empezando su instrucción, Lian le sugirió que se hiciera amigo de alguien de la guardia imperial porque eso facilitaría su estancia en la corte. Él no había hecho nada al respecto todavía con la excusa de que, al haber provocado la ira de Munojoi en varias ocasiones, existía la clara posibilidad de que ir a ver a la *torguud* fuera una maniobra más insensata que inteligente, pero ahora, con la cuestión del origen del poder de Gengis Kan en la mente, reconsideró su postura con respecto a la *torguud*.

Munojoi podría ser capaz de imponer una cierta autoridad a la guardia de día en virtud de su rango, pero teniendo en cuenta la reacción que había provocado en la *jevtuul* (la guardia de noche) tras el incidente del jardín, Gansuj sospechaba que Munojoi no contaba con mucho afecto. El *iaghun* de Munojoi solo era una parte de toda la *torguud*, y era probable que el resto de la guardia de día sintiera la misma falta de respeto por el cruel comandante.

Entre guerreros, el respeto se ganaba con dificultad y se perdía fácilmente. Solo había un puñado de caminos por los que un hombre podía ganarse y conservar el respeto de sus iguales. La lucha era uno de ellos.

El campeón de lucha de la guardia imperial era en ese momento Namjai, un luchador alto y corpulento que, como había visto Gansuj, invariablemente se echaba a reír y sonreía de oreja a oreja como un demonio en cuanto su rival daba la menor muestra de nerviosismo. Algunos se rendían en el mismo momento en que empezaba a sonreír al darse cuenta de que ya habían mostrado demasiada debilidad. Otros aguantaban más, hasta que Namjai los atrapaba en un abrazo de oso y empezaba a cacarear junto a su oído. Gansuj no estaba seguro de cómo reaccionaría a la maniobra

de Namjai, pero quería averiguarlo. Quería saber qué hacía falta para hacer que la cara del luchador cambiara de expresión. Quería saber qué hacía falta para ganarse el respeto de ese hombre.

Gansuj no era ajeno a la lucha. La guardia personal de Chagatai organizaba combates con regularidad y él había ganado unos cuantos. Pero había una diferencia entre las reglas aplicadas por los guardias de Chagatai y las de la *torguud*. En la pista de Karakórum los luchadores no podían agarrar las piernas de su adversario. Los luchadores solo podían coger los brazos o el torso de sus adversarios para conseguir derribarlos. Se perdía un combate cuando el torso, un codo o una rodilla de un luchador tocaba el suelo.

Desnudo de cintura para arriba, Gansuj miraba con recelo cómo Namjai dedicaba un momento al público reunido antes de entrar en la zona señalada para la lucha. El luchador se aproximó a Gansuj con un leve indicio de sonrisa asomando en las comisuras de su boca. Namjai era más alto y más pesado que él, pero su actitud era tensa; sus caderas y muslos se movían como enormes columnas de hueso y músculo. Gansuj era más rápido y ágil, y cuando Namjai tensó su cuerpo y echó las manos hacia delante, él solo tuvo que agacharse hacia un lado para evitar la gran pinza del campeón. Se acercó, intentando conseguir una presa de cabeza.

El campeón resistió, y mientras estaba tirando hacia atrás, Gansuj lo soltó y utilizó las dos manos para darle un fuerte empujón en el pecho. Namjai trastabilló hacia atrás agitando los brazos para mantener el equilibrio. Habría sido muy fácil agacharse, coger a Namjai por los muslos y tumbarlo, pero Gansuj se contuvo. Era la corte de Ogodei y tenía que vencer con las reglas de la *torguud*.

La sonrisa de Namjai se extinguió y sus manos se flexionaron peligrosamente cuando recuperó el equilibrio. El campeón observaba a Gansuj con cautela, fijándose más en lo que hacía. Con una leve inclinación de cabeza, Namjai reconoció el primer ataque de Gansuj; aunque Gansuj perdiese la pelea, los dos sabían que, con otras reglas, Gansuj habría vencido.

Namjai volvió a avanzar y Gansuj arqueó un poco la espalda encogiendo los hombros para dar la impresión de que no iba a atacar. Una posición pasiva. «Estoy a la defensiva. Que Namjai haga el primer movimiento». Dada la diferencia de peso entre ellos, era improbable que Gansuj pudiera superar al campeón en fuerza muscular, pero podía volver el asalto de Namjai contra él. Si el hombre más grande se lanzaba a agarrarlo, él podía hacer un giro y controlar la caída para que los hombros de Namjai tocasen el suelo primero. Giró un poco las caderas retrasando el pie izquierdo unas pocas pulgadas.

Namjai saltó hacia delante.

Un grito brotó del público, un muro de sonido que ascendió y calló cuando Gansuj y Namjai rodaron por la tierra apisonada. Ya había visto a Namjai cargar

contra otros adversarios; había visto la fuerza del ataque de Namjai cuando trituraba las defensas de los tontos que creían que podrían resistir semejante impacto. Pero Gansuj no intentó detener a Namjai.

En lugar de eso recibió el ataque de Namjai con un abrazo de oso, y se quedó sin aliento cuando recibió en el pecho todo el impulso del campeón. Iba a caer, y forzando un giro del torso se impulsó hacia arriba con el pie derecho. De repente los dos estaban en el aire, casi perpendiculares al suelo. La sonrisa de Namjai desapareció cuando se encontró mirando con sorpresa el cielo, desconcertado por el súbito cambio de perspectiva.

El campeón reaccionó, más por instinto que conscientemente. En plena caída, se dobló rápidamente contra Gansuj y consiguió colocar sus pies por debajo de él. Aterrizó en cuclillas soportando todo el peso de Gansuj sobre su pecho. Gritó cuando su espalda se curvó dolorosamente; Gansuj, rugiendo por su fracaso, apretó los brazos e intentó encontrar la manera de hacer palanca para empujar a Namjai un poco más. Estaba sorprendido de que este hubiera conseguido plantar los pies; ¡ese hombre era inhumano! Ambos se esforzaban, pero ninguno era capaz de mover al otro. Gansuj solo oía sus dientes rechinando y el aire escapando entre los labios apretados de Namjai. El público había quedado en silencio.

Sus miradas se encontraron y Gansuj vio que Namjai también era consciente del silencio. Miró a su alrededor y cuando reparó en el círculo de espectadores se dio cuenta de que había un hueco en la multitud. Namjai también lo vio, y, sin dudarlo, ambos soltaron su presa y se separaron.

En el círculo de espectadores de la *torguud* se abrió un hueco que rápidamente se llenó con un séquito de criados y cortesanos, que en el último momento se separaron para formar dos barreras protectoras. Entonces apareció el *kagan* con sus criados más próximos y sus chambelanes. A la derecha del *kagan* había un hombre extraordinariamente bajo que sostenía en alto una bandeja con diminutas copas de plata.

Ogodei Kan tenía una copa en la mano y se secaba los labios con la manga.

—No os detengáis por mí —dijo en voz muy alta—. Gansuj, casi habías vencido a nuestro campeón.

Gansuj y Namjai, tras hacer una reverencia cuando de pronto apareció el *kagan*, estaban ahora plantados con muy poca gracia en el centro de la pista. Gansuj apenas tenía la fuerza necesaria para levantar los brazos, y le dolían los dientes de tanto que había apretado la mandíbula. La cara de Namjai brillaba por el sudor y su cabello estaba enmarañado y pegado a la cabeza. Jadeaba y no parecía tener prisa por reanudar el combate. Gansuj se secó la frente del sudor que estaba empezando a entrarle en los ojos, y luego juntó las manos e hizo otra reverencia ante el *kagan*. Se quedó inclinado hacia delante intentando llamar la atención de Namjai con un leve

movimiento de cabeza. Namjai juntó las manos con una palmada e hizo otra reverencia.

—¿No? —Ogodei Kan estaba alegre por el vino y aceptó de buen grado su negativa—. Dejaremos la revancha para otra ocasión. Ahora —dijo señalando a dos hombres que estaban en extremos opuestos de la pista— vosotros dos. Luchad para mí.

Gansuj y Namjai se retiraron mientras los dos guardias elegidos doblaban las rodillas y agitaban los brazos imitando al halcón, la manera tradicional de comenzar un combate. Llegaron al centro, se doblaron hacia delante y bajaron los brazos en posición de lucha. Así permanecieron a la espera de la orden del *kagan*.

—¡Ya! —bramó Ogodei Kan.

Fuera de la pista, sacudido por hombres que le daban palmadas en la espalda y los hombros en reconocimiento de un combate bien llevado, Gansuj se esforzaba por recuperar el resuello. Mientras el resto de los hombres miraba a los dos nuevos luchadores, él no quitaba ojo al *kagan*.

El hábil sirviente bajito mantenía la bandeja en movimiento, saltando y girándola sin esfuerzo con cada movimiento del *kagan* para mantener el suministro de copas llenas a su alcance. Ogodei las vaciaba de un trago y las colocaba boca abajo en la bandeja con un golpe. El criado se encogía cada vez, pero mantenía la bandeja levantada y en movimiento. Gansuj se preguntó qué iba a suceder cuando todas las copas estuvieran del revés. ¿Pararía de beber el *kagan*? A juzgar por su balanceo inconsciente y por la estridente manifestación de su humor, probablemente no sería ese el caso. De hecho, posiblemente aquella no era la primera bandeja de copas.

Cuando el *kagan* volvió a empinar el codo, Gansuj miró al público para ver si alguien más prestaba atención a la forma de beber del *kagan*, y le alivió comprobar que todos estaban concentrados en el combate. Todos menos Namjai.

El campeón de lucha sintió la mirada de Gansuj y miró por encima del hombro. Sus ojos se encontraron con los de Gansuj durante un instante, y luego se volvió y se abrió paso a empujones entre la multitud. Pero era demasiado tarde: Gansuj había visto su expresión. El hombre grande había perdido la sonrisa y su rostro era una máscara de indignación y abatimiento.

El *kagan* no buscaba, ni siquiera necesitaba, el permiso de sus súbditos, pero sí necesitaba algo: respeto. Que se ganaba con dificultad y se perdía con facilidad.

Un chillido se elevó desde la multitud cuando uno de los luchadores venció al otro al derribarlo sobre manos y rodillas. Su adversario lo ayudó a levantarse mientras el *kagan* manifestaba su aprobación con un rugido.

—¡Vamos a comer y beber esta noche! —gritó—. Un banquete para nuestros luchadores.

Tambaleándose, miró el mar de caras que lo rodeaba, y Gansuj se agachó detrás

de un grupo de guardias fuera de servicio. Se sonrojó por la vergüenza de esconderse, pero aún más por no querer que lo vieran al lado del *kagan*.

Estaba empezando a entender el enigma del maestro Chucai. No bastaba con que Ogodei dejase de beber. Todo el imperio corría el riesgo de envenenarse con la falta de respeto.

El *kagan* estampó otra pequeña copa sobre la bandeja. «¿Cuántas de esas se beberá en un día?», se preguntó Gansuj, y de repente se le ocurrió una idea.

«Una copa —pensó—. Una en lugar de docenas».

Era una idea absurda, pero podía funcionar.



POR ENCIMA DE LOS ESCOMBROS Y ATRAVESANDO LAS RUINAS

Las murallas que rodeaban Kiev eran un cascarón desmoronado, pero la Puerta de Oro conservaba en gran medida su porte majestuoso aunque solo fuera por sus inmensas proporciones. Cuando Raphael la cruzó con Percival, Roger e Illarion, pudo sentir, aunque nada más durante unos instantes, lo que había sido la ciudad antes de la llegada de los mongoles. Luego dejó atrás la puerta y ya únicamente vio ruinas.

Por el este flanqueaba la ciudad el Dniéper, que serpenteaba de norte a sur. Por encima se alzaban un par de colinas, y en la más alta de las dos se mantenía en pie una estructura con paredes blancas, con una finalidad religiosa evidente, con grandes ventanas en arco que brillaban incluso bajo el cielo plomizo. A los ojos de Raphael su estilo se parecía mucho al de una iglesia bizantina, con algunos detalles rutenos.

Una calle (ahora solo un pasadizo que zigzagueaba entre las avalanchas de escombros de los edificios derruidos) quedaba delante de ellos. Hubo un tiempo en que las casas se apiñaban a la sombra de la vieja muralla, pero ahora solamente unas pocas se erguían entre las ruinas ya despojadas de cualquier objeto de valor. Los restos de las otrora orgullosas obras en piedra blanca y dorada estaban junto a los de edificios que por algún motivo no habían sido tocados, como si estuvieran protegidos por la intercesión de Dios. La construcción que coronaba la colina (Raphael sospechaba que era un priorato de alguna orden) no era la única casa de Dios que quedaba en Kiev. Se decía que los mongoles, igual de supersticiosos con respecto a todos los seres sobrenaturales, nunca destruían iglesias si podían evitarlo.

La gente que quedaba en el lugar (ya no se sentía inclinado a llamarlo ciudad) era también una curiosa mezcla de seres perdidos y emprendedores, de trastornados y enajenados. «Incluso después del paso de la horda mongola —pensó Raphael— la vida debe seguir lo mejor que pueda». El olor a col hervida llegó hasta su nariz junto con la dulce y terrosa fragancia de la remolacha. Un apetitoso aroma de pan de cebolla le llegó desde un horno de piedra colocado contra toda lógica en una esquina cubierta de escombros y atendido por un panadero fornido y sudoroso. El hedor de la basura y los albañales también estaba por todas partes, pero ese era familiar para todos los moradores de la ciudad, e incluso era un signo de su resurrección. Las ciudades muertas solo huelen a podredumbre vieja y a polvo. Allí era más evidente la

vida, incluso para un ciego, por el olor de la carne atareada y poco aseada, mezclado con el del pescado que supuso que había sido sacado hacía poco del Dniéper.

Siguiendo a Illarion, Raphael sacó su caballo del camino principal para evitar el destartado y ruinoso carro de un cadavérico comerciante. «Dice mucho —pensó Raphael— de la naturaleza tenaz de los hombres el hecho de que alguien que tiene artículos que vender se atreva a intentarlo en semejante lugar». Desde luego la posibilidad de beneficio no parecía muy grande. Sin duda una gran parte del dinero que cambiaba de manos en los últimos tiempos estaba yendo a parar a las arcas de los mongoles.

Entre las ruinas de otra calle divisó a Feronantus y al resto de su grupo entrando por otra puerta (no, al fijarse bien vio que era un hueco en la muralla) y alejarse en dirección al río. El arrugado rostro del señor de Týrshammar tenía una expresión aún más angustiada desde la muerte de Taran, y Raphael no podía culparlo. La pérdida de un hermano fue una cuchillada que seguía sangrando incluso días después de haber sido retirada la hoja. Taran había sido el instructor de varios de ellos, que se contaban entre los más grandes. Su marcha fue algo amargo que había que tragar cada mañana al despertar; en especial para Feronantus.

Y ahora... otro desengaño quizá aún más inesperado había caído sobre su superior.

—Vamos —dijo Illarion volviendo a avanzar tras el carro—. Si nos dedicamos a perder el tiempo sin sentido, llamaremos la atención.

La recuperación de Illarion había sido impresionante, pero la ausencia de su oreja hacía que oyera mal por ese lado, y las lesiones que había sufrido su cuerpo bajo las tablas aún entorpecían sus movimientos. De todos modos, era un guía mejor y más alerta de lo que esperaba Raphael. Sin duda el ruteno, cuando miraba a su alrededor, veía otros días, otra ciudad: la vieja Kiev con su gloria legendaria.

Percival cabalgaba a la derecha de Raphael, y Roger cerraba la marcha. Raphael pensó que el franco y el normando formaban una extraña pareja, pero eran buenos amigos. Todo corazón puro necesita un contrapeso pragmático, y todo escéptico necesita un idealista para levantar su espíritu. Era fácil pensar que Percival era ingenuo si uno acababa de conocerlo, pero Raphael había aprendido hacía mucho tiempo que no hay hombre que sea simple o fácil, y ya había oído bastante de las conversaciones de los caballeros sobre Taran para saber que en él había más de lo que parecía a primera vista. Había un motivo detrás de cada voto, un propósito y una creencia detrás de cada acción.

La posibilidad de que Percival hubiera sido tocado por la gracia divina (o de que creyese que así era) hacía la situación inusualmente compleja, pero Raphael se encontraba extrañamente tranquilo a ese respecto. La cruda realidad de su situación, examinada de manera aislada, era descorazonadora. Las visiones extrañas podrían

hacer su camino más tortuoso, pero daban a Raphael un bienvenido descanso de pensar todo el tiempo en comer, calentarse y descansar. La verdad era que los episodios de epifanía lo fascinaban. A fin de cuentas, ¿cómo iba algo tan poderoso como Dios a tocar de manera tan leve, pero firme, un cuerpo humano? Un suceso curioso, desde luego. Por supuesto, Dios podía ser capaz de cualquier clase de sutileza, pero ¿por qué Percival? O incluso Feronantus.

Mientras Raphael iba sumido en la confusión con estos pensamientos, el cuarteto se adentró en la ciudad siguiendo caminos que culebreaban por los barrios derruidos como los senderos de las bestias salvajes. A Raphael ahora lo asaltaban duros recuerdos del sitio de Damietta y de otras catástrofes en Tierra Santa, que desplazaban a sus elevadas conjeturas sobre dioses y hombres.

Su caballo tembló cuando la cuesta se hizo más pronunciada. «Aquí necesita toda mi atención», pensó Raphael, y volvió a regañadientes al aquí y ahora. El priorato de la cima de la colina, rodeado por los terraplenes y bancales formados por las paredes derribadas de la calle y los huertos y viñas quemados, parecía casi cernerse sobre ellos bajo la pálida luz del cielo encapotado, como si los propios edificios hicieran guardia.

Aunque ahora estaban en el centro de la ciudad, la ladera que se elevaba desde ellos hasta la base del priorato estaba despejada y su aspecto era completamente rural. O al menos eso le pareció a Raphael, acostumbrado a las densamente edificadas ciudades de Levante. Con la bendición de sus vastas tierras, los rutenos habían aprendido a construir con un estilo más amplio, encerrando grandes parcelas de terreno con vallas de recorrido caprichoso, criando los animales y cultivando las frutas y verduras cerca de donde se iban a consumir. En la proximidad de la cima las tapias de piedra reemplazaban a las vallas y se volvían más altas y gruesas a medida que encerraban parcelas circulares de terreno cada vez más pequeñas alrededor de la cima. Las últimas tenían el inconfundible aspecto de las murallas de fortaleza y, en consonancia, habían sufrido mucho durante el asedio.

Pero aún tendrían que seguir subiendo por badenes y revueltas y pasar muchas puertas y portillos antes de tener que preocuparse por verdaderas fortificaciones. Para Raphael el urbanita, la primera parte de la ascensión fue más parecida a un paseo por una finca que al cruce de una ciudad.

Cabalgando entre los restos quemados y rotos de una pequeña viña se encontraron con un viejo solitario vestido con andrajos mugrientos, al parecer el último habitante que quedaba en aquellas alturas. Estaba sentado a la sombra de una pequeña y decrepita estación de plegarias abierta por los lados, sosteniendo un racimo de pequeñas uvas mohosas y mirando el mundo exterior sin entenderlo.

Illarion se paró para dirigirse al hombre en ruteno. El viejo los miró en silencio, como evaluando su realidad, su solidez, y luego asintió para sí mismo y respondió.

Incluso desde su ignorancia de la lengua, Raphael captó la entonación y el porte de un hombre educado. El hombre había debido de ser en algún momento lo suficientemente orgulloso y útil para que lo instruyeran en letras y oratoria; tal vez un campesino libre o un vasallo que cuidaba las viñas y ayudaba al abastecimiento del priorato.

La conversación terminó abruptamente cuando el extraño decidió que ya era bastante, sacudió sus harapientos pantalones y comenzó a bajar la colina volviéndose de vez en cuando para mirarlos como asustado.

—Le he dicho que queríamos hacer una visita a los que viven arriba —dijo Illarion—. Me ha recomendado que nos vayamos. Dice que nunca nos abrirán las puertas y que nos matarán como a los otros o morirán en el intento. —La confusión de Illarion por las crípticas palabras era tan manifiesta en su cara que los demás (incluido Percival) no pudieron evitar estallar en carcajadas.

—¿Como a los otros qué? —preguntó Roger—. ¿Por quiénes nos ha tomado ese tipo? ¿Por mongoles?

—Tal vez por bandidos —apuntó Percival—, porque no es que tengamos muy buen aspecto.

—¡Los bandidos no llegan a caballo hasta la puerta y llaman! —respondió Roger.

—Entonces vamos; hagamos exactamente eso —dijo Percival— y demostrémosles que no somos bandidos, sino hombres acostumbrados a las cosas claras.

—En cualquier caso, parece que no tenemos muchas opciones, porque ya nos han visto —dijo Raphael señalando con la cabeza hacia una esquina del priorato, donde un vigía los estaba observando desde una cúpula bulbosa.

Antes de que llegaran a Kiev, Cnán ya había perdido la esperanza de encontrar algo que mereciese la pena o fuese útil dentro de las derruidas murallas de la ciudad. Había visto la devastación que dejaba a su paso el ejército mongol y sabía cómo la desolación se iba adueñando del corazón de los supervivientes y los devoraba desde dentro hasta que no eran más que cáscaras vacías. Se había acorazado contra cualquier cosa que pudiera remover en ella la visión de Kiev (recuerdos, no siempre agradables, de su madre), pero cuando ella, Feronantus y el resto del grupo empezaron a avanzar entre las ruinas se sorprendió al descubrir que la desolación no era tan absoluta como había temido.

No solo había supervivientes, sino que parecía que estuvieran construyéndose nuevas vidas entre las ruinas y las cenizas. Era evidente que los recursos escaseaban; solo se podía edificar con vigas rotas y pedazos de piedra. La gente que quedaba ya se había trasladado desde el centro de la vieja Kiev hasta la ribera del río. El Dniéper.

El río iba a desaguar al Axeinos, el mar Oscuro, como una gran serpiente que

reptase desde el norte hasta el sur atravesando la Rus. En Kiev, el río formaba un meandro alrededor de las dos colinas gemelas donde estaban los edificios sagrados que habían ido a visitar Percival y los otros. Penitentes, en peregrinación a tierra consagrada.

Feronantus los guio a ella, Eleazar, Rædwulf, Istvan y dos caballos por las calles llenas de escombros de Kiev. Finn había desmontado al pasar por los restos de la Puerta de Oro y había desaparecido en el laberinto de edificios derruidos. De vez en cuando, Cnán podía verlo durante un momento explorando su camino entre las ruinas.

Yasper también había renunciado a su caballo, pero él no era casi invisible como Finn. Ni igual de silencioso. Podían oírlo dar golpes a los restos de paredes chamuscadas, tirar piedras, e incluso, esporádicamente, oían el tintineo de objetos metálicos cuando rebuscaba en algún raro escondite de utensilios domésticos que no había sido saqueado.

A Cnán le pareció sorprendente que aún pudiera encontrar algo de valor, una prueba de lo poco que se habían esforzado los supervivientes o de lo tenaz que era la curiosidad del holandés.

El caballo de Cnán se asustó por un fuerte ruido de choque, seguido por un estallido de carcajadas de Yasper. Salió bailando de detrás de una pared sosteniendo sobre su cabeza un recipiente doblado y retorcido. Cuando calmó a su caballo, Cnán se fijó en el objeto que llevaba el holandés e intentó identificar qué podía haber sido.

—Es perfecto —dijo él en respuesta a la pregunta que debía de estar claramente escrita en la cara de Cnán. Echó el recipiente oblongo en sus alforjas y se fue a continuar con su búsqueda.

Istvan adelantó su caballo hasta pasar a Cnán y se volvió hacia Feronantus.

—Está haciendo demasiado ruido —advirtió el húngaro con enfado.

Feronantus señaló con la cabeza en la dirección de donde habían venido.

—No intentamos escondernos —dijo.

En la cresta donde habían estado parados hacía pocas horas había un hombre a caballo. Estaban demasiado lejos para distinguir detalles del hombre o del animal, pero a Cnán el hombre le pareció demasiado grande para su montura o el caballo era demasiado pequeño. «Un mongol —pensó, y entonces se dio cuenta de quién debía de ser—: el que escapó».

Istvan había llegado a la misma conclusión, y cogió su arco soltando improperios en su lengua.

—Quieto, Istvan —dijo Rædwulf con una sonrisa—. ¿Crees que se va a quedar quieto mientras te acercas lo suficiente para colocar una flecha en su pecho?

—Puedo rastrearlo —replicó Istvan con un gruñido—. En algún momento tendrá que parar: a comer o dormir o mear, es igual. Le meteré una flecha por un ojo

mientras...

Cnán se echó a reír a pesar de que el miedo había clavado sus heladas garras en su nuca.

—Los mongoles mean desde el caballo —informó—. También comen y duermen de igual manera.

—Eso explicaría cómo se mantiene tan cerca de nosotros —señaló Feronantus.

—¿Quién? —preguntó Yasper apareciendo con un par de jarras tapadas. Estiró el cuello para ver qué estaban mirando—. Oh, mierda —exclamó al ver al rastreador mongol. Con sorprendente celeridad, saltó sobre su caballo sin soltar ninguna de las jarras—. ¿A qué esperáis? —dijo.

—A ti —respondió Feronantus con un toque de ironía. Picó ligeramente a su caballo en las costillas y el animal, sin prisa, empezó a caminar hacia el río—. Nos ha visto —advirtió por encima del hombro—. Yo supongo que conoce esta zona mejor que nosotros, así que nada se gana aparentando tener miedo. Lo más que podemos esperar es convencerlo de que este era nuestro destino. Después del anochecer, cuando vuelvan los demás, podremos cruzar el río discretamente y poner una buena distancia entre nosotros y él. Esperemos que con eso baste.

El camino hasta la cima se hacía cada vez más difícil. No solo porque el suelo era más empinado, sino también porque en algunos lugares estaba cortado por montones de escombros que habían caído ladera abajo desde partes de la muralla dañadas. En otros lugares los huecos en la muralla eran lo bastante grandes para ofrecerles puntos de paso, pero tenían que desmontar y llevar los caballos con mucho cuidado por suelos poco estables.

En los tramos cada vez más escasos en que el camino era liso y fácil, Raphael miraba hacia arriba, y vio que el vigía de la torre había dado la voz de alerta por su llegada y las defensas de la muralla exterior se estaban poblando de brillantes cascos y puntas de lanza.

—En esta casa de Dios debe de haber más caballeros que monjes —comentó Illarion.

—Algunos monjes son caballeros —dijo Raphael mirando a Percival.

—Estás en lo cierto y a la vez te equivocas —dijo Percival mirando hacia arriba—, porque esos que ves no son monjes.

El juego de acertijos fue interrumpido por una exclamación de Roger, que abría la marcha en ese momento. Los demás vieron que se había detenido para examinar, desde una distancia prudencial, un cuerpo que yacía en el suelo en medio del camino.

Durante sus viajes habían cruzado muchos campos de batalla. Ver un cadáver tirado en el suelo con toda su armadura era algo inusual. La mayoría de los ejércitos enterraban a los muertos o los quemaban, aunque solo fuera para evitar el olor y las

enfermedades y para frustrar a cuervos y perros vagabundos. Incluso en los raros casos en que un ejército se ponía en marcha antes de haber completado esa faena, los lugareños supervivientes solían hacerlo una vez que el peligro había pasado. Cualquiera que hubiera caído tan bajo como para dejar cuerpos humanos tirados en el campo, también sería propenso a despojarlo de todo lo que le resultara útil o pudiera vender.

Era extraño, pues, encontrar un caballero con armadura completa muerto en el suelo en medio del campo. Que ya llevaba algún tiempo fallecido quedaba claro por la cantidad de moscas que lo rondaban. Su cota de malla y la forma de su casco y su escudo lo identificaban como caballero de la cristiandad; no era mongol. Había caído boca abajo y su escudo había quedado debajo de él. Pero su cabeza estaba vuelta de manera poco natural hacia un lado y su cuello estaba doblado hacia atrás. Cuando se acercaron (aunque solo un poco por el hedor y la cantidad de moscas) vieron la explicación: una flecha lo había alcanzado a través de la abertura en T de su casco y se había clavado en el pómulo debajo del ojo derecho; al caer, el extremo trasero de la flecha había chocado contra el suelo y le había girado la cabeza.

Su primer impulso, por supuesto, fue mirar al final de la muralla y juzgar la distancia. Desde luego, estaban dentro del alcance de un arco, pero suficientemente lejos para que el arquero que había disparado aquella flecha hubiera tenido suerte o fuera excepcionalmente bueno. En lo alto de la muralla se distinguían ahora varios arcos, y crujidos lejanos indicaban que estaban tensando algunos. El instinto de Raphael le hizo buscar un lugar donde ponerse a cubierto, pero Percival reaccionó al revés: se volvió hacia los defensores y levantó ambos brazos mostrando las palmas de las manos.

—¡Esperad! —gritó—. Somos caballeros de la cristiandad y no vuestros enemigos.

Raphael hizo una mueca de dolor ante la ingenuidad del franco. ¿Cómo era posible que un hombre con su educación no tuviera noticia de la cuarta cruzada y de las atrocidades infligidas por caballeros cristianos del oeste a sus hermanos en Zara y Constantinopla?

—Antes de que agotes nuestra paciencia con observaciones estúpidas como esa —respondió en latín una voz (que Raphael identificó como de mujer)—, haznos el favor de satisfacer tu curiosidad acerca del caballero cristiano que yace a tus pies. Pregúntate cómo llegó a ese estado si no era nuestro enemigo, y después piensa si sería juicioso acercarte más a nuestras murallas.

Illarion y Raphael intercambiaron miradas; ambos habían advertido el énfasis puesto por la mujer en la palabra «nuestras».

—Percival tenía razón —dijo Roger—, no son monjes.

Estaba mirando fijamente a la mujer que les había gritado. Su feminidad era

evidente, porque se había quitado el casco y lo llevaba bajo el brazo, pero había algo en las posturas y movimientos de los guerreros con cota de malla y casco que la rodeaban que indicaba que en el priorato no había ni un solo hombre.

Raphael asintió, algo distante, mientras recordaba una vieja historia, una tradición de hacía muchos siglos, anterior al momento en que la Ordo Militum Vindicis Intactae se hizo cristiana. Su primer puesto avanzado fue Petraathen, en lo alto de las montañas que hay entre el Danubio y el Báltico. Su segundo puesto fue la isla llamada Týrshammar, y muchos eran guerreros del norte («vikings», los llamaban algunos) que habían aprendido la senda de la espada en ese lugar. Aquellas gentes del norte guardaban antiquísimos cuentos y mitos acerca de doncellas guerreras (*skjalddis*) que encajaban a la perfección con la tradición de la virgen guerrera que se había propagado desde tiempos inmemoriales desde los riscos de Petraathen. Las mujeres que se habían convertido en la Hermandad de Doncellas del Escudo en Týrshammar eran pocas comparadas con los hombres que llegaron a formar la Hermandad del Escudo, pero estaban presentes en los barcos vikingos que, en los últimos días de los hombres del norte, cruzaron la Rus y bajaron por el Dniéper hasta el mar Negro. Algunos de ellos echaron raíces en Kiev, donde fundaron un tercer puesto avanzado. Según un rumor, mantuvieron sus tradiciones, incluida la de instruir a mujeres para el combate, incluso durante y después del cisma que dividió la cristiandad entre las Iglesias de Oriente y de Occidente.

No era de extrañar que Percival estuviera tan interesado en llegar a este lugar.

El franco respondió a la burla de la doncella del Escudo con una respetuosa reverencia y, como le había dicho, prestó atención al cadáver tirado en el camino. El misterio de por qué yacía allí, sin enterrar y con todas sus pertenencias, estaba explicado: las Doncellas del Escudo lo habían dejado allí como advertencia. Percival se acercó a él un paso, luego otro, y otro, cada paso más corto y más lento que el anterior. Eso no pasó inadvertido para las doncellas, que le dedicaron un despreciativo coro de risas.

—¿Por qué nos odian así? —preguntó Raphael—. Y, además, ¿por qué nos hablan en latín?

—No tengo ni idea —respondió Illarion—, pero sospecho que ese cadáver podría decirnos muchas cosas si fuera capaz de hablar.

Antes de acercarse más al muerto, Percival inició la pequeña ceremonia de santiguarse y rezar una plegaria. Roger, exasperado, soltó una maldición, apartó a Percival de un codazo y fue derecho al caballero muerto conteniendo la respiración. Puso un pie sobre su casco y lo hizo girar, con lo cual la flecha se levantó como la manecilla de un reloj.

—Una cara —anunció— como cualquier otra; es decir, como cualquier otra llena de moscas y hormigas.

—Quita ese pie —dijo Raphael acercándose bastante a disgusto— para que podamos ver el escudo que lleva en el frontal.

Roger empezó a obedecer, pero el peso de la flecha, como era su costumbre, volvió a caer haciendo girar la cabeza hasta donde estaba al principio. Sacó un hacha, colocó su hoja bajo las plumas de la flecha para sujetarla y luego retiró el pie para descubrir el escudo heráldico colocado en el frontal del casco del muerto. Casi al instante gritó una imprecación por la sorpresa.

Sus tres compañeros avanzaron como uno solo y se inclinaron para verlo de cerca. El diseño (una cruz de Malta sobre una espada roja en un fondo de acero pulido) era simple y bastante fácil de interpretar. Se acercaron más, no porque no lo hubieran visto bien la primera vez, sino porque ninguno de ellos podía creer lo que tenían ante sus ojos.



UN REGALO PARA EL «KAGAN»

Lian vio cómo Gansuj desaparecía en la aglomeración de cuerpos que rodeaba la pista. Ella había llegado con el séquito del *kagan*, atrapada en los últimos lugares de las filas de sirvientes y concubinas que desfilaban tras el gran kan. Estaba bastante segura de que Gansuj no la había visto.

Algunas de las otras concubinas estaban cotorreando desde detrás de sus abanicos acerca del combate entre Gansuj y Namjai, y unas cuantas dirigían tímidas miradas hacia ella preguntándose cómo sería irse a la cama con uno de esos guerreros. Lian las ignoró. Sus vidas estaban llenas de cotilleos, una corriente incesante de susurros que iban y volvían y que trataban de las proezas sexuales de los hombres de la corte: quién era un gran amante, quién era desconsiderado y propenso a la violencia, quién era un patético inepto incapaz de hacerlo... Su cháchara continua le recordó el iracundo piar de los arrendajos del jardín cuando los molestaban. No eran más que eso: pájaros chillones.

Una gran parte de su vida la pasaba esperando. Esperando a que el *kagan* decidiera que ya era hora de marcharse de Karakórum; esperando a responder a las interminables preguntas del maestro Chucai sobre el joven guerrero o sobre los otros hombres con los que ella pasaba tiempo en la corte; esperando pacientemente hasta que ya no notaran su presencia y pudiera escapar.

No era difícil ser recatada y adecuadamente respetuosa con Chucai; a fin de cuentas él era su guardián y nada había en su relación que dificultara mantenerla perfectamente clara. Él apreciaba su cultura y su educación, y aunque no dejaba de tratarla como a una propiedad, a sus ojos tenía cierto valor.

Gansuj era otra cuestión. Se había equivocado sobre su carácter en su primera impresión. A pesar de que aún tenía momentos de insensibilidad y ordinariéz intolerables, se daba cuenta de que estaba intentando cambiar. No solo porque pensaba que su misión le exigía ser una persona diferente, sino también porque sabía que eso los aproximaría más.

¿Qué pasaría con él si ella escapaba? ¿Lo culparían? Munojoi aprovecharía la ocasión para desacreditarlo delante del *kagan*. ¿Arruinaría su huida la posibilidad que tenía Gansuj de salvar al *kagan*?

Lian sacudió la cabeza para borrar esos pensamientos. Gansuj era mongol, del pueblo que había masacrado y dominado al suyo. ¿Qué le importaba a ella el

imperio? No estaba allí por voluntad propia; era una prisionera. Y si aquel imperio, el mundo de Ogodei Kan, se desmoronaba, ¿qué iba a ser de ella?

Conocía la respuesta a esa pregunta; sabía qué les sucedía a los prisioneros cuando nuevos conquistadores se cobraban su botín.

Cerca de allí, el *kagan* soltó una rugiente carcajada y después fue tambaleándose entre los miembros de su séquito para invitar a todos a participar del banquete de esa noche. Su rostro lascivo estaba oscurecido por el vino, y su ropa, empapada del sudor provocado por el lento veneno de la bebida. A las concubinas les daba igual su aspecto; el sudor y la peste siempre estaban incluidos en su destino. Todas lanzaron gritos de excitación.

«Durante la fiesta —pensó Lian— estarán todos tan ocupados contemplando cómo el *kagan* se ahoga en vino que nadie me prestará atención».

Si se atreviera a soñar con escapar, ¿no sería ese el mejor momento?

Gansuj alisó el delantero de su nueva túnica azul mientras entraba en el gran comedor. Le sentaba extraordinariamente bien, aunque no podía dejar de manosear el excelente tejido. No podía apartar de su cabeza el hecho de que ella se lo había regalado.

Cuatro grandes mesas ocupaban la mayor parte de la sala. En el extremo norte había una tarima baja en la que habían colocado una mesa redonda. Gansuj observó el enjambre de nobles y guerreros rodeados de criados y concubinas que esperaban, recorriendo rápidamente las caras para hacerse una idea general de quién se sentaba en cada lugar. La mesa de su derecha estaba rodeada por miembros de la *torguud*, reconocibles por los vivos de piel blanca de su ropa. Varios vieron a Gansuj junto a la puerta y alzaron su copa como saludo. Este respondió con una inclinación de cabeza. «Me he ganado el respeto». A pesar de que su combate con Namjai había quedado en empate, lo había hecho mejor que muchos de ellos. Tiró del rígido y ancho cinturón que ceñía su túnica y casi dejó caer el paquete que sujetaba bajo el brazo izquierdo. Ya tenía demasiado calor y no tardaría mucho en empezar a sudar.

De repente su idea le pareció todavía más absurda, rayando en lo ridículo. Vio al maestro Chucai cerca de la mesa redonda, y a pesar de la masa de personas que los separaba, al alto consejero no le costó mucho abrirse paso hacia Gansuj.

—Maestro Gansuj, he oído hablar de tus hazañas.

Gansuj se encogió de hombros.

—El combate acabó en empate —objetó.

Alguien gritó a Gansuj desde el fondo de la sala y los ojos de Chucai se movieron brevemente en esa dirección y volvieron al rostro de Gansuj.

—En cualquier caso, me animan esas historias. ¿Puedo suponer que la conversación que tuvimos el otro día fue... inspiradora?

—Un poco —admitió Gansuj.

Le pareció ver a Lian sentada al lado de... «¿Quién es ese?». Intentó mirar más allá de Chucai sin resultar grosero. «Namjai».

—Has traído un regalo —dijo el maestro Chucai haciendo una seña hacia el paquete que había bajo el brazo de Gansuj—. ¿Quieres que se lo entregue al *kagan*?

Gansuj no conseguía ver con claridad a la pareja a través de la multitud y titubeó, dividido entre conseguir un punto de observación mejor y responder al maestro Chucai. Suspiró y desistió por el momento. Chucai lo miraba expectante.

—Sí, por supuesto —respondió—. Sería un honor para mí entregarlo en persona al *kagan*.

—Por supuesto —dijo Chucai con amabilidad, como si ese hubiera sido el plan desde el principio. ¿Era una sonrisa eso que aparecía en los labios del consejero del *kagan*?

—Tal vez podrías indicarme qué lugar sería más adecuado para mí en la mesa del *kagan* —dijo Gansuj. Dio unos sugerentes golpecitos en el paquete.

Chucai hizo un gesto hacia la mesa de la tarima.

—Desde luego —dijo. Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. El orden es sencillo. Los que pueden ignorar su borrachera se sientan cerca; los que no, pero aun así quieren ganarse su favor, después de esos, y los que se avergüenzan, pero no se atreven a demostrarlo en público, lo más lejos que pueden. —Sonrió sin alegría—. En cualquier caso, es una mesa redonda y al *kagan* le gusta moverse y mezclarse con todos, lo cual hace difícil estar lo bastante lejos, me temo.

—Entonces no voy a pensar demasiado en mi lugar —comentó Gansuj inclinando la cabeza—. Me sentaré en el primer asiento vacío que encuentre. «Y dejaré el resto a la voluntad del Lobo Azul» —concluyó en silencio.

—Una decisión muy prudente y sensata —dijo Chucai devolviendo la inclinación de cabeza.

Gansuj se puso en movimiento y fue hasta la mesa principal, donde dejó el paquete sobre la mesa delante de una silla a la derecha del lujoso asiento reservado para el *kagan*. Se sentó, incómodamente doblado sobre el cinturón, y entonces se dio cuenta de quién estaba sentado justo delante de él. «Munojoi».

Solo tuvo un instante para devolver la mirada de odio del comandante del *iaghun* antes de que una súbita reducción del ruido imperante en la gran sala anunciara la llegada de Ogodei Kan. El *kagan* tardó un rato en atravesar la masa de gente (durante el cual Munojoi no dejó de mirarlo) y, al acercarse Ogodei, Gansuj comprobó con cierto alivio que sus manos estaban vacías. Por el momento no estaba bebiendo.

Desde aquel punto de observación, Gansuj veía mejor la mesa a la cual estaba sentado Namjai e intentó ver quién se sentaba a su lado. Era Lian, y la vio inclinarse hacia delante interesada en lo que decía Namjai. Ella rió por su aparente agudeza y

Gansuj frunció el ceño. ¿Habría visto el combate? No se atrevía a buscar su mirada; no con Munojoi observando.

—Gansuj. —Ogodei lo cogió por el brazo, más para mantener el equilibrio, como advirtió Gansuj, que como gesto de amistad. Su aliento apestaba a vino—. Un intento impresionante el de esta mañana.

—Me siento honrado, *kagan* —dijo Gansuj dejando de prestar atención a Lian. «De todos modos, ¿qué me importa? Ella no forma parte de la misión que he venido a cumplir aquí».

—Un brindis —gritó Ogodei haciendo una seña a su pequeño criado encargado de la bandeja de copitas—. ¡Un brindis por nuestros luchadores!

—Por favor, *kagan*, si me dais vuestro permiso un momento...

Gansuj levantó una mano para detener al portador de la bandeja. Tragó saliva cuando todas las conversaciones se apagaron súbitamente a su alrededor, y durante un segundo su valor amenazó con abandonarlo. «Respeto —pensó, afirmando las rodillas—. Pedirlo. Ganarlo».

Cogió el paquete de la mesa.

—Hoy, hace horas —dijo—, he visto al *kagan* bebiendo de esas copas diminutas, y me he preguntado por qué os tomáis la molestia. En ellas cabe muy poco vino. No son dignas de vuestra grandeza, de vuestra importancia bajo el cielo infinito.

Los ojos de Ogodei parecían estar aún más desenfocados que la noche en que Gansuj lo había visitado en sus habitaciones. Sus pupilas eran agujeros negros que podrían tragárselo todo: la luz, el sonido, hasta el aire de la sala. Su boca empezaba a torcerse como si estuviera a punto de saltar hacia delante y morder a Gansuj en el cuello.

—Me envió aquí vuestro hermano —continuó Gansuj—. Chagatai quiere que dejéis de beber...

Fue interrumpido por una carcajada desde el otro lado de la mesa.

—Es la pequeña niñera —se burló Munojoi—. ¡Ha venido a explicarnos lo malo que es el vino para nuestra salud!

La misma suspicacia era visible en el rostro de Ogodei, y Gansuj se dio cuenta de que estaba próximo a perder la atención del *kagan*, igual que había fracasado estrepitosamente el día de su llegada a Karakórum. Giró la espalda con un estremecimiento en toda la columna y rompió el envoltorio de papel. Con un nuevo giro que hizo que los chambelanes dieran un respingo y los guardias avanzaran un paso, levantó el objeto... y enseñó su regalo al *kagan*.

—Chagatai dijo que yo debía insistir en que solo bebierais una copa al día, y me encuentro con que bebéis ¿cuántas? ¿Veinte? ¿Treinta? —Levantó la mano vacía con el pulgar y el índice muy juntos—. Minúsculas copas. ¡Copas para niños y monos! De este tamaño. ¿Quién presenta una copa así al *kagan* sin morir de vergüenza?

Alzó la copa (la enorme copa de boca ancha que días antes había comprado por accidente en el bazar) en dirección a Ogodei, y luego la dejó de golpe sobre la mesa con un resonante ruido metálico.

—Debo lealtad a mi señor, Chagatai Kan, y al imperio. Él dice que una copa al día. Yo digo que el *kagan* debe hacer lo que le plazca. Vos, vos mismo me lo dijisteis la primera vez que me presenté ante vos: el *kagan* no pide permiso a nadie. El *kagan* solo se pertenece a sí mismo. Bebe, si ese es nuestro deseo; nadie, ni yo, ni vuestro hermano ni persona alguna de las reunidas aquí puede decir lo contrario. Pero si vais a beber, el gran *kagan* debe beber de una gran copa, de una copa digna de vuestra grandeza, de vuestra importancia, de vuestro poder que todo lo conquista.

La boca de Ogodei se movía como si estuviera masticando un trozo de carne con tendones. Miró a todos los que estaban a la mesa fijándose en sus caras borrosas que iban apartando la mirada, y después escupió. Y eructó.

El completo silencio fue roto por el roce de acero de armas que salían de sus vainas (los guardias, que se adelantaban a la violencia, deseosos de ejecutar la orden fatal del *kagan*).

Pero Ogodei levantó lentamente el brazo y un movimiento de su mano detuvo el castigo. El *kagan* se volvió despacio tambaleándose; su mirada recorrió uno por uno el rostro de los reunidos, todos fascinados, pero deseando con desesperación apartarse, irse de allí, huir ahora para librarse de la ira que todos sospechaban que estaba a punto de hacer erupción.

El criado con la bandeja de copas diminutas se retorció para apartarse cautelosamente del *kagan*. Como un animal que nota la debilidad de su presa, Ogodei lo fustigó con un grito sin palabras. La bandeja salió volando de las manos del hombrecillo salpicando a todos los presentes con vino tinto y espeso como gotas de sangre.

Luego, el *kagan* se giró hacia Gansuj con súbita y sorprendente estabilidad y sus manos agarraron la nueva túnica del guerrero. Gansuj se vio arrastrado hacia delante hasta que su cara quedó a no más de un *aid* de la del *kagan*.

La cara de Ogodei se puso tan oscura como el vino con el peligroso rubor provocado por la ira en sus ya rubicundas mejillas. De pronto, como un perro, se inclinó hacia delante y sus dientes se cerraron junto a la mejilla de Gansuj.

—¡Haré... lo... que... me... plazca! —dijo entre dientes salpicando de salivazos a Gansuj; luego se apartó como una serpiente con los labios fruncidos en una terrible mueca.

Gansuj se quedó callado con la mandíbula apretada. Había dicho todo lo que tenía que decir. El *kagan* lo escucharía o no. Con el rabillo del ojo podía ver los ojos horrorizados de algunas de las caras que los rodeaban. Estaban sonrojados por el miedo y la excitación, en sus mentes no cabía duda de que en cuanto su ira

apabullante lo dejase hablar, el *kagan* ordenaría que quebraran a Gansuj, primero las rodillas y después las costillas, y luego lo colocaran bajo los tableros para pasar a caballo sobre su cuerpo fracturado; una muerte lenta, asfixiante, trituradora, por aquella desvergüenza y aquel insulto inexplicables.

Este no apartó su mirada de la del *kagan*, desafiando sin palabras a Ogodei a dar la orden. «No es muerte adecuada para un guerrero —pensó—, pero eso no me hará serlo en menor medida».

La comisura del ojo izquierdo de Ogodei empezó a temblar y empujó a Gansuj contra la mesa.

—Dame la copa —gruñó—. Yo juzgaré si es digna.

Gansuj se arrodilló y bajó la vista hacia los pies del *kagan*.

—Sí, mi kan —murmuró. Su vista se nubló; se balanceó boqueando en busca de aire. Oyó el ruido de cascos golpeando madera, y un instante después se dio cuenta de que solo era el eco de su propio corazón.

Alguien puso la copa en sus manos; estaba claro que era alguien demasiado asustado para dar él mismo la copa al *kagan*. Con las piernas temblorosas, Gansuj se puso de pie y le ofreció la copa. Ogodei se la quitó bruscamente de las manos.

—¡Vino! —gritó—. ¿Por qué no hay vino en esta copa? —Una docena de cuerpos saltaron como resortes ofreciéndose a llenar la copa del *kagan* con las suyas, medio vacías.

Con un gruñido, Ogodei se volvió y golpeó la cara de Gansuj con la copa. Los ojos de Gansuj se llenaron de lágrimas y la sala se emborronó mientras giraba y caía sobre sus rodillas y manos. Tenía sangre en la boca y notaba como si le hubieran restregado una brasa por la mejilla.

Algo pesado cayó sobre su cuerpo. Se tensó intentando evitar derrumbarse por completo sobre el suelo. «Tablas». Sus manos se apretaron con pánico. Pero solo era un hombre, inclinado sobre él, agarrándolo por los hombros, echando su aliento caliente y apestoso sobre su mejilla ensangrentada. Intentó enfocar un objeto brillante que flotaba dentro de su campo visual y, parpadeando para ver entre las lágrimas, vio que era la copa; su regalo a Ogodei. Había salido mejor parada que su mejilla.

—Es una buena copa —dijo el *kagan* junto a su oreja—. Fuera de mi vista, joven poni, antes de que cambie de idea.



MAL ENCUENTRO EN KIEV

Cuando rodearon el pie de la colina notaron el viento en la cara, y aunque su roce era a la vez ligero y refrescante, llegaba cargado de un hedor malsano. Al principio Cnán pensó que sería la clase de putrefacción que no es extraña en las fétidas tierras pantanosas, pero el río fluía con demasiada libertad para que pudiera albergar materia en putrefacción. Miró a los demás y vio que también les afectaba el olor, pero, a diferencia de ella, parecían estar más acostumbrados.

—Un cadáver en putrefacción —explicó Yasper. Hurgó en una de sus muchas bolsas hasta encontrar un frasco pequeño. Lo destapó con cuidado, vertió una pequeña cantidad del espeso líquido en dos de sus dedos y luego se apretó las fosas nasales con ellos. Manteniendo la boca cerrada, inspiró profundamente hasta que las aletas de su nariz se cerraron—. Ah —suspiró. Cuando bajó los dedos ya no parecía disgustado por el penetrante olor que impregnaba todo el aire. Con una sonrisa, ofreció el frasco a Cnán.

Ella lo miró como si acabase de manifestársele la viruela, y cuando agitó el frasco en su dirección acabó por cogerlo de su mano extendida. Con algunas dudas, depositó una gota en uno de sus dedos y la olió con precaución. El olor a menta era apabullante y echó la cabeza hacia atrás con sorpresa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una tintura de aceite de menta —explicó él sonriendo—. Una receta mía. —Sacudió la mano delante de su cara como si estuviera enviando más del repulsivo hedor hacia sus fosas nasales.

Ella puso una gota en otro dedo y, con cierta torpeza, imitó el método utilizado por Yasper para aplicar el aceite a su nariz. Sus ojos lagrimearon cuando inspiró y los vapores de menta entraron hasta el fondo de su cabeza como pequeños témpanos. Pero tuvo que admitir que era una sensación agradable, aunque extraña, y muy preferible al hedor de la carne en descomposición.

Rædwulf soltó una risita ante su expresión cuando estiró su largo brazo y cogió el frasco de sus dedos. A diferencia de Yasper, puso unas gotas de aceite en el gran pliegue de piel que iba de su pulgar a su índice y se apretó la mano contra la cara para cubrir por completo los orificios de su nariz.

Luego pasó el frasco a Feronantus, que tomó su parte y lo ofreció a Istvan. El húngaro lo miró con el ceño fruncido y comenzó a acariciar su bigote con ahínco,

como si la idea de poner menta en su barba fuera demasiado desagradable para pensar en ello. Finn solo inhaló del frasco y luego se encogió de hombros y lo devolvió a Yasper. Como si no estuviera muy seguro de qué era toda aquella agitación o de por qué alguien podría querer embotar su capacidad de oler.

Un poco mareada por el aceite de menta, Cnán se centró en el pequeño poblado de chozas que estaba encajado entre la colina y el río. A lo largo de la ribera había varios embarcaderos de madera, con barcas amarradas en ellos por cualquier medio disponible. Había chozas y establos improvisados dispuestos sin un orden claro, al parecer contruidos en cualquier lugar en que fuera posible apoyar dos trozos de madera uno contra otro para hacer algo parecido a una pared. La pequeña aldea junto al río parecía hecha al azar y sin cuidado, como si sus habitantes edificaran y fabricaran lo necesario con lo que tenían alrededor sin mucha preocupación por la permanencia o por protegerse de los merodeadores. Se dio cuenta de que era una actitud que no debía resultar del todo inesperada si se tenía en cuenta por lo que habían pasado los habitantes. ¿Qué más podían hacer los mongoles que aún no hubieran hecho? Matarlos podría incluso ser una bendición.

Sin pretenderlo, Cnán se sumió en la tristeza de sus recuerdos y su cabeza se llenó de los olores y sonidos del pueblo en llamas donde, hacía tanto tiempo, lo había perdido todo. Un poco aturdida, se tambaleó en la silla y habría caído del caballo si no la hubiera cogido alguien por el brazo. Volvió la cabeza, abrió los ojos y se asustó al ver la cara de preocupación de Yasper. Malinterpretando su reacción, Yasper la soltó.

—Respira por la boca —dijo en tono amable—. El olor puede ser demasiado intenso al principio. Respira despacio, y no por la nariz, hasta que se te pase el mareo. —Y le hizo una demostración.

—Estoy bien —respondió ella más secamente de lo que pretendía, y luego—: Lo siento, Yasper. Solo intentas ayudarme y yo te contesto muy mal.

—No tiene importancia —dijo él con una gran sonrisa—. Son tiempos duros, y la única verdadera descortesía es la que no se reconoce como tal.

—Hablando de eso... —los interrumpió Rædwulf llamando su atención hacia un trío de mugrientos lugareños que se aproximaban a su grupo. Para decir que los tres hombres iban vestidos habría que llamar «ropa» a los harapos de tela y cuerdas y a los pedazos de piel que cubrían una parte de sus cuerpos esqueléticos. Se acercaban despacio, arrastrando los pies, inclinados desde la cintura, con sus mugrientas manos extendidas en actitud suplicante. El primero, empujado por los otros dos para que hablara por ellos, farfulló algo en rutenio.

—Cnán —dijo Feronantus—, ¿entiendes sus palabras?

Ella se acercó más sin bajar del caballo, con la cabeza ladeada intentando seguir el parlamento del hombre. Era algo repetido insistentemente y eso le hizo más fácil

reconocer algunas palabras.

—Repite lo mismo una y otra vez —explicó ella—. Algo relacionado con regalos, creo. No, con tributos. —Lo interrumpió con algunas palabras en tártaro.

Uno de los otros dos hombres chilló, cayó de rodillas y se arrastró servilmente por la tierra. La boca del portavoz se había quedado abierta, pero ya no salían palabras de sus labios quejumbrosos.

—Muy bien —opinó Yasper uniéndose a Feronantus y Cnán—, es una invocación poderosa. Quizá podrías enseñárnosla a los demás.

—Solo le he preguntado si entendía lo que le estaba diciendo —aclaró Cnán.

—En la lengua de los mongoles —supuso Feronantus. Cuando Cnán asintió, él inspeccionó el poblado con los ojos entornados, buscando movimientos entre las chozas y los desperdicios—. Los hemos aterrorizado —dijo—. Pero está claro que no somos mongoles...

A su derecha, Istvan soltó un ruidoso bufido, y la atención de los tres hombres se trasladó al húngaro. Su cara de pocos amigos solo produjo más miedo, y el que estaba arrodillado incluso intentó hundirse más en el suelo.

—Finn —gritó Feronantus sin apartar la vista del poblado—. No estamos solos, ¿verdad?

—Así es —respondió el cazador.

Cnán miró a su alrededor buscando a Finn, que estaba en cuclillas a cierta distancia examinando el camino por el que iban.

—Caballos —dijo señalando el suelo—. Herrados, como los nuestros. Hace menos de un día.

—La cruz y la espada rojas. Yo creía que los livonios ya no... —fue la respuesta de Roger al reconocer el escudo de armas del caballero muerto.

—El infierno no ha podido retenerlos —apuntó Raphael.

—O sencillamente ha encontrado su compañía muy aburrida —se burló Roger.

—Fuera cual fuere su motivo para andar perdidos por la Rus —dijo Illarion—, es gratificante comprobar que al menos uno ha encontrado el destino que se merecía.

—Lo cual nos lleva a una pregunta: ¿hay otros? —preguntó Raphael—. Porque este es relativamente reciente, y las Doncellas del Escudo (si es correcta mi suposición acerca de quiénes son esas mujeres) parecen estar esperando que lleguen más.

La pregunta era importante e hizo que los cuatro hombres apartaran la vista del escudo con la cruz y la espada por primera vez desde que lo habían visto. De manera instintiva formaron un círculo mirando hacia el exterior, inspeccionando las ruinas y la ladera por debajo de ellos en busca de indicios de que los hubieran seguido. Sus manos se desplazaron a las empuñaduras de las espadas y las hachas. Pero no vieron

indicios de problemas.

—El hermano Raphael tiene razón —dijo Percival— cuando dice que debemos enterarnos, y pronto, de si hay otros livonios por los alrededores. Pero entre todos solo tenemos cuatro pares de ojos. Esos ojos están inspeccionando viñas quemadas y montones de escombros en un paisaje que les resulta nuevo y extraño. Detrás de nosotros, muchos más ojos acostumbrados a este lugar vigilan la ciudad desde un puesto de observación mejor, y por eso la manera más rápida que tenemos de encontrar la respuesta a esa pregunta es sencillamente acercarnos a las puertas, explicar qué intentamos y pedir a las Doncellas del Escudo que compartan con nosotros lo que saben.

—Pues que tengas suerte —dijo Roger entre dientes.

—Iré solo —anunció Percival.

Era una afirmación incontestable, no una propuesta. Y de nuevo aquella luz parecía iluminar su rostro. A Raphael le habría gustado que desapareciera; le resultaba muy inquietante. Quizá se debiera a una falta de sangre en la piel ya pálida del caballero.

Percival se quitó la espada y la aljaba y las entregó a Roger, y luego dio media vuelta y caminó derecho hacia las puertas que les cerraban el paso a través de la muralla más interior y más alta del priorato.

La respuesta de las Doncellas del Escudo situadas en las almenas se dividió. Casi todas hablaban en la lengua local, por lo cual Raphael no podía entender lo que decían, pero la mitad simplemente se burlaban mientras que las demás parecían casi enloquecidas y rabiosas. Cuando Percival comenzó a dar los últimos cien pasos hacia las puertas, los montones de escombros que lo rodeaban cobraron vida de repente como un hormiguero atacado por la reja de un arado, y personas normales (en su mayor parte pobres desgraciados, desarmados y más vendados que vestidos con envolturas improvisadas con harapos y mantas grises) escaparon de los precarios refugios que habían construido a lo largo de los accesos al priorato y abandonaron las hogueras que habían encendido por el camino. Percival miró a un lado y otro observándolos con curiosidad y Raphael advirtió en su postura que estaba un poco ofendido por el visible miedo que le tenían los refugiados.

—¿Tienen miedo de Percival? —preguntó Roger—. ¿O de lo que está a punto de sucederle?

—Cualquiera de las dos cosas bastaría para que esa gente se apartase de él —respondió Illarion.

Percival se encontró en un espacio vacío frente a las puertas, mirando directamente hacia arriba a la mujer que hablaba latín y se había dirigido a él poco antes; ella lo contemplaba entre dos almenas, desde encima de la entrada. Quizá sintiendo que no era caballeroso llevar el casco para dirigirse a una dama cuyo yelmo

estaba bajo su brazo, se quitó el suyo, lo depositó en el suelo delante de sus pies y luego se irguió, levantó la barbilla, echó su cabello hacia atrás y miró directamente a su interlocutora. Todas las damas guardaron silencio durante un momento.

—¡Qué hijo de perra! —masculló Roger.

Las voces de las Doncellas del Escudo fueron resurgiendo, no tan altas como antes y en un tono diferente: algunas de ellas incluso más furiosas, otras coqueteando burlonamente con él, y quizá unas pocas haciéndolo con bastante sinceridad.

Su jefa se permitió mostrar una sonrisa sarcástica y sacudió ligeramente la cabeza.

—No estoy segura de cuál de vuestros intentos ha sido más insultante —dijo—. La primera vez llegasteis rebosantes de la más insufrible arrogancia. «Muy bien hecho, chicas. Gracias por mantener este lugar arreglado para nosotros. Ahora, abrid las puertas para que podamos convertirlo en una verdadera fortaleza. Dejad libres los barracones y los dormitorios, mullid nuestras almohadas, preparadnos algo de comer y limpiad nuestras armaduras, que tenemos que ocuparnos de asuntos importantes». Cuando enviamos a paseo a vuestros emisarios y repelimos el inevitable ataque por sorpresa que llegó a continuación, supusimos que ya no os veríamos más. Pero habéis vuelto. ¿Y cuál es vuestra última estratagema? Una cara bonita con la que ganaros a las chicas idiotas que guardan las llaves de las puertas. Decidme, ¿son los hombres que se esconden detrás de ti tan agradables de contemplar?

—Eso tendríais que decidirlo vuestra merced y las demás Doncellas del Escudo, mi señora —respondió Percival.

—Podéis llamarme hermana Vera —dijo la mujer—. No soy una señora, y si lo fuera no sería vuestra.

—Muy bien, hermana Vera. Yo soy el hermano Percival.

—¡No sois nuestro hermano! Hemos aguantado que os acerquéis tanto solo para deciros, otra vez, que ni vos ni los otros livonios sois bienvenidos en nuestra ciudad —dijo Vera—. Si vuestros amigos se acercan lo suficiente para que nos hagamos una idea de su hermosura, conseguirán acabar con una flecha en la cara, como el que habéis visto.

—Entonces, bueno sería que levantaseis la mano y detuviéseis los lanzamientos de flechas hasta que haya podido acercarme lo suficiente para hablar con vos y sacaros de un grave, pero comprensible error —dijo Percival.

Entonces se quitó la sobreveste sacándola por la cabeza, y luego se despojó de la cota de malla (una tarea nada fácil, pues pesaba más que algunas de las mujeres que le apuntaban con sus flechas). Eso provocó muchos más comentarios groseros de las Doncellas del Escudo, que él fingió no haber oído. Tras dejar su cota de malla en el suelo, desató su gambax y se quitó la acolchada prenda para dejar a la vista una camisa de lino, gastada y manchada de sudor, pero, teniendo en cuenta por lo que

habían pasado, sorprendentemente limpia.

—Si vuestra cara no nos ha convencido —dijo la dama de las almenas—, podéis estar seguro de que tampoco vuestro...

Pero entonces se calló. Y durante los instantes siguientes también se fueron apagando los silbidos. Porque Percival había cogido el puño de su manga derecha con la mano izquierda y la había remangado para mostrar el antebrazo. En el mismo gesto extendió el brazo hacia delante y lo rotó hasta que su palma quedó hacia el cielo y las Doncellas del Escudo pudieron ver la carne de su antebrazo.

Raphael, que estaba detrás de él, no podía ver lo que Percival les enseñaba, pero no le hacía falta, porque él llevaba la misma marca en su carne.

Tras captar la atención de las Doncellas del Escudo y hacerlas callar, Percival dejó caer su mano izquierda. Los ojos de las mujeres de las almenas vigilaban atentamente sus movimientos. La mano izquierda se cerró sin apretar; luego la extendió hacia ellas y extendió los dedos mientras la giraba para mostrar la palma.

No había nada especial en ella, y eso fue lo especial para las doncellas. Durante unos instantes, Percival se mantuvo en esa posición para que todas vieran bien la marca de su antebrazo y su palma sin marcar. Un cambio recorrió a las mujeres de las almenas, como una ráfaga de viento que agita un mar de hierba. Vera no dio orden alguna, pero los arcos crujieron y las cuerdas perdieron su tensión. Las flechas volvieron a sus aljabas, y las espadas, a sus vainas.

—Hermano Percival —dijo Vera con voz repentinamente ronca—, hemos cometido una injusticia con vosotros. Vuestra merced y los demás Skjaldbraëður sois bienvenidos, más que bienvenidos, a nuestra ciudadela.

Olvidado su plan de investigar si se podía conseguir provisiones, el grupo siguió con una formación más abierta: Istvan y Finn (de nuevo a caballo) delante, Eleazar en la retaguardia, Feronantus y Cnán y Yasper y Rædwulf por parejas. Una vez más, Cnán se habría sentido desnuda y expuesta cabalgando al descubierto, sobre todo sin llevar ninguna clase de yelmo o cota de malla (que por lo demás nunca había llevado), pero rodeada por los siempre alerta y preparados caballeros de la Ordo Militum Vindicis Intactae se sentía... protegida.

La sensación no era diferente de la que había tenido hacía muchas semanas, la primera vez que entró en la casa capitular de la Hermandad del Escudo para su Kinyen. Y al mismo tiempo, esa sensación, aunque nueva, no era inesperada al estar rodeada por tantos caballeros y por los muros de piedra, pero ahora se sentía extraña y encantada de sentir otra vez un eco de aquella sensación estando en compañía de unos pocos caballeros. Intentó no quedarse atrapada demasiado tiempo en la fuente de sus emociones.

Subieron por la estrecha calle que seguía el río manteniendo el serpenteante curso

de agua en su flanco derecho. La suave pendiente de la pequeña colina ascendía a su izquierda, y más adelante el camino se apartaba del río y bajaba para abrazar el pie de la ladera.

El olor a carne descompuesta era cada vez más intenso. Era eso, pensó Cnán, o que el aceite de menta de Yasper estaba empezando a agotarse. Ahora podían ver el lado trasero de la colina. En la cima de la pequeña elevación había una serie de edificios bajos dispersos ocultos por una rudimentaria empalizada de troncos en bruto. Un camino estrecho (en el que a duras penas cabía un caballo, y mucho menos una carreta) y muy empinado zigzagueaba ladera abajo hasta encontrarse con el camino mayor, que no quedaba muy lejos de ellos.

Lo que llamó su atención fueron los dos hombres que tiraban de un estrecho carretón colina arriba y la compañía armada que los seguía.

Los de la compañía iban vestidos con cotas de malla, desde el almófar hasta los escarpines, y sus largas sobrevestes eran blancas. Cada uno llevaba un escudo y una colección de espadas, hachas y mazas. El emblema pintado en algunos de los escudos era una cruz sobre una espada invertida en rojo. «Caballeros», pensó Cnán. Como los de su grupo, por las armas y por el porte. De todos modos ahí acababan las similitudes, porque sus rostros eran duros e implacables, con expresiones poco amigables que le decían que no eran de la misma clase que sus compañeros. Contó cabezas. Eran como el triple que su actual grupo.

En comparación, los dos hombres que tiraban del carretón casi no parecían ni humanos. Ambos llevaban ropas mugrientas y hechas jirones que colgaban tiesas de sus escuálidos cuerpos, y las cabezas que asomaban de las ropas estaban cubiertas por masas enredadas de cabello y barba, tan llenas de polvo y otras cosas que era casi imposible distinguir alguna clase de cara. El destartado carretón no era mucho más que un tablero clavado a un par de tablas en las que habían sujetado dos ruedas de manera chapucera. Sobre la carreta había algo que a primera vista parecía un montón de pieles sucias, pero Cnán vio un ligero movimiento que le hizo darse cuenta de que el bulto era en realidad otra persona como las que tiraban del carretón.

Alguno vio a los Hermanos del Escudo y desde la columna de caballeros se elevó un grito. La compañía se detuvo y todos se giraron hacia Cnán y los demás. Los dos harapientos empezaron a tirar más deprisa del carretón. Desde la empalizada de la cima de la colina llegó un alarido, más una advertencia provocada por el pánico que el graznido de un ave rapaz que se lanza sobre su presa.

Uno de los caballeros era casi una cabeza más alto que el resto de su compañía, y cuando comenzó a bajar la pendiente todos se abrieron como el agua a su paso. Cuando llegó al final de la columna, desenvainó la espada y caminó sin prisa hacia abajo. Sus hombres volvieron a formar tras él, como una oruga que se pliega sobre sí misma, y lo siguieron.

—Esperad —dijo Feronantus en voz baja a los demás Hermanos del Escudo—. Dejad que muestre sus intenciones.

Cnán oyó el crujido de un tendón en tensión, y al mirar por encima del hombro vio a Rædwulf tensar su arco. No parecía importarle tener que mantener esa posición durante algún tiempo. Tras él, Eleazar estaba atando las riendas de su caballo al pomo de cuerno de su silla. Necesitaría las dos manos para blandir su monstruosa espada, observó Cnán, y la única manera que tendría de dirigir a su montura sería con las rodillas. Si es que se llegaba a eso...

Se estremeció, con una súbita sensación de frío, y se preguntó si sería eso lo que sentían todos ellos al aproximarse el momento de la violencia. Tenía ganas de vomitar.

El caballero alto se detuvo a unos cuantos cuerpos de distancia de ellos. Por el borde de su almófar asomaban mechones de cabello ensortijado del color de la arena, y su barba tenía mechones rojos. Rió, y Cnán vio su dentadura fuerte y blanca.

—Feronantus —gritó el caballero—, estás lejos de tu roca, viejo.

La familiaridad con que hablaba el hombre sorprendió a todos menos a Feronantus, que permaneció impassible ante la broma. En todo caso, pensó Cnán, en ese momento se parecía a una piedra más de lo habitual.

—Y tú llevas los colores de una orden que ha caído en la infamia, Kristaps —respondió Feronantus.

Kristaps escupió.

—Saule. Fuimos traicionados.

—La única traición con que os encontrasteis fue la de vuestro maestro llevándoos a aquella ratonera.

—*Heermeister* Volquin fue un gran jefe, Feronantus, y mejor hombre que tú.

—Su liderazgo no sirve de nada a nadie ahora que está muerto —dijo Feronantus con tristeza—. ¿Qué voy a hacer con tu variopinta banda? ¿Eso es todo lo que queda, ese triste puñado de desertores? ¿O se está cociendo alguna felonía que requiera que vistas a tontos ignorantes como si fueran caballeros de verdad?

Varios de los caballeros que había tras Kristaps desenvainaron las espadas y se movieron atrás y adelante, claramente deseosos de recibir la orden de enfrentarse a la Hermandad del Escudo. El caballo de Istvan resopló y empezó a piafar, reproduciendo el estado de inquietud del húngaro. Cnán oyó el leve crujido del arco de Rædwulf.

—Yo me pregunto lo mismo de ti, Feronantus —respondió Kristaps, indiferente a la tensión entre los dos grupos—. ¿Te has perdido? —Levantó la mano—. Petraathen queda en esa dirección, ¿no? —Hizo un gesto algo vago, como si no le preocupara señalar en la dirección correcta—. Aunque quizá ya no existirá para cuando consigas volver. —Enseñó los dientes—. Ha pasado mucho tiempo mientras tú estabas

escondido en la roca, vejestorio. El mundo ha pasado de largo y ha abandonado a tu Hermandad del Escudo.

Feronantus replicó con una sonrisa sin alegría.

—¿Es esto todo lo que te queda? ¿Vagar lejos de vuestra tierra como perros enloquecidos escarbando en busca de los despojos del campo de batalla?

Uno de los hombres de Kristaps avanzó un paso, pero el caballero alto lo paró poniéndole una mano sobre el hombro.

—Somos siervos de Dios en una misión sagrada —respondió.

—¿Misión sagrada? —le soltó Yasper, incapaz de contener su lengua—. ¿Así llamáis a aterrorizar a la gente inocente de esta atormentada ciudad?

Y Cnán dedujo lo que Feronantus y los otros ya habían entendido: las gentes del poblado los habían confundido con hombres como aquellos y estaban intentando apaciguarlos con tributos, para adelantarse a alguna persistente amenaza de violencia.

—No hay inocentes ante Dios, solo pecadores y justos —replicó Kristaps con gélida calma, como si estuviera explicando algo tan obvio como la salida y la puesta del sol.

Feronantus se anticipó a cualquier réplica de Yasper levantando una mano.

—Cálmate —dijo en voz baja.

Miró fijamente a Kristaps y a los demás caballeros, y Cnán advirtió que su mirada se entretenía en el emblema que llevaban en las sobrevestes. «Significa algo para él», pensó, más que una simple marca de identificación como la rosa roja de la Hermandad del Escudo. Allí había algo más que lo estaba afectando.

—La cobardía te pega. Como siempre.

La mirada de Kristaps se desplazó por el grupo y su sonrisa se amplió ligeramente al ver a Cnán. Ella contuvo un estremecimiento; había pasado algún tiempo desde la última vez en que un hombre la había mirado de esa manera.

Le resultó extraño, pues, que Istvan desenvainara su sable y picara a su caballo. No podía creer que fuera una reacción a cómo la había mirado Kristaps (a fin de cuentas, era la reacción que habría esperado de Percival), pero el repentino movimiento del húngaro la sobresaltó y la dejó confundida.

Istvan mantuvo sujetas las riendas de su caballo y no le permitió cruzar el espacio vacío entre los dos grupos, pero su actitud era claramente agresiva. En contraste con los brincos de su montura, el húngaro era una estatua: los ojos clavados en su enemigo, los nudillos blancos de apretar la empuñadura del sable.

Kristaps conservó la tranquilidad con la actitud de un hombre que veía al jinete más como una diversión entretenida que como una amenaza creíble.

—Istvan —dijo Feronantus—, no es el momento.

Istvan enseñó los dientes y un rugido de fiera brotó de su garganta.

—Ya has oído a tu amo, perro —dijo insidiosamente Kristaps—. Te está

ordenando que te quedes a sus pies.

Los ojos de Istvan estaban desorbitados y Cnán temía que el caballero alto hubiera ido demasiado lejos. El húngaro tenía el resorte de la ira muy flojo, era demasiado aficionado al alivio que le proporcionaban sus estallidos de rabia. La cabeza de Cnán se llenó de imágenes de la alegría sin medida que lo envolvía mientras combatían con los mongoles en la granja.

Aguantó la respiración temiendo lo peor.

Los superaban en número por más de tres a uno. Un enfrentamiento en ese momento seguramente sería su ruina.



EL SACRIFICIO DE UN HERMANO

Gansuj se sentó en el borde de su tarima de dormir recorriendo con los dedos la pequeña caja lacada. Tras una semana de trastear con el enigma rectangular, había conseguido distinguir las uniones, pero el secreto de su apertura seguía eludiéndolo.

Le dolía el lado derecho de la cara. Ogodei le había hecho un tajo en la mejilla con la copa y Gansuj sabía que la herida no era tan grave como parecían indicar su aspecto y el dolor; en unos pocos días solo quedaría de ella un arañazo y la mayor parte del hematoma habría desaparecido. Hasta entonces sería una marca que llevaría con orgullo, un continuo dolor punzante que habría que aguantar sin quejas. Pero eso no significaba que fuera a obsesionarse con ello.

La caja era delgada y cabía bien en la palma de su mano. La ladrona, cuando corrió hacia él aquella noche en la estepa, la escondió en su *deel* en un desesperado juego de manos. No conseguía entender por qué ella le había confiado la caja, aunque no podía echárselo en cara teniendo en cuenta que debía escoger entre Munojoi y él. Pero ¿qué se suponía que debía hacer con ella? Agitó la caja para oír el ruido que hacía el objeto que encerraba. «¿Qué era lo importante, la propia caja o lo que había en su interior?».

Cuando iba de caza, el momento en que el sentimiento era más puro era el inmediatamente anterior al acto de soltar la flecha. Aunque la cuerda de tripa se le clavara en los dedos y el brazo le temblara por el esfuerzo de tensarla, sentía todo su cuerpo ligero, como un filamento de seda extendido entre la punta de la flecha y el blanco. Le parecía volar, vibrar en el aire, y cuando el blanco se agitaba repentinamente, él sentía el movimiento recorrer todo su cuerpo como un rayo. Y entonces soltaba la flecha, dedos y respiración acompasados, y antes incluso de que la flecha hubiera abandonado el arco él ya sabía dónde se clavaría.

La flecha solo volaba bien cuando él se conocía, cuando sabía lo que había que hacer y estaba preparado para actuar sobre la base de ese conocimiento. Entregar la copa a Ogodei y retarlo a aceptarla (como un regalo, pero igualmente como un reconocimiento de su locura por la bebida) había sido uno de esos momentos. Si hubiera pensado demasiado en ello antes de hacerlo nunca lo habría hecho, y ahora que ya estaba no había motivo para no aceptarlo como su destino. El destino que le había preparado el Lobo Azul.

«Puedo descubrir los secretos de esta caja».

Sostenía la caja con delicadeza, con los ojos entornados, la respiración pausada, los dedos recorriendo con mucho cuidado su suave superficie. Con el ojo de su mente veía la larga ranura que la dividía a lo largo, y mientras la recorría con su largo dedo se imaginó tensando su arco, avistando el blanco. Al notar el borde de la caja hizo una pausa, con el dedo apoyado con suavidad sobre la superficie lacada y el pulgar acariciando ligeramente la base. Intentó escuchar ese momento, ese levísimo estremecimiento de su blanco cuando empieza a sospechar que su muerte se acerca, y cuando sintió que algo se movía en su interior, soltó la flecha.

Cuando abrió los ojos sus manos estaban vacías. La caja (más bien las tres complejas piezas que la formaban) estaba en el suelo. Apartó las piezas para ver el contenido secreto de la caja rompecabezas. Tardó un poco en entender qué era, por su sorprendente simplicidad.

Era una ramita verde, un brote cortado de un árbol. A pesar del tiempo que había pasado en la caja, lejos de la tierra y la luz, aún estaba flexible, con la corteza joven y lisa y una sola y diminuta hoja verde amarillenta.

Acercó el brote a su nariz; olía a... el barro de la ribera del río en primavera, cuando el suelo estaba fragante por los brotes verdes. Cuando tocó la hoja con la yema del dedo casi le pareció notar un latido, como de un corazón en miniatura.

No podía conciliar el sueño. Abrir la caja no había resuelto su misterio, y tras una hora echado en la cama mirando la ramita, haciéndola girar con suavidad entre sus dedos, la había envuelto en un trozo de seda y la había escondido entre su ropa. Volvía a esconderla una vez más, más o menos igual que la ladrona.

Pero su mente no podía parar; sus pensamientos zumbaban como abejas furiosas que dan vueltas alrededor de su colmena en peligro. Cuanto más se esforzaba por encontrar una postura cómoda en la cama, más consciente era de lo pequeña que era su habitación y del poco espacio que le quedaba. Las paredes estaban demasiado cerca; si extendía los brazos le parecía que podría tocar las dos paredes opuestas. Estaba igual que el brote: moviéndose en el interior de una caja minúscula.

«¿Cómo podía algo sobrevivir en una caja así?», pensó mientras se ponía una chaqueta ribeteada de lana sobre la túnica. Quizá el brote solo pareciera vivo después de abrir la caja. Quizá lo había rejuvenecido el aire fresco.

Salió de la zona de invitados e inspiró a pleno pulmón cuando abandonó el edificio. «No soy un hombre de este lugar», reflexionó mirando el cielo nocturno. Las antorchas todavía chisporroteaban y bailaban en los senderos, moribundos restos de la fiesta que había llenado el palacio hacía horas, y su luz hacía difícil ver las estrellas.

Un extraño grito llenó el aire y erizó el vello de los brazos de Gansuj. También oyó voces (hombres gritando) y sintió vértigo, incapaz de entender cómo había sido

trasladado al pasado, a la noche en que la ladrona había huido del palacio de Ogodei y lo había cambiado todo.

Pero no se trataba de esa noche. El ruido se repetía, la sonora queja de un animal furioso, y cuando Gansuj llegó a la esquina del palacio vio el origen del tumulto.

En la plaza, una majestuosa bestia se debatía. Era gris y titánica, con casi dos veces la altura de un hombre, orejas como telas de tienda, grandes colmillos como un jabalí y un morro muy largo que se enroscaba y desenroscaba como una serpiente. La monstruosa bestia se encabritaba sobre sus patas traseras del tamaño de troncos, luchando con cuerdas enrolladas a estacas y sujetas por los hombres que intentaban retenerla. «Como si una cuerda pudiera retener a semejante criatura, —pensó Gansuj—. Una demostración de humor de los cielos». Sus cuidadores, hombres de piel oscura con telas enrolladas a modo de gorro, picaban a la bestia con largas lanzas acabadas en ganchos gritándose frenéticamente unos a otros.

La bestia bramaba y chillaba pisoteando el suelo con sus grandes patas, cada una de ellas tan gruesa como el poste de una yurta. Mientras Gansuj la observaba, encontrando a la vez asombroso y divertido que los hombres intentasen domesticar a semejante criatura, volvió a encabritarse. Las cuerdas emitieron un sonido semejante a quejidos humanos y luego se soltaron de sus amarres. El suelo tembló cuando la bestia plantó las patas y luego sacudió la trompa hacia un lado y alcanzó a un enclenque cuidador. El hombre voló por toda la plaza como una muñeca de niña mientras los otros cuidadores intentaban (con valor, pero sin posibilidades) controlar a la bestia.

Liberado de sus ataduras, el gran animal lanzó un grito triunfal, como producido por una docena de cuernos, y cruzó la plaza con un paso pesado, pero imposible de detener.

Gansuj se aplastó contra el muro del edificio cuando el animal pasó frente a él. Se sintió como un insecto que se agarra con desesperación a una piedra sacudida por un terrible terremoto. Vio su poder en el lento bamboleo de su gran barriga, en los macizos músculos y tendones de sus descomunales patas... y en los profundos ronquidos de sus pulmones al mover su agrio aliento con olor de hierba.

«Vaya, no es más que un gran toro con el morro largo, con orejas como alfombras que se agitan y una piel gris, picada y arrugada como una armadura».

Entonces su mente se puso en marcha. No era un rinoceronte, cuya piel era convertida en armaduras para la realeza, sino algo parecido... Su gran cuerno era blando y se había alargado hasta convertirse en un miembro obscenamente prensil... y también ese ojo de color avellana, que lo miró al pasar a su lado, hundido y nervioso, pero inteligente, como el calculador ojo de un guerrero gigante.

Y luego pasó a su lado y Gansuj se apartó de la pared conteniendo la respiración. Ahora los cuidadores de la bestia gris corrían y saltaban señalándolo a él y riendo,

pero se mantuvieron a una distancia prudencial cuando el toro guerrero de la nariz bamboleante se dirigió estruendosamente hacia la puerta del palacio. Los guardias de la puerta, riendo como dementes, pero sin ningún interés en cruzarse en el camino de aquel ariete viviente, abrieron a toda prisa las puertas para dejarlo pasar. El enorme animal pasó a toda velocidad sin que nadie le impidiera huir hacia la estepa abierta, seguido por gritos de burla y regocijo. «Es mejor dejarlo libre hasta que su furia se apague que intentar pararlo». Gansuj sonrió ante la idea de que tan extraña criatura corriese libremente por las llanuras. No le cabía duda de que acabarían por volver a capturarlo, si es que no lo cazaban y descuartizaban, pero por el momento era libre para correr bajo los cielos. Como deberían ser todas las cosas.

Ogodei nunca podía hablar de su terror secreto. El nudo del miedo se apretaba más y más en sus tripas cada año cuando se aproximaba aquel aniversario. Lo que le causaba el dolor no era el recuerdo de Tolui, el menor de los cuatro hijos de Gengis; para todos estaba claro lo querido que era para el *kagan* el recuerdo de su hermano. Tampoco eran las procesiones sin fin o las interminables comidas ceremoniales que se celebraban en honor de su hermano muerto durante toda la semana que duraba el festejo. No, lo que le provocaba dolor y espasmos en las tripas era que tenía que hablar ante la corte; tenía que presentarse ante ellos y hablar de la importancia del sacrificio de Tolui.

Ogodei iba de un lado a otro de su habitación como un tigre enjaulado. La gran copa estaba medio llena en una mesa cercana. No podía soportar su visión. El olor del vino lo perseguía. En más de una ocasión había cerrado las manos sobre el pie de la copa como si fuera un cuello que pudiera estrangular; si no podía partirla por la mitad, al menos podría ocultarla a su vista. Pero cada vez alzaba el borde hasta sus temblorosos labios y vertía un poco más de su contenido en su boca jadeante.

¡Ay!, cómo le habría gustado que la copa fuese aún más grande, como una bañera, para poder ahogarse en el vino y librarse de su carga, librarse del peso del imperio. Cada trago era más amargo, pero entonces se limitaba a beber más para borrar el gusto del trago anterior.

Ogodei soltó una maldición y estampó la copa sobre la mesa, de nuevo incapaz de tirarla por la ventana. El joven guerrero, Gansuj, se había enfrentado a él delante de todos sus invitados. Debería haberlo sacado a rastras de la sala y haberlo azotado.

El *kagan* hizo un gesto de desprecio ante su tembloroso reflejo en la superficie del vino. Debería haber sacado el cuchillo y haber matado él mismo al insolente cachorro. Pero la fiera expresión de su rostro le recordó a Tolui..., igual que la gran copa. Chagatai, su hermano mayor, había escogido bien su enviado.

En la puerta sonó un ligero golpe, y antes de que pudiera gritar a quienquiera que fuese tan imbécil como para molestarlo, su esposa Toreguene abrió la puerta y entró.

—Deberías ver la cantidad de gente que hay —dijo mientras entraba como deslizándose por el suelo. Iba muy arreglada, envuelta en capas de seda naranja y amarilla, con el cabello recién trenzado—. Todos esperan a su glorioso y sublime líder. —Le tocó ligeramente el brazo y hasta él llegó el olor de los aceites de jazmín y melisa de su cabello.

Ogodei resopló sonoramente y sus hombros y su pecho se hundieron. Quería tumbarse en uno de los divanes. Echar una cabezada.

—Deberían volver mañana —dijo con un suspiro—. O no volver. —Su mano se movió hacia la copa. Aunque se negaba a mirarla sabía muy bien a qué distancia estaba. «Solo otro trago, —pensó—. Quizá eso me atontará lo suficiente».

Ella se apoyó en él pasando el brazo bajo el de Ogodei. Su voz ascendió suavemente hasta su oído.

—No necesitan gran cosa. Enséñales la cara. Diles que comiencen sus fiestas.

—¿Qué celebran? —preguntó él con brusquedad—. El maestro Chucai dijo que esta fiesta sería algo nunca visto bajo los cielos, pero ¿por qué? ¿En honor de mi hermano muerto? En honor... —Se tambaleó hacia un lado liberándose del brazo de Toreguene y levantó la copa de la mesa. Miró a su esposa por encima del borde mientras acercaba la copa a sus labios. El vino se desbordó y le mojó la barba—. ¿Para honrar su sacrificio? A mi hermano no le importa. Está muerto. Se fue. Sus huesos se fueron. Un sacrificio inútil a unos dioses extraños.

Toreguene lo besó en la mejilla y le limpió el vino con el pulgar. Su amable sonrisa le hacía más daño que los recuerdos.

—Murió por la gloria del imperio —dijo ella, ni como reprensión ni como acusación, solo como recordatorio—. Murió por el sueño de tu padre. Sabía que su sacrificio era necesario para que el imperio pudiera seguir existiendo.

—¿Cuántos más hijos y hermanos han sido sacrificados por el sueño de mi padre? —gritó Ogodei—. ¿Cuántos más?

—Tolui fue un hombre bueno, el mejor y más noble hermano que cualquiera pudiera soñar con tener, pero sabía lo que había que hacer para mantener vivo el imperio. —Toreguene tomó suavemente sus mejillas entre sus manos cálidas y secas y lo miró a los ojos—. Tú eres el mejor de los hijos de tu padre. El único digno de ser su sucesor. No deshonres el sacrificio de Tolui negando lo que eres.

Los ojos de Ogodei empezaron a llenarse de lágrimas.

—Mi hermano —dijo en un sollozo—. ¿Qué otro haría un sacrificio semejante?

Toreguene quitó la copa de los dedos flojos de Ogodei y volvió a dejarla sobre la mesa. Sin decir palabra, lo condujo al balcón. Bajo la gran carpa azul del cielo había una hueste de guerreros en silencio. Lo esperaban. El sol estaba en su cénit arrancando destellos de los cascos de acero y las joyas de oro, y la multitud resplandecía como el agua.

—Todos ellos —dijo ella con voz tranquila—. Hasta el último de ellos y los millares que ya han muerto en acto de servicio, todos ellos sacrificarían su vida por ti, gran kan. —Le limpió la cara con la manga secando las lágrimas con cariñosos golpecitos—. No los rechaces.

La boca de Ogodei se apretó y su espalda se enderezó. Con suavidad, tomó las manos de Toreguene entre las suyas y las besó. Luego, con un pulgar, limpió una pequeña mancha de vino de su piel y levantó la cabeza para mirarla por debajo de sus gruesas cejas con sus pequeños y penetrantes ojos negros. Ella siempre producía ese efecto en Ogodei, como un tónico, mejor que cualquier vino, mejor aún que la visión de un buen caballo.

Cuando salió al balcón, el viento lo saludó como un viejo amigo; las crines de la bandera del Gran Espíritu colocada en la barandilla bailaban y se enroscaban con el viento. Casi podía oír en ese viento los relinchos y brincos de caballos ansiosos, deseosos de que los monten por las praderas.

El ejército reunido bajo el balcón dio un grito, y el sonido fue como una avalancha cayendo por una ladera empinada. Ogodei dejó que sus voces unidas lo abofetearan, y después, reanimado, rejuvenecido por la intensidad de su devoción, alzó los brazos para acallarlos y centrar su atención. Fue como si el repentino silencio expectante de un millar de hombres congelase el propio aire.

—Hoy... —comenzó, y luego volvió a empezar en voz más alta—. Hoy celebramos el sacrificio de mi querido hermano Tolui.

El nudo de sus tripas se apretó una vez más y luego se deshizo, y todos sus recuerdos, los queridos y los aborrecidos, fluyeron de nuevo. El momento había llegado. Todo aquello no significaba nada; lo significaba todo.

—Hace nueve años...

«Hace nueve años...», una noche en que nubes densas ocultaban la luna y el aire se hacía pesado amenazando con lluvia, Ogodei yacía en su lecho de muerte.

Tenía el pelo enredado y pegado al cráneo por el sudor, y una fina túnica se adhería a su cuerpo tembloroso. Cuando tenía fuerza suficiente intentaba deshacerse de las pieles húmedas y apestosas por su sudor, pero los sanadores siempre volvían a taparlo con ellas ignorando sus quejas guturales. Durante la mayor parte del tiempo se limitaba a mirar el enrejado de madera que sostenía la cubierta de la yurta y las evoluciones del humo rizándose antes de salir por el agujero de la cubierta. Los chamanes, como momias ahumadas envueltas en vestidos de centón, aparecían y desaparecían como fantasmas iluminados por la luz de luna que se cuele entre las nubes. Tocaban tambores de piel, entonaban interminables salmodias y hacían ruidos que imitaban a pájaros y zorros. Estaba seguro de que en algún momento miraría y todos se habrían convertido en lobeznos atemorizados que jadean y gimotean.

La fiebre lo había atacado durante la ausencia de la luna y lo había invadido como un malévolo diablo conjurado por sus enemigos. Creció en su interior, devorando primero la fuerza de sus piernas y brazos, y ahora se estaba ocupando de sus tripas y pulmones. Pronto ascendería por su garganta y encontraría la manera de llegar hasta su cerebro, y entonces dejaría de ser Ogodei Kan y se convertiría en un saco de pellejo pálido lleno de cenizas calientes.

Habían partido jinetes para convocar a todos los chamanes y sanadores de la tierra, y seguían llegando y se esforzaban por expulsar al demonio del calor que lo había infectado. Cantaban, bailaban, quemaban incienso; algunos buscaban respuestas en las confusas y erráticas palabras sin sentido que farfullaban sus labios, en la disposición de falanges y tabas que arrojaban sobre mapas de cuero o en las estrías y dibujos de caparzones de tortuga chamuscados.

Ninguno consiguió curarlo. En su propia defensa, dictaminaron que su enfermedad se debía a una maldición lanzada contra él por dioses iracundos de los reinos del sur (una venganza contra el imperio que había masacrado a sus tribus y expoliado sus tierras). Algunos de los chamanes intentaron comunicarse con los dioses extranjeros, encontrar una señal de lo que debían hacer para apaciguar su ira. La única respuesta llegó en forma de asfixiantes nubes de arena y repentinas tormentas cargadas de rayos.

«Una vida preciosa para ti —le dijeron los chamanes— a cambio de todas las que has arrebatado. Ese es el único sacrificio que aceptarán».

—Hermano...

Ogodei miró la tienda con ojos empañados intentando encontrar el origen de la voz que se había colado en sus delirios febriles. Mirando en la dirección del fuego con los ojos entornados distinguió una persona alta, vestida con pieles blancas y amarillas. Hizo un esfuerzo por levantar el brazo y le pidió que se acercase.

—He cabalgado toda la noche... —El hombre se arrodilló al lado de la cama y le cogió la mano caliente y grasienta con sus largos dedos—. El demonio extranjero aún no se te ha tragado —dijo el hombre con una sonrisa.

—Tolui —murmuró Ogodei. Quería abrazar a su hermano, pero el esfuerzo de pronunciar su nombre había consumido toda su fuerza. Intentó girar la mano para poder estrechar los dedos de su hermano, pero incluso eso quedaba más allá de sus posibilidades—. Pronto vendrá por mí el Lobo Azul —susurró. Le dolía la garganta y no podía sacar ni una flema. Su boca era como el desierto del sur: árido y sin vida—. Estoy... contento de que estés aquí —consiguió decir—. Cuando me vaya de este mundo...

Tolui puso un dedo que olía a cuero sobre los labios de Ogodei para hacerlo callar.

—No vas a morir —dijo. Su cara estaba chupada y tenía grandes ojeras oscuras

que envejecían su rostro juvenil y lo envejecían de manera antinatural.

—¿Has encontrado un remedio? —preguntó la voz ronca de Ogodei antes de sufrir un ataque de tos seca que hizo que le doliera el pecho.

—He hablado con algunos de los chamanes y temen que no haya esperanza. Pero un viejo de las colinas del Águila me ha dicho que hay una manera...

La voz de Tolui se fue desvaneciendo hasta perderse en el ritmo obsesivo de los chamanes, que lo cuidaban cantando salmodias y tocando sus tambores.

—No —dijo Ogodei con esfuerzo—. No puedo permitir...

Tolui sacudió la cabeza.

—Nuestro padre me dijo que cuidara de ti, Ogodei. ¿No es eso lo que he hecho? Cuando olvidabas tus lecciones, ¿dónde estaba yo? Cuando te quedabas dormido, ¿quién te despertaba de un codazo? ¿Quién se ocupó del imperio de nuestro padre mientras las tribus se peleaban y se quejaban por nombrarte *kagan*? Te lo concedí con alegría cuando llegó el momento porque sabía que tú eras el hermano más sabio y capaz de todos nosotros. Te escogió nuestro padre y para mí siempre ha sido (y siempre será) mi principal deber y mi mayor honor seguir a tu lado. —Sus ojos estaban húmedos y brillantes—. Si mueres estaremos perdidos. Quedaremos débiles e indefensos mientras las tribus se reúnen para formar el *kuriltai* y elegir a un sucesor, como un niño huérfano que sale gateando de su yurta y encuentra a su familia devorada por los depredadores.

—Deberías ser tú, Tolui. Tú serías un buen *kagan*.

—¿Comparado contigo? —Tolui lo negó con la cabeza—. Los dioses te temen, hermano mío. Mira con qué desesperación intentan destruir el sueño de nuestro padre; tu sueño. —Apretó la mano de Ogodei como anticipándose a cualquier discusión—. Ya he decidido. Los chamanes officiarán el rito. Déjame hacer esto por ti. Déjame servir a mi kan como mejor puedo hacerlo.

En la tienda se había hecho el silencio y Ogodei se esforzó por mirar a su alrededor. Había más chamanes de los que él creía que podían caber en la yurta. Todos iban vestidos de azul y habían cambiado sus tambores y huesos oraculares por tazas, astas de ciervo y bastones tallados. Intentó liberar la mano que le tenía cogida Tolui, pero su hermano menor lo retuvo con fuerza. No podía sentarse, no podía hablar. Su fuerza había desaparecido y volvió a desplomarse sobre las pieles mojadas de sudor. Lo envolvían como nieve húmeda y en el límite de su campo de visión bailaban figuras de demonios.

Los chamanes salmodiaban y la tienda estaba iluminada por la luz de cuatro braseros en los que quemaban aromática leña de pino. «¿Había pasado el tiempo?». Tolui ya no estaba al lado de su cama y su mano (la que hasta hacía poco sostenía su hermano) estaba fría y tenía un calambre. Cuando Ogodei parpadeó, uno de los braseros desapareció; fueron apagados en rápida sucesión y grandes nubes de humo

comenzaron a crecer ocultando a los monótonos chamanes.

Una densa voluta de humo pasó sobre su cara. Alargó el brazo para tocarla, pero allí no había nada salvo un extenso vacío, como si yaciera desnudo en la estepa y todas las estrellas se hubieran apagado. Oía a sangre, como de una cacería reciente, y pensó en el ciervo del río, el que había matado con su padre hacía tantos años.

La salmodia se detuvo y los chamanes gritaron y chillaron en una cacofonía digna de una manada de lobos.

Ogodei no recordaba haber cerrado los ojos, y abrirlos fue como levantar una reja de hierro. Poco a poco consiguió levantar los párpados y se quedó con los ojos entornados y parpadeando a pesar de la poca luz que había en la tienda.

Los chamanes habían vuelto a sus salmodias y recitaban y canturreaban en voz baja. Susurros al viento. Tolui había vuelto y estaba a los pies de su cama. Tenía la cabeza gacha y el sonido que salía de su garganta parecía el de diez hombres que recitasen monótonamente y llorasen. Una copa de madera pasó de chamán en chamán hasta llegar a él, que la aceptó, se puso en cuclillas junto a los pies de Ogodei y la levantó hasta sus labios.

Y bebió, bebió y bebió. Parecía que nunca fuera a parar; Ogodei estaba a punto de gritarle que parase cuando dejó caer la copa y se desplomó contra la cama. Levantó la cabeza y sus brillantes ojos taladraron a Ogodei. Su boca se movió durante un rato antes de que salieran las palabras, y cuando lo hicieron Ogodei deseó poder gritar, empujarlas hasta el fondo de la garganta de su hermano como si eso pudiera deshacer lo que ya estaba hecho.

—Trae grandeza a nuestro imperio, hermano —susurró.

Ogodei se sentó. Su espíritu estaba volviendo en oleadas de pinchazos que recorrían sus miembros.

—Tolui —gritó con un jadeo ronco.

Tolui gimió y después se dobló por la cintura mientras sus manos se aferraban a la nada. Cuando volvió a mirar a Ogodei, las venas de su frente estaban hinchadas y moradas bajo la piel bañada de sudor.

—Hermano —susurró con voz sibilante—, me están bebiendo. —Toda la piel de su cara se puso tirante como el parche de un tambor, y Ogodei vio cosas que se movían por debajo; como lombrices excavando.

—Estoy borracho —dijo Tolui con un suspiro.

Intentó dar forma a una última sonrisa para su hermano mayor, pero sus músculos no respondieron y se desplomó inerte. Ogodei tiró las pieles a un lado. Descubrió que se tenía de pie, y corrió al lado de su hermano. Un chamán se colocó a un lado, medio oculto en la sombra.

—Está hecho —declaró con voz hueca y distante.

Los ojos de Tolui estaban cerrados como si se hubiera sumido en un profundo

sueño. Ogodei lo abrazó con fuerza, pero ya no quedaba vida en el cuerpo de su hermano.

—En este día, hace nueve años, mi noble hermano se sacrificó para que yo pudiera vivir. ¡Pero su sacrificio no fue solo por mí! Tolui... Tolui Kan se sacrificó para que el Imperio mongol no se quedara sin su guía ni sin su destino.

Rodeado por más de un *minghan* de guerreros efusivos y extasiados era fácil contagiarse de su entusiasmo, y cuando la multitud rugió como aprobación tras las palabras del *kagan*, Gansuj se encontró unido a las aclamaciones a su pesar.

La explanada estaba suficientemente lejos del balcón de Ogodei para que no fuera fácil saber si el *kagan* había estado bebiendo. Desde luego, desde esa distancia no era posible distinguir los detalles que delatan la intoxicación en la cara de un hombre, pero teniendo en cuenta el ritmo de bebida del *kagan* y cómo se inclinaba sobre la barandilla del balcón mientras la multitud lo aclamaba, Gansuj sospechaba que el *kagan* estaba borracho.

—No debemos olvidar nunca el espíritu de mi querido hermano —continuó Ogodei volviendo a erguirse—. Su fuerza es nuestra fuerza, su espíritu todavía está con nosotros. Su nombre y los nombres de todos nuestros hermanos caídos son los que hacen de nosotros lo que somos. Quienes se levantan contra el imperio, quienes me desafían, profanan el recuerdo de nuestros hermanos muertos.

Ogodei hizo una dramática pausa, y cuando el clamor de la multitud llenó la explanada, levantó los brazos para pedir que gritaran más. El suelo retumbó cuando los hombres comenzaron a dar patadas acompasadamente. Esa vez, cuando el *kagan* bajó los brazos, el silencio volvió más despacio.

—Debemos a mi hermano —gritó Ogodei con voz resonante—, a vuestros hermanos y a todos los hermanos mongoles caídos, la continuidad de nuestro imperio. Mi padre unió las tribus y marcó para nosotros un rumbo que dejará una huella indeleble en la historia. Es nuestro deber, nuestra deuda sagrada con los hermanos que vendrán después de nosotros, mantener ese rumbo.

Las aclamaciones de la multitud se volvieron cada vez más fuertes y guturales hasta convertirse en un cántico de guerra. El sonido se movía en oleadas de atrás adelante y chocaba con los muros del palacio, y, por encima de la hirviente marea de guerreros vociferantes, Ogodei perdió el equilibrio. El corazón de Gansuj también, pero la multitud no se dio cuenta y Ogodei se estabilizó. Gansuj vio alguien moverse detrás de Ogodei y el rápido movimiento de la mano del *kagan* rechazando cualquier ayuda.

La multitud seguía entusiasmada, pero Gansuj había visto lo suficiente. Cuando Ogodei empezó a acallar a los guerreros vociferantes para su arenga final, Gansuj se abrió paso para salir de la masa.

La grandeza del *kagan* no había desaparecido. El vino lo debilitaba, pero no había acabado por entero con el fiero espíritu de Ogodei. Todavía era posible salvar al *kagan*, pero eso requeriría alguien como Gansuj (un ser independiente, un guerrero para quien las viejas costumbres aún estuvieran vivas y vigentes) para mostrarle el camino.

Aprender las costumbres de la corte era un medio para alcanzar un fin, algo así como aprender a interpretar rastros y señales para cazar. Un cazador tenía que conocer bien a su presa antes de poder perseguirla; antes de poder acercarse lo suficiente.



EL AVANCE DEL PEREGRINO

Ningún lugar podía parecerse a Jerusalén menos que aquel en el que estaban entrando, pero, mientras cruzaban la puerta del priorato situado en la cima de una colina en Kiev, Raphael no pudo evitar pensar en el día, once años antes, en que había entrado en Jerusalén varios cuerpos por detrás de Federico II, emperador del Sacro Imperio y promotor de la sexta cruzada. Porque también Jerusalén había abierto sus puertas sin luchar. Todas las órdenes militares de la cristiandad (Caballeros Teutónicos, Templarios y Hospitalarios y de la Ordo Militum Vindicis Intactae) habían enviado contingentes. Sacaron brillo a sus armaduras, cepillaron sus caballos y desplegaron sus banderas más gloriosas, y empezaron a competir entre ellos por deslumbrar a los lugareños (musulmanes, judíos y cristianos) que llenaban el recorrido de Federico desde la puerta de San Esteban hasta la iglesia del Santo Sepulcro.

La Hermandad del Escudo, que seguía el estilo de los espartanos, solía conseguir unos resultados bastante pobres en esas exhibiciones, y, por lo tanto, probablemente dejó poca huella en la gente. Eso era aceptable (incluso preferible) para Raphael y la docena de hermanos que habían ido con él bajo la bandera de la rosa roja de la orden. Contar con menos atención de la gente común de Sion les dejaba más tiempo para observar la ciudad y las órdenes rivales de caballeros cristianos, que ahora volvían a ocupar el lugar después de una ausencia de cuatro décadas.

Los Caballeros Hospitalarios estaban entre los que habían entrado en Jerusalén a la diestra de Federico II, con sus sobrevestes negras adornadas con cruces plateadas. Después de presentar sus respetos en el Santo Sepulcro, volvieron a ocupar el Hospital de San Juan, que en un principio había sido un albergue para los peregrinos que viajaban desde Occidente para visitar la tumba de Jesucristo. Sus marciales propietarios habían aprendido desde entonces que prestar ayuda a los peregrinos era un asunto complicado que iba más allá de simplemente alimentarlos y darles techo. ¿De qué valían todos esos servicios si no podían viajar por los caminos con seguridad?

A Raphael le resultó imposible no pensar en aquel día cuando entró en el convento fortaleza de las Doncellas del Escudo y vio a los enfermos e impedidos repartidos por el patio sobre jergones de paja. Estaban siendo atendidos por las buenas hermanas con sus tocas blancas. Aquellas monjas habían aprendido la misma

lección que los cruzados en el Hospital de San Juan: proteger a los humildes requiere una juiciosa combinación de vendas, sustancias medicinales y simpatía, por un lado, y fuerza bruta armada, por el otro.

Las Doncellas del Escudo estaban sobradamente cualificadas para lo segundo. Eran descendientes de mujeres noruegas que se habían inspirado en las historias de valquirias y *skjalddis*. Como el resto de los varegos que habían emigrado hacia el sur por los grandes ríos de la Rus, poco a poco se habían fusionado con la población local y habían adoptado su lengua eslava y su alfabeto griego. Pero Raphael podía ver claramente los antiguos vínculos con su orden en muchos detalles de sus armas y armaduras, en sus movimientos y en su disciplina.

Como tenían tanto en común y Vera e Illarion podían hacer de intérpretes sin problemas entre el latín y el ruteno, la conversación fluyó sin obstáculos en cuanto fueron recibidos formalmente, se hicieron las presentaciones y les enseñaron la pequeña fortaleza. Poco después se encontraban sentados alrededor de una mesa grande y vieja en la torre del homenaje, bebiendo aguamiel y comiendo un pan negro muy basto mojado en miel.

—Esta tierra ha sufrido gran mortalidad, como bien habéis visto —explicó Vera al ver el asombro en sus caras cuando sacaron la comida—. Pero las abejas viven, las flores nacen y los granjeros labran sus campos, y nosotras somos capaces de mantenernos con lo que nos traen. A cambio, cuidamos de sus enfermos y les ofrecemos un poco de protección.

—¿Y qué milagro —preguntó Illarion— os permitió escapar de los mongoles?

—Se podría decir que casi planteáis las preguntas como trampas —replicó Vera con una mirada fulminante que hizo que Raphael se alegrara de no ser el destinatario.

Era una mujer de esqueleto poderoso, que en algún país más afortunado habría acabado siendo una vaquera fornida y carnosa que andaría dando tumbos por la vaquería con dos pesados cubos colgados de sus anchas espaldas. La frugalidad la había adelgazado y había dejado al descubierto unos pómulos que debían más a las estepas que a los fiordos. El color de sus ojos y el de su cabello contaban una historia semejante, y el cabello le llegaba justo por encima de los hombros cuando lo echaba hacia atrás; la medida justa para caber bajo un casco pero sin llegar a engancharse en las anillas de acero del almófar.

—No intento tender trampas —protestó Illarion—, solo...

—Las desgraciadas gentes de Kiev, los que viven ahí abajo en las ruinas, tienden a verlo como un milagro, y no vemos qué ventaja reportaría decirles lo contrario —dijo Vera interrumpiéndolo—. Como bien sabéis, no habríamos podido resistir un ataque de los mongoles aunque hubiéramos luchado hasta la muerte. En lugar de eso nos enfrentamos a ellos lo justo para retrasar su avance y resultar una molestia. Ya habían tomado Kiev, y cuando su estrategia les pide que galopen por el mar de hierba

no tienen por costumbre pasar meses en un lugar para eliminar hasta el último foco de resistencia. Este lugar parece una iglesia; a ellos no les gusta destruir iglesias. Está defendido por mujeres; manteniendo un largo asedio conseguirían poco honor y menos gloria, además de correr el riesgo de sufrir burlas y humillaciones si no lograban vencernos rápidamente.

—Así que pasaron de largo —dijo Illarion asintiendo.

Las fuerzas regresaban al cuerpo de Raphael a medida que comía pan con miel, y con ellas volvían los sentimientos que habían estado reprimidos por el frío, la suciedad, las penalidades y la compañía de hombres. Empezó a mirar a Vera como siempre han mirado y mirarán los hombres a las mujeres, y vio que la viruela había dejado un reguero de cráteres poco profundos en sus mejillas y bajando por los costados de su cuello, aunque sin llegar a desfigurarla. Y no había tocado sus ojos. A ella le pareció notar su mirada y se volvió para mirarlo directamente a los ojos. Por supuesto, no fue una mirada tímida. Él no esperaba algo así de una doncella del Escudo, ni ella le estaba diciendo que se muriera allí mismo. Solo lo estaba informando de que si la miraba, ella le devolvería la mirada. Él hizo lo único educado que podía hacer: desviar la vista y darle la razón con una sonrisa.

—Total: que no nos exterminaron —concluyó Vera señalando el pan y la miel—, y vamos sobreviviendo. Pero lo que es comunicación con el resto de la cristiandad, prácticamente no hemos tenido. Solo rumores de grandes batallas ganadas por los mongoles. ¿Qué hay de vuestra orden? ¿Aún está en pie Petraathen? ¿O andáis perdidos vagando como esos otros?

«Esos otros». Hablaba de los Caballeros Livonios.

La mente de Raphael volvió a Jerusalén. Acababa de entrar en la ciudad una formación de Caballeros Teutónicos, inmediatamente después del contingente, mucho más reducido, de la Hermandad del Escudo. Era una orden mucho más reciente, pero en las últimas décadas le había ido mejor por tener su sede central en Acre, ciudad aún bajo dominio cristiano, en lugar de en Jerusalén, que había caído en poder de Saladino hacía cuarenta y dos años. Su aparición en el desfile fue mucho más vistosa y causó en los lugareños una impresión mucho mayor que la Hermandad del Escudo. Pero su presencia en Tierra Santa no tardaría en verse reducida cuando se trasladaron al norte para iniciar cruzadas en la frontera oriental de Europa, donde los reinos cristianizados lindaban con tierras en manos de paganos.

Pocos años antes, los Caballeros Teutónicos habían absorbido los restos de otra orden de cruzados: los Hermanos Livonios de la Espada. Los livonios habían sido dispersados por un ejército pagano y su gran maestre y la mayoría de sus caballeros habían sido masacrados. Los livonios supervivientes aceptaron la autoridad del gran maestre de los Caballeros Teutónicos y renunciaron a su escudo de armas tradicional, una cruz y una espada rojas, y adoptaron la cruz negra de los Teutónicos.

—Esos vagabundos... —dijo Percival mientras se estiraba hacia delante para alcanzar otra rebanada del denso pan—. Teníamos entendido que la Orden Livona ya no existía. Si lo hubiéramos sabido...

—¿Habríais corrido a rescatarnos?

—Claro que no. —Percival negó enérgicamente con la cabeza esquivando hábilmente la trampa—. Os habríamos enviado un mensaje.

—Si hubieran sido más hábiles podríamos haberles permitido cruzar las puertas y habríamos acabado deseando que nos hubiera llegado ese mensaje —explicó Vera—. Pero lo que pasó fue que los comentarios sobre su arrogancia y su bravuconería llegaron aquí varios días antes que ellos, y por eso sabíamos qué podíamos esperar. Cuando Kristaps, su líder, se presentó ante nuestras puertas dijo exactamente lo que esperábamos: se ofreció para liberarnos de la pesada carga de defender este lugar y nos propuso darnos otras ocupaciones más adecuadas para el sexo débil.

—Estoy seguro de que eso os gustó —bromeó Raphael. Illarion, Roger, e incluso Percival, no podían ocultar su regocijo.

—Por el tono en que hizo el ofrecimiento —dijo Vera, y no pudo evitar que las comisuras de su boca se estiraran— estaba claro que consideraba los términos como de una generosidad extraordinaria. Se quedó ahí plantado esperando a que le diéramos las gracias y le manifestásemos nuestra admiración. No consiguió ninguna de las dos cosas. Cuando volvió ya no habló con tanta amabilidad y nos dejó ver su verdadera naturaleza, como si no hubiera sido evidente antes.

—¿Es tal vez el caballero de la flecha en el ojo? —preguntó Raphael, esperanzado.

Vera lo negó.

—Eso sería agradable —respondió—. Ese tipo era un caballero de menor rango que se puso pesado. —Dio un bocado al pan y lo masticó mientras su última frase se asentaba.

Se volvió para mirar a Percival, a quien había identificado como jefe del grupo.

—Habéis sido cortés —continúo— al manifestar vuestra fraternal preocupación por nuestra situación, y no os he correspondido. ¿Qué os ha traído hasta aquí, y en este estado? Perdonad mi franqueza, pero es evidente que lleváis mucho tiempo de duro viaje a las espaldas.

Cualquiera de ellos podría haber respondido. Raphael se calló porque no quería revelar la verdad. Más tarde Feronantus podría confiársela, pero eso no debía hacerlo un miembro común de la compañía. Raphael había visto suficiente de Vera para tener la seguridad de que si le decían sin más que su misión no era de su incumbencia, ella lo aceptaría sin rencor ni desconfianza.

Estaba buscando una manera educada de decir eso cuando Percival se adelantó.

—Es una misión.

Los compañeros de Percival sentados a la mesa se quedaron pasmados, preguntándose si había hablado con sinceridad o si estaba construyendo una mentira sobre la marcha. Pero, en el supuesto de que Percival fuera capaz de mentir, probablemente lo haría muy mal. En su rostro no se veía otra cosa que sinceridad. Vera pasó un rato escrutando ese rostro. A Raphael, que la miraba a ella, le pareció ver en sus ojos una ligera relajación, una retirada de sus defensas.

—¿Podéis ser más concreto sobre el objetivo de vuestra misión? —preguntó por fin ella.

—No —respondió Percival de inmediato—, porque no lo sé.

—¿Quién os ha encomendado la misión? Habría sido todo un detalle por su parte daros mejores instrucciones antes de enviaros a semejante distancia.

—No me atrevo a decir que fue Dios, porque eso sería arrogancia blasfema —explicó Percival—, pero de verdad creo que algún ángel o santo pasó sobre mí hace semanas, iluminó mi alma con su luz y me infundió un objetivo. La naturaleza de ese objetivo aún no está clara. Pero creo que es lo que me ha traído hasta este lugar, aunque no puedo imaginar el motivo.

Roger miraba a Percival con una mezcla de burla y cariño que solo podía nacer de una larga amistad. Illarion observó rápidamente a Raphael, luego se volvió hacia Vera y le hizo una pregunta en ruteno.

Vera le respondió en la misma lengua y luego dijo en latín:

—La colina que tenemos debajo está atravesada por cuevas y catacumbas donde vivieron hombres santos desde los tiempos en que los primeros cristianos llegaron aquí predicando su evangelio. Por todo el lugar hay huesos y objetos de los santos. Por supuesto, corre el rumor de que también hay un tesoro enterrado. Es imposible saber si los livonios han venido hasta aquí en busca de reliquias o del tesoro, pero yo sospecho que se trata de lo segundo. Si el alma de algún santo os ha enviado a este lugar a cumplir una misión, hermano Percival, yo diría que vuestro objetivo se encuentra debajo de nosotros.

Hizo una seña hacia la comida que había en la mesa.

—Cuando hayáis acabado esta comida, estaré encantada de enseñaros el camino.

El caballo de Istvan se encabritó pateando el aire.

Unos cuantos livonios más desenvainaron sus armas, y el sonido de acero contra acero fue como un repique de campanas. Cnán tenía ganas de taparse los oídos, como si evitar oír el sonido pudiera servir para prevenir lo que estaba a punto de suceder. Feronantus ni siquiera tocó su espada.

—Tu presa está escapando —dijo en el silencio que siguió al ruido de espadas. Su afirmación provocó desconcierto en las dos filas hasta que Kristaps parpadeó y volvió la cabeza para mirar hacia la ladera de la colina.

Los hombres harapientos del carretón habían llegado a la puerta del monasterio. Mientras todos la miraban, la puerta se abrió con un chirrido, lo justo para que los dos hombres arrastraran su carga hasta el interior y luego se cerró otra vez.

—Verdaderamente, qué poco sabes, Feronantus —dijo Kristaps riendo.

—Sé que, aunque nos superáis en número por tres a uno, tú no estás seguro de poder derrotarnos en un combate —dijo Feronantus con calma—. Sé que mi caballero puede atravesar a dos de tus hombres con una sola flecha ahora mismo porque no son lo bastante hábiles para no formar columnas. Sé que algunos hombres de tu flanco derecho están aterrorizados por lo que va a suceder cuando el caballero que está detrás de mí saque esa enorme espada que lleva. Y sé que al menos uno de tus hombres se va a desmayar cuando diga que no es solo este hombre —aquí señaló con la cabeza a Istvan— quien come carne humana; también su caballo.

Kristaps se crispó (solo ligeramente) cuando dos de sus hombres cayeron desplomados. El livonio intentó ocultar su pérdida de compostura con una potente mueca de desprecio, pero a Cnán su expresión le pareció más de dolor que de fiereza.

—Ni tú ni tus... bárbaros degenerados... merecéis ensuciar mi acero —dijo con un gruñido.

—Ni vosotros el mío —respondió Feronantus—. Márchate, Kristaps.

—La próxima vez...

—La próxima vez estarás muerto antes de concluir tu amenaza —bramó Feronantus haciendo callar a Kristaps con el verdadero trueno que era su voz.

El livonio cerró la boca y sus labios se extendieron sobre sus dientes en un rictus. Con un movimiento de cabeza, dio a sus hombres la señal de retirada. Estos empezaron a moverse nerviosamente, sin saber si debían dar media vuelta y salir en desbandada o simplemente alejarse lentamente de los Hermanos del Escudo. Los dos hombres desmayados quedaron momentáneamente abandonados hasta que Kristaps, furioso, hizo señas de que los recogieran. Una vez que todos los livonios estuvieron en marcha (arrastrando por los brazos a los dos aturdidos) parecieron recordar cómo debían comportarse y formaron una procesión un poco más ordenada para ascender la cuesta.

Kristaps mantuvo una mirada amenazadora hacia Feronantus, pero cuando Yasper no pudo contener más la risa y soltó una gran carcajada, el livonio dedicó una última maldición a la compañía y salió corriendo.

Rædwulf bajó el arco y se unió a Yasper y a Eleazar en su ruidoso jolgorio polifónico. Istvan se levantó sobre los estribos y se burló con grandes voces de los caballeros en retirada, gritándoles como si fueran un rebaño de ovejas asustadas.

Feronantus no se sumó a las burlas dirigidas a los espantadizos livonios. Observó la retirada de los caballeros con tranquila concentración, como si ellos fueran la clave de algún misterio que se pudiera deducir de su retirada.

—¿Quiénes son? —preguntó Cnán. Ahora que la amenaza de la violencia había pasado, todo lo que quedaba era un residuo de recelo. ¿Cómo podían esperar acabar con el poder de la horda mongola cuando los viejos enemigos de la Hermandad del Escudo brotaban del suelo allí donde fueran?

—Los Hermanos Livonios de la Espada —respondió Feronantus sin levantar la voz—. Aunque no llevaron ese escudo durante más de cinco años. La mayoría de sus miembros murieron en una batalla, en un lugar llamado Saule. Un choque que se habría podido evitar. Los pocos supervivientes fueron absorbidos por los Caballeros Teutónicos, y adoptaron otros colores.

—¿Estuviste allí? —preguntó Cnán, sorprendida por su propia curiosidad.

Feronantus no respondió a su pregunta.

—Lo conozco —dijo Eleazar uniéndose a su conversación—. Hace años presencié las consecuencias de su carnicería. —Se inclinó y escupió ruidosamente—. ¿Qué hacen aquí? Los livonios ya intentaron una vez conquistar las tierras del norte y fracasaron. Y contaban con muchos más hombres que ahora.

—No lo sé —respondió Feronantus—. Esa cuadrilla... Aunque van vestidos como los Hermanos de la Espada no llevan el color rojo desde hace mucho.

Los dos livonios inconscientes habían revivido, y la partida había conseguido formar como una unidad y subir el estrecho camino. Cuando llegaron a la puerta pararon en desorden y se movieron como si no tuvieran claro qué había que hacer a continuación. Cnán oyó débilmente la voz de Kristaps. Aunque estaba demasiado lejos para poder distinguir las palabras, sonaba como si anunciaran su presencia y no constituyesen una amenaza para los que vivían de murallas adentro.

En respuesta a su llamada, la puerta tembló y después se abrió. Manteniendo la formación, los livonios fueron desapareciendo a través de la puerta, que volvió a cerrarse tras su paso.

—Yo... creía que iban persiguiendo a aquellos hombres —dijo Cnán intentando encontrar algún sentido a lo que acababa de ver.

—Pues parece que no —comentó Yasper rascándose la barbilla.

—Cnán... —Feronantus se volvió hacia ella—. Tú eres la más sigilosa de todos, y también la más ligera. Tú y Finn. —Hizo una seña con la cabeza hacia los edificios de la cima de la colina—. Atravesad esa muralla con vuestros ojos y contadnos qué están haciendo los livonios. Fui yo quien dijo que iban persiguiendo a esos mendigos, y al hacerlo revelé nuestra ignorancia de su verdadera misión. Por muchas ganas que tuviese Kristaps de enfrentarse a nosotros, tenía que ocuparse de un asunto mucho más urgente. Una misión sagrada, dijo, y me temo que no fue por decir algo. —Los animó a irse con la mano—. Corred. Tenemos que saber en qué andan.



BELLEZA PELIGROSA

La música había inundado los terrenos del palacio, docenas de melodías se amalgamaban en un ruido que hacía pitar los oídos y martilleaba el pecho. Estaban allí el choque incesante de los címbalos y el penetrante tañido de las campanas, y sobre ellos la algarabía de pitidos y bramidos de flautas y trompas, y también el chirrido de los instrumentos de arco. Y también los cantantes, que daban voz a tantas canciones distintas que solo era posible distinguir fragmentos de versos: poemas épicos, cantos de alabanza a los cielos, las montañas y el *kagan*; breves canciones procaces cantadas con voz de borracho, y las graves y vibrantes piezas del canto difónico. Y debajo de todo ello, el regular golpeteo de los grandes tambores, como el latido de un corazón, como si todo el palacio se hubiera convertido en un cuerpo gigante y todos los participantes fueran la sangre que corría por sus venas.

Lian intentó abrirse camino entre los jueguistas que llenaban a rebosar la explanada del este y tuvo que sortear las copas de vino que le plantaban delante de la cara. Las hogueras ardían con tan inmisericorde fiereza que pudo orientarse sin problemas, asustada por las cabriolas y contorsiones de las llamas que, como dedos seductores, llamaban a los borrachos y desorientados a caer en su terrible abrazo. El aire estaba cargado del aroma de las especias, a la vez familiares y exóticas, y todas tan deliciosamente aromáticas que Lian no fue capaz de resistirse cuando una mujer exhibió delante de ella un cesto de mimbre lleno de panes de cebolla calientes. Lian puso unas monedas en su mano y recibió a cambio uno de los discos recién horneados. Mordió el pan con entusiasmo y saboreó el caliente dulzor de la cebolla asada.

Engulló el pan para saciar un hambre que se había negado a admitir y, una vez que lo hubo terminado, dirigió su atención hacia el siguiente objetivo. La celebración estaba siendo un espectáculo maravilloso que atraía a visitantes de todo el imperio y de más allá. Era una fiesta inacabable que podía prolongarse a lo largo de muchos días, y en algún momento durante aquella caótica jugra podría conseguir escapar.

Salir del palacio había resultado igual de sencillo que siempre. Todo cuanto tenía que hacer era caminar pegada a un grupo de concubinas o sirvientes o utilizar uno de los muchos pasajes laterales sin vigilancia, un truco que ya había usado en ocasiones en que quería disfrutar de un poco de soledad (una penosa ilusión de libertad). Escapar de verdad de la ciudad ya era algo mucho más difícil.

Había intentado escapar una vez, muy al comienzo de su cautiverio. Ingenuamente, pensó que sería fácil conseguir un sitio en una caravana y, cuando las carretas estuvieran ya fuera de la ciudad, desaparecer. Pero en su segundo día de viaje un *arban* de la *torquud* del *kagan* rodeó la caravana y ordenó su regreso. De nuevo a la jaula dorada de Karakórum.

Después de aquello, el maestro Chucai se mantuvo más alerta. Era una posesión valiosa en la que había invertido mucho tiempo y dinero para convertirla en un instrumento útil. El maestro no podía dedicarse a vigilarla (por supuesto, sus obligaciones con el *kagan* lo mantenían ocupado en otras cosas), pero podía mantenerse informado de sus actividades. Tenía que presentarse ante él cada mañana y cada noche y detallar la lista de sus clases y citas desde el último encuentro; sabía que algunos de los sirvientes eran sus espías en el palacio (se preocupó de descubrir a los sospechosos más probables) y todas las concubinas eran demasiado cotillas. En la rara ocasión en que la atacaron cuando se dirigía a una cita secreta, al correr a contárselo al maestro se encontró con que este ya estaba enterado.

Se suponía que ella, como todos dentro de las murallas de Karakórum, vivía con la permanente certeza de que Chucai sabía todo lo que sucedía en la corte. ¿Qué esperanza de escapar podía tener si no había forma de moverse por el palacio y sus jardines sin que lo supiera Chucai? Incluso en el caso de que consiguiera salir subrepticamente de la ciudad, ¿cuánta ventaja llevaría cuando Chucai enviara en su busca a los mejores rastreadores del *kagan*?

La estepa no era suficiente escondite para ella. Necesitaba desaparecer por completo. No podía depender de una caravana o unos comerciantes para desaparecer de allí; tenía que conseguirlo ella sola, de una manera y en un momento tales que su desaparición se viera envuelta por una confusión suficiente para darle tiempo a llegar lejos.

La fiesta era su ocasión. Si pudiera aprovechar el caos y la confusión reinantes en la celebración para ocultar sus huellas, tal vez al maestro Chucai y a sus rastreadores les resultaría imposible averiguar por dónde había huido cuando por fin se dieran cuenta de que lo había hecho.

Una parte de ella quería salir caminando por la puerta principal del palacio. Sin llevarse nada. Simplemente irse. Pero sabía que no iba a ser así de fácil. Debía tener un plan. Debía tener claras las rutinas de los guardias y el ir y venir de las multitudes.

Lian se ciñó la fina capa al cuerpo y se abrió paso hacia la salida por la atestada explanada. En más de un momento deseó ser más alta. Apenas llegaba a ver los dragones dorados que remataban la falsa verja china que era su destino. Pero siendo más alta también habría llamado más la atención.

Por la puerta entraba una corriente incesante de gente que se empujaba y se quedaba atascada en su prisa por unirse a la fiesta en el palacio. Lian se quedó

atrapada en la masa de gente en movimiento y fue llevada de un lado a otro como una hoja en un torrente de montaña. Su cuerpo era atacado por codos y hombros y se protegía lo mejor que podía. Algunos hombres aprovecharon la aglomeración para manosearla, y uno de ellos, grande, pálido y velludo bajo sus pieles negras (un ruteno, a juzgar por el sonido áspero de sus palabras), le dedicó un movimiento de sus pobladas cejas mientras apretaba su cuerpo contra el de ella por accidente. Lian volvió la cabeza para huir de la apestosa nube de su aliento y a la vez, como respuesta, disparó su rodilla hacia arriba y se apartó de él. El ruteno se dobló por la cintura con un bufido y luego la multitud lo engulló como si nunca hubiera existido.

La muchedumbre se arremolinó y quedó suficiente espacio vacío para permitirle ver la puerta con claridad. Le dio un vuelco el corazón; había tres guardias muy serios a cada lado, y los seis se dedicaban a observar con la concentración de un halcón el rostro de las personas que entraban y salían. Si se pusiera la capucha de la capa, solo conseguiría llamar su atención y que la recordaran mejor. Los ojos de Chucai estaban en todas partes. Se enteraría.

Uno de los guardias miró en su dirección y ella se dio media vuelta rápidamente mientras se estiraba el cuello de la capa, luchando con el deseo de ponerse la capucha. Su pulso le retumbaba en los oídos.

La idea de que la puerta principal no estuviera bien vigilada solo había sido una vana esperanza y no la había sorprendido ver a los guardias. Tuvo que silenciar esa parte de su ser que soñaba con una huida fácil. «Será difícil —pensó—. Tengo que ser decidida; si no, sería lo mismo que si se lo contara todo a Chucai. Y también podría renunciar».

Tenía que haber otros caminos. Para empezar, las murallas del palacio. No eran tan altas; Gansuj y la ladrona las habían escalado aquella noche de hacía varias semanas; quizá también ella pudiera. Dejó que la siguiente oleada de personas la llevase otra vez hacia el palacio y a la primera oportunidad se escabulló hacia un callejón que quedaba detrás de una casa de piedra pintada de blanco.

La celebración se amortiguó, la cacofonía de la multitud se redujo a un murmullo insistente y la brillante luz de las hogueras se apagó hasta convertirse en lenguas pálidas y parpadeantes que bailaban junto a los bordes del enlosado. Se apoyó en la pared de la casa en espera de que sus ojos se adaptasen a la oscuridad del sombrío callejón. Tenía tres veces su anchura, las piedras estaban llenas de polvo de arena y la pared de la casa era de piedra lisa, sin más detalles que las aberturas de las pequeñas ventanas. No había nada que pudiera servirle de ayuda para escalar la muralla, pero cuando se puso a explorar el callejón descubrió una pequeña carretilla apoyada contra la pared trasera de la casa siguiente. Si se subía en ella, podría alcanzar el final de la muralla del palacio.

Al pasar la esquina de la primera casa le sobresaltó la escandalosa carcajada de un

hombre borracho. Se escondió en el callejón apretada contra el muro. Cuando su corazón dejó de saltar, se acercó a la esquina pegada a la pared y se asomó.

Allí, en el pequeño espacio entre las dos casas, había tres soldados en cuclillas jugando a las tabas en el suelo y bebiendo de botellas de barro. Sus rostros estaban curtidos y llenos de cicatrices.

Uno de ellos miró en su dirección y ella intentó volver a esconderse sin que la vieran, pero supo, aun antes de oírlo gritar a sus compañeros, que no lo había conseguido.

—No seas tímida —gritó uno de los hombres con una entonación amigable alimentada por el vino—. Ven aquí. —Sus palabras fueron seguidas por carcajadas de los otros.

Su instinto le dictaba que corriera, pero su razón, fría y pesimista, le decía que correr solo los animaría a perseguirla. Entendió en ese instante qué era lo que más gustaba de la caza a los hombres: la persecución. Querían que su presa huyera, que mostrara su energía, para poner a prueba su habilidad como cazadores. Su habilidad como borrachos.

Frunció los labios y recuperó el aliento.

En lugar de correr, se alisó el vestido, se apartó el pelo de la cara y salió de su escondite con audacia. Fue hacia los tres hombres con una decorosa sonrisa, pero asegurándose de cruzar su mirada con todos (las de ellos, vidriosas y algo perdidas).

—Bueno, una bonita muñeca china —dijo con una sonrisa de satisfacción el primero que la había visto, mostrando unos dientes amarillentos bajo la luz parpadeante.

—¿Qué estás haciendo aquí, chica? —preguntó otro—. ¿Hay algo en lo que podamos ayudarte?

—Solo estaba tomando un atajo para evitar la muchedumbre —respondió.

—¿Un atajo? ¿Adonde?

El primer soldado se acercó tambaleándose y Lian temió que fuera a agarrarse a su vestido.

—Eso no es de tu incumbencia. —Mantén la barbilla alta, intentando aparentar nobleza y arrogancia.

—Tal vez no estés pensando en ningún lugar —especuló el tercer soldado, un hombre que tenía el aspecto y el olor de no haberse bañado en toda su vida—. A lo mejor deberías quedarte con nosotros; entretenerte un poco. Prueba suerte con los huesos. Y con mis huesos... —Movié los dedos sugestivamente y se rió con un horrible resoplido.

—Venga, bonita, quédate un rato. Te trataremos bien. Bébet un trago con nosotros. —El segundo soldado sostenía una de las botellas de barro marrón rojizo. Lian sintió una ligera arcada al imaginar qué clase de residuo animal fermentado

debía de haber en su interior.

—No soy una prostituta barata —dijo, informándolos de lo evidente por si estaban demasiado borrachos para darse cuenta—. Pertenezco a una persona bastante ilustre, una persona a quien el *kagan* escucha. —Pronunció cada palabra con cuidado. Había una manera de liberarse de esa situación si conseguía hacer el movimiento adecuado. ¿No estaba siempre repitiéndole a Gansuj algo parecido? «Siempre hay una solución para cualquier problema». De todos modos, no quería invocar el nombre de Chucai; eso equivaldría a llamarlo.

—¿Crees que al *kagan* le gustaría saber que no estáis en vuestros puestos? ¿Que estáis jugando en este callejón? —Desde que empezó la instrucción de Gansuj se descubría pensando en la conversación como si fuera un combate. Eso daba a sus victorias retóricas un punto de emoción. Sacudió el bajo de su capa como dando a entender que su presencia estaba ensuciándola, algo que no quedaba muy lejos de la verdad.

—¿Quién dice que estemos de servicio? —El segundo soldado se levantó y el buen humor desapareció de su cara. Una cicatriz cruzaba su barbilla, y sin su sonrisa a pleno diente era aún más feo. Su cara, con esos ojos perdidos medio hundidos, parecía el rostro hinchado de un cadáver maltratado.

—Dudo de que siquiera sepas lo que es el servicio —le espetó.

Una respuesta arriesgada (demasiada ligereza en la lengua) que podría provocarlos, pero mostrar temor también provocaría una respuesta. «La mitad del combate consiste en hacer creer a tu enemigo que eres más fuerte de lo que en realidad eres», le había dicho Gansuj.

La expresión del de la cara marcada se endureció y su boca se abrió aún más.

—Una lengua afilada —dijo bajando la mano a la empuñadura del cuchillo que llevaba en la faja.

—Más afilada que tu cuchillo —replicó mientras se apartaba un paso con suavidad.

—¿Lo comprobamos? —respondió el hombre desenvainando medio cuchillo.

—¿Y luego qué? —le contestó—. ¿Me sacarás los ojos para que no pueda señalarte a la guardia imperial del *kagan*? ¿O simplemente me vas a cortar el cuello y a dejarme aquí para que me encuentren los perros vagabundos?

El hombre se quedó parado mientras las palabras se abrían paso a través de la niebla alcohólica de su cerebro. Su lengua asomaba entre sus labios como una pálida lombriz que asomase por una grieta en el suelo. Miró a sus compañeros, que ya no lo jaleaban con sus risas.

—Soy capaz de gritar muy alto —dijo Lian, y comenzó a inspirar exageradamente.

—Vete de aquí, zorra —dijo Caracortada volviendo a envainar el cuchillo con un

golpe. Los otros dos la miraban muy mal y no estaban de buen humor, pero ya no parecían amenazadores.

—Muy bien. Entonces me retiraré. —Lian hizo una ligera reverencia para mantener su papel de compañera muy estimada de un importante funcionario—. Si vuelvo a pasar por aquí esta noche, espero no volver a encontraros. —Y se marchó con pasos muy cortos, pero firmes y rítmicos, fingiendo una determinación que no sentía.

—Mejor no vuelvas a pasar por aquí —gritó Caracortada a su espalda—. La próxima vez te saldrá caro. —Los tres hombres se rieron de algún gesto que había hecho Caracortada, pero Lian no se volvió para verlo. Se podía hacer una idea bastante aproximada.

«Déjalos reír —pensó mientras se alejaba—. Que crean que me han vencido. Y lo que es más importante: que no me recuerden».

El caos de la celebración podría permitirle escapar, pero también tenía sus riesgos. Una mujer sin acompañante podía resultar muy atractiva para los borrachos. En el tumulto de la fiesta no importaba que alguien la viera y después se lo contase a Chucai. Podían sucederle cosas mucho peores.

¿Cómo podría escabullirse de la ciudad sin que la vieran? Cualquier encuentro representaba un desastre en potencia. Tenía que idear una manera de desaparecer sin ser vista por nadie.

O estar en compañía de alguien capaz de protegerla. Alguien que, como ella, estuviera escapando. «Gansuj».

¿Podría convencerlo para que huyera con ella?



EL SECRETO DE LAS CUEVAS

Los toscos troncos de la empalizada del monasterio estaban viejos y combados y había muchos agujeros y rendijas en la madera. Estaban cubiertos de brea y formaban una barrera defensiva bastante pobre, si es que ese era su propósito. Cnán y Finn se acercaron con cautela a la empalizada y se arriesgaron a mirar por las rendijas. Allí descubrieron el origen del mal olor.

La peste había ido en aumento a medida que subían por el precario sendero, como si treparan atravesando auténticas capas de hedor. La escasa brisa que soplaba había desaparecido, y ahora, en la letárgica quietud de la tarde, el olor se les pegaba. Se colaba por las costuras y debajo de su pelo. Antes, con la ayuda de la tintura de menta de Yasper, Cnán había mantenido el estómago tranquilo, pero ahora... Armándose de valor ante la posibilidad de una peligrosa pérdida de autocontrol, volvió a apoyarse en la sucia y torcida empalizada y arrimó un ojo a uno de los agujeros.

Había cadáveres de animales (tantos, que no era capaz de contarlos) esparcidos por el suelo como dejados allí por las manos de algún niño gigantesco y descuidado. La mayoría habían sido desollados y abandonados pudriéndose al calor del verano. Algunos de los cuerpos parecían retorcerse y sufrir espasmos, pero Cnán se negó a imaginar que alguno de esos cuerpos desollados y sanguinolentos pudiera estar vivo. No, eran las larvas y hormigas que trabajaban en el interior de sus costillares.

—Curtidores —susurró Finn sacudiendo su greñuda cabeza—. Vagos y derrochadores. —Caminando de lado, hizo una seña para que lo siguiera. Ella fue detrás respirando por la boca.

En el interior de la empalizada, los edificios de una planta estaban distribuidos por el perímetro de un terreno común. Eran estructuras sencillas, con escaso arte en su construcción. «Uno para dormir, otro para comer y otro para rezar —pensó Cnán contándolos—. Y uno más para su horrible trabajo». En el patio había otra estructura, una caseta rectangular para un pozo con una puerta de madera muy deteriorada.

De los livonios y los indigentes no había ni rastro.

—¿Dónde...? —susurró en voz baja a Finn, que se limitó a encogerse de hombros como respuesta.

Cnán se desplazó unos pocos pies por la empalizada en busca de otra rendija para espiar. Miró por ella moviendo el cuerpo de un lado a otro intentando ver más zonas del patio, pero no sirvió de nada; el monasterio estaba desierto.

—¿Dónde se han metido? —se preguntó en voz alta.

Era posible que estuvieran en el interior de uno de los edificios, pero no podía imaginar un motivo para ello. Habían abierto la puerta enseguida, lo que indicaba que habían sido invitados y no iban (como erróneamente había dicho Feronantus) persiguiendo a los míseros curtidores. «Pero ¿qué habrá en esos edificios que sea tan importante como para salir huyendo de nosotros?», se preguntó.

Finn le dio un golpecito en un hombro y señaló el borde de la empalizada. Representó el acto de escalar y puso las manos para que ella las usara como escalón.

—Ah, no —dijo ella—, no pienso tocar esa empalizada.

—¿Prefieres la puerta principal? —preguntó él.

—Preferiría no...

Un golpe de metal contra piedra la interrumpió y ambos volvieron su atención hacia el monasterio.

De repente habían aparecido dos livonios junto a la caseta del pozo. Uno había dejado su escudo apoyado en la pared. Ese era el sonido que los había alertado: el metal rascando la piedra. Los livonios estaban tristes y enfadados (se dio cuenta de que no era algo que pasara entre ellos, sino alguna orden que les habían dado).

—Los dos que se desmayaron —susurró Finn—. Están de vigilancia.

—¿Qué están vigilando?

Como para responder a su pregunta, la puerta de la caseta del pozo se abrió con un chirrido y expulsó a uno de los monjes andrajosos. Los livonios se mantuvieron a distancia y el monje se dirigió a ellos cotorreando animadamente en ruteno, y no paró hasta que uno de los caballeros llevó la mano a la empuñadura de su espada. Graznando como un cuervo enfermo (y no muy diferente de él en su aspecto), el hombre andrajoso se marchó corriendo y se escondió en el edificio más cercano.

Cnán se fijó en la caseta del pozo. Era muy pequeña, y aunque en ella podrían caber los tres hombres y el pozo, no podía imaginar que los livonios soportaran la presencia del asqueroso monje durante más de un instante.

Cuando se marchó el monje, los livonios se quedaron sin alguien a quien molestar, y su atención dejó paso a la modorra y el aburrimiento. El que no llevaba el escudo empezó a buscar con ansiedad examinando con mucha atención el suelo a su alrededor. «Busca un lugar para sentarse», pensó Cnán, y no pudo culparlo por sus escrúpulos.

—Cuevas —dijo Finn.

—¿Qué?

—Cuevas —repitió él—. Bajo esta colina. —La cogió por un hombro y la apartó de la empalizada—. Tenemos que decírselo a Feronantus.

—Me ha sorprendido que Illarion no estuviera interesado en bajar aquí —susurró

Roger a Raphael—. Ahora me gustaría haber pensado un poco más en qué significaba eso.

Era una voz que salía de la oscuridad. Durante la primera parte de la expedición (un descenso por bodegas, bodegas más profundas y criptas del priorato), Vera había iluminado su camino con una antorcha. Las rapiñas de los mongoles los habían dejado con escasas reservas de aceites de buena calidad, así que la antorcha era un palo con un trapo empapado en grasa animal fundida, que se utilizaba para la iluminación solo porque estaba rancia. Ya apestaba incluso antes de encenderla, y había ido extendiendo una nube de humo denso y grasiento que habrían podido seguir con el olfato incluso si no hubieran podido ver su parpadeante luz amarilla.

Tras una serie de descensos a lugares aún más profundos, húmedos y oscuros de la infraestructura, llegaron a un lugar en el que el techo era tan bajo y la ventilación tan escasa que Vera se había visto obligada a apagar la antorcha, no sin antes encender un par de rudimentarias velas que consistían en la médula de alguna planta impregnada de sebo. A su luz, gatearon para pasar una pequeña abertura y llegaron a lo que claramente era una cavidad natural. Las marcas de escoplos en las paredes indicaban que la cavidad había sido ensanchada, y sillares sujetos con mortero formaban un suelo plano, al menos a lo largo de las primeras docenas de pasos.

El comentario de Roger había sido probablemente una referencia a cómo olía el lugar. No estaba bien ventilado. Había matices en el olor que revelaban claramente que aquellas cuevas estaban comunicadas directamente con todas las cloacas de Kiev. Eso, por sí mismo, no tenía nada de particular. Era imposible ir a cualquier lugar cercano a un asentamiento humano sin oler lo que corría por sus cloacas. Y con ello se mezclaban los rancios vestigios de una población incontrolada de roedores. Pero la nariz de Raphael también detectaba un inconfundible olor de carne muerta. No el insoportable y nauseabundo hedor de alguien muerto hace poco, sino más bien el producto de una larga descomposición que se ha prolongado mucho tiempo.

—Es notable —dijo Raphael— que las ciudades puedan ser tan distintas en sus edificios, su gente y sus costumbres, y las catacumbas siempre sean iguales.

Vera y Percival iban varios pasos por delante de ellos; la doncella del Escudo conocía el camino y se movía con rapidez por las galerías, que se volvían más difíciles y tortuosas cuanto más se adentraban en el corazón de la colina. Percival llevaba su vela y proyectaba una larga sombra sobre el suelo tras él, que Raphael intentaba eliminar con la débil luz de su vela. Pero lo deslumbraba la llama delante de su cara. El suelo se hacía más irregular; los albañiles no se habían atrevido a aventurarse en esa zona de las catacumbas para pavimentarlas. Roger se había adelantado hasta la primera posición para que la llama de la vela no lo deslumbrara, y Raphael sostenía la vela alta para que su luz pasara por encima del hombro de Roger y este pudiera ver el camino y evitar los peligros.

La atención de Raphael iba de un lugar a otro. Se fijó en varios nichos tallados en las paredes. Algunos de ellos estaban ocupados por cuerpos envueltos en sudarios. Otros estaban vacíos, salvo por mantas revueltas y pieles rasgadas y sucias. Roger se fijó en lo mismo y se volvió con cara de incredulidad.

—¿La gente duerme aquí?

Raphael hizo un esfuerzo por no reírse. Vera lo oiría y se ofendería.

—Quizá durante los peores días del asedio de los mongoles —aventuró—. Pero no puedo creer que las buenas de las hermanas se habituaran a ello.

La galería se bifurcaba de vez en cuando, y cada vez que lo hacía, Vera los conducía por el camino que consideraba correcto y comentaba algo a Percival acerca de lo que habrían podido encontrar si hubieran tomado el otro camino. En muchos casos se trataba de varias clases de objetos y reliquias de santos, pero al parecer algunas galerías llevaban a diversas iglesias y monasterios de la ciudad.

—Al parecer todos los edificios religiosos de esta ciudad —dijo Raphael en voz baja a Roger— están conectados por esta red subterránea.

—Fue una suerte para ellos que los mongoles nunca la descubrieran —comentó Roger.

Raphael se encogió de hombros.

—Dudo que los mongoles puedan llegar a aventurarse en un sitio como este. Ninguna victoria justificaría eso.

—Lo cual nos conduce a la pregunta... —empezó Roger, y luego se quedó callado.

—¿De qué demonios hacemos aquí? Cumplir una misión, está claro.

Raphael tuvo la sensación de que estaban cerca de sufrir alguna clase de crisis, porque la galería se había vuelto complicada: ahora consistía en una serie de salas de formas y tamaños diversos unidas por gateras por las que había que pasar reptando o trepando, con solo unos huecos tallados a cincel en la piedra resbaladiza para usarlos como estribos. Al llegar a una de las bifurcaciones, Vera tuvo que parar para pensar durante un rato inquietantemente largo. Pero entonces, al advertir una concentración de marcas de hollín dejadas por las antorchas y velas de los peregrinos que habían pasado antes, los llevó por fin rodeando una gran roca y por una cornisa que resultaba invisible hasta llegar a ella. Entraron entonces en una sala con el suelo plano y suficientemente amplia para que los cuatro pudieran estar cómodamente de pie y mirar a su alrededor.

El contenido de la sala no resultó tan interesante para Raphael como la cara de sus compañeros: Vera, cuyo sentido del deber y la hospitalidad no conseguía ocultar por completo su impaciencia; Roger, que no se creía que pudiera estar en un lugar como ese cuando se suponía que debía estar cabalgando hacia el este para matar al gran kan; y los dos miraban con curiosidad a Percival, cuyo rostro reflejaba atención,

interés y avidez.

Sin duda aquella sala era un lugar importante. Por todas sus paredes había soportes de hierro forjado para colocar antorchas, vacíos en ese momento; las manchas de hollín en la piedra por encima de ellos indicaban que en algún momento habían sido utilizados para iluminar ritos sagrados de alguna clase. La débil luz de las velas iluminaba relieves en las paredes, visibles en algunos lugares y escondidos en la sombra en otros; efigies pintadas de personajes que Raphael supuso que habían sido conocidos en la historia de aquel lugar. Había uno alto y terrible, sentado en un trono, en actitud rígida y digna, desafiado por tres figuras a caballo con espadas que brillaban intermitentemente con la luz irregular de las antorchas.

—Koschéi el Inmortal —dijo Vera siguiendo la mirada de Raphael—. Un espíritu maligno, un zar déspota derrotado hace mucho tiempo. Estás sobre la tumba de alguien que se puso frente a sus hermanos para que le dieran muerte. —Vera se volvió hacia una inscripción tallada en la pared. La lengua era más parecida al griego que al ruteno.

—La tumba del santo Ilya —murmuró Raphael traduciendo el nombre grabado en la piedra.

—Ha vigilado este lugar durante incontables años desde que derrotó a los enemigos de nuestra tierra —dijo Vera tocando la piedra con reverencia. Entonces se volvió para mirar a Raphael a los ojos—. No hay lugar más seguro que este para esconder secretos.

Después de un momento, Percival se arrodilló frente a la inscripción y se santiguó.

—Os agradezco vuestra confianza al enseñarnos esto, hermana Vera. Rendir homenaje ante la tumba de alguien así es un honor que se concede a pocos hombres.

—Lo llamaban *Chobotok* —dijo Vera—. Significa «bota». Venció a numerosos enemigos con su bota como única arma.

La mirada de Raphael saltó a la cara de Roger, que estaba a punto de romper a reír. Alargó la mano libre hasta el hombro de Roger y lo sacudió levemente. Este, sobresaltado, se volvió para mirarlo. Raphael le dijo discretamente que no con la cabeza y miró hacia Percival, que seguía arrodillado y murmuraba una oración en latín.

—¿Te habla el santo Ilya, hermano? —preguntó Raphael amablemente—. Porque debe de haber algún motivo para que Dios nos haya guiado hasta este lugar.

Tras un silencio largo y angustioso, Percival habló.

Mientras intentaba recobrar el aliento tras la precipitada carrera cuesta abajo (por no hablar de su ritmo cardíaco), Cnán dejó que Finn explicara lo que habían visto a Feronantus y a los demás. Al principio parecía agobiado por tener que hablar tanto,

pero después de las primeras frases tomó posesión de él una sorprendente locuacidad.

Cuando salieron de Legnica, la rudimentaria forma de latín que hablaba el cazador era casi incomprensible para Cnán, pero ahora, después de casi dos meses en su compañía, se dio cuenta de que lo entendía.

—¿Qué podían esperar encontrar en esas cuevas? —preguntó Feronantus cuando Finn acabó.

El cazador se encogió de hombros.

—Entre esas paredes no hay nada de valor. En algún lugar está lo que quieren los livonios, pero tienen que pasar por las cuevas para conseguirlo. Si no fuera así, habrían traído sus caballos.

—Un grupo de asalto —dijo Eleazar con desprecio.

—Pero ¿para asaltar qué? —preguntó Yasper acariciándose la barba. Miró a la iglesia de la otra colina, las cúpulas bulbosas que asomaban por encima de las ruinosas murallas—. ¿La catedral?

—Percival... —El nombre había salido de la boca de Cnán antes de que pudiera evitarlo, y se pateó a sí misma mentalmente por el desliz. Era su corazón, pensó con rabia, que seguía latiendo con fuerza por efecto de la carrera colina abajo, quien la había traicionado.

—Yasper —ordenó Feronantus—, quédate con Finn y Cnán. No pierdas de vista el monasterio. Si vuelven los livonios, sígelos. —Cogió sus riendas y las sacudió para llamar la atención de su caballo—. El resto de vosotros id hasta la catedral para avisar a nuestros hermanos.

Istvan se echó a reír y picó a su caballo en las costillas. Era indudable que el húngaro estaba deseando tener otra oportunidad de encontrarse con los livonios. Su caballo salió disparado y, con él al frente, la partida se fue al galope por la carretera hacia la colina.

Yasper se abanicó con la mano para disipar el polvo que habían levantado sus compañeros, pasó una pierna sobre la silla y se dejó caer al suelo.

—Bien... —comenzó, mientras hurgaba en sus alforjas y sacaba unos cuantos cachivaches y baratijas—. Creo que deberíamos ponernos en marcha. —Cogió una de las dos jarras que había encontrado antes y la metió junto con los objetos que acababa de seleccionar en una gran bolsa que llevaba colgada de la cintura.

—¿Ponernos en marcha? —preguntó Cnán.

Yasper levantó la vista hacia el monasterio con los ojos entornados.

—Sí.

—Feronantus ha dicho que tenemos que esperar a ver si vuelven. No dijo nada de subir ahí arriba.

Yasper se encogió de hombros.

—Tampoco ha dicho que no debamos ir. —Jugeteaba con el frasco de tintura de

menta—. ¿De verdad olía tan mal?

Cnán le quitó el frasco de la mano.

—Peor que cualquier cosa que puedas imaginar —respondió. Extendió una buena cantidad de la tintura por varios de sus dedos, se untó bien la nariz y devolvió el frasco al alquimista—. Nos limitaremos a vigilarlos —dijo ella— desde el exterior de la empalizada.

—Por supuesto —dijo Yasper con indiferencia, como si comentase el tiempo o el color de su túnica. Se untó la tintura en el bigote y luego se retorció un poco las puntas con los dedos aceitosos—. ¿Solo dos? —preguntó.

Finn asintió con una gran sonrisa.

Yasper se fijó en la ruinosa empalizada que rodeaba el monasterio.

—¿Cojo alguna cuerda? —preguntó.

—Piensas demasiado —se burló Finn—. La puerta es endeble. Subimos, la derribamos, luchamos con los livonios.

—Yo creía que eras un hombre más sutil, Finn —bromeó Yasper.

Finn levantó una ceja mirando al alquimista y sopesó su jabalina de caza.

—La sutileza es para cuando se persigue a una presa que huye. En otros momentos no sirve para nada.

Una sonrisa inundó lentamente el rostro de Yasper mientras se volvía para hablar con Cnán.

—¿Cuántos de esos... monjes harapientos... viste?

—Solo uno, pero debe de haber más —respondió Cnán a regañadientes—. Salvo que se fueran con los livonios.

Lo que sugería Yasper parecía una locura, pero podía apreciar algunos aspectos buenos de su plan. Antes no habían pensado en las intenciones de los livonios, y el grupo de asalto había conseguido desaparecer frente a sus narices. Si iban a seguir a los livonios, probablemente no había otra manera de alcanzarlos lo bastante deprisa para averiguar sus intenciones.

—Los curtidores —explicó— desuellan los animales allí arriba, así que supongo que tienen algunas herramientas.

—Llévanos —pidió Yasper intercambiando una mirada con Finn, que estaba a la vez medio loco por la excitación y medio asustado.

Cnán sentía idénticas emociones que subían desde el fondo de su estómago. ¿Estaba el contagioso ímpetu de sus compañeros arrastrándola a la misma clase de locura?

—Si el santo Ilya no te ofrece su guía, hermano, entonces quizá lo que... nosotros... buscamos no está en estas cavernas y deberíamos dejar que la hermana Vera reanude sus obligaciones habituales arriba —propuso Raphael—. Salvo que puedas darnos

algún ligero indicio de cuál podría ser el objeto de tu misión.

—Indicios, quizá. He visto poco, y he sido iluminado aún menos sobre su significado —dijo Percival poniéndose de pie—. Hay una reliquia escondida en algún lugar secreto y es vigilada con fervor. Un cáliz, buscado por muchos y protegido por los dignos de hacerlo, que yo esperaba que quizá podría encontrarse aquí.

Tras eso se hizo el silencio, Raphael recordó una conversación entre Percival y Taran que había oído sin intención, en la que el difunto *oplo* era interrogado por Percival sobre los mitos del caldero de su Irlanda natal. Estuvieron conversando hasta bien entrada la noche mientras Raphael daba vueltas en el catre deseando que acabasen y se callaran. Raphael no había vuelto a pensar en aquella conversación hasta ese momento.

Percival buscaba el grial y esperaba encontrarlo en Kiev.

—Hemos protegido muchas cosas a lo largo de los años —replicó Vera—, pero el santo grial no se encuentra entre ellas.

Percival hizo una respetuosa inclinación de cabeza, aunque no pudo ocultar la expresión de desilusión que pasó brevemente por su rostro.

—Pero, desde luego, protegéis algo.

Vera no contestó.

—Os ayudaremos aunque no reveléis vuestros secretos —dijo Percival con tranquilidad—. No lo dudéis.

Una expresión de consternación (¿o era exasperación bien disimulada?) pasó por el rostro de Vera. Había dicho poco antes que aquel era un buen lugar para hablar de secretos. Sin duda (al menos para Raphael) ella había insistido en que Percival le revelase su secreto. Pero él lo había interpretado al revés y había supuesto que Vera tenía algo que revelar.

Esta meditó sus palabras en silencio, con el suave crepitar de la vela de sebo que iluminaba su cara como único sonido. Luego miró sucesivamente a los tres y por fin se ablandó.

—Os contaré lo más parecido a un secreto sagrado que tenemos en este lugar. Según la leyenda, en la tumba del santo Ilya se guarda el huevo de Koschéi el Inmortal.

Percival no intentó ocultar su interés.

—Contadnos más de ese huevo sagrado.

Roger, incapaz de contenerse, les dio la espalda, fue hasta la pared más próxima y apoyó la frente en la piedra fresca.

—No es sagrado —dijo Vera—. Más bien lo contrario: contiene el alma del maligno Koschéi, y quien lo posea tendrá a Koschéi en su poder.

—¿Tal vez está dentro de alguna reliquia sagrada? ¿Algo como un cáliz o una copa?

Ahora no cabía duda de que Vera miraba mal a Percival, y esta vez parecía que no quería hablar claro.

Roger se volvió hacia el centro de la sala y fue despacio hasta Percival.

—¡Hermano! —exclamó—. ¿Cómo es posible que no entiendas sus palabras? No está aquí. ¡Hemos hecho todo este camino para escuchar un cuento de hadas sobre un duende malvado que conserva su alma en un puto huevo! Fuera cual fuere el objetivo que te llevó a desviar nuestro camino hacia Kiev, no era este; era otro que no estamos persiguiendo mientras seguimos en esta cloaca charlando sobre Koschéi el Inmortal.

Otro hombre podría haberse ofendido, pero no había ira en la cara y los ojos de Percival cuando miró a Roger. El silencio que vino a continuación fue largo.

Muy largo, y primero Vera, luego Roger, Percival, y por fin Raphael empezaron a mirar hacia la salida de la sala cuando llamaron su atención ruidos cada vez más próximos que no podían ser cosa de ratas. Al principio eran voces humanas que sonaban en la lejanía reverberando en los recovecos intestinales de la caverna. Pero al prestar atención empezaron a distinguir el tintineo metálico del acero; del que se lleva sobre el cuerpo como armadura y del que se lleva en la mano como arma.

—No estamos solos aquí —dijo Raphael.



Y SE HIZO LA LUZ...

La puerta del monasterio era tan endeble como había supuesto Finn y sus tablas se astillaron a la tercera patada de su bota. Utilizando la jabalina como palanca, arrancó pedazos de madera podrida hasta abrir un agujero lo bastante grande para pasar. Después de agacharse para mirar el interior, pasó el primero lanzándose con agilidad por la abertura. Lo siguió Cnán, con más ganas e interés de los que ella misma esperaba, e inmediatamente, Yasper.

Al ver de cerca el terreno donde mataban a los animales, a Cnán la horrorizó la cantidad de cuerpos que había esparcidos por el suelo. La sangre, coagulada y seca hasta parecer pez, lo salpicaba todo, y en algunos lugares aún brillaba porque no estaba seca. Nubes oscuras de moscas sobrevolaban los cadáveres y algunos cuerpos parecían temblar por su falsa piel de larvas. El zumbido de las moscas era el acompañamiento permanente.

Si hubiera estado ella sola, no habría sido capaz de reaccionar a tiempo a la aparición de los dos guardias livonios. Pero Finn y Yasper no estaban tan afectados, y cuando los otros dos atacaron, los Hermanos del Escudo estaban preparados.

El primer livonio no llegó a alcanzarlos. La jabalina de Finn voló hasta su garganta y lo levantó en el aire. Se desplomó retorciéndose y agarrando el asta con las dos manos mientras su sangre brillante salpicaba el suelo.

El segundo, al advertir la súbita desaparición de su compañero, titubeó, y Yasper lanzó un rápido golpe con la mano izquierda. El livonio gritó y agachó la cabeza cuando algo entró en sus ojos. Nunca llegó a ver la rápida estocada de Yasper.

Finn fue a recuperar su jabalina y la retorció un poco para acabar con su hombre.

—Vamos —dijo—. Tenemos que encontrar sin tardanza a los monjes que ocupan este lugar. —Y los llevó hasta la caseta del pozo.

Estaba resultando todo demasiado fácil y Cnán miró con suspicacia los edificios del monasterio mientras corrían hacia la pequeña caseta. No pudo evitar preguntarse por sus habitantes. ¿Habría más? ¿Dónde se ocultaban? ¿Y eran aliados de los livonios o, como el resto de los lugareños, estaban aterrorizados y hacían lo que fuera necesario para tenerlos contentos?

Finn abrió de un golpe la puerta de la caseta del pozo y entró de un salto. Yasper esperó en la puerta jadeando ligeramente.

—Terriblemente tranquilo —comentó al llegar a la caseta. La alegría que

mostraba hacía un rato había desaparecido, y su cara era una máscara de arrugas marcadas por las sombras.

A pesar del tenso silencio del patio, la preocupación del holandés alegró a Cnán.

—Está muy oscuro —informó Finn apareciendo en el estrecho hueco de la puerta—. Y no hay pozo.

—Ah, bien; en ese caso la Virgen nos ha bendecido a nosotros y nuestra investigación —dijo Yasper sonriendo.

Alguien gritó, y a pesar de que ya habían oído antes esa voz (ese grito), se encogieron. Estaban muy cerca de la garganta que lo había producido, y el aullido mostraba tal mezcla de humano y de bestia que no tenían claro qué clase de garganta era. «Tenía que proceder de un hombre», se descubrió pensando Cnán cuando vio la aparición vestida de negro que había salido de uno de los edificios. Imaginar otra cosa habría supuesto creer en monstruos.

El grito era una señal, porque de los demás edificios empezó a salir una hueste de hombres harapientos. Estaban más que sucios, con los jirones que llevaban por ropa pegados con una costra de mierda y sangre. Cabellos y barbas estaban enredados y formaban una pieza de fieltro en la que se abría la boca como un orificio oscuro. Brazos y piernas, recorridos por heridas abiertas que daban la impresión de haber sido producidas por un látigo de varias colas, asomaban entre los harapos como palos rotos. Llevaban toda clase de utensilios: cuchillos, palos, hoces, porras, punzones y cualquier cosa que pudiera golpear, cortar o rasgar la carne de un enemigo.

—Profanadores —gritó el primero en un latín con mucho acento, y con una voz como el lamento de una docena de niños asustados—. No deben molestar a los guerreros sagrados de Dios. —Alzó un largo palo; en su extremo llevaba sujeta una calavera de carnero con sus cuernos, embadurnada de alguna sustancia negra y pegajosa que goteaba hasta el suelo.

—Bien —dijo secamente Yasper—, supongo que esto aclara...

Del interior del edificio salió otro monje que llevaba en sus manos sarmentosas una antorcha encendida. La levantó hacia el palo enarbolado por la aparición y la calavera de carnero se encendió con un fogonazo.

—Oh —comentó Yasper—, qué ingenioso.

—Adentro —gritó Cnán—. ¡Ya! —Cogiendo al alquimista por la túnica, lo arrastró al interior de la caseta.

Finn los estaba esperando. Cnán dio un traspié al tropezar con una superficie dura. Sus ojos tardaron una eternidad enloquecedora en adaptarse a la falta de luz. Finn había dicho que no había pozo y ella se encontró con un brocal bajo de piedra. Unos escalones irregulares tallados en la roca descendían hacia la nada.

Finn cerró la puerta dejándolos totalmente a oscuras y Yasper tropezó con Cnán.

—Con cuidado —le dijo muy serio al volver a topar con el brocal de la escalera

—. Hay un agujero.

—Claro que hay un agujero —respondió él tanteando a ciegas—. ¿De qué otra manera habrían podido desaparecer los livonios?

Finn gruñó cuando algo golpeó la puerta de la caseta.

Con un murmullo, Yasper saltó el brocal y consiguió no caerse por la escalera. Cnán oyó sus pies pisando los escalones cuando empezó a bajar hacia la absoluta oscuridad.

—Voy a ver qué puedo hacer para alumbrarnos —gritó desde el vacío—. Contenedlos como podáis.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —replicó Cnán con un gruñido, lamentando haber aceptado el plan.

Finn tropezó con ella y la cogió por un brazo.

—Abajo —dijo junto a su oído—. Solo pueden entrar unos pocos cada vez. Si matamos suficientes, quizá se marchen. —Una risita subió desde el fondo de su garganta—. O quizá no. Ya lo veremos, ¿vale?

Un cuerpo volvió a chocar con la puerta y a Cnán, repentinamente consciente de que Finn ya no estaba junto a la puerta, se le escapó un gritito de desesperación. Pero la puerta seguía cerrada y Finn no la había soltado.

—Abajo —volvió a decir tirando de su brazo—. Había un travesaño para bloquear la puerta. Resistirá un rato.

Calmada, Cnán empezó a bajar por la escalera siguiendo con la mano derecha la pared de piedra. La escalera era de caracol e increíblemente estrecha. Para cuando se le ocurrió contar los escalones, ya había descendido lo suficiente para no poder recordar cuántos habían quedado atrás. Después de un rato su mano derecha perdió la pared y se encontró con un espacio vacío, y, con el corazón en la boca, dio dos pasos más y se encontró sobre suelo sólido. Una débil luz verde temblaba frente a ella, y mientras estaba en la base de la escalera, aterrorizada, pero incapaz de saber en qué dirección correr, la luz se acercó.

Era Yasper, que llevaba en la mano un pequeño trozo de vidrio curvo. La superficie se movía y resplandecía con sus pasos, y la luz era suficiente para que Cnán pudiera apreciar la naturaleza de las catacumbas en las que se encontraban.

La sala se extendía más allá de lo que podía alcanzar la luz mágica de Yasper. En una pared cercana habían tallado nichos desde el suelo hasta el techo, que se extendían sin fin en ambas direcciones. Cnán tragó saliva al ver que contenían los huesos de antiguos muertos, algunos bajo telas tan finas que resultaban transparentes bajo la luz de Yasper. Las cuencas vacías la miraban y las esqueléticas bocas estaban abiertas, congeladas con expresiones entre el asombro y el terror.

—¿Dónde está Finn? —preguntó Yasper mirando por encima del hombro de Cnán.

—Dijo algo de obligarlos a que lo atacaran de uno en uno.

—No en la escalera —dijo Yasper con un suspiro—. Finn —llamó sin levantar la voz, intentando que el cazador le hiciera caso—, aquí abajo; donde el suelo es plano.

Cnán miró el líquido del diminuto cuenco intentando entender cómo producía la luz. Era un misterio (uno de los trucos alquímicos de Yasper) y muy probablemente quedaría más allá de lo que ella podía entender. Pero la luz era más agradable de ver que las miradas fijas de los muertos.

Oyeron que Finn se aproximaba con pasos rápidos. Yasper gruñó e indicó a Cnán que lo siguiera. Sosteniendo su luz mágica con cuidado, los guio adentrándose en las catacumbas.

Cuando llegaron a una galería abovedada, Cnán se dio cuenta de que podía ver más y sus sombras se alargaban, ansiosas por echar a correr por la galería que tenían delante. Miró hacia atrás y vio por qué: el resplandor amarillento de una antorcha llegaba desde la escalera.

—Ahí vienen —dijo Finn empujándola un poco—. Al túnel.

Yasper se quejó y los tres salieron de la sala funeraria. El techo de la galería era incluso más bajo y Cnán, con la cabeza ladeada, se fijó en lo liso que era el suelo. Estaba desgastado por el paso de innumerables pies en el transcurso de incontables años. «¿Cuántas generaciones habrán bajado a sus muertos hasta aquí?», se preguntó.

Al llegar a la primera esquina, Finn se escondió para enfrentarse a sus perseguidores.

El primero murió sin emitir un sonido, con la jabalina de Finn hundida en su pecho a través de los harapos. El cazador sacudió la lanza para deshacerse del monje y pasó al lado derecho de la galería para esperar a su próxima víctima.

El monje llevaba una porra que ahora estaba en el suelo de la galería, cerca de los pies de Finn. Cnán la miró mientras su miedo luchaba con su deseo desesperado de mantener sus votos de unificadora. Pero ya había matado una vez, pensó, ya había sangre en sus manos. Su mente visualizó a los animales muertos en el patio y percibió el persistente olor de su sangre que lo impregnaba todo.

En algún momento dejó de tener importancia la cantidad de sangre.

El segundo hombre dobló la esquina y recibió la jabalina de Finn en el vientre. Se desplomó retorciéndose y gimiendo, hasta que Finn lo despachó con un rápido movimiento de la punta de su arma.

Cnán corrió a coger la porra. Se colocó al otro lado de la galería, preparada para descargarla sobre la cabeza del primer hombre lo bastante tonto para doblar la esquina.

Detrás de ellos, Yasper soltó una maldición. Cnán se atrevió a mirar y no vio nada más que oscuridad. La pequeña luz de Yasper se había apagado.

Finn gruñó, Cnán se volvió y se encontró con la cara de uno de los mugrientos

monjes. Sus ojos estaban desorbitados y su boca se abría y cerraba. Su aliento («¿cómo era posible?») era incluso peor que el hedor a cadáver putrefacto del patio. Sus manos agarraban sin fuerza el asta de fresno de la jabalina de Finn, que estaba hundida en su pecho. Gruñía y, mientras se debatía, de su boca salían frases en un pésimo latín. Cnán cogió al vuelo algunas palabras («venganza» y «recuperar»), y luego su aliento se convirtió en un estertor.

Estaba muerto, pero de todos modos Cnán lo golpeó en la cabeza. Por si acaso.

Detrás iba el monje aullador precedido por la calavera llameante en el extremo del palo. Finn puso a Cnán detrás de él de un tirón y bloqueó el torpe movimiento del palo llameante con la punta de acero de su jabalina. El sudor que brotaba de su frente y sus brazos lo protegió del calor de la llameante calavera de carnero. El monje movía el palo atrás y adelante y obligó a Finn a retroceder. Al compás de sus movimientos, empezó a salmodiar alguna letanía insultante.

Cnán corrió dando traspiés por la galería, huyendo de la bestia llameante del extremo del palo. La galería se inundó de ardiente luz anaranjada, y el calor (que llegaba en oleadas y la envolvía) era excesivo, demasiado parecido a...

Y de pronto estaba otra vez en la casa en llamas, hacía ocho años. El monstruo de fuego tenía atrapada a su madre en su ardiente abrazo y rugía y lanzaba zarpazos a Cnán mientras ella tiraba de la mano inerte de su madre. Se levantaban ampollas en su piel con cada resoplido de fuego y sus lágrimas se convertían en vapor sobre su cara y le quemaban los ojos. «Despierta —gritaba—, despierta».

El monstruo rugió más cerca. Unos cuernos terribles asomaban por encima de su carne llameante y sus ojos eran remolinos de llamas rojos y negros. Su boca estaba abierta y de su garganta vacía brotaba fuego. Se recordó gritando, como si la violencia de su grito pudiera obligar a la bestia a alejarse. Pero el monstruo simplemente rugió con siniestro júbilo mientras devoraba a su madre, lamiendo con sus lenguas ígneas la piel de su cara y sus brazos hasta no dejar más que cenizas negras.

Una sombra se interpuso entre ella y la bestia de fuego, un fantasma que hizo saltar en pedazos su recuerdo. Volvió al presente y se encontró sentada en el suelo de la galería subterránea con Finn, que la tenía cogida por la ropa, arrastrándola lejos del monje andrajoso y su palo llameante.

Pasaron junto a Yasper, que, en cuanto estuvieron a su espalda, sacó la jarra grande que había recogido de las ruinas. El monje enloquecido chillaba y lanzaba golpes hacia ellos con la calavera, y no prestó atención al vuelo de la jarra, que cayó delante de él en el suelo de piedra y se hizo añicos.

Una deflagración azulada llenó la sala y una onda expansiva de aire muy caliente llenó la galería. Yasper se tiró sobre Cnán y Finn, o quizá lo tiró la onda expansiva (Cnán no estaba segura de nada tras la erupción de luz y ruido). Los dedos del calor

corrieron por su piel y le acariciaron las mejillas y las cejas. No se atrevió a abrir la boca por miedo a que aquellos ardientes zarcillos se introdujeran en su garganta y su pecho.

Y entonces se apagó el pequeño sol dejando tras de sí humo y sombras y pequeños regueros de llamas azules y amarillas. El hedor a carne quemada llenó la galería, y en algún lugar no muy lejano una criatura lastimosa gimió y se quejó débilmente.

Tosiendo, Yasper se quitó de encima de Cnán y se apoyó en la pared de la galería. Su rostro estaba lleno de ceniza y sudor.

—Vaya desperdicio de excelente *aqua ardens* —dijo con un suspiro.

Finn masculló algo en su lengua materna y Yasper se limitó a asentir como ausente y a ponerse de pie.

—Pero no nos ha matado —replicó señalando los bultos quemados y humeantes de la sala—. La Virgen protege al verdaderamente hábil. —Y apagó a pisotones varios pequeños regueros de fuego que bailaban en el suelo.

El palo con la calavera había quedado tirado y su cornudo remate aún ardía, pero las llamas temblaban como si estuvieran muriendo lentamente. Utilizando su pañuelo, Yasper apagó a golpes los anillos de fuego que rodeaban el palo; se protegió las manos, lo levantó, y con su luz iluminó la galería que quedaba detrás de Finn y Cnán.

—*Et facta lux est.* —Sonrió de oreja a oreja—. Será mejor que nos demos prisa antes de que los demás vuelvan a reunir valor.

Agradecimientos

ERIK BEAR

Gracias a mi familia, a mis amigos y a todos los que han luchado a mi lado en este libro, tanto metafóricamente como en la realidad. Gracias a todos los demás autores, en especial a Mark, por trabajar más de lo que debería hacerlo cualquier persona. Gracias a mi padre y a mi abuelo por servirme de guías por el camino de la escritura.

GREG BEAR

Ha sido fantástico trabajar con todos estos excelentes escritores, entrechocar aceros por las mañanas con la guía de Neal, luego tragar café a chorro desayunando magdalenas en cajas de color rosa mientras desarrollábamos febrilmente la trama... Ver cómo Mark esquematizaba y ordenaba capítulos en la pizarra mientras Joe y Cooper paseaban y blandían sus espadas; intercambiar ideas de un lado a otro con Neal por encima de nuestra mesa de redacción; conversar de un lado al otro del continente con E. D. (y ofrecerle alevosamente sus magdalenas virtuales); colaborar con mi hijo Erik en las tácticas de lucha y en los capítulos... Mientras, todos nos aventurábamos a pie y a caballo a través de indecibles carnicerías y por las extensas llanuras de hierba ondulada por el viento, hasta los fabulosos territorios de Harold Lamb, Talbot Mundy y Robert E. Howard. ¡Gracias a todos por la increíble experiencia!

E. D. DEBJRMINGHAM

E. D. quiere dar las gracias a la brillante y dotada Nicole Galland por su breve pero magnífica contribución a este proyecto y por la oportunidad de reanudarlo donde ella lo dejó, y también a la incomparable agente Liz Darhansoff por hacer que todo fuera posible.

JOSEPH BRASSEY

A Neal Stephenson, que me dio mi oportunidad (espero que puedas estar orgulloso de mí). A Mark Teppo, que machacó mi prosa con un palo hasta dejarla bonita. A Greg, Erik, Cooper, E. D. y todos los demás de Subotai. A Tinker, que me enseñó a añadir siempre violencia y no salirme del camino. A Ken y a Rob de Fort Lewis, por abrir mi mente a nuevas posibilidades. A mi adorable esposa y a mis pacientes padres, que siempre me han apoyado. A mi hermana menor y a todos los amigos que he tenido durante el trayecto y que creyeron que esto era posible. Los sueños se vuelven realidad. Esto va por vosotros.

COOPER MOO

Gracias de todo corazón a mi familia por su apoyo: a mi esposa, Mary; a nuestros niños, Keagan, Connor y Haven; y a mis padres, Jan y Greg Moo. Estoy también en deuda con todos los miembros del equipo de escritura, en particular con Neal por su liderazgo y con Mark por su guía editorial. ¡Alzo mi cuenco de *airag* por todos!

NEAL STEPHENSON

Gracias a Mark Teppo, la fuerza centrípeta.

MARK TEPPPO

Este proyecto comenzó cuando alguien hizo la eterna pregunta que a los narradores de historias les encanta escuchar: «Entonces, ¿qué pasó después?». No creo que alguno de nosotros imaginara adonde nos iba a llevar la respuesta, pero estoy extraordinariamente agradecido por haber contado con este equipo creativo (Erik, Greg, Cooper, E. D., Joseph y Neal) durante este trayecto. También quiero dar las gracias a Karen Laur, a Jason Norgaar y a Neal von Flue por los retratos de los personajes que nos hicieron, además de a toda la comunidad de Mongoliad.com, que se aventuró con nosotros en el brillante futuro. Jeremy Bornstein y Lenny Raymond cuidaron de nosotros a la manera jamás reconocida en que lo hacen las gentes de las infraestructuras; gracias, caballeros. Fleetwood Robbins aportó su agudo ojo editorial

y nos ofreció una gran perspectiva de la organización final de estas palabras. Además, una inclinación de cabeza para Emm, cuyo apoyo constante e incansable es muy muy importante.

Como se dice en la dedicatoria, Tinker Pierce, Gus Trim y Guy Windsor nos dieron un montón de ideas e instrucciones útiles en relación con las artes marciales occidentales. Además, Ellis Amdur y Aaron Fields aportaron fantásticos comentarios sobre todos los asuntos relacionados con las artes marciales del Japón del siglo XIII. Estos cinco caballeros son verdaderos eruditos cada uno en su campo, y cualquier licencia creativa que afecte a esas artes que ellos estudian es enteramente nuestra.